

El chico ANÓNIMO

ANA ISABEL
GARCÍA CORTÉS

El chico Anónimo

Ana isabel García Cortés

Capítulo 1:
Capítulo 2:
Capítulo 3:
Capítulo 4:
Capítulo 5:
Capítulo 6:
Capítulo 7:
Capítulo 8:
Capítulo 9:
Capítulo 10:
Capítulo 11:
Capítulo 12:
Capítulo 13:
Capítulo 14:
Capítulo 15:
Capítulo 16:
Capítulo 17:
Capítulo 18:
Capítulo 19:
Capítulo 20:
Capítulo 21:
Capítulo 22:
Capítulo 23:
Capítulo 24:
Capítulo 25:
Capítulo 26:
Capítulo 27:
Capítulo 28:

Capítulo 29:
Capítulo 30:
Capítulo 31:
Capítulo 32:
Capítulo 33:
Capítulo 34:
Capítulo 35:
Capítulo 36:
Capítulo 37:
Capítulo 38:
Capítulo 39:
Capítulo 40:
Capítulo 41:
Capítulo 42:
Capítulo 43:
Capítulo 44:
Capítulo 45:
Capítulo 46:
Capítulo 47:
Capítulo 48:
Capítulo 49:
Capítulo 50:
Capítulo 51:
Capítulo 52:
Capítulo 53:
Capítulo 54:
Capítulo 55:
Capítulo 56:

Capítulo 57:
Capítulo 58:
Capítulo 59:
Capítulo 60:
Capítulo 61:
Capítulo 62:
Capítulo 63:
Capítulo 64:
Capítulo 65:
Capítulo 66:
Capítulo 67:
Capítulo 68:
Capítulo 69:
Capítulo 70:
Capítulo 71:
Capítulo 72:
Capítulo 73:
Capítulo 74:
Capítulo 75:
Capítulo 76:
Capítulo 77:
Capítulo 78:
Capítulo 79:
Capítulo 80:
Capítulo 81:
Capítulo 82:
Capítulo 83:
Capítulo 84:

Capítulo 85:
Capítulo 86:
Capítulo 87:
Capítulo 88:
Capítulo 89:
Capítulo 90:
Capítulo 91:
Capítulo 92:
Capítulo 93:
Capítulo 94:
Capítulo 95:
Capítulo 96:
Capítulo 97:
Capítulo 98:
Capítulo 99:
Capítulo 100:
Capítulo 101:
Capítulo 102:
Capítulo 103:
Capítulo 104:
Capítulo 105:
Capítulo 106:
Capítulo 108:
Capítulo 109:
Capítulo 110:
Capítulo 111:
Capítulo 112:
Capítulo final:

Todo esto es como dice la gente encontrar una aguja en un pajar o un pendiente en la arena de la playa, inesperado e increíble.
Pero creo que toda la vida estuve creando una parte de mí que te esperaba. Como una brújula que apunta a tu nombre
Sabía que existías, pero no sabía ni qué forma ni qué se sentía al encontrarte.

Lo que nadie me dijo es el miedo que se siente y el vértigo de llegar a la cima. Tienes las mejores vistas, pero también te da miedo caer. Cuando siento ese miedo sorprendentemente siento tus palabras y tus gestos de aliento que me hacen disfrutar de las vistas.
He tenido la suerte de encontrarte como un tesoro escondido y el destino ha decidido que sea ahora. Cuando realmente estaba preparada para poder disfrutarte y tú también puedas hacerlo.

Es un te quiero que antes de decirlo te remueve cada parte de tu cuerpo, te eriza la piel y te saca una sonrisa para después poder pronunciar las palabras.
Siento que en mi presente el miedo me paraliza y se apodera de mí, pero no tengo miedo a caer o a sufrir, ni siquiera a no volver a sentir lo que siento. Tengo miedo de que no seas tú el que forme parte de mi vida. Porque estoy enamorada de cada trocito que forma parte de ti.
Mi mente como una persona pesada deseando ser escuchada.
Sé que es una forma de protección ya que no sé porque, pero cada rincón de mi vida grita tu nombre.
Ahí estoy en la cima, sin protección, sintiendo el aire y la luz del sol. Con un miedo que te cagas, pero sabiendo que tengo al mejor compañero para aprender a volar.

Capítulo 1:

Querido diario:

Hoy me he vuelto a descargar Tinder. Otra vez.
No sé si busco amor o si solo quiero sentir que todavía tengo tiempo para encontrarlo. Sigo creyendo que un día alguien va a mirarme como si fuera la última escena de una película romántica, aunque lo único que he conseguido últimamente es que me dejen en visto o me prometan cosas al oído que no sobreviven ni al desayuno. Lo peor de todo es que el otro día me dijeron ¿Te has planteado abrir una cuenta de OnlyFans? después de contarle mis traumas familiares así que Roberto quedó para el olvido.

Aun así, aquí estoy. Soñando con que alguien me mande una carta escrita a mano o me prepare una playlist con las canciones que les recuerdan a mí.
Mis expectativas están entre una canción de Taylor Swift y un poema de Benedetti. Pero la vida me lanza audios incomprensibles y hombres que posan con objetos absurdos.
Mi amiga dice que soy una romántica en peligro de extinción. Yo digo que soy una idiota con esperanza.
Por cierto, Mañana tengo que limpiar la cocina, enviar unos currículums y ponerme sérum capilar. Pero lo único que me preocupa ahora mismo es no perder la fe en eso que llaman "amor verdadero".

Firma:
Andrea
Soñadora, procrastinadora profesional y, aparentemente, masoquista emocional.

Me levanté con el pie izquierdo, literalmente, me tropecé con mis propias zapatillas al ir al baño. El desayuno fue un poco desastre porque la otra media se cayó al suelo con el lado de aguacate hacía abajo, pero con mucha dificultad terminé mis dos tostadas y mi pieza de fruta. A veces pienso que el universo no me quiere muerta, pero sí humillada.

Hoy era uno de esos días en los que sentía que todo estaba desordenado: mi casa, mi cabeza, mis pestañas que no se decidían si mirar para arriba o para abajo.
y aun así, me vestí como si tuviera una reunión con mi destino o con el de Amazon, porque lo único que esperaba era un pedido de bolígrafos que no necesitaba, pero eran de animalitos.

Fui a trabajar. Bueno, en teoría trabajo, me paso media jornada fingiendo que sé lo que hago, cuando en realidad solo abro y cierro pestañas del ordenador para parecer ocupada.
A veces me sorprende lo bien que engaño al mundo. Me esfuerzo tanto en parecer que tengo todo controlado, que hasta yo me lo creo por momentos.
Aunque intentó matar el tiempo, a veces es complicado porque hay horas en las que viene una avalancha de personas que parece que no han visto un zapato en su vida y estamos en época de rebajas, horror. Lo único bueno que tiene es que mandan refuerzos.

En mi lista de cosas pendientes de hoy estaba hablar con Emma. Nos hicimos inseparables desde que coincidimos en el almacén colocando los nuevos zapatos. Nos enamoramos en el descanso mientras compartíamos una bolsa de patatas y ahí es cuando comenzamos a hablar de nuestros traumas con las relaciones y los hombres que desaparecen sin decir adiós.
Aunque la mala suerte de que sea martes es que ella libra.

- *Emma - Le dije por nota de voz mientras caminaba de vuelta a casa. - No te rías, pero tengo una cita - silencio dramático - con un tal Carlos.*

Esperé a su reacción porque Emma a veces te contesta en dos segundos y otra es como si la tierra se la hubiera tragado, aunque sabía que no me iba a contestar hasta mínimo dos horas después porque se pasaba el día libre en el tiktok, mensajes sin leer y crisis existenciales que resolvía con intentos de meditación que le acaban poniendo más nerviosa. Como no hallé respuesta opté por mandarle un segundo audio dándole más detalles.

- *Hace escalada. Sí, como todos últimamente. Creo que si no sabes trepar, no ligas. Seguro que por eso sigo soltera. Le encanta leer y el cine. No sé si me va a hablar de Alfred Hitchcock o de Marvel, pero bueno… Ahí está la aventura.*

Suspiré.
Quizás este Carlos solo sea otro Carlos más o quizás, por una vez, alguien que realmente quiera conocerme. Aunque no lo parezca todavía quiero creer que alguien va a quedarse. 🆗

Capítulo 2:

Me quité el sujetador como quien se arranca la banda de depilación. El aro estaba mal desde hacía semanas, pero como siempre, lo había dejado en el cajón limpito y preparado para matar. Era esa sensación gloriosa de libertad que solo se tiene cuando una ha tenido el pecho oprimido por horas y por la vida en general.

Me puse mi pijama favorito, el que tiene el mismo grosor que un papel de fumar por tanto uso y no cambias por nada. Pero qué más da, no lo uso para seducir, lo uso para sobrevivir.

Me tiré en la cama con esa caída dramática que merece banda sonora de película triste y como buena masoquista emocional, abrí Tinder. Porque una puerta cerrada podría ser la que lleva al amor. Aunque Carlos sea el típico escalador lector de perfiles ajenos, nunca se sabe. La esperanza es lo último que se va.

Deslicé hacia la derecha y hacia la izquierda como quien elige lo que comer de la nevera, pero sabes que elegirás el yogur caducado con la fecha claramente puesta en la tapa y te va a dar diarrea. Ahí, entre tanto perfil con gafas de sol y fotos de grupo donde no sabías quién era el interesado, recordé… Mi historial amoroso, ese que no quiero a veces recordar, el amigo del amigo que vino a cenar y me dijo que se estaba separando, y tu pensando que mejor alguien maduro. Traducción: dormía todavía con su mujer.
El chico con el que tuve una cita maravillosa, hasta que me contó que era coach de energía sexual y quiso alinearme los chakras en el coche. El camarero de la discoteca que me prometió la luna, pero no tenía ni carnet de conducir, ni la mínima intención de volver a verme y el que me decía “no estoy preparado para una relación”, pero sí para invitarme a casa cada sábado a las dos de la mañana. Casualidad, seguro.

A veces me preguntaba si el problema era yo. Si yo era demasiado intensa, demasiado soñadora, demasiado Andrea. Tengo claro que no necesito menos intensidad, sino más reciprocidad.

Estaba justo guardando el móvil para comer y sonó - Mamá- tan puntual como siempre en la hora de comer. Me arreglé la voz como si no llevara media hora viendo perfiles con filtros y recordando lo bonita que era mi vida sentimental.

- ¿Sí, mamá?
- ¡Hola, hija! ¿Cómo estás? Te noto la voz rara, ¿Has dormido bien?

Siempre tenía ese radar emocional que detectaba si mi alma estaba desordenada. Yo le decía que era intuición, ella decía que era amor de madre.
Lo cierto es que me sentía como un cajón donde todo está metido a la fuerza y sin doblar.

- No, todo bien. Un poco cansada - Mentí con una sonrisa, como si ella pudiera oírla y no preocuparse.
- He preparado lentejas. ¿Te llevo un túper mañana?
- Sí, porfa. Me salvas la vida.

Me hablaba de su día como si fuera la protagonista de una serie perfecta e idílica. Todo alegría, todo normal y yo ahí, con la sensación de que, si le contara lo sola que a veces me siento, me respondería con algo práctico y no "yo también lo he vivido". ¿Por qué las madres lo tienen todo tan controlado? Tiene al perfecto de mi padre siempre a su lado, parece que ella lo tenía ya por escrito. Es normal que confíe en el amor porque todavía voy a casa y él sigue diciéndole guapísima y agarrándole el culo.

Colgué con un "te quiero mamá" preferí no contarle nada de mi patética realidad amorosa porque cuando se tiene una madre como

la mía, una también aprende a protegerla de sus propias verdades.

Miré en la cama el móvil por última vez. Emma seguía sin dar señales de vida, raro en ella.
Carlos seguía ahí. Con su bio de "escalo montañas y emociones". Suena profundo ¿verdad?
Quizás sea otro chico más con frases de internet o quizás, esta vez, haya una pieza del cohete escondida bajo tanto perfil anodino.
Como toda buena historia que empieza en la cama, vi el perfil de Manuel y deslicé a la derecha.

Capítulo 3:

M iércoles de esos que empiezan con una compresa nocturna mal colocada y una cara de muerta viviente. Me había levantado con la regla, un leve dolor de cabeza, el alma arrugada y la sensación de que todo lo que me pasaba últimamente llevaba etiqueta de "por si acaso".

Recibí el mensaje de Emma a la una de la mañana diciendo *"El amor viene solo no se busca, tranquila amiga que todo va a salir bien, y sino que te enseñe a escalar que es lo que te falta"*. Ella venía hoy de refuerzo a la tienda. Coincidiremos solo dos horas, pero eso bastaba. A veces, dos horas con Emma eran mejor que un fin de semana entero en un retiro espiritual.

Me vestí como si fuera a encontrar el amor de mi vida de camino al trabajo, mi abuela siempre decía la típica frase de "Arreglada hasta para comprar el pan". No tenía energía para mirar mucho el armario, pero se hizo lo que se pudo. Salí a la calle con mi bolso, mis dudas y un ibuprofeno como amuleto personal.

Entré en la tienda, como siempre, Emma ya estaba hablando con alguien. Ella tiene ese don de que siempre aparece en el lugar exacto, como si el mundo girara un poco para encajar con su energía.

- Tienes cara de viernes, pero es miércoles amiga - me dijo, acercándose con una sonrisa y un café en la mano para mí. No sé si es bruja o solo me conoce demasiado.
- Es que me duele todo esta mañana, y encima tengo cita hoy. ¿Quién sale con la regla, o sea…?
- Las valientes, Andrea, y tú también. Aunque no lo veas - me guiñó un ojo mientras se colocaba el pelo con ese gesto que hace cuando está de buen humor.

Emma es una tormenta con arcoíris incorporado. Llega, desordena todo con su risa, y cuando se va te deja el corazón más bonito. Tiene el alma fuerte y el corazón cursi. Dice tacos mientras te habla de la luna y te mira como si fueras mejor de lo que tú misma te crees.

- He quedado hoy con Lucas. La cuarta cita ¡Cuarta, Andrea! - me dijo en voz baja mientras ordenábamos cajas - Me ha invitado a un italiano al que tenía fichado desde hace mil.
- ¿Y tú vas a dejar que te comas los ravioles u otra cosa?
- A este paso me lo va a comer todo, Andrea. Me da paz, y tú sabes lo que me cuesta a mí parar.

Sí, lo sabía. Emma era un rabo de lagartija emocional. Se cansaba, se encendía, se apagaba, se reiniciaba… pero no paraba. Dentro de todo ese caos es la persona más responsable y madura que conozco. Cuando algo le daba calma, se le notaba hasta en los párpados. Le brillaban los ojos. Ese brillo. El que yo miraba con una mezcla entre ternura, nostalgia y una punzada que a veces confundía con envidia. Pero es normal que la sienta solo un poco.

- Estoy feliz por ti amiga, de verdad - le dije, y lo sentía de corazón.
- Y yo por ti. Hoy es tu cita con ese tal Carlos, ¿no?

Asentí, tragándome el miedo como quien se traga un trozo de pan seco.

- Sí, a las seis. En esa cafetería del centro que te dije que tiene bol de yogur. Si no me enamoro, por lo menos meriendo bien.
- ¿Y si sí te enamoras?
- ¿Emma, tú me ves cara de historia de amor?

- No, te veo cara de principio de historia de amor. Todo empieza por algo.

A las cuatro, se fue, y me dejó con sus frases bonitas y su olor a perfume barato del Mercadona que huele super bien, entre vainilla y caramelo salado.
Yo me quedé organizando la tienda y mi cabeza. Pensando en lo que iba a decirle, ¿de qué temas podría hablar un chico que escala? será igual que los demás escaladores con los que he quedado porque, aunque hagan lo mismo parece que cada uno es de una montaña diferente. Le cuento el asuntito de la regla o me lo tomo con normalidad. Yo pensando eso como si mi pussy estuviera disponible para subir montañas.

Miré la hora, las cinco, me quedaba una hora para llegar a casa, peinarme porque esta humedad me había puesto los pelos que parecía un yorkshire, y salir a escena. Porque cada cita es una pequeña función en la que esperas que alguien se quede para los ensayos. Aunque algunos han cogido gusto a el micro teatro como diez o veinte minutos de duración.
A veces siento que vivo más en la previa que en el resultado. Pero ahí iba. Con todo descontrolado menos el pelo que me lo acababa de peinar.

Capítulo 4:

Estoy de pie frente al espejo como si me fuera a enfrentar a una batalla. Bueno, técnicamente podría serlo perfectamente. Cita con Carlos más regla y más autoestima en una montaña rusa.

Ahí estoy, con un tampón y una compresa en la otra mano. Nunca he podido con el tampón, siempre he pensado que las chicas que lo usan sin miedo son unas valientes. Meterte eso ahí dentro y fiarte de un hilito delgado… ¿perdón? ¿y si no vuelve a salir? ¿Y si se queda ahí para siempre y tengo que explicárselo al médico?

> *Hola, doctor. No sé cómo decir esto, pero tengo un tampón rebelde y posiblemente un trauma nuevo. Como me conozco, seguro que el médico termina siendo uno de mis ex. Uno de esos capullos con bata blanca y complejo de dios.*

En fin, que optó por la compresa. Menos épico, pero más seguro. No estoy para vivir más aventuras de las necesarias hoy. Ya tengo bastante con maquillarme sin parecer una estatua del museo de cera y con convencerme de que esta cita no va a acabar en desastre emocional.

Carlos me gusta, pero de ese gustar suave, que te hace sonreír al ver su nombre en el móvil y que te obliga a elegir ropa con pinzas. No es ese gustar de películas románticas con fuegos artificiales. Tengo mucho miedo porque después de salir con quien no debía, de entregarme donde no me cuidaron, de confundir pasión con inestabilidad, una parte de mi siente que no merece lo tranquilo. Que si no hay drama, no hay historia, eso es tan peligroso como agotador.

Solo tuve una relación larga. El resto, tentempiés. De esos que sabes que no alimentan, pero te lo comes igual.
Ese amor serio, el grande, me dejó cicatrices que aún me duelen cuando va a llover. Me enseñó a desconfiar hasta de los gestos bonitos. Me hizo fuerte, sí, pero también me hizo desconfiada. Como si ahora llevara un detector de emociones ocultas en el bolso.
Sin embargo, aquí estoy. Poniéndome rímel y algo de motivación. No porque me sienta del todo lista, sino porque estoy harta de esperar sentirme perfecta para hacer algo tan simple como quedar con alguien que me gusta.

Meto el pintalabios en el bolso, me miro por última vez y salgo. Camino con ese miedo tonto que da cuando te vuelves a ilusionar después de haber cogido trozos de ti con pegamento. Mi yo de hace un año no hubiera salido de casa para una cita. Hubiera cancelado por "dolores" o por "es que justo me vino". Pero hoy no.

Llevo cinco días hablando con él y no ha dicho ni una sola barbaridad, no ha desaparecido durante estos días y encima propuso él la cita de hoy.

Llego a la cafetería. Respiro. Abro la puerta.
Sus ojos me encuentran antes de que yo termine de buscarlos. Sonríe. Yo también, y por un momento, se me olvida todo: el tampón, el hilo, los ex y hasta el dolor de cabeza.

Capítulo 5:

Carlos es más mono en persona que en las fotos y eso es raro. Porque normalmente la gente en las fotos se ve como un filtro de su mejor versión, y luego en persona es como si les hubieran bajado el brillo. Pero él no.
Tiene esa sonrisa fácil, la barba bien recortada y un punto de timidez que lo hace aún más encantador. Como si no supiera que es guapo.

- ¿Andrea? - me dice con voz cálida al verme entrar. - ¿Carlos? - respondo, como si no supiera perfectamente quién es. Pero finjo sorpresa porque queda mejor.

Nos damos dos besos (en la mejilla, aún estamos en territorio natural) y nos sentamos. Pido un bol de yogur con mucho de todo y un café con hielo. Él, una tarta de zanahoria. Primera bandera verde. Me encanta la tarta de zanahoria, pero llevo toda la semana en modo fitness y con tantas ganas de yogur que cuando sea madre seguro que el niño sale con antojo.

Empezamos a hablar. Así, sin presión. Como si leváramos charlando semanas. Me pregunta por mi trabajo, yo le cuento que estoy echando currículum porque quiero cambiar de trabajo y en época de oferta en una zapatería del centro, entre cajas y cajas soy una mujer orquesta. Él ríe, y me mira como si de verdad le interesara lo que cuento y eso, créeme, es más raro que la tarta de zanahoria en agosto. Aunque ahora hay de todo en cualquier época del año, menos amor, realmente puedes pedir cualquier cosa.

- Yo soy ingeniero - dice de pronto, y noto cómo un frío fantasma se me cuela por la espalda.

- ¿Ah, sí? - respondo intentando sonar casual, mientras por dentro mi alarma emocional se pone en rojo. Porque mi ex número uno, el que me dejó rota, también era ingeniero. Si algo aprendí es que los ingenieros no son de fiar. Saben desmontar cosas y no siempre las vuelven a montar igual.

Pero no me voy a poner intensa. Aún.
La conversación sigue. Hablamos de series, de lo cutre que fue el final de juego de Tronos, de lo sobrevalorado que estaba tenerlo todo claro. Reímos. Me relajo por fin, me gusta, es listo y simpático. Y entonces suena mi móvil. En la pantalla ponía en grande MAMA.

- Ay, perdona un segundo - le digo, sacando el móvil del bolso como quién está abriendo una lata con abre fácil por primera vez.

Y ahí me acuerdo.
Las lentejas.
¡¡LAS LENTEJAS!!
Mi madre venía hoy a traerme un túper porque, según ella "no tengo ni idea de cocinar" como si las tortillas de Mercadona no estuvieran buenas. Ya no es necesario saber cocinar teniendo tantas cosas pero nada como la comida de mi madre. Lo olvidé totalmente,

Escribo rápido para no parecer maleducada: *Mamá perdón, me ha surgido una urgencia. Se ha escapado Bolín por la ventana y estoy en plena persecución ¿Me puedes dejar las lentejas en la puerta? Te llamo luego, te quiero.*

Mi madre no creo que se lo crea. Bolín es el gato más casero del mundo. Pero confío en que esté demasiado ocupada con sus cosas como para cuestionarlo.

Vuelvo a mirar a Carlos, sonrío. Él me devuelve la sonrisa y seguimos charlando.

- ¿Tiene alguna amiga especial? - me pregunta con tono curioso.
- Sí, Emma se llama, es mi hermana de otra madre. Nos conocimos en el trabajo y ahora es mi psicóloga no oficial y mi aliada en crisis existenciales - digo, con media sonrisa, me había salido solo la total sinceridad.
- Qué bien. Yo también tengo un amigo así. Mi mejor amigo, de hecho, también lo conocí en el trabajo. Se llama Alex.

STOP
Colapsa el sistema
Alex
¿He escuchado bien?
Alex, mi ex, el ex, el ingeniero, el que me hizo pedazos el corazón
Mi corazón se pone en modo reunión de vecinos. Todo se descontrola en mi cabeza ¿Y si es él? ¿Y si he venido a una cita con el mejor amigo de mi ex? ¿Y si en este mismo momento, en algún grupo de WhatsApp de tíos están comentando mi perfil como si fuera un informe técnico?
Pero no quiero parecer una loca. No puedo soltarle: "¿Tienes una foto de ese Alex?, así de golpe. Aunque lo estoy pensando con fuerza.
Intento relajar la expresión, pero se me nota demasiado. Él me mira.

- ¿Te pasa algo? - pregunta, con esa amabilidad que da más rabia cuando una está en pánico interno.

Y solo pienso en una cosa.
En las lentejas.
En ese túper caliente esperando en mi puerta.
En que necesito huir antes de que esta casualidad del destino se convierta en tragicomedia.

- Perdona, Carlos. Justo me ha escrito mi madre… Es que ha pasado algo con el… gato. Me voy a tener que ir. De

verdad que lo siento - digo, cogiendo el bolso como si alguien me persiguiera.

- ¿Estás bien? - insiste él, confundido.
- Sí, sí. Cosas de familia. Gracias por la merienda y la charla.

Le dejo con su tarta y su cara de ¿qué demonios acaba de pasar?, y salgo con dignidad, o al menos lo intento.

Capítulo 6:

Salí de la cafetería como si me persiguiera un ladrón, o un ex, o el karma que por fin había encontrado mi ubicación exacta.

Iba con el corazón en la garganta, las ideas desordenadas y haciendo aspamientos con la cabeza mirando hacia atrás por si a Carlos le daba por salir a preguntarme qué demonios me pasaba. No quería explicaciones, no quería miradas de "esta tía está mal, no quería nada. Solo aire, sofá y lentejas.

Entonces, claro… pasa lo que tiene que pasar.
Me tropiezo.
No un tropiezo elegante. Uno de esos en los que vas tan desbordada que pareces una bolsa de plástico volando por la ciudad. Me doy un golpe con algo duro (no sabría decir qué fue si fué una señal, un cartel o mi propio orgullo) y caigo. Caigo de culo. Con dignidad cero. Con el bolso saliéndose del hombro y una compresa con alas.

Lo último que me faltaba ya - pienso mientras me dejo caer del todo, abrazando la humillación como quién abraza a su peluche cuando era pequeño.
Y entonces lo veo.
Un chico.
Un chico que me tiende la mano.
Un chico que, además de tener unas manos grandes y limpias, tiene la cara más guapa que he visto en mi vida. De esas que te hacen cuestionarte si estás soñando o si acabas de aterrizar en un anuncio de perfume caro.

Genial, lo peor que me podía pasar. Que alguien así me viera en estas condiciones. Gracias, universo, gracias por nada y lo peor de todo es que me sale por la boca lo último que me esperaba.

- ¡JODER YA! ¿Puedes mirar por dónde vas? ¿Quién pone una farola aquí? ¿O una cara de estatua griega en mitad de mi camino?

Él arquea una ceja. No me responde al instante. Me observa. No como quien se siente ofendido, sino como quien tiene paciencia, pero no ilimitada.

- Has sido tú la que se ha chocado conmigo ¿Te pasa algo? - preguntaba con tono firme, sin gritar, sin ser borde. Ese tipo de firmeza que da rabia porque te recuerda que tú estás perdiendo los papeles y él no.
- ¿QUÉ? ¿Qué si me pasa algo? ¡Claro que me pasa algo! ¡Me pasa de todo! ¡Me pasa la vida! - le escupo, literal y emocionalmente.

Entonces exploto. No hay filtros, no hay freno, no hay dignidad.

- ¡He mentido a mi madre! ¡Le he dicho que el gato se ha escapado por la ventana! y eso solo porque he quedado con un chico después de dos meses sin quedar con NADIE. ¿Y qué pasa? Que el chico es majo, es mono, es ingeniero… y de pronto me dice que su mejor amigo es Alex. ¿Tú sabes cuántos Alex hay en el mundo? ¡PERO MI EX SE LLAMA ALEX! ¡EL INGENIERO ALEX! y es un capullo con título universitario. Yo no puedo más, todo me pasa a mí, y encima me tropiezo, y me caigo, y me haces daño, y tú eres guapo y yo estoy hecha mierda y tengo lentejas en la puerta de mi casa, ¡JODER!.

Silencio
Él me mira con cara de no saber si llamar a emergencias o abrazarme.
Entonces lo hace.

- Creo que necesitas un abrazo - dice. Y me abraza.

Así, sin más y yo, en vez de sentirme incómoda, me dejo caer ahí. En esos brazos anónimos. Por un momento, me siento en casa. Lloro un poco más. Me limpio los mocos con la mano como si se me hubiera olvidado ser adulta una vez más, maldigo otra vez el tampón, los ingenieros y las lentejas y a él también.

- No tienes nada que hacer ahora mismo, ¿no? - dice, mirándome con media sonrisa - ¿Quieres dar un paseo?

Yo que no tengo ni fuerzas ni ganas ni explicación racional, digo:

- Vale, total, así me ahorro al psicólogo.

Caminamos. Hablamos de cosas sin importancia. De otras que importan demasiado. Le cuento que no me gustan los domingos por la tarde, que a veces hablo sola en la ducha y me dan miedo los aviones. Él me cuenta que odia las reuniones eternas, que nunca aprendió a bailar y que tiene un tic en el ojo cuando está nervioso. Nos reímos.
Me siento vulnerable. Pero de esa vulnerabilidad que no pesa, que libera. Porque sé que no lo voy a volver a ver nunca más y eso, curiosamente, me da paz.

Cuando llego a casa, el sol ya se está escondiendo. En la puerta, el tupper de lentejas me espera como si nada hubiera pasado. Como si no me hubiera atropellado la vida en pleno centro.
Me quedo allí, parada, con el túper en las manos, sin saber exactamente cómo sentirme. Ni con Carlos, ni con el chico guapo, ni por la mentira de Bolín, ni por mí.
Solo sé que algo se ha movido, que ya no soy la misma que salió corriendo de aquella cafetería.

Capítulo 7:

Pasaron unas semanas desde el incidente. Así lo bautizamos Emma y yo: El incidente. Porque llamarlo "Cita con Carlos" era demasiado bonito y generoso para todo lo sucedido. Carlos volvió a escribirme, que cómo estaba, que si me apetecía vernos otra vez, que si no volvía a tener mono de yogur, que si Bolín estaba bien, que si yo estaba bien… era una buena pregunta, sin saber la respuesta, porque la definición de cómo me sentía era rara. Él preguntándome todo eso y yo con más ganas de desaparecer que de contestar.

No quería ser grosera, así que me limité a poner excusas razonables: que estaba con mucho lío con las ofertas en el trabajo, que Bolín se había quedado traumatizado con su aventura, que estaba regular del estómago, que había tenido un problema familiar que me tenía desconectada. Cosas que sonaban normales, aunque probablemente él supiera que en realidad lo que tenía era una resaca emocional de vergüenza ajena y propia. No sé porque seguía insistiendo después de todo.

Lo peor de todo no fue Carlos ni recordar tan fuertemente al estúpido de mi ex. Lo peor fue que no podía quitarme de la cabeza al chico anónimo del tropiezo. Ese golpe, ese momento tan torpe como cinematográfico, en cierta manera todo eso me había dejado huella literal y emocional. ¿Quién era ese chico? ¿Por qué su cara me venía cada noche a la cabeza antes de dormir? ¿Y por qué no puedo recordar ni su voz ni su olor con claridad, pero sí su mirada como si me la hubiera tatuado?

Emma, mi guía en esta etapa surrealista de mi vida, no tardó en darme un empujón:

- Hoy es mi cumpleaños. Vas a salir de ese agujero emocional y te vas a venir de compras conmigo. Luego, nos vamos a la ópera. Lucas toca esta noche y nos ha guardado sitio en el palco. Vamos a hacernos las finas por un día.

Nos recorrimos media ciudad. Me probé un vestido negro que me hacía sentir como si tuviera la vida resuelta. Emma encontró uno color verde esmeralda que la hacía parecer una musa. Comimos en nuestro sitio favorito, reímos con bocados en la boca, hicimos stories y nos olvidamos de todo. O casi todo, porque ahí estaba él. el chico anónimo, escondido en algún rincón de mi memoria, mirándome como si lo hubiera inventado.

Antes de llegar a casa para arreglarnos para la ópera, la llevé a un banco del parque cerca de mi casa donde solíamos sentarnos hace un par de años, cuando las dos estábamos más rotas que enteras. De esas épocas de reconstrucción lenta, entre lágrimas, terapias, frases positivas por las mañanas y tés en casa de medianoche. Allí le di su regalo.
Era una cajita pequeña, envuelta en papel del chino a última hora porque soy un desastre. Dentro había un colgante con un trozo de cerámica blanca y una pequeña grieta dorada en el centro. Como si se hubiera roto y vuelto a unir con oro. Un colgante de kintsugi, el arte japonés de reparar lo roto con belleza que lo descubrí en el para ti de Tiktok.

- Porque tú me enseñaste eso - le dije - Que hay cosas que duelen, pero no te rompen y si te rompen, también se puede volver a empezar. Solo hay que elegir bien con qué se pega.

Emma se quedó en silencio. Me miró con los ojos húmedos, pero sin llorar y eso, viniendo de ella, era un milagro.

- Eres tonta - dijo, y me abrazó tan fuerte que casi me desmonta - Pero eres mi tonta favorita.

- Y tú mi pegamento dorado - respondí. intentando no emocionarme demasiado porque yo a veces también puedo ser cursi.

Después de eso, nos arreglamos como si fuéramos a una gala. Me puse un pintalabios rojo y me recogí el pelo como si supiera lo que hacía. Emma, preciosa como siempre. no paraba de sonreír y lo mejor de todo luciendo su regalo.

- Hoy no se llora - me dijo, ajustándose el escote frente al espejo - Hoy se escucha música y se finge que somos mujeres que lo tienen todo bajo control.
- Perfecto - respondí - Fingir es lo mío últimamente.

La ópera nos esperaba. Las luces, el telón, los acordes… y yo, con los nervios de quien lleva días deseando sentirse distinta a lo que ha sido.

Lo que no sabía, mientras cerraba la puerta de casa y bajaba las escaleras con los tacones en una mano sabiendo que era mala decisión elegir los de aguja y el bolso en la otra, era que me había dejado el móvil sobre la cama. Lo más triste de todo es que sabía que no me iba a hacer falta.

Capítulo 8:

No estaba preparada para salir. Ni emocional, ni mental, ni físicamente. Llevaba semanas metida en casa, en modo hibernación emocional, sin muchas ganas de socializar, ni de encontrarme con sorpresas, ni mucho menos con gente que me conociera. Pero ahí estaba, vestida de gala, con los nervios en la garganta y los tacones en los pies, entrando en un teatro tan elegante que parecía sacado de una postal antigua.

Emma me cogió del brazo cuando me vio respirar más fuerte de la cuenta.

- Estás preciosa - me dijo bajito, como si lo dijera para que solo lo escuchara yo - y tranquila que, si hay sorpresas, esta vez no vas a estar sola.

Esa frase me sostuvo más que los zapatos nuevos, que claramente no estaban haciendo su función.

El sitio era una maravilla. Techos altísimos, cortinas de terciopelo rojo, luces doradas y un ambiente relajado como todos imaginamos que son estos sitios por dentro, aunque en mi caso había superado mis expectativas.
Nada más entrar, una azafata nos miró el ticket y nos invitó a la zona de reservas y nos ofreció una copa de vino.

- Hoy todo lo que pidan corre por cuenta de la casa - nos dijeron, como si fuéramos celebridades y no dos chicas del montón con buena suerte.

Emma levantó su copa y brindamos.

- Por las noches de amigas y las nuevas oportunidades en el amor - dijo Emma mientras me sonreía.
- Por tu cumpleaños, por los zapatos que no duelen y los intestinos que colaboren esta noche - dije, intentando sonar graciosa.

Spoiler: mis intestinos no colaboraron, porque claro, el almuerzo había sido nuestro mexicano favorito picante, riquísimo, pero nada sensato para después tener una salida formal. A los quince minutos de la copa, una oleada de calor me subió del estómago a la frente.

- ¿Estás bien? - me preguntó Emma.
- Necesito un baño, YA, no es una broma, me estoy cagando, mucho.

Salí casi corriendo, cruzando pasillos decorados con molduras doradas y espejos antiguos y justo en una curva del pasillo, sucedió.

Lo ví.
Lo volví a ver.
Él.

Esos ojos, ese marrón común que no tendría por qué decirme nada… pero que me decía de todo. Ese rostro masculino, serio, ligeramente sorprendido. Era el chico del tropiezo, el chico anónimo, mi tormento semanal.

Mi estómago protestó de nuevo, como recordándome que el momento no era para dramas románticos sino para evacuaciones urgentes.
Entonces, lo escuché.

- ¡Andrea!

No fue una pregunta. Fue una afirmación. Su voz era suave y fuerte. Yo, como si todo mi cuerpo fuera una señal de tráfico en modo

emergencia, seguí caminando rápido sin girarme.

Tenía que llegar al baño y lo logré. Pero una vez dentro, la realidad me golpeó más fuerte que el picante. Estaba sudando, roja como un tomate, con la dignidad en modo de espera y el corazón latiendo como si hubiera corrido una maratón.
¿Por qué justo hoy? ¿Por qué ahora? ¿Por qué él?

Y entonces, tres golpes suaves en la puerta. Alguien me llamaba.

- Andrea… ¿estás bien?

Tragué saliva. No podía ser, no ahora, no aquí, no yo con este dolor de tripa.

Me miré en el espejo. Tenía restos de brillo en los labios, un mechón pegado a la frente y los ojos como platos. Por alguna razón inexplicable, lo único que pensé fue: ojalá esto sea una pesadilla. Pero no lo era y la noche, claramente, acababa de empezar.

Capítulo 9:

No podía estar pasando esto. Literalmente, no podía. Mientras expulsaba hasta el último nacho picante de mi cuerpo y me arrepentía de cada salsa que mezclé, solo podía pensar en que alguien - ese alguien - había llamado a la puerta. Ese chico, él.

Me recompuse como pude. Me miré al espejo con una mezcla de resignación y colonia de emergencia, porque si algo no podía arreglar, al menos podía disimularlo. Empecé a pasear de un lado a otro del baño como si pudiera tomar una decisión más fácil que salir del baño en ese mismo momento. ¿Y si salgo y está ahí? ¿y si salgo y no está ahí? ¿y si espera? ¿y si no me reconoce? ¿y si…?

Supuse que ya se había ido. No habían vuelto a llamar. Quizá todo había sido una coincidencia. El destino o una broma pesada del universo. Porque claro yo con un ataque de pánico digestivo, en un teatro elegante, oliendo a perfume barato sobre sudor frío. Tenía que encontrarme precisamente con él.

Pensé en Emma, quedaban cinco minutos para empezar la función y yo seguía en el baño, con el corazón galopando y la dignidad por los suelos otra vez, a este paso me terminaré acostumbrando. Me eché un poco más de colonia, respiré hondo y me miré a los ojos en el espejo. Me preparé psicológicamente para salir sin encontrármelo.

Salí. Y ahí estaba, de pie, esperándome.
No me miraba con vergüenza ajena, ni siquiera con incomodidad. Me miraba como si estuviera tranquilo. Como si todo esto no fuera un drama sino una casualidad tonta.

- ¿Estás bien? - Me preguntó, con esa voz grave y suave que no recordaba pero que ahora ya no podría olvidar.
- Sí, bueno… Más o menos. Cosas de mujeres, seguro que no lo entiendes - dije para disimular.

Sonrió y yo no pude negarle devolverle la sonrisa.
Empezamos a caminar hacia las escaleras. La conversación fue breve, tensa, como si ambos estuviéramos intentando no hacer demasiado ruido con las palabras. Por cosas del destino o del diseño arquitectónico del teatro, íbamos en la misma dirección.
Hasta que no. Justo en un cruce de pasillos, él giró a la izquierda y yo a la derecha.

- Pásalo bien en ese compromiso importante.
- Igualmente - respondí, como si fuera una mujer normal y no un amasijo de ansiedad perfumada.

Me repetí todo el camino hasta el palco que había sido un mal sueño. Que seguro ni se acordaba de las cosas que le dije ese día, habían pasado semanas. Que esas miradas que intercambiamos fueron cosas mías. Que el baño no tenía por qué haber arruinado la noche.

Me senté junto a Emma, que me miró con cara de: ¿Qué demonios te ha pasado?

- Es largo de contar - le dije
- ¿Incluye drama?
- ¿Acaso algo de mi vida no?

La música empezó. Era preciosa. El tipo de música que te eriza la piel, aunque no entiendas una palabra. Todo estaba perfecto. Excepto que lo vi.
Él estaba ahí, sentado, debajo intentando camuflarse entre tanta gente, pero con su belleza era imposible y durante toda la función, mientras la soprano lloraba sus penas en italiano, yo fingía no verlo. Fingía no estar completamente consciente de que estaba ahí.

Hasta que nuestras miradas se cruzaron y entonces fue imposible no verlo. Ni fingir.

Pasé el resto del acto intentando disimular, mirando al techo, a mis zapatos, a la oreja de la señora de al lado y haciéndome la interesante en la historia, aunque lo único que sentía era que no había escapatoria. Esa noche, la vida me había hecho salir de casa, no para ver una ópera, sino para enfrentarme a algo y aún no tenía ni idea de qué…

Capítulo 10:

Final del acto. Final de la ópera. Un aplauso atronador inunda el teatro.
Me emocioné, de verdad. La música, la historia, la intensidad de todo… se me metió dentro. De esas veces que no sabes si estar llorando por lo que estás viendo o por lo que estás sintiendo. Emma, que es como una esponja emocional, me abrazó fuerte sin decir nada. Estaba radiante. Le brillaban los ojos, orgullosa, feliz. Se notaba en la cara lo mucho que admiraba a Lucas, lo mucho que lo quería, lo bien que lo había hecho él.

- Ha sido increíble - le dije bajito
- ¿A que sí? Es que me dan ganas de abrazarlo fuerte y no soltarlo en una semana.
- Claro abrazos, Emma, abrazos - me miró con cara de culpable.

Bajamos las escaleras con calma, comentando lo bonito que había sido todo. Nos reíamos, hablamos de la soprano, de lo que habíamos sentido, de lo especial que había sido. El plan de chicas que necesitaba.
Nos quedamos en una zona lateral del teatro, una especie de rincón privado donde solían salir los músicos a saludar a sus familias. Emma quería esperar a Lucas y yo, bueno, sabía cómo funcionaba eso: saludar, felicitar, tomar algo juntos… y luego volvería a casa. Nada raro. Nada intenso por favor, nada que me alterara más.

Durante unos minutos todo estuvo en calma y entonces apareció Lucas.
Guapo, elegante, sudado de emoción. Me saludó con un beso en la mejilla y a Emma con un precioso e intenso beso en los labios, agradeció que hubiéramos ido y propuso que fuéramos a una sala contigua donde se servía algo de beber. Todo bien.

Hasta que no.
Porque cuando íbamos a entrar… lo vi. Lo vi otra vez. El chico que aparece en los mejores momentos y no estaba solo, estaba con una chica.

Una chica guapa, morena. Con esa cara de "me ducho con agua de rosas y nunca se me corre el rímel" y yo, que había respirado profundo para calmarme, sentí que se me hacía un nudo en la garganta. Me quedé parada. Atónita.
Como si me oliera, él me miró, y no solo me miró: dijo algo al oído de la chica. Algo que no escuché, pero le hizo sonreír.

- Andrea... - me dijo con esa voz suya, para colmo, era agradable.

Sin esperarlo, exploté.
No sé qué me pasó, pero exploté.

- ¿Perdona? ¿Tú de qué vas? ¿Me tropiezo contigo una vez, me descompongo emocionalmente durante una semana, salgo por primera vez en plan señora elegante, y tú, tan tú? ¿Qué pasa que eres perfecto y lo tienes todo controlado? ¿Qué pasa que sabes que eres realmente atractivo y vas paseando por la vida rompiendo corazones?

Él abrió la boca para decir algo. Yo no lo dejé.

- ¡Qué suerte la mía! una sale un día a una ópera oliendo a colonia de supermercado, y cuando cree que va a tomarse un vino tranquila… ¡zas! ¡tu cara! y lo peor de todo es que llevo toda la semana pensando en tus ojos y ni siquiera se tu nombre ¡qué fuerte todo!

Él puso una cara que no supe entender y esa chica se quedó congelada.
Y yo… bueno, yo ya había hundido el titanic.

- Perdóname me ha sentado mal el mexicano. De verdad. Creo que necesito irme a casa. Lucas, lo has hecho increíble. En serio. Me alegro muchísimo por ti.

Emma intentó detenerme, pero le apreté la mano como diciendo: no me hagas hablar más, porque estoy a punto de ponerme a llorar y me fui sin mirar atrás.

Capítulo 11:

Salí del teatro con pasos rápidos, con las mejillas enrojecidas y la respiración entrecortada. Llevaba el corazón en un puño y la mente hecha un nudo. No sabía si era el aire denso de la sala, las cosas que había dicho dentro o la forma en la que todo había terminado. Lo único que sabía era que necesitaba irme. Me llevé instintivamente la mano al bolso para pedir un Uber y ahí me congelé.

- No…- murmuré para mí.

El teléfono no estaba. Sabía que mi torpeza iba a traerme consecuencias, nunca necesité el móvil y en este preciso momento era mi mayor aliado, aunque como todo en mi vida me había abandonado.
Me quedé quieta en medio de la acera, como si alguien hubiera pulsado pausa en su culebrón favorito. Empecé a girar sobre mí misma, dando vueltas sin sentido. Como si andar en círculos fuera a traer una solución.

La calle estaba en calma, pero yo era una tormenta con piernas en ese momento.

- Bueno, pues me tocará irme andando - solté, con resignación el hablar en voz alta no iba a ser la mayor de mis locuras esta noche.

En ese instante, escuché mi nombre.

- Andrea

Tiene que ser una broma, me giré, otra vez él, otra vez…

No sabía si reír, si llorar, si correr hacia él o correr en dirección contraria. Me quedé en medio, con los brazos cruzados y la mirada hecha un ovillo.
Él se acercó despacio, con una sonrisa medio dibujada.

- ¿De verdad llevas toda la semana pensando en mis ojos?
- Creo que no deberías estar aquí - Le dije, sin moverme ni un centímetro - Has dejado a tu amiga dentro.
- Precisamente, es una amiga. No tiene nada de importancia. Lo más probable es que le guste más tú que yo a ella - se encogió de hombros - Te estaba esperando.

Yo tragué saliva. Mentí con la misma rapidez que parpadeé:

- Estoy esperando un Uber.
- Perfecto, entonces cancélalo - dijo - porque si no te importa te llevo yo.

Antes de que pudiera decir nada más ya me había abierto la puerta del coche.

El camino en coche fue extraño. Tranquilo, pero con electricidad estática en el aire. Como si una chispa pudiera prenderlo todo con una sola palabra.

- ¿Tú crees en las casualidades? me preguntó, mientras pasábamos por una avenida silenciosa.
- No lo sé - contesté, mirando por la ventana - Últimamente no sé en qué creo.
- Yo creo que a veces la vida no grita, solo repite cosas. Hasta que la escuchas.

No supe qué decir, sólo suspiré.
Cuando aparcó frente a mi portal, se giró hacia mí y me miró con esa intensidad que incomoda y atrapa.

- Andrea, ¿tú sabes que tú y yo vamos a tener una cita?

Solté una risa incrédula.

- Eso es imposible.
- Sabes que no - me dijo con una sonrisa en los labios. Dame tu móvil. Voy a apuntarte mi número.

Ahí… otra vez, el vértigo y otra vez el recordar que no tengo el estúpido móvil encima.

- No lo tengo encima - le confesé.
- ¿Enserio, Andrea?
- No, enserio no. Es que no lo tengo. Supongo que lo dejé en casa. Supongo que todo esto me está superando. No sé nada de ti, ni tu nombre, ni si eres real, ni si estoy actuando como una loca. Sinceramente, llevo unas semanas de locura. Me cuesta confiar, me cuesta soltarme, y esto, todo esto, es demasiado raro para mí y te puedo asegurar que a mí me pasan cosas muy raras.

Él me miraba con esa expresión tranquila, como si no tuviera prisa por explicarme nada.

- Mira - continué - es que ni siquiera sé cómo llamarte, con Emma te llamamos el chico anónimo.

Él sonrió.

- ¿Tan importante es saber quién soy?
- Sí, no, no lo sé. Me asusta todo esto. No estás en mis planes. Últimamente todo lo que no controlo me da miedo.
- Entonces dejémoslo así - dijo suavemente - yo seré eso para ti. El chico anónimo.

Me quedé en silencio. Con mil cosas atragantadas en la garganta y una de ellas era que quería bajarme del coche cuanto antes. Así que tragué salida y solté lo único que podía.

- Me voy

Me bajé del coche con el alma en los tobillos. No miré atrás. No quería que dijera otra frase suya de película. Solo quería cerrar la puerta.

Cuando entré en casa, el silencio me dio la bienvenida como una vieja amiga.
Dejé el bolso en el suelo, me quité los malditos tacones, y ahí, sobre la mesita, estaba el protagonista de esta noche, mi móvil.
Lo agarré casi con rabia. Lo encendí y entonces me golpeó la realidad.
No tenía su número.
No tenía su nombre.
No sabía nada de él.
y probablemente, no lo volvería a ver.

Me dejé caer en el sofá y por primera vez en mucho tiempo sentí una tristeza diferente. No de las que duelen sino de las que pesan. Como si hubiera perdido algo sin saber que era. Como si el destino me hubiera dado una oportunidad y yo, con mis propias manos la hubiera destrozado.

Capítulo 12:

Querido diario:

Ojalá pudieras opinar. Pero necesito escupirte todo esto antes de que mis emociones me superen. Sí, ya sé lo que estás pensando: "Andrea, si no sabes ni su nombre, ¿Cómo puedes estar tan jodidamente afectada?" ¡Exacto! eso es lo que yo también me estoy preguntando.

Es que no entiendo nada. No le debo nada, no sé nada, no hubo nada. ¿Y por qué entonces me arde el pecho como si hubiera perdido algo importante?

Me repito que ha sido solo una coincidencia. Desagradable, confusa, intensa, pero coincidencia, al fin y al cabo. Sin embargo, me retumban en la cabeza sus frases "Andrea, tú y yo vamos a tener una cita" "Yo seré el chico anónimo" "¿Tan importante es saber quién soy?"

¡PUAJ! de verdad odio todo esto.
Voy a dejar de escribir porque tengo que ir a trabajar y mi cabeza late como un tambor en semana santa.

Nota mental: No volver a mezclar vino blanco con ideas emocionales y mexicano.

Menos mal que hoy tengo turno de tarde y me toca con Emma. Necesito terapia de amistad con un buen sushi.

Fin del delirio.

Le mandó un mensaje de WhatsApp a Emma *"¿Podemos comer juntas antes de entrar? Estoy en modo alerta. Necesito explicártelo todo. Quiero masticar y llorar"*

Nos sentamos en el sitio de siempre. Menos mal que en este sitio no van a juzgar mi cara recién llorada. Emma me miró como si ya supiera lo que le iba a decir.
Porque Emma es así una mezcla entre bruja sabia y mejor amiga con poderes de intuición.

- Cuéntamelo todo - me dijo, acomodando en el sofá de pared con cojines.

Le conté lo del teatro, lo del móvil, lo del coche. Le conté cómo se me enredaban las palabras en mi cabeza y el vacío de haber perdido algo que ni siquiera existía.

Emma me escuchó en silencio, sin interrumpirme. Cuando terminé, me agarró la mano por encima de la mesa.

- Te entiendo, de verdad. No me parece una locura.
- ¿No?
- No, porque, aunque no lo conozcas, te removió algo, y eso duele.

Asentí. Con los ojos vidriosos.

- Y ahora viene la parte en la que me vas a matar - añadió, sonriendo con culpa en la voz - Pero te lo tengo que contar porque me muero por decírtelo
- ¿Qué?
- Lucas me ha pedido que sea su novia

Me reí entre lágrimas.

- Ya lo sabía o lo intuía. Tienes esa cara de enamorada máxima cuando te ocurre algo.
- Fue tan bonito - suspiró ella - Como si volviéramos a tener quince años. Me lo dijo con una flor en la mano, tía. ¡Con una flor! ¿Quién hace eso ya?
- Lucas - respondí, sin dudar - Lucas hace eso.
- No te lo quería contar hoy, porque sé que estás hecha polvo. Pero tú eres mi mejor amiga y compartir estas cosas tan importantes más tarde no tiene sentido.
- Me alegro tanto por ti - dije, sincera con una sonrisa.
- Además - añadió ella, con tono de querer quitarle importancia al asunto - No pierdes nada. Era un chico que no sabemos ni su nombre. Misterioso, sí. Sexy, vale ¿Pero algo real y serio? No lo es, y tú amiga, mereces a alguien que no solo te dé su nombre, sino que quiera aprenderse cada una de tus manías.

No podía evitar sentirme bien estando con Emma. Sabía que no había cura rápida para estos momentos, pero el tener a gente que me quiere tanto me pone algo de pomada.

Capítulo 13:

Hoy no he ido al trabajo. Me pedí el día libre porque acompañaba a mi madre al centro de salud. Hace unas semanas notó un bultito en el pecho y, aunque intentó restarle importancia, yo no pude hacer lo mismo. En cuanto me lo contó, sentí que el mundo se me nublaba por un segundo y hoy le daban los resultados. No podía dejarla sola.

Llegó a casa temprano, como si fuera ella la que viniera a cuidarme a mí. Llevaba una bolsa de naranjas, una caja de galletas que estaban en oferta y esa sonrisa de madre que disfraza cualquier preocupación con un: "tampoco es para tanto".

- ¿Has desayunado? - me preguntó mientras dejaba las cosas en la encimera.
- Si, mama. Me he levantado pronto para estar lista.
- Pues yo me he levantado con antojo de paella, así que tu padre ya está en ello. A la vuelta comemos en casa.

Así, con esa capacidad suya de convertir un día tenso en algo cotidiano, nos fuimos al centro de salud.

El camino fue tranquilo. Me habló de una vecina que se había comprado un coche eléctrico, de cómo se le había muerto una planta (la cuarta ya este año), y de lo pesado que está mi padre con la jubilación.

- ¿Te gustaron las lentejas que te mandé en el túper? las hice distintas ¿Lo notaste? es que no me dijiste nada, más que nada porque vamos a ir a casa y ayer volví a preparar por si te quieres llevar otro túper.

Yo tragué saliva, recordando todo lo que pasó ese día.

- Buenísimas, mamá - le dije - Se me cortó un poco el cuerpo, pero estaban buenísimas.
- ¿A que sí? eran lentejas ecológicas de las buenas.
- Pues las ecológicas esas venían con sorpresa - le dije - mientras mi cuerpo entraba en calor por un momento.

Reímos. Como solo se ríe una madre y una hija, esa risa que afloja los miedos sin darte cuenta.

Las pruebas salieron bien. El bulto no era maligno, ni siquiera preocupante. Un pequeño susto, nada más.
Nos abrazamos en la sala de espera como si estuviéramos celebrando un cumpleaños. No dijimos nada más. Solo nos abrazamos.

Volvimos a casa y mi padre tenía la paella en la mesa. Orgulloso, con su delantal como si acabara de ganar master chef.

- ¿Veis qué color? Mira qué punto. Esto es de restaurante - decía. mientras nos servía con entusiasmo.
- Tiene buena pinta - dije, con hambre

Comimos los tres juntos, como hacía tiempo que no lo hacíamos. Entre risas y recuerdos. Me hacía falta esto. Me hacía falta desconectar del ruido de mi cabeza y volver a lo esencial.

Últimamente me siento perdida. Veo cómo mis amigas se casan, tienen hijos, se compran casas con piscinas hinchables porque no les llega el presupuesto y celebran baby showers con cupcakes rosas.
Y yo, estoy en un trabajo que no me llena, en una ciudad que a veces me queda grande, con una vida sentimental que parece escrita por un guionista con mala leche.

Pero hoy, entre cucharada y cucharada de arroz, sentí que todo estaba bien. Que quizá no tengo la vida que soñé con veinte. Pero tengo una madre sana y que hace lentejas peligrosas, un padre que se cree chef y una familia que me quiere sin preguntarme si estoy cumpliendo con las expectativas sociales.
Por la tarde, cuando ya estaba tirada en el sofá de mi casa con la barriga llena y un nuevo túper de lentejas ecológicas, me llegó un WhatsApp del trabajo:
"Andrea, han traído un paquete para ti a la zapatería. No sabemos qué es, pero tiene tu nombre"

Lo leí dos veces.
Un paquete ¿Será el secador de pelo que pedí por Amazon? ¿Pero lo puse para llegar a casa? ¿Puse la dirección del trabajo sin darme cuenta?

Me quedé mirando el móvil como si fuera a darme una pista.
Suspiré y pensé:
Seguro que es algo que ni pedí ni necesito, pero encaja perfectamente con lo que está pasando ahora en mi vida. Como mínimo, espero que venga con instrucciones.

Capítulo 14:

Cuando llegué a la tienda, Emma me estaba esperando detrás del mostrador con una caja en las manos. Ya la había abierto. Bueno, no del todo. Pero sí lo suficiente como para saber que no era mi secador.

- No he podido resistirme - me dijo sin pizca de culpa - He visto tu nombre y algo me decía que tenía que ver con señor no te digo quien soy. Más que nada porque le he preguntado a Susana de quien había entregado el paquete y por lo que me ha dicho, lo más probable es que sea él

Le eché una mirada rápida a la caja, con una mezcla de nerviosismo y curiosidad. Iba a cogerla cuando, justo en ese momento, escuchamos la voz de Marisa, nuestra jefa, bajando por las escaleras con los tacones marcando territorio.

- Chicas, máxima atención hoy. Tenemos visita de auditoría así que tenemos que tener todo ordenado, limpio y con la mayor de las sonrisas.

La caja volvió al mostrador. Mi corazón en modo avión y yo a ordenar zapatos como si la estabilidad emocional dependiera del orden cromático de unos mocasines.

Fue un día largo.
De esos que parecen durar más de lo que realmente deberían. Entre Marisa, el cliente que pedía un modelo inexistente y la madre que entró con su hija de seis años que no paraba de llorar. Yo no tuve ni cinco minutos para abrir la caja.
Lo peor era que ahí estaba, mirándome, tentándome la caja azul. Emma me hacía señales con las cejas, pero no podía. Marisa parecía tener visión periférica el día de hoy.

Al llegar a casa, me senté en el sofá con los zapatos aún puestos. Respiré hondo y fui a por la caja. Era más ligera de lo que imaginaba. Al abrirla, me encontré con algo tan simple como extraño. Una brújula y una nota. No sabía si quería leer realmente lo que ponía o pasar del tema. Pero la curiosidad me podía más que las ganas.
Empecé a leer *"Te dejo esta brújula por si te pierdes otra vez o por si realmente decides encontrarme. No hace falta que confirmes nada. Solo que vengas. Cine Goya - sala dos, domingo a las 19:00. He reservado dos butacas, una para ti y otra para tu caos. Te espero en la entrada."*

Leí la nota dos veces… tres.
Me quedé con la brújula en la mano y pensando que ahora sí que estaba perdida.
Tenía tres días para decidir y por primera vez en mucho tiempo tenía ganas de no salir corriendo.

Capítulo 15:

El día había empezado como cualquier otro: demasiado temprano, demasiado ruido, demasiada gente pidiéndome cosas. En mi trabajo, todos parecen asumir que soy el que siempre resuelve, el que nunca se queja, el que aguanta y es cierto, tengo esa fama de tío que siempre está entero, de hombros anchos y voz segura… aunque por dentro, a veces, la historia sea otra.

Por la tarde, tuve una reunión que no me apetecía en absoluto. Esas donde todos hablan para escucharse a sí mismos y nada se resuelve. Salí con la cabeza cargada de asuntos pendientes y un cansancio que pesaba más que mi chaqueta.

Decidí pasar por un café, pensando que un par de sorbos calientes y unos minutos solo me devolverían algo de paz. Caminaba distraído, repasando mentalmente lo que tendría que enfrentar al día siguiente, cuando…Un golpe.
Un choque seco, inesperado, que me arrancó de golpe de todos mis pensamientos.

Bajé la vista y allí estaba ella. No sé cómo explicarlo, en el primer instante, antes de que hablara, pensé que era la persona más dulce que había visto en mucho tiempo. Tenía algo en la forma de moverse, en cómo intentaba recomponerse del tropiezo. Pero esa imagen duró un segundo, porque acto seguido empezó a disparar palabras como cuchillas.

Me culpó de todo, sin darme margen a explicarme. Entre medias, mencionó a alguien llamado Carlos, a su ex, y un par de frases que no tenían sentido para mí pero que parecían arrastrar años de historia detrás. Mientras hablaba, me di cuenta de algo extraño, no entendía nada de lo que decía, pero sí entendía lo que sentía.

Bajo esa coraza de ironía y rabia, vi a alguien vulnerable. Alguien que, en ese momento, estaba dejando escapar más de lo que quizás quería mostrar. Sin pensarlo, hice algo que normalmente no haría con una desconocida: la abracé.

Sentí cómo se tensaba al principio, como si no supiera qué hacer, y después… después se rindió un poco. Noté el peso de sus hombros, la fragilidad que escondía, y esa mezcla de fuerza y cansancio me atravesó. No sé si fue ella quien necesitaba ese abrazo o yo. Quizás los dos.

En ese instante, todo lo demás dejó de importar los correos pendientes, la reunión absurda, la fachada de tipo fuerte que nunca se rompe.
Le propuse dar un paseo y, para mi sorpresa, aceptó. Caminamos sin rumbo fijo, hablando de cualquier cosa. Su voz cambiaba de tono según el tema, y me di cuenta de que tenía una risa sin vergüenza, mostraba claramente quién era ella y no le daba miedo en absoluto.

Llegamos a un parque. El sol se estaba apagando detrás de los árboles y había ese tipo de silencio que no incomoda, sino que envuelve. Ella se detuvo, me miró un segundo más de lo que uno mira a un extraño y dijo:

- Gracias por todo, adiós.

Sonrió de esa forma que parece prometer algo y no cumplirlo a la vez, y se fue. Tan rápido como apareció se esfumó.

Andrea no lo sabía aún, pero ese encuentro breve y tan absurdo, iba a quedarse conmigo mucho más tiempo del que hubiera imaginado.

Capítulo 16:

Un día gris y mi cabeza también. Tenía que cerrar un proyecto importante y asistir a una reunión decisiva, pero lo único que hacía era pensar en ella. Andrea.
Una chica de la que sólo sabía dos datos dispersos que se habían colado entre sus frases apresuradas, sin embargo, ahí estaba, anclada en mi mente.

Había dormido mal, dando vueltas, repasando su voz, su risa y esa forma de mirarme como si me viera por dentro. No era lógico. No tenía sentido. Pero tampoco podía evitarlo.

En la oficina, el cierre del proyecto exigía toda mi atención. Era un spot publicitario para una marca de joyas que había invertido una suma obscena de dinero y quería su pieza lista para la campaña de Navidad. Habíamos pasado semanas rodando, revisando, peleando por cada plano y por cada segundo de montaje. Ese día, yo debía dar el visto bueno final a la edición y presentarlo al cliente en esa reunión. No entiendo tanta prisa cuando quedan 4 meses.

La reunión empezó mal. El cliente había llegado con tres personas más, claramente tres personas más para opinar y con una lista de cambios que nadie había pensado. La iluminación, la duración de un diálogo, algunos planos… detalles que, sumados eran horas de trabajo y lo más importante para mí miles de euros.

Yo hablaba, negociaba, justificaba cada decisión con argumentos técnicos y creativos…pero, cada tanto, mi mente se iba. Me encontraba pensando en cómo Andrea había torcido la cabeza al mirarme.

Salí de la reunión con un acuerdo a medias y una fecha límite imposible. Normalmente eso me habría enfadado y estaría tenso,

pero lo único que sentía era una especie de vacío extraño, como si algo mucho más urgente que el trabajo estuviera pendiente de resolver.

Por la tarde-noche, quedé con mis tres mejores amigos: Marcos, Mateo y Luís. Ellos eran mi refugio desde hace años. Con ellos podía ser yo mismo, sin filtros. El plan era sencillo: unas copas, risas y desconexión. Pero aquella noche, desconectar fue imposible.

Ellos hablaban de lo de siempre: Luis contaba cómo había esquivado por tercera vez a su futura suegra para una comida familiar, Mateo bromeaba sobre quién sería el primero en quedarse calvo, y Marcos se reía con cualquier tontería. Yo, en cambio, apenas escuchaba. Miraba el vaso, giraba el hielo, asentía en piloto automático.

- ¿Qué te pasa? - preguntó Mateo, entre sorbo y sorbo.
- Nada, cosas del trabajo. Ha sido un día demasiado largo - mentí.

Los tres se miraron. Me conocen demasiado bien. Saben que el trabajo se queda en la oficina cuando estoy con ellos.

- Mentira - dijo Marcos, directo - Tú eres el primero en apagar el móvil cuando nos vemos.
- Y el primero en pedir otra ronda - añadió Luís, arqueando una ceja.

Suspiré.
No quería contarlo, pero guardármelo empezaba a agobiarme.

- Es… una chica - Solté al fin.

Silencio. Ese silencio breve y cargado que termina en carcajadas.

- No puede ser - intervino Marcos, con media sonrisa - El chico que no cree en el amor, el que dice que las historias

bonitas solo existen en el cine. ¿Enamorado de una desconocida?

- No estoy enamorado - respondí demasiado rápido.
- Claro - replicó Mateo, con esa ironía que sólo entendemos entre amigos. Por eso llevas toda la noche con la cabeza en otra parte.

Me quedé callado. No había forma de ganar esa batalla.
Entonces Luís, que siempre apunta directo, dijo algo que me dejó sin poder levantarme del asiento.

- Pues prepárate, amigo. Porque las extrañas que te remueven así no aparecen dos veces. Si las dejas escapar, no es que la pierdas, es que te pierdes tú.

No supe qué contestar. Solo me quedé mirando mi copa, sintiendo que, sin quererlo, aquella desconocida ya había hecho más ruido en mi vida que cualquier otra mujer.

Capítulo 17:

La mañana había empezado con el caos habitual: llamadas, correos y un par de técnicos esperando indicaciones para el rodaje del día siguiente. Yo estaba revisando unas notas de montaje cuando escuché una voz conocida detrás de mí.

- ¡Pero mírate! - dijo con una sonrisa amplia - Sigues igual que siempre, cabrón.

Era Sergio, un viejo amigo y cliente de hace años. De esos que, aunque pase el tiempo, te saludan como si hubieran tomado algo contigo ayer. Su llegada me sacó de la rutina de golpe.

- Sergio - sonreí mientras le daba un abrazo - Que sorpresa.
- Nada, que ando por aquí y he pensado ¿Y si invito a este hombre a comer como en los viejos tiempos? - dijo con esa energía que siempre tuvo.

Acepté. Me apetecía desconcertar un poco, y con Sergio era imposible no reírse.

En el restaurante, entre platos y recuerdos, la conversación empezó a girar hacia lo personal.

- y bueno ¿tú qué? ¿alguna pareja, alguna historia seria? - preguntó con naturalidad, mientras bebía un sorbo de vino.

Sentí un nudo raro en el estómago. Ese tipo de preguntas a mi edad siempre llevan una carga que no se dice en voz alta. Como si hubiera una lista invisible de cosas que se supone que ya deberías tener resueltas.

- No, nada serio - respondí, intentando que sonara despreocupado - Demasiado trabajo, ya sabes.

Pero no sonó despreocupado. Ni para él ni para mí. Porque la verdad era que no podía dejar de pensar en esa chica. Andrea.

Sergio sonrió. como si quisiera darme una lección sin pretenderlo.

- Pues mira, yo estoy más feliz que nunca - me dijo - Me caso el año que viene. Ella es, bueno, es todo lo que siempre había querido.

Ahí fue cuando me di cuenta de que el amor es como una canción que no todos escuchamos al mismo tiempo. Hay quien la oye de fondo toda su vida, quien se la encuentra de repente en un instante cualquiera, y quien - como yo- cree que ya no le va a sonar nunca. Lo escuché hablar de ella con esa mezcla de calma y emoción que solo tienen los que saben que están donde quieren estar.

- Esta noche - continuó - he quedado con mi socio y unos amigos para ir a ver una obra de teatro. Es buenísima, y canta una soprano increíble. Tienes que venir.
- No sé, Sergio, mañana madrugo - improvisé una excusa rápida.
- Venga, no me jodas - insistió - es un plan tranquilo, buena música y además así conoces a gente. No me digas que no te apetece salir un poco de la cueva.

Me quedé en silencio unos segundos. No quería, pero tampoco podía negarme sin parecer un antisocial y al fin, y al cabo con Sergio siempre me había costado decir que no

- Está bien - cedí al final - esta noche voy.
- ¡Eso es! - exclamó, levantando la copa - como en los viejos tiempos.

Asentí con una sonrisa, sin imaginar que aquella noche no iba a ser solo música y un par de copas después.

Capítulo 18:

El teatro estaba iluminado de forma tenue, como si quisiera recibirnos con un abrazo elegante. Las lámparas doradas lanzaban reflejos cálidos sobre las paredes y el murmullo de la gente creaba una especie de música previa a la verdadera función. Había olor a madera antigua, a perfume caro y a algo indefinible que siempre flota en el aire antes de que comience un buen espectáculo.

Sergio caminaba delante de mí con paso decidido, abriéndose camino entre la multitud como si conociera a todo el mundo. No me extraña, era de esas personas que siempre tiene un amigo en cada rincón. Cuando por fin encontramos al grupo de amigos. Me los presentó eran tres hombres y dos mujeres, todos muy distintos entre sí.

- Él es un viejo amigo - anunció Sergio con tono orgulloso - os adelanto que es difícil de convencer porque es un obseso del trabajo, así que disfrutad que lo tenemos esta noche.

Me saludaron con sonrisas, alguna mirada curiosa, y enseguida la conversación giró hacia los viajes, las últimas funciones a las que habían asistido y los cotilleos de la ciudad. Yo participaba lo justo, más atento a observar el ambiente que a aportar grandes historias.

En un momento dado, decidí ir al baño. Necesitaba tomar el aire lejos del bullicio. Me abrí paso entre la gente, cruzando miradas fugaces con desconocidos, hasta llegar al pasillo lateral.

Al girar la esquina la vi.
Ocurrió lo que nunca me habría imaginado. Era Andrea, caminaba deprisa hacia el baño, con una expresión extraña, nerviosa, concentrada… como si estuviera atrapada en una urgencia que no

tenía que ver con el reloj. Su paso era firme, pero sus ojos evitaban a la gente.

- ¡Andrea! - la llamé, sin saber si me escucharía.

Giró apenas la cabeza, me reconoció y su cara era pálida.
Me quedé en medio del pasillo, dudando. Podría regresar con Sergio y su grupo, pero algo en su forma de moverse me dejó inquieto, además, me moría por volver a hablar con ella.
Decidí esperar, quizás necesitaba ayuda. Pasaron diez minutos. Luego quince. A los treinta, justo cuando estaba a punto de marcharme pensando en que era posible que ella no me quisiera ver, la puerta se abrió.

Allí estaba, con un vestido negro sencillo que parecía hecho para ella, una mirada mezclada de preocupación y una belleza involuntaria que resultaba aún más irresistible.
Nos acercamos y caminamos juntos unos pasos. Sentía que había algo que no quería contarme, y su incomodidad terminó contagiándose. La conversación se redujo a frases cortas, alguna sonrisa forzada. Finalmente nos separamos para ir a nuestros asientos.

- Te has perdido medio aperitivo - bromeó Sergio cuando regresé, indicando que me sentara al lado de él - si tardo tanto, llaman al 112, no me ha faltado nada para avisar a seguridad.

Reí sin dar explicaciones.
La función empezó y, entre las notas de la orquesta y la voz de la soprano, busqué su silueta. La encontré arriba, inclinada hacia delante, mirándome. Cuando nuestras miradas se cruzaron, fingió, de la forma más poco convincente del mundo, que estaba buscando algo en su bolso. Después, se llevó la mano al pelo como si de repente fuera lo más importante del planeta, y acabó mirando al techo como si quisiera comprobar si estaba bien pintado, aunque la

verdad es que era muy bonito, aunque seguro que ni se ha dado cuenta.

No pude evitar reírme. Ni siquiera la música más perfecta podía disimular lo evidente. Podía estar disfrutando de cada nota que escuchaba, pero lo único que quería era que aquello terminara, para volver a verla de cerca.

Capítulo 19:

La sala se llenó de aplausos y murmullos entusiasmados cuando la soprano terminó. Sergio, junto a sus acompañantes, comentaban cada detalle como si estuvieran analizando una obra maestra. Yo asentía, sonreía y hacía como que estaba dentro de la conversación, pero mi cabeza estaba en otra parte. Sólo podía pensar en encontrarla.

Uno de los amigos de Sergio, un hombre alto con un bigote tan impecable que parecía dibujado me puso una mano en el hombro.

- Vamos a tomar algo a un sitio precioso que hay aquí cerca ¿te apuntas?

Sonreí, intentando no parecer demasiado distraído.

- Claro, ahora os alcanzo.

En cuanto se giraron, me lancé a recorrer el teatro. Pasillos, escaleras, platea, palcos… si había un rincón, lo miré. La búsqueda me llevó hasta una zona de bar donde había varias mesas ocupadas. Las personas charlaban con una copa en la mano. Estaba a punto de salir por la puerta cuando alguien me tocó.

Me giré de golpe, con el corazón acelerado, esperando que fuera ella. No lo era.

- ¡Carmen! - dije sonriendo al reconocer a una vieja amiga de la universidad - Cuánto tiempo, estás preciosa.
- Y tú igual de exagerado - contestó riendo - ¿Qué haces aquí? No imaginaba que te gustaban este tipo de planes.

- Ni yo tampoco lo imaginaba - admití - Un antiguo cliente y viejo amigo me ha invitado y no he podido decirle que no.

Carmen arqueó una ceja, mirándome como si pudiera leerme.

- Ya, pero no tienes cara de estar disfrutando precisamente.
- No es eso - dudé un segundo y terminé soltando la cosa menos apropiada que pude decirle a Carmen - estoy buscando a Andrea.
- ¿Andrea? - repitió, con una sonrisa cómplice - ¿Y quién es Andrea?
- Una chica - dije, como si eso lo explicara todo - Me crucé por casualidad con ella de camino a un café y desde entonces no puedo quitármela de la cabeza. Pero creo que se ha ido.

Carmen me miró como si estuviera viendo una película romántica en directo.

- Vaya… así que el gran "no me enamoro fácilmente" está aquí, buscando a una chica en un teatro. Si eso lo llego a saber en la universidad, lo habría apostado todo a que era imposible.
- Bueno - sonreí - por lo visto los milagros existen.

Estaba a punto de rendirme cuando, por la puerta lateral, apareció ella.
No caminaba, entraba como quien hace su gran escena en una película romántica: segura, elegante y con un perfume que reconocí al instante.

Me incliné hacia Carmen y susurré:

- Esa es la chica de la que te he hablado.

Me acerqué hacía ella. Me miró y en sus ojos había una mezcla imposible: enfado, desesperación y, si, algo que parecían celos. No hacía falta que me lo dijera con palabras, lo transmitía en la forma en la que fruncía el ceño, en cómo apretaba los labios y en ese tono ácido que usaba para disimular lo que le importaba.

Entonces, entre todo ese vendaval, soltó una frase que me atravesó como un disparo limpio: NO HE PODIDO DEJAR DE PENSAR EN TUS OJOS.

Mi corazón ardió tan fuerte que borró cualquier duda en ese momento. Iba a contestar, pero antes de que pudiera decir palabra, se giró hacia dos personas que acababan de llegar. Una chica ¿será esa amiga Emma que me mencionó? y un chico que le agarraba de la mano. Les dijo algo y en cuestión de segundos, volvió a desaparecer como siempre.

Regresé junto a Carmen, todavía con la frase rebotando en mi cabeza.

- Y… ¿qué significa esa mirada tuya ahora mismo? - preguntó ella, sonriendo.
- Que no pienso quedarme aquí - respondí sin dudar - No después de lo que acabo de escuchar.

Ella río, divertida, cruzándose de brazos.

- Sabía que había una historia interesante detrás.
- La hay - admití - pero todavía no está terminada.
- Pues espero que me la cuentes algún día - dijo, dándome un toque en el brazo.
- Lo haré, si acaba bien.

Sin más, me giré hacia la puerta. No necesitaba que nadie me animara, ya lo había decidido en el momento en que Andrea

reapareció en mi vida. Esa frase suya aún me ardía en el pecho y no iba a dejar que se diluyera en el ruido de la gente.

Caminé hacia la salida, cruzando miradas rápidas con esa chica y ese chico que le acompañaban. No dije nada, pero mi gesto era claro: "tranquilos, yo me encargo" y salí de la sala, con la única certeza de que esta vez no la dejaría escapar.

Capítulo 20:

Ella estaba sentada en el asiento del copiloto, mirando por la ventanilla como si las luces de la calle pudieran responderle algo. Yo mantenía las manos firmes en el volante, pero la mente estaba reviviendo lo que acababa de pasar.

La había visto fuera del teatro, dando vueltas sin rumbo, con ese gesto de quien quiere escapar. Me había dicho que esperaba un Uber, y aunque entendí que no quería irse conmigo, hubo algo más fuerte que yo: no podía dejarla allí. Así que insistí lo justo, lo suficiente para que aceptara.

Ahora, dentro del coche, notaba cómo su cuerpo reaccionaba. Al principio, las piernas le temblaban y su respiración era rápida, desordenada. Movía sus manos, entrelazaba y soltaba sus dedos una y otra vez, como si buscara un punto de calma que no encontraba. Aunque no decía nada, su silencio estaba lleno de ruido.

A medida que avanzábamos por las calles, vi como su postura cambiaba. Se acomodó en el asiento, sus hombros, tensos al principio, cedieron unos milímetros. Pero todavía había algo en su mirada, esa mezcla de querer huir y quedarse, que me mantenía con un nudo en el pecho.

Cuando llegamos, no pude evitarlo y decirle que ella y yo íbamos a tener una cita.
Su respuesta fue un "imposible" firme, pero en su cuerpo vi otra historia: un titubeo antes de abrir la puerta, una mirada que se alargó más de lo que debía, un suspiro que parecía contener algo que no se atrevía a decir.

y justo cuando pensaba que no quedaba más, me dijo que no sabía cómo llamarme, que para ella era un anónimo.

Sonreí. Por un segundo pensé en decirle mi nombre, en contarle más, pero preferí no hacerlo. Quería que me conociera antes de saber mi vida entera, antes de que los datos y las etiquetas ocuparan el lugar de lo que podíamos descubrir juntos.

- Si quieres, puedes seguir llamándome así - le devolví la mirada- ¿Por qué quieres saber quién soy?

No sabía si era mejor dejar que ese misterio jugara a mi favor o si estaba alargando una verdad que tarde o temprano saldría. Ahí estaba la parte que nadie ve: si, soy un hombre que parece tener su vida resuelta. Tengo un buen trabajo, una estabilidad que muchos envidiarán, y sé que físicamente llamo la atención. Pero eso no significa que sea invulnerable. Con ella, todas esas capas de seguridad se agrietan. Me recuerda que sigo siendo humano, que tengo miedos. Miedos que creía enterrados. Inseguridades que vienen de lejos, de otras historias, de heridas que no siempre se ven y que ella, sin darse cuenta, toca cada vez que me mira.

La realidad es que, aunque para el resto del mundo pueda parecer un hombre seguro de sí mismo, con ella me siento un chico intentando que la persona que le gusta se quede un rato más.
Se despidió, cerró la puerta y se fue.
Mientras conducía de vuelta, me preguntaba por qué todo esto me tenía tan acelerado, tan tenso. No quería convertirme en alguien insistente, pero no podía negar que, aunque sus palabras fueran rechazo, su cuerpo a veces parecía estar esperándome.

Necesitaba aclarar mi cabeza, hablar con mis amigos, y sobre todo, encontrar la forma de que esa cita, la que ella cree imposible, acabe ocurriendo.

Capítulo 21:

Quedé con Marcos, Mateo y Luis en nuestro bar de siempre. El ruido de las tazas, el murmullo de las conversaciones y el olor a café tostado hacían de fondo mientras yo intentaba decidir cómo contarles lo que me estaba pasando.

No era fácil. Con ellos podía hablar de muchas cosas, pero no siempre de lo que me removía por dentro y menos delante de Marcos, que tenía esa forma de hacerse el fuerte y de no mostrar jamás una grieta.

Me apoyé en la barra y dejé que la conversación fluyera un rato antes de soltarlo:

- ¿Y si no le gusto? - las palabras salieron más bajas de lo que esperaba.

Luis arqueó una ceja.

- ¿Tú? no me jodas.

Sonreí de lado, como si estuviera exagerando, pero la verdad era otra. Esa chica me tenía completamente perdido. No quería que lo supieran del todo, porque no quería parecer vulnerable, pero al final lo solté, disfrazando la intensidad con algo de ironía.

- Es rara, me dice que no, pero todo lo demás dice que sí. Incluso me ha soltado frases como "no puedo olvidar tu mirada".

Mateo dejó la taza a medias,

- Eso es un sí disfrazado.

Marcos sonrió

- Pues ya está, como le dijiste organiza una cita y punto.
- No es tan fácil - dije, jugando con la taza de café - no quiero que me vuelva a decir que no.

Ahí empezó la lluvia de ideas. Marcos sugirió que buscara en redes sociales algún rastro que me ayudara a saber dónde se mueve.

- Vale, pero ¿qué sabes exactamente de ella? preguntó Luis, inclinándose hacia mí.

Me quedé pensando un segundo.

- Realmente sé muy poco la acerqué a casa anoche, pero no sé exactamente dónde vive y sé que trabaja en una zapatería cerca de donde la conocí.

Mateo frunció el ceño.

- Vale, pero ¿Qué zapatería? porque en el centro hay mínimo quince.

Ahí se hizo un silencio breve.

- Pues ni idea - me encogí de hombros - sólo sé que se llama Andrea.

Los tres se miraron, y acto seguido empezó la tanda de risas.

- Perfecto - dijo Marcos, fingiendo anotar algo - Andrea, trabaja en una zapatería, ubicación planeta tierra.
- Con esos datos podrás encontrarla en unos diez años - dijo Mateo sin parar de reír
- Te veo entrando zapatería por zapatería preguntando: "perdona, ¿hay alguna Andrea aquí que me quiera dar una cita?"

Yo negaba con la cabeza, sonriendo, mientras por dentro me decía que, aunque sonaba absurdo, tenía que intentarlo.

- Vale, reíros lo que queráis, pero voy a dar con qué zapatería es.

Luis se inclinó hacia mí, todavía riéndose.

- Pues empieza a patearte el centro campeón o a tomarte cafés en todas las esquinas hasta que aparezca.

No era un plan muy elaborado, pero algo me decía que iba a funcionar.

Capítulo 22:

El móvil vibró sobre la mesa. Era un mensaje de Carmen. *"Vale, necesito que me cuentes qué demonios ha pasado con esa chica".*

Sonreí al ver su nombre, me alegré mucho encontrarla en el teatro. Hacía tiempo que no hablábamos. Antes éramos muy buenos amigos, de esos que pueden pasar horas hablando sin darse cuenta. Pero la vida adulta llegó, con su rutina y responsabilidades, poco a poco el contacto se fue enfriando. Me metí en mi propio carril de trabajo, compromisos y silencios.
Recibir su mensaje me hizo alegrarme más de lo que esperaba, además me venía muy bien en ese momento.

La llamé, ya que estaba disparando preguntas. Así que le conté lo que había hablado con mis amigos, cómo había decidido buscar la zapatería donde trabajaba Andrea y lo poco que realmente sabía. También le confesé que no tenía ni idea de cómo plantear ese encuentro sin que sonara raro o forzado.

Carmen escuchó en silencio, y cuando hablé de mis dudas, soltó una risa suave.

- De verdad, eres un desastre para esto, menos mal que eres guapo y me tienes a mí.
- Que simpatía natural tienes - dije con una risa irónica, aunque era verdad que menos mal que la tenía en ese momento.
- Me alegra que hayas abierto un poquito el corazón al amor.
- No te emociones tanto - reí - ni siquiera sé si todo esto va a salir bien.

Siempre había sido la persona más romántica que conocía, capaz de soltar ideas que parecían sacadas de una película, y aun así, la vida

no siempre había sido amable con ella. La última pareja la había dejado días antes de su boda. Pero eso no había matado su esperanza en el amor, se notaba en cada cosa que decía y la conocía demasiado bien.
Ella siempre me ha dado la sensación qué lo tenía todo más claro que el resto. No porque la vida se lo hubiera puesto fácil - más bien lo contrario – sino porque había decidido no volverse cínica. Seguía creyendo en las historias bonitas, aunque le hubieran salido mal y quizás por eso, cuando me escuchaba, no se quedaba en el problema, siempre iba un paso más allá.

- Escucha - me dijo, si ella está un poco perdida contigo como me cuentas, hazle un guiño a eso. Regálale una brújula. Algo simbólico.
- ¿Una brújula? - pregunte, mi cara de confusión se podía notar a través del teléfono- Yo había pensado en algo mucho más simple.
- A ver – dijo – que te veo venir... ¿Qué crees que estoy loca?
- Carmen...
- Escúchame un segundo. Si es una chica que te gusta al nivel de buscar por todas las zapaterías del centro no puedes presentarte y decirle "oye, ¿quieres un café?" sin más. Eso lo hace cualquiera.

Hizo una pequeña pausa, como si ya se estuviera imaginando todo.

- Además, es la primera vez que te oigo hablar de alguien con esa ilusión. Cúrratelo un poco amigo mío.
- ¿Pero una brújula Carmen? ¿Es necesario?
- Si, una brújula y con ella una nota con una invitación con la información exacta. Me dijiste que no querías que te dijera que no ¿verdad?
- Yo estaba pensando en algo más clásico, no sé, invitarla al cine directamente.
- Perfecto, entonces mezcla las ideas - insistió - le das la brújula y la tarjeta con la información, y cuando la abra, dentro encontrará dos entradas para el cine.

El problema era que no tenía más que su nombre de pila y la vaga referencia de que estaba cerca del lugar donde nos cruzamos por primera vez.

- Lo tienes complicado también te digo, aunque no te quiero desanimar - dijo Carmen con un tono de burla después de haber sido la chica de las ideas románticas.
- No me ayudes más ¿eh? - protesté, aunque sonreía.
- Anda deja de quejarte - río Carmen - si no sabes qué zapatería es, te toca ir probando hasta dar con ella.
- Genial, solo me quedan mínimo 15 tiendas, encontrar una brújula y escribir una nota que la convenza para que no me diga que no.
- y si te dice que no - dijo ella alargando la pausa.
- Pues… me tendré que comer las palomitas solo - contesté, y los dos nos echamos a reír, aunque ella más que yo porque realmente a mí no me hacía ninguna gracia el que ella no aceptara.

Colgamos, y me quedé mirando el teléfono unos segundos. En mi cabeza ya podía ver el recorrido. Callejear de tienda en tienda, como un caza fantasma. Un plan ridículo, pero era lo único que tenía.

Capítulo 23:

Solo tenía tres días… y la casa parecía acumular mierda a un ritmo proporcional a mis ganas de limpiar. El polvo ya había creado su propio ecosistema en la estantería y el fregadero parecía un museo de platos sucios en exposición permanente. No tenía fuerzas para pensar en otra cosa, toda mi energía estaba concentrada en esa entrada de cine y en la cita misteriosa. No me había dado la curiosidad ni de entrar en Tinder.

Lo único que tenía claro era que, si era una película de miedo, me levantaba y me iba. El pánico que me daban esas pelis no era negociable. A mí me pones dos horas de sustos y gritos y luego me paso tres noches traumatizada durmiendo con la luz encendida y mirando bajo la cama. Si ya estaba pensando en esos detalles, era porque, en el fondo, iba a decir que sí.

Esa noche tocaba cena con Pablo y Emma. Pablo acababa de regresar de sus larguísimas vacaciones de verano, y cuando digo largas, me refiero a que llevaba fuera tanto tiempo que casi le tengo que dar la bienvenida con una pancarta en el aeropuerto. Desde que se dedicaba a las redes sociales vivía en modo "verano eterno", bronceado perfecto, sonrisa blanca y armario que parecía patrocinado por un catálogo de moda playera que seguro que sería así.

Llegó a casa con una bolsa enorme de sushi y la misma energía que un reality de MTV.

- Cariño, he traído comida japonesa porque sabía que ibas a estar demasiado ocupada girando esa brújula como para cocinar - dijo, dejándola sobre la mesa con un golpe dramático.

Pablo nunca había tenido que "salir del armario" conmigo. Él siempre fue como es: libre, descarado y con un radar infalible para detectar a cualquier hombre guapo en un radio de tres calles. Lo mejor es que lo decía con una sinceridad tan natural que resultaba imposible no reírse.

Emma llegó un poco después, más tranquila, con su melena recogida y una botella de vino en la mano. Entre los tres montamos la mesa y empezamos esa especie de terapia de grupo que siempre acababa en confesiones y ataques de risa.

- Yo solo voy a decirlo una vez - empezó Pablo mientras se comía un maki como si estuviera a punto de dar un discurso importante - ese chico es guapísimo. No puedes dejar pasar la oportunidad.
- Tampoco es que me haya pedido matrimonio - proteste.
- No, pero te ha dado una brújula - replicó él. señalando el objeto que descansaba en mitad de la mesa - ¿Tú sabes lo romántico que es eso? La gente ya no regala cosas así. Ahora te manda un emoji de corazón y gracias.

Emma, siempre más sensata, intervino con voz suave pero decidida.

- Andrea, se nota que te gusta. Te brillan los ojos cuando hablas de él y no todos van a ser sapos ¿vale?.
- Exacto, y si este resulta ser otro sapo, al menos será un sapo guapo - dijo Pablo levantando la copa.

Reí mientras giraba la brújula, una y otra vez, como si en cualquier momento la aguja fuera a señalarme el futuro.
Mañana a las siete era la cita y mientras tanto, mi casa estaba como mi cuerpo, sin depilar y con el desodorante cumpliendo un papel simbólico en mi vida. El reloj avanzaba y yo seguía pensando en todo lo que podía salir bien… o mal.

Capítulo 24:

La idea me había estado dando vueltas sin descanso. La brújula, las entradas de cine, era la forma perfecta de dejarle claro que no quería que aquello se quedara en un par de encuentros torpes. Era jugármela, sí, pero ya no me quedaban más excusas para esperar.

Esa noche quedé con mis amigos para hablar del tema antes de ponerme con la búsqueda de la zapatería perdida, no sabía en qué momento se había vuelto toda una película Disney.

El sitio no era nada especial, mesas pequeñas, camareros que pasaban demasiado rápido y un murmullo constante de otras conversaciones, pero me gustaba estar allí con ellos. Necesitaba soltar todo antes de hacer nada más.

- A ver, recapitulemos - empezó Mateo mientras cortaba su hamburguesa - le diste la brújula, con una entrada de cine y una nota
- No se la he dado aún - aclaré - las tengo que comprar todavía solo tengo la brújula.
- Y la idea es que vaya al cine sin confirmarte nada, confiando en que aparecerá - dijo Luis sonriendo.
- Exacto - dije, intentando sonar seguro.
- Vale, pero ¿y si no se presenta? - preguntó Marcos, arqueando una ceja.

La pregunta me atravesó. Lo había pensado, claro, pero escucharlo en voz alta me hizo sentir esa punzada incómoda en el estómago.

- No, no espera que hagamos una porra - soltó Mateo dejando el vaso en la mesa con un golpe suave

- Ya estáis otra vez con vuestras cosas - fruncí el ceño
- Si - intervino Luis con una chispa en los ojos - Cada uno dice lo que cree que va a pasar. El que acierte, cena gratis la próxima vez.
- Yo digo que no se presenta al final porque piensa que eres un acosador loco - dijo Mateo en tono bromista
- Vaya tonterías dices Mateo - añadió Marcos más serio - yo digo que se presenta, pero con una amiga, en plan "no confío en ti, así que traigo testigo".

Al escuchar todo eso lo vi como posibles cosas que ella podía estar pensando y se me encogió el corazón. Estaré tomando una buena decisión, esto es la vida real y cualquier persona en su sano juicio pensaría así.

- Maravilloso panorama me pintáis - resoplé y sonreí, aunque nada de todo eso me hacía gracia.
- ¿Bueno y sabes ya qué película vais a ver? - preguntó Mateo
- La verdad que con toda esta locura no sé cuál - dije con voz un poco tocada
- Comedia romántica - dijo Luis con seguridad - Si quieres química, ese es el camino.
- No quiero que parezca que estoy buscando una excusa para que todo sea idílico. Quiero que fluya, que no sienta nada de presión - Negué con la cabeza.
- Entonces un drama - propuso Marcos - Algo intenso, que la deje pensando, que hable de la vida, esas películas le encantan a mi novia.
- O que la deje con él ánimo por los suelos y no quiera ni mirarme al salir - contesté, y ellos rieron.
- Terror - dijo Mateo que llevaba rato callado.
- ¿Terror? - dude por un momento.
- Sí, nada de cliché, nada de sentimentalismos forzados. Pero si se asusta - sonrió - instinto puro, te agarra del brazo. Es el abrazo más justificado del mundo.

- Por el abrazo justificado - chocó Luis su copa contra la de Mateo.

Me quedé mirando mi cerveza, imaginando la escena y por un segundo pensé que podía funcionar. Un susto en la película, sus manos buscando la mía sin pensarlo y yo deseando que esa mano no se soltara en toda la noche.

- Terror, entonces - asentí preocupado

Hubo un momento de silencio, de esos que se cuelan entre las risas y las apuestas. Mateo me miró serio y dijo:

- Mira, si no viene, pues ella se lo pierde. De verdad, porque eres un tío estupendo
- No te pases, poeta - añadió Luis empujándolo
- ¿Y yo qué? - soltó Marcos, fingiendo indignación.
- Tú, eres Marcos - respondió Mateo con una carcajada.

Y todos terminamos riendo, como si por un instante no importara si ella aparecía o no.

Capítulo 25:

El gran día había llegado y yo estaba más nervioso que en cualquier reunión de trabajo importante. Todo parecía conspirar para complicarlo. Una llamada imprevista, una reunión urgente por un problema de última hora y justo hoy, que no me tocaba trabajar. No podía delegarlo, así que tuve que gestionarlo yo. Por dentro me repetía que era mejor ya que tendría el día libre mañana. Pero hoy tenía que funcionar todo.

Entre correos y llamadas, mi cabeza no dejaba de volver a lo mismo, las bromas de mis amigos "no se presentará", "irá con una amiga" ... y peor aún, la duda de si Andrea podría pensar algo malo de mí antes incluso de darme la oportunidad de demostrarle lo contrario.

A las siete menos cuarto estaba enfrente del cine, puntual como un reloj. Por si acaso ella era como yo, de los que llegan antes para no hacer esperar. El corazón me latía tan fuerte que lo escuchaba en mis propios oídos. Sentía las manos ligeramente húmedas, como si toda la tensión se hubiera ido directa a la piel. La camisa, que había elegido con tanto cuidado, empezaba a pegarse a la espalda por el calor y los nervios.

Para distraerme, saqué el móvil. Tenía un mensaje en el grupo de mis amigos.
Mateo: "suerte, campeón, recuerda: si huye corriendo, no la persigas, queda raro"
Luis: "si no aparece, yo me ofrezco voluntario para aprovechar las entradas"
Marcos: "no la líes, bueno un poco sí, para que después nos cuentes"
No pude evitar reírme solo en la puerta. El nudo en el estómago seguía ahí, pero al menos me había desconectado un rato de la

presión, aunque los ánimos de mis amigos no ayudaban en absoluto.

Había tenido muchas citas antes, aunque, siendo sinceros, llevaba un año entero de encuentros sueltos, sin nada que se pareciera al amor. Pero a veces dicen que cuando lo sabes, lo sabes, y yo desde que pude asomarme un poco a su mundo, me di cuenta de que mi vida de adulto funcional, ordenada y previsible me parecía de pronto terriblemente aburrida. Ella tenía esa sonrisa capaz de desordenarlo todo.

No sabía cómo iba a empezar la conversación sin parecer raro. Cuando estaba dentro de mis pensamientos intrusivos, la vi. Caminaba hacia mí con un vestido amarillo, ligero, que parecía guardar el sol en la tela. El aire que se movió al pasar me trajo el olor de su perfume, suave, algo floral, y en ese instante se me aflojaron las piernas. Tenía un gesto que no supe descifrar, una mezcla de desconcierto y timidez, tal vez parecido al mío. Pero yo solo podía pensar: ahí estaba ella.

- Bueno, señor sorpresas, aquí estamos. Prometo no decir nada imprudente - me dijo, con esa media sonrisa que te deja sin saber qué decir.
- Eso espero, aunque contigo nunca se sabe - respondí, intentando que no se notara mis nervios

Nos movimos con naturalidad hacia dentro, hablando de lo básico: palomitas, refrescos, tonterías que rompen el hielo. Ella me preguntó por la película que íbamos a ver, y yo decidí seguir con el misterio.

Entrenamos en la sala. El aire acondicionado me golpeó la piel y sentí cómo la humedad que llevaba encima empezaba a secarse. Nos acomodamos en las butacas y mientras en la pantalla empezaban los anuncios absurdos de perfumes y coches, ella se giró hacia mí.

- Gracias por invitarme y por el detalle. Nadie había hecho algo así - dijo, con una voz baja como si no quisiera que el resto de la sala escuchara.

Su mirada tenía ese brillo que me obligaba a no poder apartar mi mirada.

- Me alegra que hayas venido – respondí inclinándome un poco hacia ella - Era imposible olvidar tu mirada como me dijiste en el teatro.
- Bueno ya…- dijo ella mirando de nuevo a la pantalla, con cara de no quiero hablar sobre el tema. Se notaba como se le había acelerado el corazón.

Ella se mordió el labio de forma involuntaria, pero lo suficiente como para que el aire de mis pulmones se sintiera más pesado.
Todo iba mejor de lo esperado, el murmullo previo, la oscuridad cayendo poco a poco, en ese momento solo podía pensar que quería hablar un poco más. Hasta que en la pantalla apareció el título y ella se giró de nuevo hacia mí.

No hizo falta que dijera nada. Su cara, no era miedo todavía, era desconcierto. En el segundo siguiente, cuando la música de tensión llenó la sala, vi cómo se tensaba.

- ¿Te pasa algo? - le susurré, notando cómo mi voz se mezclaba con el sonido de los altavoces.
- No…- dijo, pero la voz le salió floja.

No quería decirme lo que pensaba, lo notaba y esta vez, estaba seguro, no era culpa mía o eso quería creer.

Capítulo 26:

Estábamos dentro del cine. Apenas habían pasado unos minutos y ya podía sentir cómo sus piernas rozaban las mías. Esa sensación me recorría entera, como si mi piel tuviera un radar que detectaba solo su calor.

Después de darle las gracias y generar un silencio absurdo, me empezó a entrar un calor que no venía precisamente de la calefacción. ¿Esto es real? ¿Todo esto me estaba pasando a mí?

Como siempre, llegó mi enemigo favorito, la duda ¿y si esto acaba siendo otro desengaño? Tres años de psicóloga, cientos de conversaciones sobre autoestima y miles de videos de motivación de "mujer empoderada" pero aquí estaba yo, con el corazón a mil y un miedo que no sabía de dónde salía. ¿Será que de verdad me gusta? Porque nunca antes había sentido algo así por alguien cuyo nombre ni siquiera sé.

La película empezó, y ahí lo ví. Esa tipografía chorreando sangre ficticia, que originales. Esa música siniestra de violines desafinados que ya me avisaban: Andrea, no duermes en tres días. No podía ser. No podía tener tanta mala suerte. Mi cerebro empezó a buscar excusas a la velocidad de Google: "Uy, creo que me dejé la plancha del pelo encendida, la vitro encendida, algo encendido, lo que sea…" pero mi cuerpo estaba pegado a la butaca como si fuera de velcro.

Intenté disimular cuando me lo preguntó, pero era inútil. Todos los orificios de mi cuerpo querían cerrarse a la vez para no ver ni oír nada, pánico total. Tenía la misma disposición para ver esa película que un gato para darse un baño y lo peor es que todavía no había pasado nada. Ni un susto. Solo esa musiquita tensa, como cuando tu madre te dice "luego hablamos" y sabes que tu vida corre peligro.

Yo intentando aparentar que estaba bien para no arruinar lo que él había preparado con tanto cariño. Pero vaya gusto tenía el señor sorpresas. ¿En serio? ¿Se querrá hacer el héroe? Lo miré de reojo y me encontré con su expresión una mezcla de preocupación y… ¿incomodidad?

Entonces, sin previo aviso, me puso la mano sobre la pierna. Sentí un cosquilleo que nada tenía que ver con el miedo que sentía en ese momento. Se inclinó hacía mí, tan cerca que su aliento me rozó la oreja, y con voz baja, casi un susurro cargado de algo que me hizo temblar me dijo:

- Vámonos de aquí.

Capítulo 27:

Salimos del cine y me temblaban hasta las pestañas. El aire frío del pasillo me dio de lleno, pero no fue suficiente para enfriar lo que tenía por dentro. Entonces él, como si pudiera leerme la mente, deslizó su mano sobre la mía y la apretó con una seguridad que me atravesó entera.

No dijo nada, no hizo falta. Esa mano firme, cálida, me transmitió una calma que ninguna palabra podría haber conseguido. Sentí cómo mi respiración se acomodaba al ritmo de la suya, cómo la tensión me bajaba del pecho a las piernas, y aun así, no lo solté.

- Vaya gusto tienes - le dije con una sonrisa nerviosa - ¿Quién invita a una chica en una cita a ver cómo descuartizan gente? Pues ahora me vas a tener que acompañar al baño de aquí a Navidad y todo por tu culpa - seguí escupiendo palabras. aunque él sonriera, porque cuando me pongo nerviosa no hago nada más que decir cosas de mierda.

Él volvió a reírse, y en ese momento entendí que no iba a soltarme. No porque me sintiera frágil, sino porque de alguna forma, los dos estábamos mejor así. Con las manos entrelazadas y sudadas, recorrimos todo el camino hasta el restaurante.

Era un italiano precioso, con paredes de ladrillo visto, velas en las mesas y un olor a albahaca que te abrazaba antes incluso de sentarte. Ya con el calor del lugar, no sabía si mi palma estaba húmeda por nervios, por temperatura o por el hecho de que no me importara lo más mínimo seguir de la mano.

En la mesa, la conversación se fue a lugares que no esperaba: nuestra infancia, las familias, los miedos absurdos que yo había sentido antes de llegar hasta allí. Fue tan natural que daba hasta confusión, como si nos conociéramos desde hacía años.

Cuando llegó la cuenta, se produjo ese momento incómodo del "a ver quién paga". Pero él lo cortó de raíz.

- Pago yo - soltó tan rápido que no me dio tiempo ni a buscar la cartera.
- Así da gusto, hay que cuidar de la novia ¿verdad? - Añadió el camarero con una sonrisa cómplice.

Nos miramos, y en ese cruce de miradas se me escapó una sonrisa que ni yo pude controlar. De esas que suben despacio. que se sienten más en la piel que en la boca. Sentí cómo mi respiración cambiaba y cómo un suave calor se colaba por mi pecho.

- ¿Van a querer postre? - preguntó el camarero.
- Querida novia, ¿vas a querer algo de postre? - me dijo él, con toda la cara.

Yo noté cómo mis dedos jugueteaban con la servilleta, más por no delatarme que por otra cosa.

- No, gracias, mi nivel de azúcar ya está por las nubes - contesté, intentando mantener el tono ligero.

Pidió un tiramisú, y cuando lo pusieron en la mesa, empujó el plato hacia mí.

- Solo una cucharada - dijo, y claro, una cucharada fue tres.
- Compartiendo postre y todo, esto va muy bien - añadió con una media sonrisa que me encendió más de lo que quise reconocer.

Mi cuerpo reaccionó antes que mi cabeza: las piernas tensas, la espalda recta, el estómago apretado y esa electricidad en la piel que

me decía que estaba justo donde quería estar.

Yo, para no dejarle el terreno ganado del todo, cambié de tema con una pregunta absurda sobre la decoración del local. Pero, aun así, sentí que nuestras miradas seguían hablando por debajo de todo lo que decíamos.
Y justo en ese momento, una mano tocó mi hombro por detrás.

- Carlos… ¿hola de nuevo?

Capítulo 28:

A l principio pensé que era un déjà vu. Luego vi la realidad entera de golpe. Carlos no estaba solo. Venía con "compañía" y entre esas caras, vi una que conocía aún más. La mueca que más me removió el estómago: Alex, mi ex. El prefecto amigo que describía Carlos, no lo culpo a mi también me engañó por muchos años. Es difícil quitarte la venda cuando Alex te atrapa. Tenía que ser él. El destino y sus bromitas.

Aparecieron como una banda salida de un videoclip, mismos pasos, misma chulería, y ese olor a after shave caro que siempre me ha olido a mentiras. A cuál más repelús. No culpo a Carlos, pero con quién te vi te comparé. Me miraba como si me hubiera pillado robando el sol. ¿Qué le habría contado Alex? ¿Qué versión de mí había firmado con sangre?

Noté el golpe antes de entenderlo, el pasado me cayó en los hombros como una lluvia inesperada. Con Alex lo pasé fatal. Me quedé sin risa durante meses y ahí estaba él, con una sonrisa de costado, entretenido con el circo, disfrutando de verme pequeña.

- Vaya - soltó Carlos, medio risa, medio juicio - que casualidad encontrarte, te veo bien acompañada, no pierdes el tiempo y yo pensando que estaban pasándolo mal, y estás con él.

"Con él". Como si el pronombre fuese un dedo acusador. Alex, desde atrás, dejó escapar una carcajada corta, de esas que te desordenan por dentro.

- Tranquilo, Carlos - dijo Alex, fingiendo paz - Ella siempre fue intensa.

“Intensa”. La palabra me cortó por la mitad. Sentí el ardor subir a la cara, la garganta apretada. Iba a contestar cualquier cosa torpe, a la defensiva. En ese momento él me agarró de la mano. No tiró de mí. Solo me sostuvo, firme, cálido. Su pulgar dibujó un semicírculo mínimo sobre mi piel, como si cerrara una puerta para que no entrara el frío. Lo miré. Esa mirada decía “no te preocupes” sin decirlo y por primera vez en muchísimo tiempo, obedecí.
Él dio un paso al frente sin soltarme.

- Perdonad - dijo, suave, educado, sin subir el tono - creo que os estáis confundiendo de persona y de historia.

Carlos parpadeó. Alex ladeó la cabeza divirtiéndose.

- ¿Quién eres tú? - escupió Alex.
- Alguien que escucha - respondió él - y cuando uno escucha, se nota quién viene a proteger y quién viene a desahogarse sin importar cómo dejas a una persona.

No necesitaba saber quién era ni qué había pasado entre ellos. Bastaba con verla tensarse a mi lado, con la forma en que se había apagado en cuestión de segundos. Con cómo había dejado de estar presente.

Silencio. El aire olía a metal, a esa electricidad que precede la tormenta. Él siguió:

- No hace falta conocer todos los capítulos para saber cuándo una persona está siendo injusta con otra. Hoy no voy a permitirlo.

No hubo gritos, solo verdad y dolió en el sitio exacto. Vi a Carlos bajar la mirada, incómodo, como si acabara de verse en un espejo que no le gustaba. Alex intentó reír, pero el sonido le salió hueco.

Entonces él se levantó del todo, aún con mi mano en la suya, y me ofreció la otra, abierta, invitándome a salir de ahí. Era un gesto antiguo, simple, precioso.

- ¿Nos vamos? - susurró, solo para mí.

Asentí. Mis piernas temblaban, pero caminan. Atravesamos el pasillo entre mesa y mesa como quien cruza un puente en llamas sin mirar atrás. A nuestras espaldas un murmullo, delante la puerta.
No habló. Yo tampoco. A veces el lenguaje es el peso y el silencio la cura. Cuando por fin me giré hacia él, quise darle las gracias, todas las gracias, una por cada noche que me creí el cuento de que yo no era suficiente.

- No sé…- empecé, con la voz hecha hilitos - no sé cómo has sabido exactamente qué decir.
- Solo leí entre líneas - dijo, sonriendo de lado - lo que vi fue a alguien que no tenía que justificarse ante nadie.

Me ardieron los ojos, pero no lloré. Había algo en su forma de mirarme que colocaba los muebles por dentro. Como si el caos tuviera, al fin, su punto y final.

- Gracias - alcancé a decir - no sé nada de ti.
- Hoy ya sabes lo que importa - respondió - que estoy contigo.

Fue suficiente. No me hacía falta nada más para empezar a conocerlo. Afuera, la noche nos recibió con una brisa tibia. Él apretó un poco mi mano, solo un poco, como un “aquí estoy” y el mundo, que un minuto antes me caía encima, de pronto cabía dentro del pecho. Donde me dolía. Donde, por fin, respiraba en paz.

Capítulo 29:

La noche tenía un peso raro como que todo flotaba, pero agobiaba a la vez. Tenía ese brillo que hace que todo parezca irreal. Su mano seguía enlazada con la mía, como si fuera algo natural, como si la hubiera sostenido toda la vida. No podía quitarme de la cabeza todo lo que había pasado, parecía una vaca rumiando como siempre. El silencio seguía apoderándose de nosotros. Aunque él dio el paso a comenzar a hablar empezó a decirme que no sabía comer espaguetis sin parecer un desastre y yo le conté que no sé usar palillos chinos, pero finjo que sí cuando no quiero quedar mal. Acabamos haciendo un ranking de "los platos que peor sabemos comer en público".

- Él mío, sin duda, después de los espaguetis sería la sopa - dijo, con una seriedad imposible de dudar de su palabra.
- ¿La sopa? - me reí - eso no tiene dificultad.
- Claro que tiene, cuando te quemas la lengua en la primera cucharada porque no sabes lo caliente que puede estar y luego finges que está todo bien.
- Vale, eso sí me ha pasado - no puede evitar reírme.

Nos miramos sonriendo, y por un segundo sentí la incomodidad del encuentro. Entonces él bajó un poco la voz, como si el tema se colara solo.

- Sabes que puedes contarme lo que quieras - dijo - No voy a insistir en lo de antes con ese chico. No recuerdo ni su nombre - No hizo falta decirlo. Yo tampoco iba a pronunciarlo. Pero su cara cambió de repente - continuó - sé que no nos conocemos mucho, pero me encantaría

hacerlo. Quiero conocer cada parte de tu historia tanto las cosas buenas como las que más te pesen.

No me lo esperaba. No era una frase vacía. Sonaba a promesa. Mi garganta se cerró y sentí como la emoción subía sin permiso. No podía hablar. Me limité a mirarlo, y entonces las lágrimas aparecieron. No eran dramáticas, eran esas lágrimas silenciosas que aparecen cuando alguien ve algo que nadie más ha querido mirar.

No me preguntó nada más. Solo se detuvo, soltó mi mano y me envolvió en sus brazos. Su barbilla rozó mi pelo y sentí su respiración, tranquila, como si me prestara la calma que yo había perdido.
Me quedé ahí, cerrando los ojos, escuchando los latidos que parecían acompasarse con los míos. No necesitábamos hablar. Ese abrazo era la conversación entera.

Cuando nos separamos un poco, él me miró con una expresión que decía "lo entiendo, no hace falta que digas más" y como si supiera que yo necesitaba aire, cambió de tema con una naturalidad perfecta.

- Por cierto ¿sabías que los flamencos no son rosas?

Me quedé mirándolo, sin entender nada. Luego solté una carcajada.

- ¿Perdona? - me salió del alma
- Que no, que nacen grises. Se ponen rosa por la comida. por eso es muy importante saber lo que uno se mete en la boca - Soltó con una sonrisa.
- Me estás tomando el pelo - sabía que me estaba tomando el pelo.
- Nunca te tomaría el pelo - dijo, mirándome como si me devorara con cada una de sus palabras.

La conversación se llenó otra vez de tonterías, qué animal nos representaría mejor, que haríamos si nos tocara la lotería, o si

fuéramos capaces de vivir un año sin redes sociales. Entre broma y broma, llegamos a la puerta de mi casa.
Entonces llegó ese momento. Ese instante que parece estirarse y que todo el mundo reconoce, la despedida que podría convertirse en beso.
Mi cabeza gritaba: Beso, beso, beso…pero había algo en mí que se resistía. Quizá por miedos, quizá porque no quería que la primera cita se cerrara con una escena de película ya que había sido un poco drama.

- Entonces… nos veremos pronto ¿no? - preguntó él, con una sonrisa que me desarmó.
- Claro - respondí, intentando sonar natural y olvidar esa cara de pibón que tiene.

Entonces mi boca, como siempre, decidió arruinar el momento con algo absurdo.

- Bueno, si no me atropella una grúa mañana, que están haciendo obras en mi calle y bueno, nunca se sabe. Con la suerte que tengo
- Tranquila es poco probable - Él se echó a reír - la suerte puede cambiar.

Yo sonreí como una tonta que no sabe qué decir, abrí la puerta más rápido de lo normal

- Bueno… - dije – alargando la palabra como si así ganara tiempo – Pues...ya está, ¿no?

Él me miró con una media sonrisa, como esperando algo más.
Di un paso hacia él con la intención de darle dos besos, pero me quedé a medio camino, dudé...y retrocedí torpemente.

- Nada - añadí deprisa – Que... Hasta otro día.

Me reí nerviosa, abrí la puerta del todo y entré casi de espaldas.

- Bueno, adiós - rematé desde dentro, antes de cerrar.

Cerré. Me apoyé en la puerta, sintiendo aún el calor de su mano en la mía y sus palabras dándome vueltas.

- Soy idiota - susurré.

Capítulo 30:

Me quedé apoyada en la puerta, como si fuera un personaje de película dramática repasando todo lo que había pasado. El corazón me latía rápido, la sonrisa no se me borraba y estaba a punto de entrar en un retiro espiritual improvisado cuando sonó el timbre. Duró poco mi momento místico. Treinta y dos segundos exactos.

La primera idea fue clara: quiere el beso. Las siguientes ideas no fueron muy glamurosas, me olerá el aliento ajo del entrante o tendré algún trocito de rúcula en los dientes.
Respiré hondo, me coloqué el pelo como si eso fuera a arreglarlo todo y abrí la puerta.
Él estaba ahí, mirándome, yo lo miré.

- ¿Qué pasa? - pregunté, de una manera absurda, con ese tono de "me pillas en mal momento".
- Pues…que antes de irme necesito tu número - alzó una ceja - o ¿es que no quieres volver a verme?

¿No querer verlo?, por favor. Si tenía ese cuerpo de anuncio de colonia, ese pelo un poco largo y ondulado como si se hubiera bajado de una Vespa en la costa italiana, esa barba de "me he dejado esto así porque me queda bien" y esos labios que, si fueran un libro, tendrían todos los capítulos subrayados. Esos ojos, esos ojos que no le faltaba ni una pestaña y que parecían hechos a medida para mirarte solo a ti.

- Claro que quiero verte - dije, intentando que mi voz no sonara a fan loca.

Saqué el móvil, pero en lugar de decirle mi número, le di el teléfono directamente para que lo anotara. Él lo cogió, y yo no sé qué cara puse, pero seguro que era la mezcla entre "por favor, no mires mis fotos" y "si quieres puedes mirarlas todas sin censura".
Marcó su número despacio, como si cada dígito fuera una contraseña para abrir una caja fuerte.

- Te lo voy a guardar como "Chico anónimo" - dijo, con esa media sonrisa que mata.
- No te voy a insistir, pero quiero saber tu nombre - dije arrugando las cejas.
- ¿Quieres? - pregunto, divertido.
- Sí, porque ahora mismo esto es como salir a cenar con Batman y yo no soy de superhéroes.

Nos quedamos ahí, sonriendo como dos idiotas. El tiempo se alargó de esa forma rara en la que no sabes si seguir hablando o directamente dar el beso que lleva minutos flotando en el aire.

- Supongo que me voy - rompió el silencio - descansa, ah y por cierto, no te lo he dicho, te queda muy bien el amarillo. Estás preciosa.

Yo evidentemente fastidié el momento.

- A ti también - respondí sin pensar.
- ¿A mí también el amarrillo o que estoy precioso?
- …Sí - me faltó mover las manos como una foca para parecer del todo idiota.

Ahí me di cuenta de que mi nivel de flirteo era comparable al de una tostadora intentando hacer café. Me despedí atropelladamente, cerré la puerta de nuevo y me quedé pegada otra vez a ella, como mosquito hacía la luz, repasando mentalmente todo lo que debería haber dicho y no dije.

Me fuí a la cama con las palabras “estás preciosa” rebotando en mi cabeza, como una canción de un anuncio absurdo de la tele y al mismo tiempo sentí como me hablaba otra voz, la que me recuerda que las cosas bonitas a veces no duran y no son para mí.

Estaba entre dos aguas: las ganas de dejarme llevar y el miedo de que todo se rompa antes de empezar. Una parte de mi quería lanzarse de cabeza y la otra, quedarse en la orilla mirando.
Esa noche, ninguna de las dos ganó y quizá por eso me costó tanto dormir.

Capítulo 31:

Me levanté con mil cosas en la cabeza, como si la almohada hubiese sido un imán de pensamientos durante toda la noche. No sabía muy bien cómo sentirme, si dejarme llevar por lo especial que había sido todo o dejar que la duda me amargara el recuerdo. El problema conmigo siempre ha sido ese, cuando algo bueno me pasa de inmediato aparece la señora miedos (la vecina inoportuna que vive en mi pecho) y empieza a dar golpes en la puerta recordando todo lo que podría salir mal.

Él me trató como nadie en mi vida lo había hecho, y sin embargo, ahí estaba yo, preguntándome si habría pensado algo raro de mí, si me había visto demasiado nerviosa, si ese momento en la puerta de casa fue tan incómodo para él como lo fue para mí. A veces me exaspera mi propia capacidad de arruinar mis momentos felices con preguntas que no llevan a ninguna parte.

Intento ser positiva, me lo prometo cada día, pero mi mente tiene la mala costumbre de montar dramas incluso en mares en calma. En el pasado, todo eran olas gigantes, tsunamis que me arrastraban. Ahora, aunque todavía me tambaleo, siento que al menos puedo nadar, puedo flotar en un mar de olas que ya no me hunden del todo y eso, aunque no lo parezca, es un proceso.

Doy gracias de haberme dado cuenta, aunque tarde, de quién era Alex en realidad. Había estado ciega, ciega como la más ingenua, la más confiada. Es curioso cómo una sola persona puede arrancarte la poca seguridad que tienes, convertir cada una de tus certezas en escombros y hacerte creer que todo en ti está mal. Lo peor, que llegas a pensarlo tú misma. Pero ahí estaba yo, intentando recomponerme, justo cuando aparece alguien nuevo, inesperado,

que trastoca todo, que me trata de un modo que no recordaba ni que existiera.

Respiré hondo, agarré el móvil y vi un mensaje de Carlos. Solo alcancé a leer las primeras palabras: *"Lo siento por lo de anoche…".* El resto se difuminó en la pantalla porque ni siquiera quise abrirlo. Algo dentro de mí decía que no debía leerlo, que menos aún debía contestar. Sin embargo, me conozco, sé que a veces me puede el impulso, esa necesidad de cerrar círculos, de entender hasta lo que no necesito entender.

Esta vez, me esforcé en dejar el teléfono sobre la mesa de noche. No era momento de abrir heridas que apenas estaban empezando a cicatrizar. Necesitaba calma, no más ruido.
Así que decidí lo contrario. Me levanté, me até el pelo en un moño improvisado, me puse una camiseta ancha y bajé a desayunar con Emma y Pablo. Si había alguien capaz de reordenar mi energía, eran ellos. Emma con su manera de iluminarlo todo, Pablo con ese humor que siempre me saca carcajadas, aunque esté hecha un desastre por dentro.

Mientras caminaba hacia la cafetería de la esquina, me prometí que no iba a dejar que el día se convirtiera en otro campo de batalla dentro de mi cabeza. Que iba a respirar, escuchar, dejarme arropar por quienes me quieren y aunque sea por un rato sentir que estaba bien.

Al entrar, los vi en una mesa junto a la ventana, con la luz de la mañana colándose a través del cristal y bañando el local con un aire cálido. Pablo levantó la mano como si no los hubiera visto.

- Ya pedimos tu desayuno, reina - dijo con esa sonrisa suya que siempre me sube el ánimo. Frente a mí me esperaba una tostada de pan crujiente con aguacate y huevo, mi clásico infaltable.

Me senté sintiendo un alivio extraño, como si ese rincón del mundo estuviera hecho para recordarme que las cosas podían ser sencillas. Emma me pasó la taza de café. me miró fijamente unos segundos y con esa manera suya de soltar las cosas sin anestesia, lo dijó:

- Ayer me habló Alex.

El murmullo del local siguió igual, pero dentro de mí todo se quedó en silencio.

Capítulo 32:

Me quedé un momento apoyado en la encimera con el cuenco de guacamole entre las manos. Podía escuchar las risas desde el salón, pero mi cabeza estaba en otra parte. Anoche todavía me daba vueltas por dentro, la manera en que Andrea me miraba, la electricidad en cada gesto, esa sensación de que el mundo se detenía cuando estaba a su lado. Había sido una de las noches más especiales que recuerdo y sin embargo, el móvil seguía mudo.

Ese silencio después de la noche que vivimos me estaba comiendo poco a poco. ¿Habría hecho algo mal? ¿Se habría arrepentido? Intentaba repetirme que lo suyo con Andrea no podía evaporarse en unas horas, que la conexión que sentí era real. Pero las dudas se colaban entre mis pensamientos como una gotera insistente.

El recuerdo de ella llorando al salir del restaurante me partía en dos. Estaba su ex, y también ese otro tipo del que me habló. La forma en que intentaron incomodarla delante de mí. No entendía que pretendían, pero verla así, vulnerable, me revolvía por dentro.

Apreté el cuenco un poco más fuerte de lo que debía. Tenía que volver con los demás, sonreír, hacer como si todo estuviera bien, porque realmente lo estaba.
Respiré hondo, forcé una sonrisa y salí al salón con el guacamole como si fuese lo único que tuviera que preocuparme esta noche.

La mesa estaba llena. Marcos y Ana, que parecían disfrutar de cada segundo juntos. Luis y Elena, que no paraban de hablar de su futura boda, Mateo con sus bromas a destiempo y Carmen, a quien yo había invitado porque sabía que tarde o temprano me haría falta un consejo de ella, ya que el primero salió demasiado bien.

Me senté entre ellos, intentando disimular mi inquietud. Elena, radiante, describía los preparativos de la ceremonia y Luís la miraba con cara de "no sé cómo he tenido tanta suerte". Todos reíamos y por un momento conseguí relajarme.
Hasta que Marcos soltó la pregunta que toda esa noche estaban deseando saber.

- Bueno ¿y tú?¿Vas a venir acompañado a la boda?

Las miradas se clavaron en mí. Yo sabía que no podía alargar más el momento de contarle todo, buscando palabras que no me delataran demasiado.

- Todavía no lo sé - dije con una sonrisa para que sonara despreocupado - es demasiado pronto, solo hemos tenido la primera cita.

Aunque por dentro de mí sabía que me encantaría llevar a Andrea, realmente me dolía el que no me hubiera escrito en todo el día.
Me humedecí los labios, dudando, pero al final no pude callarlo más.

- Ayer pasó algo - empecé, notando cómo todos se inclinaban hacia mí para no perderse ni un detalle – Justo antes de salir del restaurante se acercó su ex y otro chico con el que había quedado el día que nos conocimos. Fue muy incómodo, parecían empeñados en dejarla mal delante de mí. Ella intentó disimular, pero en cuanto nos fuimos se puso a llorar. Lo peor de todo es que le di mi número de teléfono y no me ha escrito nada en todo el día. Fue una noche increíble, pero estoy un poco preocupado de si esa situación le pueda pesar demasiado.

El silencio fue inmediato, como si la música de fondo también se hubiera callado.

- Mira, no te ralles - intervino Luis, dándome un golpe en el brazo - si no te ha escrito es porque necesita tiempo, no

porque no piense en ti.

- Exacto - añadió Carmen con calma - No todas reaccionamos igual. A veces el silencio es solo un intento de ordenar lo que sentimos.
- Claro que sí - saltó Marcos - si después de anoche no piensa en ti, yo me rapo la cabeza.
- Pues mira, si pasa, te hace un favor - le dijo su novia - que ya te estás quedando calvo cariño.

Las risas estallaron alrededor de la mesa, y por unos segundos el nudo en mi pecho se aflojó. Pero la verdad es que, aunque intentaba tomármelo a broma, la inquietud seguía ahí. Me repetía las palabras de mis amigos, que ella necesitaba tiempo, que estaba procesando lo que pasó anoche. Quería creerlo y aun así no podía evitar pensar que algo estaba pasando.

Capítulo 33:

El mundo se me paró. La tostada se me resbaló de las manos. Sentí un golpe seco en el estómago.

- ¿Cómo que te habló Alex? - mi voz salió áspera.
- No me preguntes cómo consiguió mi número, porque yo tampoco lo sé - dijo bajito - Pero me escribió.

Pablo, que hasta entonces estaba en silencio con el zumo de naranja en la mano, levantó la cabeza de golpe.

- ¿Ese imbécil sigue dando por culo?

Emma lo miró de reojo y luego volvió a mí.

- Me escribió un mensaje diciéndome que tenía que verte. Que necesitaba hablar contigo.

Yo solté una carcajada amarga que sonó demasiado fuerte para el bar. El camarero se giró, un par de personas nos miraron, y yo apreté los labios.

- Necesita verme, ¿Cómo que necesita verme? - dije enfadada sin saber ni qué decir.
- Andrea - Emma dudó un segundo - También me dijo que te había visto con alguien anoche.

El corazón cada vez se me encogía más, ¿Qué pretendía con todo esto?

- ¿Cómo que te vio? Si ayer estuviste en la cita con ese chico anónimo ¿no? ¿Dónde te vio? - dijo Pablo con cara de duda.

Yo bajé la mirada, me temblaban las piernas de nuevo. La voz me salió rota.

- En la cita. Se acercó, con Carlos. Al final no me equivoqué Alex mi ex era su amigo. Los dos se plantaron delante como si fueran dueños del lugar y…- tragando saliva - me intentaron ridiculizar.
- ¿Cómo? ¿Y no me dijiste nada? - dijo de inmediato Emma.
- No quería darle más espacio en mi vida. Pero sí, Emma. Estuvo allí y no solo mirando, tuvo que venir a arruinarme hasta eso.

El silencio cayó sobre la mesa.

- Ese cabrón - escupió Pablo, golpeando la mesa con la palma - Qué asco me da. Es incapaz de dejarte en paz, ni siquiera cuando intentas ser feliz.
- Andrea, yo no le contesté ni pienso hacerlo. Te lo digo solo porque quiero que tengas cuidado. No voy a dejar que me use para acercarse a ti - me dijo Emma tocándome la mano suavemente.

Yo respiré hondo, pero sentí el temblor en mis manos, el calor subiendo por la garganta.

- ¿Cómo se atreve a hablarte y en cierta manera vigilarme? Después de todo lo que me hizo ¿Cómo se atreve?
- Porque es un cobarde. Porque no soporta perder el control sobre ti. Pero juro, Andrea, que no voy a permitir que vuelva a joderte la vida - soltó Pablo

Me quedé mirando mi taza de café, el líquido oscuro temblando igual que yo. Afuera todo seguía igual, coches pasando, niños con churros, la cafetera bufando y yo, ahí, con mis dos amigos que era

ahora mismo mi refugio, sentía que la sombra de Alex se había sentado en nuestra mesa sin ser invitado.
Me forcé a sonreír, aunque la voz me salió quebrada.

- Pues que ronde lo que quiera. Esta vez no me va a encontrar en el mismo lugar.

Emma me acarició el brazo, Pablo me miraba con esa mezcla de rabia y lealtad que me partía el alma. Y yo tenía el café frío delante y la certeza de que Alex había vuelto a cruzar la línea, justo ahora que empezaba a sentir que podía respirar de nuevo.

Capítulo 34:

Emma y Pablo hicieron cuartel general en mi casa aquel día. Entre risas y lágrimas estuvimos intentando no pensar en el tema, pero era imposible. El recuerdo de lo vivido en el pasado me mordía por dentro. No quería escuchar esas palabras de Emma, no quería que existiera ese mensaje, y aun así ahí estaba, presente en cada silencio.

Para colmo, Carlos me había escrito. No había mejor momento para abrirlo que en compañía.

Lo leímos juntos:

"Andrea, lo siento por lo de anoche, no quise molestar, pero al escribirte y siempre decirme que no estabas disponible para mí y verte allí en el restaurante con otro chico pues me dio rabia. También al verte me confesó Alex que era su ex y le hizo gracia que hubiéramos quedado juntos. Me vi con la valentía y la rabia de irte a hablar y me comporté como un niño. Lo siento y entiendo por qué no quisiste volver a quedar conmigo, no mola que el chico con el que salgas sea amigo de tu ex. Me gustaría que me perdonaras y si te apetece te regalo un bol de yogur de reconciliación. Espero no haber estropeado tu cita. Ya me he dado cuenta de todo y no sé si podremos ser amigos"

Me quedé muda. Pablo, en cambio, explotó

- ¡Pero qué circo es este! ¿Amigos? ¿Después de que se planta en tu cita con tu ex para hacerte pasar vergüenza? Este chaval tiene el mismo nivel de dignidad que un bolso falso del mercadillo.

Emma trató de suavizar, aunque su gesto serio la delataba.

- Al menos reconoce que se comportó como un niño.
- ¡Como un niño de cinco años malcriado! - saltó Pablo.
- Carlos es otra marioneta más de Alex. De verdad, yo estoy flipando con la gente últimamente. - dije suspirando.

El silencio duró un segundo, hasta que me acordé de golpe. Anoche, entre todo el caos, el chico anónimo me había dado su número y yo llevaba todo el día sin escribirle.
Me eché las manos a la cabeza.

- ¡Soy lo peor! Después de la cita más intensa de mi vida, de que me defendiera, de que me llevara a casa de la mano y yo me paso el día con ansiedad sin escribirle.

Pablo se tiró en el sofá de espaldas de manera teatral.

- ¡Arrestada por sabotear su propio destino! - dijo entre risas.
- Andrea, no pasa nada, escríbele ahora - dijo Emma mientras se reía y miraba a Pablo negando con la cabeza.

Miré el reloj. La una de la mañana. Los tres en pijama, rodeados de helado, palomitas y cojines como si fuera una fiesta infantil en lugar de una crisis adulta.

- ¿Ahora? - pregunté, medio riendo, medio temblando.
- ¡Pues claro! - dijo Pablo, cogiendo mi móvil como si fuera suyo - Este mensaje lo escribimos entre los tres.

Allí estábamos, inventando frases, borrando, volviendo a escribir. Yo quería contarle la verdad, que me había sentido a salvo a su lado como nunca antes, que todavía temblaba recordando su mano apretando la mía, que me moría de miedo, pero no quería dejar escapar eso.

Entre lágrimas y carcajadas, conseguí ponerlo en palabras escritas. Al final lo miré, con el móvil en la mano y el corazón en la garganta.

- Tengo un fantasma pegado al culo y al hombre más increíble del mundo detrás de un mensaje de texto.

Los tres nos quedamos callados un segundo mirando el móvil, hasta que Pablo rompió la tensión con un

- Pues dale al jodido enviar, Andrea.

Capítulo 35:

La cena en casa de Marcos y Ana había sido un festival, tacos que era más queso que otra cosa, guacamole desapareciendo a la velocidad de la luz y margaritas que parecían multiplicarse solos en la mesa. Elena discutía con Luis sobre la proporción correcta de picante, Carmen se reía de todos con la boca llena y Mateo había proclamado que la comida mexicana era el deporte oficial de los valientes.
Yo, entre risas y jalapeños, había conseguido relajarme un poco.

Después de recoger lo justo, nos fuimos al salón con un juego de cartas que Marcos guardaba como si fuera oro. La dinámica era absurda, llena de retos inventados y reglas nuevas cada cinco minutos. Entre gritos de ¡trampa!, las carcajadas y Carmen apuntando los puntos como si fuera juez oficial, me sentí por un momento a salvo de mis pensamientos.
Hasta que sonó el móvil. Vibró sobre la mesa y todos se callaron un segundo al ver cómo cambiaba mi cara. Era un número desconocido, pero yo ya sabía quién era.
Abrí el mensaje, intentando disimular.

"Hola, adivina quién soy.
Solo quería darte las gracias por lo de ayer.
Me sentí muy cuidada contigo (aunque por fuera pareciera lo contrario)
Perdona el silencio, he tenido un día de esos intensos, se me han removido cosas y necesitaba respirar antes de escribir.
Ya está, comunicado digno escrito.
PD: espero que tu mano haya sobrevivido; la mía aún tiembla al recordarlo"

La sonrisa me salió sola. Imposible contenerla.

- ¡Es ella! - gritó Marcos, señalándome con la copa en la mano.
- No…- empecé a decir, inútil.
- ¡Que sí, que es ella! - añadió Carmen, levantando medio cuerpo sobre la mesa- llevas toda la noche con cara de perro apaleado y ahora pareces un anuncio de pasta de dientes
- Al fin - dijo Elena, con gesto triunfal.
- Ya era hora, macho - remató Mateo, dándome un golpe en el brazo.

Intenté hacerme el duro, pero la sonrisa me delataba más que cualquier palabra.

- Va, enséñalo - dijo Marcos.
- Ni loco - dije al instante.
- ¿Qué le vas a contestar? - preguntó Carmen, con esa sonrisa pícara que daba miedo.

Me encogí de hombros. No quería sonar desesperado. No quería invitarla de nuevo directamente. Pero me moría de ganas de verla. Así que escribí, aparentando calma:

"Me alegra mucho tu mensaje. Yo también sigo pensando en lo de ayer. Últimamente paso bastante por el café de la primera vez, me ayuda a poner la cabeza en orden. Quién sabe, igual nos cruzamos"

Lo envié, guardé el móvil y cogí mi margarita como si nada.

- Un mensaje normal - dije, intentando sonar indiferente.
- Normalísimo - rió Marcos - tienes la cara más roja que el chile que te pusiste en el taco.

Las carcajadas volvieron a llenar el salón. Yo intenté seguir con el juego, pero cada tanto me tocaba el bolsillo. Esperando que vibrara. Fingiendo que no estaba emocionado. Acababa de empezar otra partida mucho más emocionante que cualquier otro juego de cartas.

Capítulo 36:

El móvil vibró antes de que me diera tiempo a arrepentirme de haber enviado nada. Lo abro y ahí está, un mensaje, de esos que se leen una vez, se releen dos y a la tercera ya no sé si estoy entendiendo algo o si necesito un manual de instrucciones.
Me puse a leerlo una y otra vez.

- ¿Qué te ha dicho? - me dijo Emma con la cara desencajada.

Le pasó el móvil sin decir palabra, como sí ella pudiera ver algo que yo no podía. Era el mensaje más genérico que me podía enviar. Sentí que era lo típico que le dices al pesado o la pesada de turno para que te deje en paz, no me había contestado a lo que yo le había puesto. Emma se puso a leer y sonrió de inmediato.

- Vale, está clarísimo. Te está diciendo que quiere verte, pero con ese rollo sutil de "oh, qué casualidad, igual nos cruzamos" - soltó lo que pensaba y se lo pasó a Pablo -Mira, mira…

Pablo lo lee de un vistazo y suelta lo primero que se le pasa por la cabeza, típico de él.

- Esto es de primero de traducción masculina, "quiero verte, pero no me atrevo a decírtelo de golpe" un poco cobarde por su parte después del numerito de la primera vez - dijo Pablo con la seguridad de yo tengo razón en todo.
- ¿En serio? Porque yo lo que he entendido es no sé qué ponerte a la una de la mañana y quiero quedar bien con cafetería incluida.

- Lo de la cafetería es un guiño, Andrea. Como diciendo "ese sitio me importa porque fue donde empezó todo" además seguro que lo dice porque sabe que te viene bien. Está cerca del trabajo, pasas todos los días por ahí.
- Pues a mi ese sitio me da urticaria - digo, dejando caer la cabeza contra la almohada - Entre Alex, Carlos y ahora esto, la cafetería parece más bien la línea de meta de una carrera de obstáculos.
- Eres increíble. Ten están diciendo en HD que quieren verte y tú piensas en modo drama - dijo Pablo resoplando.
- Haz lo que quieras, pero yo lo veo claro, aunque sea raro ahora mismo, lo mejor es que lo veas. Ya sabes que los encuentros inesperados tienen magia. - dijo Emma poniendo la ilusión que a mí en ese momento me faltaba.
- No voy a ser directa. Ni loca poniendo "quedamos mañana" así sin más. Estoy demasiado…- hago un gesto circular alrededor de mi cabeza - revuelta, vamos a llamarlo así.
- Entonces mándale algo no le dejes sin contestar - me dice Emma, la reina de no contesto a los WhatsApp - dile algo divertido, que no cierre la puerta, pero que tampoco te ate a la dichosa cafetería.

Respiro hondo, cojo el móvil como si fuera una bomba a punto de estallar. Escribo, borro, escribo, borro. Hasta que, al final, me salen las palabras perfectas y esta vez sin ayuda.

"Pues nada, ya ves, la vida tiene esas casualidades. Quién sabe, igual volvemos a coincidir sin querer y si no, siempre nos quedará el té, porque el café no me atrae últimamente trae demasiadas emociones"

Lo leo en voz alta. Pablo suelta un bufido.

- Eso no es un mensaje, es un jeroglífico. - dijo con cara de la vas a cagar amiga si mandas esa mierda de mensaje.

- Es perfecto, es tan tú, no creo que sea tan tonto de no entenderlo - dijo Emma dándome ánimos.

Le doy a enviar y cierro los ojos como si hubiera lanzado una botella al mar.

- Listo. Ahora que el universo se encargue ya que él manda más en mi vida que yo últimamente.

Capítulo 37:

Salí del trabajo con la cabeza como una lavadora centrifugando en bucle. Llevaba todo el día intentando ver el móvil porque la respuesta me sonó en el trabajo cuando tenía que hacer como si no lo hubiera escuchado. Lo abrí como abres un paquete de frutos secos muerta de hambre en un viaje largo en tren. Su respuesta estaba ahí.

"Un té también viene bien, dejemos los cafés para otro día. Además, he leído por ahí que es malo para la salud."

Me quedé mirando la pantalla incrédula. ¿En serio? ¿Eso era todo? Después de la tensión, de la química, de cómo me hizo sentir… ¿Me responde con un comentario de herbolario? Un mensaje tan plano que es normal que me de rabia. Yo esperaba un guiño, una chispa, algo que me confirmara que lo que había sentido no lo había imaginado y me encuentro con un consejo nutricional.

Me dio coraje, mucho. Porque no eran los mensajes que esperaba de él. No cuadraba con la persona que había tenido delante. Como me conozco y sé cómo soy impulsiva, capaz de soltar una barbaridad escrita en caliente, decidí no contestar. Guardé el móvil y me fui a casa de mi madre. Ella siempre consigue calmarme.

En cuanto abrió la puerta ya me estaba analizando de arriba abajo.

- ¿Qué te pasa, hija? - preguntó con ese tono de no admito mentiras - Estás rara, tienes mala cara.

No falla, Nunca falla. Intenté disimular, pero es imposible. Mi madre me conoce mejor que nadie. No iba a soltarle lo de Alex escribiéndole a Emma, ni mi rabia con los mensajes del "chico

anónimo". Así que me encogí de hombros y me dejé caer en la cocina.

Si pienso en todo lo que pasé en mis peores momentos, sé que sin ella no habrían curado mis heridas. Cuando no podía dormir sola en el piso de alquiler, cuando las noches se me hacían eternas, ella estuvo ahí. Me dijo "quédate aquí, no tienes por qué estar sola". Fue mi refugio, mi sostén. También la que me animó a comprarme mi casa. Pequeña, con una sola habitación, pero mía. Un rincón que me devolvió un poquito de control. Bueno, mía y de Bolín, que en cuanto entró conquistó el sofá como si siempre hubiera sido suyo.

Mi madre me puso delante una taza de té, tan caliente que chillaba hasta la taza. Mientras soplaba, empezó a hablar del viaje con mi padre. La misma historia de siempre, no se ponen de acuerdo. Que si playa o montaña, que si fechas, que si dinero. Yo los escuchaba discutir entre pullas cariñosas y no podía evitar sonreír.

Ese es el amor de verdad, pensé. No perfecto, ni idílico pero real. Se quieren. Se nota hasta en la manera en la que no están de acuerdo, en cómo uno acaba cediendo para que el otro no se quede con las ganas. Ese amor imperfecto pero sólido me recordó que sí existe, aunque a veces me haya convencido de lo contrario.

Me veo a mí misma recordando lo mal que lo pasé, las veces que me sentí rota y sola. Las noches en las que pensé que nunca encontraría algo parecido y también recordaba como mi madre estuvo siempre ahí sosteniéndome, sin juicios, sin reproches. Solo estando.

Bebí un sorbo de té y no pude evitar sonreír, aunque mi madre me mirara con cara de esta hija mía cada día está más loca. Estaba soso, sin gracia. No era lo que quería. Lo que de verdad me apetecía era un café y, por qué no, quizá en esa cafetería mañana.

Capítulo 38:

Me desperté con un pensamiento clavado en la cabeza, lo echo de menos y ni siquiera lo conozco. Era absurdo, pero lo sentí de verdad.

Sentía una mezcla de nervios y vértigo, como si el destino tuviera preparado algo para mí que ni yo misma podía imaginar. Mi orgullo me frenaba, no iba a escribirle. En ese momento quería lanzar un pulso al universo, si es para mí, aparecerá en esa cafetería y si no, que se quede en la categoría de los sueños raros que una tiene a los treinta.

Me arreglé como si fuera a una celebración importante. Uñas recién pintadas (por fin sin parecer el cuadro de un niño de tres años), pelo medio decente y, para rematar, ese perfume caro que guardo para ocasiones especiales, Good Girl, de Carolina Herrera. Un lujo, si, pero hoy quería oler a que mi vida estaba bajo control aunque fuera mentira.

Salí de casa y, de pronto al llegar, empecé a caminar como si mis pies estuvieran en un concurso de baile absurdo. Tres pasos adelante, dos atrás, un amago de media vuelta. Me reñía mentalmente "Andrea, ¿qué hacer? ¿quieres verlo o no quieres verlo? ¿vas a entrar o vas a montar una coreografía en mitad de la calle? te falta música de fondo.

Entonces, como si la vida hubiera decidido fastidiarme el numerito, vi a Alex.
Mi corazón dio un vuelco. El aire se me quedó atrapado en la garganta. Después de lo que me dijo Emma esto es lo peor que me puede pasar encontrarme con él. No, no esto no.
Lo vi acercarse, y sentí que el suelo se abría. Me imaginé lo peor, encontrarme con él en ese momento, justo hoy. justo aquí.

Entré a la cafetería casi de un salto, escondiéndome como si me persiguiera hacienda, y precisamente el universo habló y ahí estaba él. Claramente el universo me había escuchado. Lo había manifestado. Estaba en una mesita alta con su café en la mano y esa preciosa cara que hacía que cualquier maravilla del mundo pareciera fea a su lado.
Pero mi alegría chocaba con el nudo que aún tenía en la garganta por Alex.

Me pegué a su espalda, disimulando como si él fuera un ropero humano que podía ocultarme del resto del mundo.
Él giró la cabeza, extrañado, con esa ceja levantada que me hacía sentir como si me hubiera pillado haciendo algo que no debía y en parte no se equivocaba.

Yo intentaba sonreír mientras echaba algunas miradas nerviosas hacia la calle. Alex pasó y seguía andando cada vez más lejos, hasta que dobló la esquina. Nunca había sentido tanto alivio. No entraba. Ni siquiera iba a la cafetería. Drama mental nivel experto, me lo monto sola y me lo creo.

Él me miró un segundo más, esta vez con un gesto serio. Me tomó suavemente del brazo y me guió hasta una mesa. No decía nada, solo esa calma que a mí me faltaba.
Cuando me senté, me temblaban las manos. Él apoyó los codos en la mesa, me miró fijamente y dijo, con una preocupación que se notaba en el ambiente.

- Andrea ¿qué está pasando?

Capítulo 39:

Su mirada me atravesaba, seria, fija, como si esperara que por fin me quitara todas las máscaras. Me removí en la silla, incómoda. No quería soltar la verdad de golpe. Así que improvisé.

- Nada, he entrado un poco sobresaltada porque pensé que no ibas a venir y cuando te vi aquí fue como susto y alivio a la vez.

Él no respondió. Solo me miraba esperando más. Yo añadí, buscando una salida rápida.

- Además…me gusta correr un poco antes de llegar al café. Así siento que ya empiezo el día con energía.
- ¿Con esos tacones, Andrea? - me dijo arqueando una ceja.

Solté una carcajada nerviosa.

- ¡Oye! el cardio intenso con tacones es tendencia. Lo vi en internet, como tú viste que el café era malo para la salud.

Él parpadeó, pillando la indirecta. Yo crucé los brazos, medio riendo, pero con la espina aún clavada.

- En serio, ¿a quién se le ocurre contestar eso después de la tensión del otro día? un mensaje de nutricionista no era precisamente lo que esperaba.

Él apretó los labios, conteniendo la risa y bajó la mirada como si asumiera todo lo que le estaba diciendo. Yo suspiré, y el humor se me cayó de golpe.

- Vale, ya está, te lo voy a contar. Total, no tengo nada que perder - al decirlo él no pudo evitar inclinarse hacia delante.

Por un instante, vi cómo a él se le iluminaba la cara, como si aquello le diera un alivio secreto. Pero enseguida lo disimuló, serio otra vez. Bajé la mirada y seguí.

- Vi a Alex antes de entrar. No sabes lo mal que lo pasé con él. Fue una etapa muy oscura, Nunca me había sentido tan pequeña, tan anulada y no quiero volver a pasar por eso. Solo de pensar que podía entrar por esa puerta y verme, se me revolvía todo.
- ¿Qué haces tú cuando sientes eso? ¿Tienes algún recurso para aliviarlo? - preguntó después de respirar hondo.
- Sí, hay varios. Pero lo que mejor me funciona es estar acompañada. Con mis amigos hacemos lo que llamamos "terapias caseras". Ponemos una pelí, pedimos comida, hablamos, nos reímos, lloramos si toca y de repente todo se hace más llevadero.

Él me escuchaba con esa atención que casi me daba pudor. Entonces, con un brillo pícaro en los ojos, dijo:

- Pues si eso funciona, tengo una propuesta.
- ¿Ah sí? - pregunté, con cara de no saber que iba a soltar ahora después del monólogo que le había soltado.
- Sí. Olvídate de tus terapias caseras. Esta noche, ven a mi casa. Yo pongo la cena, tú la terapia. Pasamos el trauma juntos - Se inclinó un poco, bajando la voz - y prometo no volver a mandarte un consejo nutricional.

Se me escapó una risa nerviosa, no pude evitar que mi cuerpo se sobreestimulara. Era un descarado, pero en el fondo lo que más me apetecía era decirle que sí.

Capítulo 40:

No recordaba la última vez que había tenido tantas mariposas en el estómago. Bueno, no eran mariposas sino murciélagos revoloteando sin control.
Todo el día había girado en torno a esa cena. La depilación completa me dejo la piel más irritada que después de una exfoliación con sal, la mascarilla de arcilla que prometía milagros me dejó con la cara tensa como una estatua y el ritual interminable de acicalamiento que solo hacemos las mujeres cuando sabemos que la noche promete. Perfume, uñas, pelo planchado con tanto esmero que casi podía usarlo de espejo. Hasta había rehecho tres veces el delineado porque ninguna línea me parecía lo suficientemente firme.

No era solo coquetería, era miedo, nervios y, en el fondo, ilusión. Mientras me miraba al espejo antes de salir, pensé que esa chica que me devolvía la mirada parecía otra. Tal vez más valiente de lo que yo me sentía en ese momento.

Cuando llegué a su piso, la primera sorpresa fue el propio lugar. Me esperaba algo funcional, frío, de hombre práctico que vive en una ciudad, pero no. Era grande, con tres habitaciones y cada rincón estaba cuidado con un aire acogedor que me desconcertó. Alfombras suaves, una luz cálida en lugar de las típicas bombillas blancas que matan la intimidad y un orden casi sospechoso, como si hubiese repasado cada detalle antes de que yo pusiera un pie allí.
Lo único que no esperaba, y que descubrí sin querer, fue su pequeño santuario friki. Había ido al baño porque llevaba toda la cena con la obsesión de que quizá tenía un moco visible (¿por qué el cerebro decide torturarme con esas cosas en los peores momentos?). Abrí sin pensar una puerta entreabierta y ahí estaba: una estantería repleta de figuras de superhéroes, coleccionables, cómics perfectamente ordenados y hasta un sable láser que juraría que seguro se iluminaba.

- Andrea - su voz sonó a mi espalda y me giré como si me hubieran pillado robando.
- Perdón, yo solo quería mirarme en un espejo…- balbuceé, roja hasta las orejas. Él se pasó la mano por la nuca, incómodo y sonrió.
- Supongo que ya sabes mi secreto.

Lo miré, y lejos de parecer ridículo, me resultó adorable. Ese contraste entre la seguridad que mostraba delante de todos y la vulnerabilidad de ese rincón escondido me removió por dentro.

De vuelta al salón, la conversación se volvió más íntima y ahí surgió Alex, como un fantasma que todavía me acompaña, aunque lo odie. Él me preguntó con calma, sin morbo, y yo, contra todo pronóstico, decidí hablar.

- Con Alex…fué complicado - empecé con la voz más baja de lo normal - al principio era atento, parecía que todo giraba en torno a mí. Me hacía sentir especial. Pero poco a poco todo se torció.

Me quedé callada un segundo, tragando saliva.

- Las discusiones eran cada vez más frecuentes. Podía empezar por una tontería, algo mínimo y en cuestión de segundo su tono subía, me gritaba, me decía cosas que dolían. Yo intentaba defenderme, pero siempre acababa siendo yo la culpable. Siempre encontraba la manera de que pareciera que todo era por mí, que yo lo había provocado, que yo no sabía quererle bien. y yo…le creía. Terminé creyendo que realmente no valía lo suficiente.

Sentí un nudo en la garganta, pero continué.

- Llegó un punto en que no podía reconocerme. Dejé de hablar con mis amigas, de ponerme ropa que me gustaba, hasta de dar mi opinión. Vivía intentando no encender la chispa de la siguiente discusión y aun así pasaba, pasaba igual - mis manos temblaban- nunca lo llamé de ninguna manera, nunca quise ponerle una etiqueta a la situación. Solo…me perdí. Todavía me asusta pensar que pueda repetirse.

Él se quedó en silencio. Pero no era un silencio incómodo, ni vacío. Era un silencio lleno de respeto, de escucha real. Sus ojos no me juzgaban, no había lástima, ni el típico consejo barato.
Se inclinó un poco hacia mí y habló despacio, como si eligiera cada palabra con cuidado.

- No eres débil por haber vivido eso. No eres culpable por haberle creído. A veces lo más difícil es darse cuenta de que lo que tienes delante no es amor, aunque se disfrace de ello. Lo hiciste, Andrea y eso dice mucho de ti.

Yo lo miré, sorprendida. Nadie me había dicho eso antes. Siempre había escuchado un "¿y por qué no lo dejaste antes?" o un "te lo tenía que haber visto venir". Él no, él me reconocía.

- No eres poca cosa. Ojalá lo veas como yo lo veo ahora. Porque a mí me encantas.

La frase me atravesó como un dardo. Lo dijo tan natural, tan dulce, que me dejó sin habla. Aunque me gustaron sus palabras, sentí que todo se estaba volviendo demasiado intenso. No era lo que esperaba para una cita. Sonreí nerviosa, desviando la mirada, sin saber cómo manejar la mezcla de emociones.

El silencio se hizo un instante más largo de lo normal, hasta que él ladeó la cabeza, mirándome fijamente, y preguntó.

- ¿Y por qué me da la sensación de que hay algo más que no quieres decirme?

Capítulo 41:

Me quedé paralizada con su pregunta. El corazón empezó a golpearme en el pecho, tan fuerte que lo sentía en los oídos. Sí había algo más. Claro que lo había, Alex. Le había escrito a Emma, las palabras que aún me revolvían por dentro: "*quiero verla, necesito hablar con ella*". Cada vez que lo recordaba me entraban ganas de gritar, de salir corriendo, de perderme en cualquier lugar donde su sombra no me alcanzara.

Pero no podía decirlo en voz alta. No podía darle forma con palabras porque en el momento en que lo hiciera se volvería demasiado real. Así que me quedé callada. Mi silencio fue largo, torpe, incómodo. Jugueteé con mis dedos, esquivé su mirada, sentí cómo la ansiedad me apretaba el estómago.

Él lo notó. Claro que lo notó. En lugar de insistir, sonrió con suavidad, como si no quisiera arrinconarme.

- ¿Y si salimos a dar un paseo? - propuso levantándose despacio - El aire fresco siempre ayuda.

Le agradecí en silencio esa salida. Asentí, y en unos minutos estábamos ya en la calle, caminando bajo la noche oscura y silenciosa de la ciudad. Era como si el mundo entero se hubiera detenido para dejarnos espacio a nosotros dos. El sonido lejano de un coche, alguna ventana iluminada en lo alto y nada más.

De pronto, sentí su mano buscándome. No fue un roce accidental. Fue claro, firme. Me tendió la mano y la agarró con suavidad, con la calma de alguien que sabe lo que hace.

- Estoy aquí contigo - dijo simplemente.

El contacto me estremeció. Caminamos así, en silencio unos segundos, hasta que la ciudad empezó a regalarnos escenarios. Paramos frente a un museo famoso de la ciudad, iluminado pero tranquilo a esas horas. Nos sentamos en un banco cerca y, poco a poco, la conversación se fue llenando de cosas ligeras.
Hablamos de qué nos gustaba más, si el día o la noche, de nuestros números favoritos, de los colores que más nos representaban, de lo que soñábamos para el futuro. Yo notaba cómo cada palabra suya iba quitándome peso de encima.

En un momento dado, él mencionó un libro y recordé un fragmento que me había marcado. Busqué en el móvil, lo encontré y comencé a leérselo en voz alta. Pero al levantar la vista, me di cuenta de que él no me estaba escuchando. Su sonrisa torcida lo delataba.

- Lo siento - dijo bajito, con una sinceridad desarmante - no me he enterado de nada. Solo puedo pensar en lo guapa que estás.

Me quedé congelada, con la respiración atrapada. Fue entonces cuando sentí una necesidad que me atravesó entera: BESARLO. Nos acercamos lentamente, sus ojos buscándome, los míos resistiéndose. Nuestros labios estaban a un instante de encontrarse y de pronto se encendieron los aspersores del jardín del museo.

El agua salió disparada y los dos estallamos en carcajadas. Él no dudó, me levantó en brazos como si de verdad estuviéramos en una película romántica y atravesó conmigo aquel muro de agua. El frío de las gotas, la risa imparable y sus brazos fuertes alrededor de mí me hicieron sentir que el mundo se reducía a nosotros dos.

Entonces lo miré y él me miró, ya no hubo más interrupciones. Nuestros labios se encontraron por primera vez.
El beso fué suave, cálido y al mismo tiempo poderoso. Sus labios gruesos y firmes encajaban con los míos como piezas destinadas a

encontrarse. Un cosquilleo me recorrió la espalda, bajó por mi estómago y se extendió hasta las piernas. Era como si mi cuerpo hubiera estado esperando ese momento mucho antes de que yo me diera cuenta. Como si dos almas, separadas demasiado tiempo, se hubieran reconocido al fin.

Nos separamos apenas unos centímetros, jadeando entre risas y gotas que nos chorreaba por la frente. Sonreímos y en ese gesto ya estaba escrita la continuación.

El segundo beso fue distinto, más intenso, más urgente, más sensual. Ya no era descubrimiento, era hambre. Sus labios se movían con más fuerza, con más deseo, y yo respondí con la misma intensidad. Sus manos me sujetaban con firmeza, y yo sentía que mi piel ardía, aunque el agua fría nos empapara.

Ese beso fue un antes y un después. Una promesa muda de no voy a poder besar otros labios más.
Al separarnos, nuestras frentes quedaron unidas, nuestras respiraciones mezcladas, nuestras sonrisas temblando. Ahí bajo la lluvia artificial de los aspersores y la magia de la noche, supe que algo se había sellado entre nosotros.

Capítulo 42:

Desperté con la sensación de seguir flotando. El beso todavía estaba ahí, pegado en mis labios, latiendo en mi pecho como si hubiera pasado hace un minuto. Dos besos, para ser exacta y no unos cualquiera: besos que me habían robado el aire, las palabras y, por momentos, hasta el sentido común que en mi caso no es raro pero esta vez no me sentía rara al admitirlo.

Cerraba los ojos y podía revivirlo. Esa forma en la que me miró antes de acercarse, como si lo tuviera claro desde siempre. Esa seguridad que me desarmó. Yo, mientras tanto, temblando como una idiota, con la mente en blanco, lo único que tenía claro era que jamás había sentido algo así.

Y, sin embargo, debajo de toda esa magia, el vértigo, el miedo, el peso de Alex, como una piedra en el zapato que no me dejaba caminar tranquila. Pensé en decírselo. En soltarlo esa misma noche, cuando todo estaba tan puro. Pero no pude. No quise. Decidí guardarlo. ¿Egoísta? quizá ¿cobarde? también. Pero ese momento era demasiado bonito como para mancharlo con cosas del pasado.

El móvil vibró en la mesilla. Me lancé a por él como el que se tira a la piscina el primer día de verano. No, mi madre.

"Andrea, recuerda que el cumpleaños de tu padre es dentro de dos semanas. Tenemos que ponernos de acuerdo para ver qué comprarle"

Respiré hondo, medio riendo, medio desesperada. A veces me gustaría tener hermanos. Aunque fueran insoportables. Aunque vinieras a casa a visitarme solo porque están aburridos o porque quieren arrasar con la nevera. Lo firmaría solo para no ser siempre

yo la que carga con todo, la que responde a cada recordatorio de mi madre.

Más tarde revisé el grupo con Emma y Pablo. Silencio total de él. Claro, estaba incomunicado. Se había ido de viaje a la Patagonia y antes de desaparecer se encargó de llenarnos el chat con un monólogo épico de todo lo que iba a hacer allí, fotos de mapas, un listado de excursiones y la advertencia final:
"Olvidaos de mí por una semana, putitas, que voy a vivir como un explorador del National Geographic". Así que sí, estábamos oficialmente sin Pablo durante unos días y aunque lo echara de menos, reconozco que agradecí no tener su avalancha de audios interrumpiendo mis pensamientos caóticos.

Me levanté arrastrando los pies y me puse a hacer lo de siempre: lavadora, platos, ordenar la compra. Vida rutinaria con cabeza en otro planeta. Cada prenda doblada me devolvía la sensación de sus dedos entrelazados con los míos. Cada vaso que fregaba me traía la imagen de su cara inclinándose hacia mí. Cada gesto normal era un recordatorio de lo extraordinario que había vivido y cuando más lo pensaba, más loca me volvía ¿y ahora qué? ¿Qué somos? ¿Qué significa?

Por la tarde, me di cuenta de algo absurdo, no le había contado nada a Emma, nada. Ni la cafetería, ni su casa, ni…los besos. Estaba tan atrapada en todo lo que había sentido, tan abrumada, que ni siquiera me había parado a escribirle. Emma siempre lo sabe todo, ahora iba a matarme cuando se enterara.

Abrí WhatsApp y escribí:
"Tengo muchas cosas que contarte. Mañana te lo cuento todo en persona"

Ni treinta segundos después, muy raro en Emma, respuesta suya:
"Yo también amiga"

Me quedé mirando el móvil, con el estómago encogido. Porque en mi cabeza, loca como siempre, “yo también” nunca significa nada bueno. Ahí estaba yo, con un secreto enorme que todavía no sabía manejar, y con la certeza de que mañana Emma traía el suyo bajo el brazo.

Cerré el chat y apagué el móvil. El beso seguía ardiendo en mi piel, pero ahora se mezclaba con una inquietud nueva y en medio de toda esa mezcla de magia y miedo, lo único que pude pensar fué mañana va a ser un día largo.

Capítulo 43:

Aunque las palabras de Emma me habían dejado inquieta la noche anterior, decidí repetirme que no pasaba nada. Canalizar emociones. Porque en medio de toda esa incertidumbre había algo que me iluminaba, un WhatsApp de él nada más abrir los ojos.

"Tú no podías olvidar mis ojos y yo ahora no puedo olvidar nada de ti. Nos vemos hoy".

Me quedé mirando la pantalla con el corazón desbocado. Sonreí como una tonta. Ese tipo de frases no se leen todos los días y menos con la resaca de dos besos que aún me ardían en la piel.

Le respondí rápido: *"Yo también estoy inquieta, aunque no sé si es por ti o por el café de anoche, no fué muy buena idea. Hoy trabajo, pero no pienso en otra cosa"*

Él no tardó en responder*: "Yo también trabajo. No hay problema, cuando salgas voy a recogerte y seguro que eso no es del café porque yo no he tomado nada y también me pasa"*

Reí sola en la cama. Un hombre capaz de ponerme así y encima bromear merecía, como mínimo, que yo estrenará lencería y mi camiseta rojo pasión. La ocasión lo requería y los labios rojos, por supuesto. Si hay algo que no puede faltar cuando una mujer está a punto de perder la cabeza, es un buen pintalabios.

Salí de casa nerviosa, con la sensación de que algo grande estaba a punto de pasar. Pero a cinco minutos de llegar al trabajo, el móvil sonó. Emma, que extrañó, llevaba una hora dentro del trabajo y lo normal era un WhatsApp, no una llamada.

- ¿Emma?
- ¡Andrea, no vengas al trabajo! - su voz sonaba acelerada, como si hubiera visto un fantasma - Date un paseo, lo que sea. Le ha dicho a Marisa que te encontrabas mal.
- ¿Qué? ¿Cómo que no vaya?
- Está aquí Alex - la frase cayó como un martillazo.
- ¿Qué? - repetí, con la garganta seca.
- Sí. Ya le dije que hoy no estabas, pero habló antes con Sofía y le contó que estabas a punto de llegar. Dice que no se va de aquí hasta que no hable contigo.

Me quedé petrificada en medio de la calle.

- ¿Andrea? ¿Estás ahí? - insistió Emma.
- Sí - respondí con dificultad, como si tuviera una piedra en la boca.
- No vengas ¿vale? yo termino a las cinco y voy a tu casa. Tranquila, amiga.

Y colgó.

Todo se nubló a mi alrededor. Los coches, la gente, el sol de media mañana. Todo se volvió ruido de fondo. A cinco minutos de lo que debía ser un día feliz, me encontraba de golpe con el peor momento de mi vida acechando a la vuelta de la esquina.

Regresé a casa pálida, con las manos heladas y la mente desbordada. ¿Por qué? ¿Por qué después de dos años Alex seguía apareciendo como si nada? ¿Por qué esa necesidad de irrumpir, de exigir, de quedarse plantado hasta conseguir lo que quería? ¿Qué le pasaba? ¿Por qué no entendía lo que significa poner un límite?

Me preparé una infusión para los nervios, pero me temblaban tanto las manos que casi derramé el agua. Me senté en el sofá y empecé a mirar el reloj cada tres minutos, contando las horas hasta las cinco, hasta que Emma viniera a mi rescate.

Y fué ahí, con la taza humeante entre mis dedos y el corazón desbordado, cuando pensé lo que tantas veces me había negado a decir en voz alta: en estos momentos la vida es una mierda.

Capítulo 44:

Estaba nervioso, como un niño pequeño que espera su primer regalo de cumpleaños. Desde que la conocí todo era distinto, con ella no tenía que organizar mi agenda, ni justificar el tiempo, simplemente lo quería todo para ella. Aunque siempre había sido un hombre responsable. en estos días me descubrí despistado, torpe, como si me hubieran cambiado las prioridades de golpe. Lo sabía, lo tenía claro. Cuando lo sientes así, lo sabes, y yo lo sabía.

Antes de verla decidí pasar por una floristería. Estaba en modo romántico desde hacía días, como si me hubiera activado una parte que ni conocía. Entre tantas flores bonitas, lo que me atrapó fue un girasol. No era la más elegante ni la más sofisticada, pero brillaba en medio de todas, destacando sin pretenderlo. Como ella, Andrea era un sol, capaz de iluminar lo que le rodeaba sin esfuerzo. Sonreí al imaginar su cara al recibirlo.

Me acerqué a su trabajo como le dije. Miré el reloj después de un largo tiempo esperando y eran las seis y veinte. Nada. No salía. Al final decidí entrar. Observé por encima del local, pero no la vi. Entonces me crucé con la chica a la que le había dado un pequeño detalle para Andrea la primera vez.

- Me acuerdo de ti - dijo con esa sonrisa coqueta que ya había notado antes.

No me desvíe ni un segundo de lo que quería saber.

- ¿Andrea?

Ella bajó la voz, como si confesara un secreto.

- Hoy no vino. Me dijeron que se encontraba mal. Pero… - hizo una pausa - hay un chico aquí desde hace un rato esperándola. Ya le hemos dicho que hoy no viene, pero insiste en esperar que salga Emma. Hoy estaba haciendo una hora más por Andrea.

La sangre me golpeó en las sienes. Me giré y lo vi. Alex, el ex. Con esa cara fuera de lugar, de quien no entiende que ya no pinta nada. Una rabia me ardió por dentro. Solo de imaginar a Andrea sintiéndose presionada por él, me hervía el cuerpo entero.

Salí por la puerta para no perder los nervios. Pero él me vio y me saludó con un gesto de mano como si fuéramos conocidos.

Me alcanzó enseguida.

- Vienes buscándola, ¿verdad? - su tono era una mezcla de burla y reproche- Yo también. Ella había quedado conmigo. Estaba esperándola, pero me encuentro contigo. Parece que nos han tomado por tontos. Su compañera y Emma no me han querido decir nada, pero sé que está cerca.

Lo escuché sin apartar la vista, conteniendo el fuego que me subía por dentro.

- Tú y yo no tenemos nada que hablar - le dije con voz firme - y lo que tienes que hacer es dejarla en paz. No es nada tuyo, y por lo que sé, Andrea no quiere saber nada más de ti. Así que no me hagas perder el tiempo. Eso es lo que más odio.

Él sonrió, con esa rabia disfrazada de seguridad que tanto delata a los que no saben perder.

- Se reirá de ti, igual que se rió de mí. No es tan santa como parece.

Sentí un golpe en el estómago al escucharlo, como si intentara ensuciar algo que era limpio, algo que apenas comenzaba pero que yo ya sentía verdadero. Me quedé quieto, apretando los puños con todas mis fuerzas. No iba a darle el gusto de verme caer en su juego.

Lo único que tenía claro era que, después de ese encuentro, no pensaba dejar que Andrea se enfrenta sola a sus fantasmas.

Capítulo 45:

Las horas se me hacían tan dolorosas como pellizcos. Cada minuto era una tortura lenta. Me preparé algo para merendar, un yogur con crema de cacahuetes y miel. Entre cucharada y cucharada me replanteaba mi vida entera. Como si la respuesta de mis dramas estuviera escondida en el fondo del bol.

Le había escrito a Emma como dieciocho veces. Ni una respuesta. Silencio absoluto. Intentaba convencerme de que no contestar era buena señal, que todo estaba bajo control. Pero el nudo en el estómago me decía lo contrario.

No podía más. Me ardía el culo de tanto estar sentada y los pies de tantas vueltas por la casa. Mire el reloj, las seis, un escalofrío me recorrió entera. Él iba a estar allí, me dijo que iba a venir a recogerme y yo seguía encerrada como una presa.

Tenía que moverme. Si Emma no me había escrito, significaba que todo estaba en calma. No podía haber estado Alex tantas horas rondando por ahí. No, imposible. Así que respiré hondo, cogí el bolso y salí hacia el trabajo.

Girando la esquina lo vi. A él y a Alex, juntos. Hablando. El mundo me dio un vuelco de nuevo. Sentí que se me hundía el pecho. Me quedé pegada en la pared helada, rezando porque no me hubiera visto.

¿Cómo seguía ahí? ¿Por qué no se había ido ya?

El móvil vibró. Mensaje de Emma.

"Salgo ya, amiga, pero no voy a poder ir a tu casa. Alex se quedó esperando hasta que yo saliera. Tranquila, viene Lucas en mi rescate. Sigo en la tienda esperando que llegue, no me fío del loco de tu ex. Por cierto, vi a tu chico entrar, pero ya se fue. ¿Qué está pasando, amiga?"

La cabeza me daba vueltas. Lo llamé. Me temblaba todo el cuerpo.

- ¿Estás bien, Andrea? - me contestó con voz grave, como si pudiera escuchar mi miedo.
- Sí, estoy girando la calle en la que tú estás…vine para avisarte. Pensaba que no seguía aquí.
- No te muevas. Voy a por ti - y colgó.

Al dar un paso lo sentí. Su mano agarrando la mía, firme, segura. No me dio opción. Literalmente me arrastró hasta el coche sin decir una sola palabra.

Cuando cerró la puerta me miró de frente, serio, intenso.

- Dime qué está pasando, Andrea. No entiendo nada. ¿Qué hace ese tío aquí? ¿Qué pretende?

Bajé la mirada y la vi. En sus manos. Un girasol. El mundo se me vino a los pies. Nunca nadie me había regalado flores. Nunca. Ese gesto, tan simple, me rompió. No pude contenerme. Lloré, lloré como si no hubiera llorado nunca, con todo el cuerpo, con todo el miedo acumulado y él me abrazó tan fuerte que hasta dolía.

- Podemos ir a mi casa - susurré entre lágrimas - allí te lo contaré todo.

Se inclinó hacia mí, acariciándome la mejilla, un beso en la frente y con ternura me dio el girasol.

- Es para ti. Lo vi y me recordó a ti. Tranquila, Andrea. No estás sola. Ahora estoy contigo.

Por primera vez en mucho tiempo lo sentí así.

Capítulo 46:

El girasol decoraba mi estantería del salón y él decoraba mi sofá.
Era surrealista tenerlo ahí sentado, como si mi casa hubiera cambiado de dimensión en cuestión de minutos. Quien me iba a decir que acabaría en esta situación. No era así como me imaginaba mi película de cuento de hadas. Yo esperaba sentir todo lo que siento: fuegos artificiales, besos bajo la lluvia, música de fondo… pero no me esperaba sentir el corazón desbocado golpeándome el pecho como si quisiera escapar por la boca.

- ¿Quieres un café, un té, algo? - pregunté con voz temblorosa. La verdad es que lo único que giraba en mi cabeza era cómo empezar a contarle lo de Alex. Un tema largo, enredado, feo… ¿y si al contárselo lo perdía?
- No, gracias - me respondió, serio pero sereno - pero sí quiero que me cuentes Andrea. Esa actitud de tu ex y lo que me ha dicho, no me cuadra.
- ¿Qué te ha dicho? - me atreví a preguntar con un nudo en la garganta.
- Que quedaste con él allí y que te ibas a reír de mí, igual que de él.

Sentí cómo los ojos se me llenaban de lágrimas en un segundo. Otra vez esa avalancha imparable que me perseguía cada vez que su nombre salía en una conversación.

- ¿Pero qué? - mi voz se quebró - es que intento explicarte algo, pero no entiendo nada. Siempre se ha salido con la suya. Siempre.

Respiré hondo y solté la verdad de golpe, como si arrancara una tirita.

- He estado con él casi toda mi vida. Entre rupturas y reconciliaciones, siempre volvía y yo, como una idiota, me convencía de que había cambiado. Pero nunca cambiaba. Siempre volvía al mismo lugar oscuro. La última vez fue hace dos años. Lo encontré con Marta, una ex amiga mía, en la casa en la que vivíamos juntos. Después de eso… nada. Desapareció de mi vida. Hasta ahora. Hasta que la vida decidió volver a ponerlo en mi camino.
- ¿Y has hablado con él? - preguntó dudoso.
- No, lo tengo bloqueado de todos lados. El otro día escribió a Emma diciendo que tenía que hablar conmigo. Pero lo conozco. Seguro que es otra de sus jugadas para convencerme de que no es tan malo.
  No pienso caer otra vez. Muchos años de terapia, dentro y fuera de la relación, me dejaron muy claro que es una persona horrible.

Él me miró en silencio unos segundos, y sentí que el aire se tensaba como una cuerda a punto de romperse. No me interrumpió. No dudó de mí. No me exigió más explicaciones de las que ya había dado. Simplemente dejó que terminara de hablar, aunque mis palabras sonaban como cristales rompiéndose.

- Andrea - dijo al fin, con esa calma suya que me desarma - yo no soy él. Ni voy a competir con sus fantasmas. Solo quiero conocerte a ti, sin máscaras, sin sus versiones, sin sus mentiras.

No supe si llorar o reír. Una parte de mí esperaba un reproche, otra temía la desconfianza. Pero en su mirada no había sospecha, solo verdad.

- Lo único que te pido - continuó, inclinándose un poco hacia mí - es que no me apartes por miedo a que alguien como él vuelva a ganar. Yo no juego a lo mismo.

Las lágrimas que había estado conteniendo se derramaron sin permiso, como un desborde inevitable. Me cubrí la cara con las manos, hasta que sentí las suyas, cálidas, firmes, apartándolas con delicadeza.

- No tienes que explicarlo todo en un día. Solo no me dejes fuera - me dijo.

Respiré hondo. Sentí el corazón latir con violencia, pero por primera vez no era miedo.

- Está bien - susurré - te dejo entrar.

El silencio que siguió fue extraño. Ni siquiera necesitábamos más palabras. Él solo me sostuvo la mirada, y yo me dejé sostener. Justo ahí en mi salón invadido por un girasol y un extraño, supe que el cuento de hadas no siempre empieza con una princesa perfecta y un príncipe ideal, sino con dos personas reales decidiendo no huir.

Capítulo 47:

La situación en mi casa era de lo más surrealista: yo con mi mejor lencería bajo la ropa, porque claro yo pensaba que todo iba a terminar con una noche estrellada y la que había terminado estrellada era yo. Estaba sentado en mi sofá, no era incómodo, no, era intenso y raro. Como tener fuegos artificiales y alarma de incendio al mismo tiempo.

Mi estómago decidió hablar más alto que yo.

- Fantástico - murmuré - me estoy jugando el futuro de mi vida sentimental y lo único que tengo ahora mismo es hambre y no sé de qué realmente.

Para distraerme, agarré el móvil y marqué sin querer.

- Ay, Andrea, ¿a quién llamaste ahora? - me dije en voz baja.
- ¿Andrea? - contestó mi madre.
- ¡Mamá! Nada, error, solo estaba…probando el dedo. Luego te llamo.

Colgué de inmediato rezando que él no pensará que soy más rara de lo que ahora me siento. Por suerte, al instante sonó otra llamada: Emma.

- Voy para tu casa con Lucas - me dijo tajante - tenemos que contarte todo.
- ¿Qué ha pasado? - pregunté con un hilo de voz.
- Cuando llegue te cuento todo, amiga. Hemos pedido pizza, que las tragedias con queso se llevan mejor.

Al poco estaban los tres en mi salón: Emma, Lucas, él y yo. La caja de pizza abierta en la mesa y una tensión que ni las películas de suspense. Emma fue directa.

- Alex dice que solo quiere devolverte tus cosas. Qué está fatal hace un mes rompió con Marta y según él, ella "se tiraba todo lo que andaba"

Me quedé con el trozo de pizza a medio camino.

- ¿Perdón? ¿De qué va este tío? Encima de todo quiere que le compre la novela de su vida. Pues no, lo siento, no quiero verlo.

Lucas me sostuvo la mirada con esa firmeza que casi dolía

- No tienes que hacerlo tú. Emma y yo iremos a por tus cosas. Que te deje tranquila de una vez.
- No, no quiero que sufráis vosotros por mí - Les contesté, con la boca seca - prefiero escribirle un mensaje y dejarlo todo cerrado.

Él me miró con seriedad ya que parecía que se había quedado sin cuerdas vocales.

- Andrea… no va con buenas intenciones. Aunque diga lo de las cosas, no es verdad. A mí me dijo que tú le habías hablado. Que ibas a reírte de mí igual que de él.

Las palabras se me fueron de golpe y lo peor: sabía que había una parte de verdad que ellos no conocían. Después de aquellos dos besos bajo la lluvia inesperada, yo misma le había mandado un mensaje a Alex. Le dije que me dejara en paz, que ya había rehecho mi vida, que él chico con el que me había visto era mi novio. Que desapareciera de mi vida.

Quise hacer lo correcto, y lo convertí en el mayor error de mi vida. Porque ahora, para Alex, este chico y yo éramos novios oficiales y yo apenas podía sostenerle la mirada sin que me temblaran las manos y lo peor de todo ¿cómo le decía ahora a este chico que para mí ex éramos novios, cuando en realidad lo único estable en mi vida eran dos besos y un hilo de queso estirándose en mi plato?

Me pasé una mano por la cara. Bravo, Andrea, si existiera un premio a la metepatas del año, ya lo tendría en la estantería.
Traté de soltar un chiste para no desmoronarme.

- Pues oye, yo que en su momento pensé que Marta era la mala de la película y resulta que me va a caer bien al final de todo.

Todos reímos por un momento, ya sabía que el humor era mi salvavidas.
Me quedé mirando el móvil, con la pizza fría en la mano y todos expectantes para saber lo que le iba a escribir a Alex y yo con la cabeza llena de situaciones posibles "si se lo cuento, lo pierdo. Si no se lo cuento, también. y como siempre Andrea, campeona mundial de complicarse la vida".

Capítulo 48:

Ahí estaban todos mirándome con ojos como platos, esperando a ver qué le iba a escribir a Alex. En la pantalla del móvil, su nombre brillaba en los WhatsApp escritos, como si me acusara y ellos como jurados de un concurso y yo la participante más torpe.

No quería que Emma supiera la estupidez que había hecho después de dejarme llevar por las hormonas, ni mucho menos que él supiera que no le había contado la verdad porque me daba vergüenza lo de haberle dicho a Alex que éramos novios. ¿Cómo explicar eso sin parecer una loca?

Así que, para ganar tiempo, improvisé la peor excusa del planeta:

- Necesito ir al baño.

Entré tan nerviosa que hasta me sudaban las pestañas. Abrí la conversación con Alex, repasé los mensajes y, con un nudo en la garganta, borré todo. Respiré hondo, me miré al espejo y murmuré:

- Andrea, finge que aquí no ha pasado nada, Tú puedes - en el fondo sabía que realmente no podía.

No podía ponerle un simple "*como ya te dije*" o "*déjame tranquila*". Esta cobardía ya no servía. Yo solo había sido capaz de escribirle aquel primer mensaje porque después de conocer a este chico sentí que otra realidad era posible. Que no todo tenía que ser miedo, ni huida.

Salí con la sonrisa más falsa del planeta y el móvil apretado entre las manos.

- Vale…- ¿qué le escribo? - pregunté, tragando saliva.

Emma fue la primera en hablar:

- Ponle algo sin pasarte Andrea que te conozco que tú eres o todo o nada, pero firme, no le des más motivos para seguir molestando.
- No, nada de suavidades. A esa gente se le habla claro: "No me molestes más" - dijo Lucas un poco acelerado.

Él me miró de una forma distinta, como si supiera que había algo que no contaba.

- Dile cómo te sientes sin adornos.

Yo me mordía las uñas en silencio. Lo único que quería era decirle a Emma "mira qué estúpida es tu amiga". Pero no era el momento. No con todos mirándome, no con el corazón latiendo sin control.

Al final, escribí:
"Alex esto se acaba aquí. No quiero volver a verte ni hablar contigo. No somos nada y no quiero que sigas en mi vida. Respétame y no me busques más. Esas cosas que supuestamente tienes te las puedes quedar y también tu perdón".

Me temblaban los dedos. Lo leí tres veces. Cuando por fin le di a enviar, sentí cómo una mano se entrelazaba con la mía. Era la suya, firme, cálida, segura y esa seguridad me atravesó como un cuchillo porque justo en ese momento la culpa me golpeó. Lo había usado como escudo y aunque él no lo supiera, lo sentía.

Sabía que con Alex no terminaría aquí. Que no era un final, solo una pausa y esa certeza me quemaba por dentro.

Disimulando, le mandé otro mensaje a Emma.
"Necesito hablar contigo a solas"

Llegó la hora de las despedidas. Emma decidió quedarse conmigo como apoyo moral. Lucas la abrazó fuerte, le dio un beso y se fue. Yo lo acompañe a él hasta el portal.

La calle estaba tranquila, como si el universo hubiera decidido bajar el volumen para no interrumpirnos. Caminamos despacio, ninguno de los dos decía nada. Yo sentía la urgencia de hablar, de confesar, de explicarle mi torpeza, pero las palabras se me quedaron atascadas en la garganta.

Nos paramos frente a la puerta del portal. Me apoyé en la pared, con el móvil aun en la mano, sin saber cómo despedirme.

- Bueno…- empecé, pero no terminé.

Él me miró. Esa mirada larga, profunda, que te desarma sin decir una sola palabra.
Sé acercó un poco. Yo sentí que mis piernas temblaban. Mis manos buscaban algo que agarrar, pero lo único que tenía delante era él. Me mordí el labio, nerviosa.
De repente, sin previo aviso, me besó.

No fue un beso robado ni torpe. Fue intenso, firme, pero a la vez cariñoso, como si me estuviera diciendo: "estás a salvo, conmigo puedes estar tranquila"

Cerré los ojos. Sentí cómo se me aflojaban las rodillas, cómo todo lo malo se silenció por un segundo. En ese momento esa mentira que me había inventado se sentía verdad en mis labios.

Cuando se apartó, nuestras frentes quedaron pegadas como la primera vez.

- Buenas noches, Andrea - susurró.

Yo con el corazón más calmado como quien pone pomada en una herida que lleva mucho sin ser curada y pensado en lo increíble que sería que esa fantasía fuera realidad.

Capítulo 49:

Las palabras de Alex siguen rebotando en mi cabeza como un eco molesto.
"Andrea me habló, me dijo que quería verme".

No tiene sentido. Andrea no haría eso. No con la forma en que me mira, no con la manera en que se le eriza la piel cuando le agarro la mano y, sin embargo, aquí estoy, cuestionando cada detalle, como si la duda quisiera abrirse camino a la fuerza.

Hoy no podía darme el lujo de distraerme. Tenía la reunión más importante de los últimos meses: la presentación del proyecto para el anuncio de las joyas. Ese que nació de mis noches en vela, de mi obsesión con la luz perfecta, de la música que compuse solo para este video. Era más que un trabajo, era una parte de mí.

Entré en la sala con la carpeta en la mano, intentando despejar a Andrea de mi mente. Pero en cuanto comenzaron a hablar, su nombre volvió a atravesarme como un latido fuera de lugar.

- Un trabajo impecable - dijo el director creativo - la atmósfera, el detalle, la narrativa visual. Has elevado la marca a otro nivel.

Sonreí, aunque mi cabeza estaba en otra parte.
Entonces llegó el golpe final:

- Dentro de tres días deberás estar en Barcelona para ver el proyecto terminado. Es demasiado importante para dejarlo en otras manos. Necesitamos que el creador mismo lo supervise y tendrás que quedarte los quince días.

Quince días.

Quince días lejos de Andrea.
Tragué saliva, dispuesto a buscar cualquier excusa, pero mi jefe fue tajante:

- Este es tu proyecto. Uno de los más importantes. Nadie más puede cuidarlo como tú. Ya lo has hecho otras veces.

Como si no bastara con la presión, añadió con una sonrisa:

- Ah, y no irás solo. También viajará Andrea de la empresa asociada, la que está llevando la parte de fotografía del catálogo.

Me quedé congelado.

- ¿Perdón? - pregunté.
- Andrea - repitió él - Andrea López.

Por un segundo la sala se llenó de un silencio extraño y yo solté una carcajada nerviosa.

- Ah... Genial, cuantos más mejor - solté sin venir a cuento y pensando justo lo que me faltaba quince días en Barcelona con otra Andrea.

Las risas se contagiaron en la mesa, pero yo sentí el nudo apretarse más en el estómago. ¿Cómo le iba a explicar a Andrea que iba a pasar dos semanas trabajando con alguien que se llamaba igual que ella y estar tantos días sin poder verla?
Asentí de nuevo porque no tenía salida. El proyecto me necesitaba, pero yo también necesitaba quedarme.
Salí de la reunión con la cabeza hecha un torbellino. Entre lo de Barcelona, la coincidencia absurda de trabajar con otra Andrea y la sensación de que estaba metido en un enredo demasiado grande.

Encendí el móvil, lo miré durante unos segundos pensando si llamarla y hablar con ella de todo esto y saber cómo estaba, no me había hablado en todo el día y necesitaba saber que estaba bien. Lo que sí tenía claro era que necesitaba hablar con alguien que no fuera mi reflejo en el espejo y para eso estaban ellos, mis amigos.

Me dejé caer en el asiento del coche y sonreí con ironía.

- Vale - murmuré para mí - más me vale que tengan cerveza fría… porque voy a necesitar un consejo urgente.

Capítulo 50:

Mateo eligió el sitio. Error. La vida de soltero le estaba pasando factura y lo que para él era un "planazo" resultó ser un pub ya que era viernes para celebrar el fin de semana en el centro, con la música tan alta que las paredes temblaban.

Yo venía con la cabeza llena, con necesidad de aclarar cosas, y lo único que conseguía era gritar como un loco para que me entendieran.
La conversación iba a golpes, frases cortadas que se perdían entre el bajo de la música.
Intenté tres veces hablar del tema y tres veces nos interrumpió la gente de alrededor. Fue suficiente con mirar a Luis. Él me devolvió la mirada como diciendo: "Sí, ya sé, vamos fuera". Salimos a la calle. El aire fresco fue un alivio.

- Os tenía que haber dicho que necesitaba hablar, este sitio no es el más apropiado - dije dándole un nuevo trago a la cerveza.

Luis me miró con esa cara que pone cuando quiere que suelte todo de golpe.

- ¿Qué te pasa?
- Fui a recoger a Andrea el otro día. Estaba su ex. Me dijo que ella había hablado con él, que se iba a reír de mí, que no era tan buena como yo creo.
- ¿Y? - dijo Luis con el ceño fruncido
- Lo peor es que vi miedo en Andrea. No estaba enamorada de ese tío, eso lo tengo claro. Pero sí la vi rara, evitativa. La situación en su casa fue tensa antes de que llegaran Emma y Lucas. Ahora, según parece, él quiere devolverle cosas y pedirle perdón.

- Huele mal, amigo. Muy raro todo. Ese tío está zumbado o por lo menos tiene pinta - soltó Luis con una risa seca.
- La verdad es que sí - admití.

Luis se inclinó hacia mí, bajando la voz.

- Mira, te voy a decir algo, deja de darle poder a ese tío, ya no pinta nada en la vida de Andrea. Que venga con perdones, cajas o cuentos, da igual. El problema no es lo que él dice, es lo que tú quieras creer ¿Confías en ella o no?

Me quedé en silencio, agradeciendo esa bofetada de sensatez. Mateo, salió diciendo ¿qué hacéis ahí? ya he pedido otra ronda dentro.

Entramos de nuevo. Yo estaba a punto de decirle que me iba, que esa noche no me apetecía otra cerveza, cuando fui a la barra a pagar y ahí lo vi.
Esto parecía una novela de Netflix, no había visto a este tío en mi vida y en estos dos días me lo encuentro dos veces. Estaba con otra chica, sonriendo, haciéndose el romántico.

El impulso me golpeó más fuerte que las tres cervezas juntas. La impotencia, la rabia contenida, me empujaron hacía él antes de que pudiera pensarlo dos veces.

Me planté frente a su mesa.

- Mira, no voy a entrar en tu teatro. Solo te voy a decir una cosa, deja a Andrea tranquila. No tienes nada que buscar ya en su vida.
- Ya vino su novio a salvarla... que sí, que sí, que me he enterado del cuento. Que eres su novio y ella no quiere saber nada de mí - dijo él riendo de medio lado.
- ¿Cómo que novio? - me sorprendí, aunque entiendo que lo pueda pensar.

- Pues eso. Qué va diciendo que eres su novio. Está loca, amigo, está loca.

Me sentí confundido y molesto con todo lo que ese hombre podía soltar por la boca. Estaba lo suficientemente borracho como para no calcular y lo suficientemente idiota para decir esas barbaridades por la boca.

- ¿Ves? Novios - me dijo Alex enseñándome la pantalla del móvil que no conseguía poner recta.

Dos mensajes, dos verdades que no encajaban.
La rabia me subió por la garganta. Pude haber explotado, pero me mantuve firme. Lo miré a los ojos y le hablé con calma, sin gritar, sin rebajarme a su nivel.

- Ni se te ocurra volver a llamarla así. Andrea es una mujer increíble, y si quieres reírte de alguien, hazlo de ti mismo y sí, soy su novio. Así que te guste o no, lo mejor que puedes hacer es mantenerte lejos de ella.

Él se encogió de hombros, como restándole importancia. Yo me giré hacia la barra, con el pulso acelerado, la rabia aún en la garganta y un pensamiento que me golpeó. Si todo esto era mentira para librarse de él ¿por qué me había dicho que no le había hablado? ¿por qué me mintió?.

Capítulo 51:

Por fin me quedé sola en casa con Emma. Más nerviosa que cuando metes la tarjeta mal en el cajero y piensas que se la ha tragado.

Ella estaba tirada en el sofá, con esa pose de reina de la paciencia que me ponía aún más nerviosa.

- Vale, Andrea - dijo con voz seria - dime, ¿qué has hecho ahora?

Me tiré boca abajo sobre la cama, como un saco de patatas.

- He hecho…muchas cosas

Emma arqueó las cejas, alerta.

- Madre mía, qué miedo me das. Empieza por lo menos grave, anda.

Me incorporé de golpe.

- Vale, pues… me invitó a su casa.
- ¿Cómo?
- Sí, a su casa.
- Andrea… - Emma ya me estaba mirando con los ojos como platos, como si viera venir el desastre.
- Estuvimos hablando de mi vida, de mi pasado y yo, claro, me vine abajo. Así que salimos a dar un paseo.
- ¿Y…? - Emma me apretaba con la mirada.
- Y entre hablar y hablar…nos besamos.

Emma pegó un salto del sofá.

- ¡¿Qué?!¡¿Cómo que os besasteis?!

Me encogí de hombros.

- Pues eso, un beso. Bueno dos… dos buenos besazos. De esos que te dejan las piernas temblando y que piensas: "vale, aquí me puedo quedar a vivir".

Emma se llevó las manos a la cabeza.

- ¡Andrea, tía! ¿y me lo dices así tan tranquila?
- ¿Tranquila yo? Estoy atacada - me defendí - Pero espera, que lo fuerte no es eso
- ¿Hay más? - Emma parecía al borde de un ataque.
- Si. Luego le escribí a Alex.
- ¡No me jodas! - Emma se llevó la mano al pecho como si le hubiera dado un infarto.
- Sí.
- ¡¿Pero por qué le escribes, Andrea?
- Porque estaba con la energía que me salía de las orejas y sentí que podía con todo.
- Vale, dime que le escribiste.
- Le dije que me dejara en paz y también que chico anónimo era mi novio.

Emma se quedó en shock, con la boca abierta. Tardó tres segundos en reaccionar.

- …Tú, estás loca perdida.

Me tapé la cara con las manos.

- Lo sé
- ¿Cómo que tu novio? ¡Andrea, por favor!
- Emma, me salió solo y claro, después él me dijo que se lo contara todo y yo no pude confesarle nada. Le mentí.

Emma empezó a reírse sin poder parar, tirada en el sofá.

- Es que eso solo te pasa a ti, por estas cosas eres mi mejor amiga.
- ¡Qué no te rías, que me siento fatal!
- Fatal es que vayas por un helado de chocolate y solo quede de limón, Andrea. Esto es surrealista.
- Le mentí, Emma y ahora me siento como cuando una copia en un examen y aun así saca un cero.

Emma me miró, todavía con lágrimas de la risa.

- Andrea, relájate. Esto se va a quedar en una anécdota, ya verás. Lo importante es que ese pesado te deje tranquila de una vez.

Pero yo, en el fondo, sabía que no era tan fácil. Esa noche sabía que no iba a poder dormir.
Pensando en que las mentiras tienen las patas muy cortas, pensando en ese beso que aún me ardía en la boca. Me miré en el espejo antes de meterme en la cama y solté una carcajada sola, entre la camiseta vieja de hace más de siete años y el encaje rojo asomando, parecía una mezcla rara entre "mujer fatal" y "vecina que baja a tirar la basura en zapatillas".

Capítulo 52:

El móvil vibró en mi mesita. Mensaje suyo: *"Quiero hablar contigo".*
Lo leí como si las letras pesaran el triple, como si ese "hablar" fuera sinónimo de "Andrea, la has liado, pero bien".

Me quedé mirando el techo, atacada. Tenía tantas cosas dando vueltas en la cabeza que parecía la ruleta de la tele ¿le digo lo de Alex? ¿Me hago la tonta que eso para mí es fácil? ¿o me hago la interesante? Que es lo que mejor me sale cuando no quiero hablar de algo.

Terminé diciéndole que sí porque las ganas con él podían más que mi miedo. Quedamos en un bar de esos que parecen sacado de una peli española de los 90. Paredes color crema con cuadros de toros, camareros que te llaman "reina" y un olor mezclado de tortilla recién hecha y fregona de las ocho de la mañana. Un sitio normalísimo, excepto por mí que me había puesto un modelito muy poco apropiado para la ocasión.

Nos sentamos en una mesa pequeña, de esas que obligan a estar tan pegados que cualquier movimiento en falso es casi violento, más que nada porque la falda apretada en esas sillas tenía peligro de mostrar el pastel al de enfrente que me miraba con cara de pocos amigos. Él dejó el móvil boca abajo, detalle que me hizo pensar. Yo me aferré a la carta del menú como si fuera un abanico en plena ola de calor.

- ¿Qué quieres pedir? - preguntó.
- Pues tortilla seguro, aunque he visto que tienen muy buena pinta las gildas podemos pedir alguna para probar y compartir.

Me miró de arriba abajo y soltó una pequeña sonrisa, yo quise meterme debajo de la mesa.
La charla empezó normal. Me preguntó qué había hecho ayer. Tuve en ese momento un dilema ¿le digo la verdad? ¿qué estuve en casa con una mascarilla puesta, llorando con un culebrón romántico tan absurdo que hasta el protagonista parecía harto de su guion? (Nota mental: dejar de engancharse a series o películas tipo "Amores imposibles en Estambul").

Pero me salió la versión digna:

- Pues nada, gestiones de casa y trabajo, además me estoy terminando de leer un libro - dije cruzando los dedos para que no preguntara cuál.

Lo dije tan seria que hasta me convencí yo misma por dos segundos. Aun así, lo notaba raro. Estaba nervioso, como más cerrado y yo peor, porque no sabía si era por mí, por él o porque el camarero nos miraba como si esperara que nos levantáramos.
Entre mis pensamientos caóticos, de pronto escuché:

- Andrea… Andrea… ¿Cuándo tienes vacaciones?

Lo miré como si me hubiera preguntado la capital de Mongolia.

- Pues no lo sé, tengo que pedirlas todavía. No he cogido días.
- ¿Cuántos días tienes?
- No lo sé, creo que quince.

Sonrió. Esa sonrisa peligrosa que da curiosidad de saber que estaba pensando en ese mismo momento.

- ¿Y qué te parece cogerte las vacaciones a partir de mañana?

Me quedé con la gilda en la mano, a medio camino entre el plato y mi boca.

- ¿Cómo que mañana? ¡Eso es imposible! Tengo que avisar con tiempo ¿Por qué?
- Porque te he cogido un asiento al lado mío en el avión y he reservado una suite en Barcelona.

En mi cabeza se escuchó literalmente el sonido de Windows. Me dieron ganas de decirle "un momentito, que necesito reiniciarme". El corazón me iba a mil.
Su cara era rara, como esperando que yo saltara de alegría.

- Tengo un proyecto allí. Solo me ocupa un par de horas por la mañana, el resto del tiempo estoy libre.
- Me encantaría…pero ¿Por qué has hecho eso?

Se le notó incómodo por un momento.

- Porque sabía que estabas pasando un mal momento y, como te dije, quiero conocerte y qué mejor que hacerlo con la mente despejada.

Yo solo pensaba en Marisa, mi jefa.

- Ojalá, pero Marisa va a decir que es imposible, ya la conozco.

- No te preocupes. Voy a necesitar casualmente zapatos de tu marca para el rodaje, es para un rodaje de una marca de Joyas y quiero que vengas como representante de tu marca. Así lo presento como colaboración, visibilidad para tu tienda y ya puedes venir conmigo a Barcelona. Además, ya lo he hablado con la marca de joyas y le ha parecido bien. Vengas o no vengas voy a necesitar a alguien de tu empresa.

Me quedé sin palabras. Nunca me había hablado de su trabajo y ahora me suelta todo eso como si fuera lo más normal del mundo. Yo, mientras tanto, sin saber ni qué contestarle. No entendía ni la mitad de lo que me había contado, pero asentía como si estuviera estudiado el tema para un examen.

- ¿Y si Marisa dice que no?
- Confía en mí, sé convencer.
- Ya...- dije yo, con cara de tonta y pensamientos que no eran propios de ese bar ni de ese momento.

Al final solo pude reír nerviosa. Como vi que no decía nada más y puso cara de póker, tuve que soltar algo.

- Vale, si lo consigues… voy contigo - pensando imposible y ojalá al mismo tiempo.

Ahí estaba yo, limpiándome la boca con la servilleta más áspera de la historia y sintiéndome por un momento protagonista de una peli romántica de esas absurdas que tanto veo. De esas donde la chica normal acaba en una suite de hotel porque alguien decide que ella es importante.
En cuanto lo pensé, la sonrisa se me atragantó un poco ¿Cómo iba a irme a Barcelona con él, como si fuéramos novios…cuando justo hace días le dije a Alex que lo éramos? lo peor de todo no era eso, era que le había mentido. El karma estaba haciendo un buen trabajo cuando había hecho las cosas mal y el karma nunca ha sido mi amigo.

Capítulo 53:

El día empezó con un mensaje de Marisa que casi me hace atragantarme con las tostadas.

"Tienes quince días para irte con esta empresa como representante de la marca. Espero que lo hagas bien, porque te estoy observando con lupa".

Yo me quedé mirando la pantalla en shock. "Que lo haga bien", decía. Como si yo tuviera un manual secreto de cómo representar a una marca en un rodaje de joyas en Barcelona. ¡Si ni siquiera tenía claro qué calcetines ponerme!

Ahí estaba yo, con la maleta aún vacía, el vuelo saliendo a la seis y media y mi jefa tratándome como si fuera la embajadora de Naciones Unidas. Ni yo misma sabía que tenía que hacer, pero ella me exigía perfección absoluta. Me entraron ganas de contestarle: "tranquila, Marisa, prometo no cagarla".
Por si fuera poco, justo después me llegó el mensaje de él:
"Te recojo, para que veas lo convincente que soy".
Lo peor es que sí, era convincente. Tanto que ahora tenía quince días de vacaciones forzadas, un viaje a Barcelona y cero ideas de cómo demonios meter mi vida en una maleta de cabina.

Abrí el armario y lo único que conseguí fue bloquearme. Me apoyé en la puerta, dramática pérdida, pensando: Si Marisa supiera que lo más difícil de representar a la marca ahora mismo es decidir entre dos sujetadores.

Necesitaba ayuda urgente. Videollamada con Emma.
Ella apareció en pantalla con cara de felicidad y de envidia pura.

- Tía, te odio. Si Pablo se entera de esto, le da un infarto.

- Emma, no me odies, ha sido tan sorpresa para ti como para mí, ayúdame. No sé qué meter en la maleta.
- Lo primero, quema tu ropa interior - me dijo con tono de gravedad - y cómprate nuevas amiga, no puedes tener dos conjuntos sexys en todo el armario.
- ¿Pero cómo quieres que me compre nada si el vuelo es hoy?
- Pues improvisa. Pero esas braguitas de algodón con dibujitos no pueden viajar a Barcelona, Andrea.
- Emma, me da igual lo que lleve debajo, ¡no tengo ni idea de qué ponerme encima! - dije sin poder parar de reír.

Montamos un desfile improvisado. Yo sacaba ropa y ella me juzgaba como si fuera jurado de un programa de talentos. El vestido negro me gusta Andrea, también ese vestido de flores pareces una niña dulce y buena y esa blusa de encaje también, es perfecta.
Al final elegimos varios conjuntos, desde el más elegante hasta el más básico. Pero en ese momento me di cuenta de lo que llevaba tiempo sospechando que tenía ropa, pero me la había puesto como miles de veces necesitaba renovar el armario una vez regresara de esta aventura.
Intenté meter todo en la maleta, pero me temblaban tanto las manos que ni siquiera podía cerrarla. Emma se partía de risa al otro lado de la pantalla.

- Andrea, respira. No estás yendo a la guerra, estás yendo a Barcelona y lo de Alex… ya me lo has repetido mil veces. Fue una tontería. No le des más vueltas, no se va a enterar.
- Yo, pero…- intenté protestar.
- No hay peros. Disfruta y punto, te lo mereces.

Sus palabras me tranquilizaron un poco, pero ese mal sabor de boca seguía ahí, pegado como un chicle en un zapato. Me sentía absurda. ¿Por qué le había soltado esa estupidez a Alex? ¿Y si algún día se entera? ¿Qué iba a pensar de mí?

Colgué con Emma porque el tiempo se echaba encima. Tenía que lavarme los dientes, repasar la maleta como fuera y, de paso, convencerme de que estaba a punto de subirme en un avión con un chico que me removía más que cualquier canción cursi.
Entonces me golpeó la realidad: iba a dormir con él, dormir, con él y dormir con él implicaba cosas. Cosas que yo tenía olvidadas. Mi cabeza se puso en modo alarma ¿y si ronco? ¿y si hablo dormida? ¿y si…? No terminé la frase porque me entró un mareo.
El móvil sonó de nuevo.

- Estoy abajo.

Yo, con la prisa en el culo, casi me tropiezo con el felpudo y me monté en su coche.
Él como si nada se inclinó, me dio un pico en los labios y me sostuvo la mirada.
Me disgustó. Pero ese gesto, tan bonito, me dejó el cuerpo rígido y así me quedé, con las manos frías, la sonrisa torpe y el estómago en modo coctelera durante todo el trayecto en coche y luego, en el avión.

Un viaje de dos horas convertidos en una contradicción constante. La cabeza me gritaba que no debía confundir las cosas, pero el cuerpo hablaba otro idioma. Sentía el corazón acelerado, la piel erizada y una especie de vértigo dulce. Me quedé mirándolo de reojo cada gesto suyo y en mi cabeza aparecía la culpa. ¿Qué iba a pensar de mí, que era una infantil, una mentirosa, una mujer que se inventaba amores para escapar de los fantasmas del pasado?.

Capítulo 54:

Todo el viaje en coche había sido incómodo, pero el avión no ayudó en nada. Andrea estaba rara, mustia, apagada para lo que ella solía ser. No era esa chica llena de chispa y respuestas rápidas que había conocido; era como si se hubiera apagado de golpe. Yo intentaba sacarle tema de conversación, cualquier cosa, desde el tiempo hasta tonterías sin importancia, pero nada fluía. Sus respuestas eran cortas, casi mecánicas, y eso me hacía sentir como si en el fondo, la hubiera secuestrado.
Sí, esa era la palabra. Como si ella no quisiera estar realmente allí, conmigo, y al hablar con su jefa no le hubiera quedado de otra que aceptar y esa idea me dolía más de lo que debería. Me hacía preguntarme si, sin ese empujón, jamás habría querido compartir este viaje conmigo.

Necesitaba romper el silencio que empezaba a hacerse insoportable.

- ¿Te pasa algo, Andrea? Estás muy callada.

Ella levantó la vista, como si volviera de algún pensamiento lejano y forzó una media sonrisa.

- No, no me ocurre nada. Solo que…me dan miedo los aviones.

En ese instante recordé que me lo había dicho el primer día que nos conocimos. No lo dudé y la agarré de la mano, despacio, como pidiendo permiso con el gesto. Su piel estaba fría y la mía probablemente también, pero lo importante era que supiera que estaba ahí.

- Va a estar todo bien, te lo prometo.

Ella me miró con sorpresa, como si no esperará ni el gesto ni mis palabras. No dijo nada, pero noté cómo se empezó a tranquilizar, como si ese simple contacto le hubiera servido de ancla. Yo también me tranquilicé.
A partir de ahí empezamos a hablar de todo, series, comida, recuerdos… Nada demasiado profundo, pero lo suficiente para hacer que el viaje no se sintiera eterno. Yo no quería preguntarle directamente por qué me había mentido, ni ponerla contra las cuerdas. Sabía que lo había hecho por algo, que tarde o temprano me lo contaría, y quería que fuera ella quien decidiera cuándo y cómo.

Al llegar al apartamento, respiré aliviado. Todo lo que había sido tensión durante el trayecto parecía aflojar un poco en cuanto abrimos la puerta. La suite era preciosa, suelos de madera pulida, un baño de esos que parecen sacados de un catálogo de hoteles de lujo y una cama enorme, con un cabecero elegante y sábanas que parecían recién planchadas.

Andrea abrió los ojos como platos al verla. Se giró hacia mí y con una mezcla de sorpresa y nervios, soltó:

- ¿Solo tenemos una cama?
- Si para ti es incómodo, puedo pedir otra habitación - le respondí rápido - Solo pensé que te apetecía tanto como a mí dormir juntos.

La frase se me escapó más directa de lo que quería, pero ya estaba dicho.
Andrea se sonrojó de inmediato, tanto que me tuve que morder la lengua para no reírme y aún así, una risa se me escapó. Ella, nerviosa, cruzó los brazos y trató de aparentar seguridad, como si la situación no le afectará en absoluto.

- Te habrá costado una pasta…otra habitación sería una locura. Pues nada, no nos queda otra que dormir juntos.

El tono fué casi teatral, como si quisiera dejar claro que lo decía por pura lógica y no por otra cosa. Pero yo la conocía lo suficiente para notar el temblor en su voz, ese brillo travieso en sus ojos que intentaba esconder. En realidad, lo deseaba tanto como yo.

Y ahí estaba yo, conteniéndome. Porque lo que más quería en ese momento era decirle que dejara de fingir, que dejara de jugar a ser fuerte y que si lo deseaba tanto como yo solo tenía que dar un paso. Pero en lugar de hacerlo, me limité a mirarla, a disfrutar de lo torpe y adorable que era intentando ocultar lo evidente.

No nos queda otra que dormir juntos. Pero en mi cabeza, esa frase tenía un peso mucho mayor. Para mí, no era un problema de logística ni de dinero, además todo era pagado por la empresa. Para mí era una oportunidad en medio de toda esa mentira en la que nos habíamos metido, parecía que lo que dijo Andrea a su ex estaba acercándose a algo más real.

Capítulo 55:

Estaba sacando las cosas de la maleta cuando sonó el móvil. Vi el nombre de mi jefe en la pantalla. Contesté sin demasiadas ganas.

- Creo que sería bueno vernos esta noche - dijo directo, sin rodeos - Estoy cenando con Andrea, la fotógrafa del catálogo. Estamos cerrando algunos puntos del proyecto. Vente y lo hablamos todo antes de mañana.

Lo pensé apenas un segundo. Miré la suite, la maleta abierta, y a ella, Andrea que en ese momento estaba distraída frente a la ventana y entonces me salió sin pensar, sin calcularlo, casi de manera automática.

- No puedo. He hecho una reserva para esta noche con mi chica. Nos veremos mejor mañana, tendremos tiempo de sobra.

Mi jefe guardó silencio un instante, después resopló.

- Bien. Mañana entonces.

Colgué y cuando me giré, la vi. Andrea había escuchado todo. No dijo nada, pero lo note, se le notaba en la manera que buscó algo en la maleta, en cómo se apartó el pelo detrás de la oreja con gesto nervioso. Disimulaba y ese disimulo me hizo sentir raro.

Sabía que había oído "mi chica" y yo, en realidad, tampoco sabía qué significaba haberlo dicho así sin pensar en voz alta. Lo sentía, claro que sí. Pero entre lo que pensaba, lo que quería y lo que ella esperaba, había un mundo de dudas. ¿Había venido conmigo porque

realmente quería o porque su jefa le había empujado a hacerlo por mi culpa? ¿Y si para ella no era lo mismo que para mí?

- ¿Quién se ducha primero? - preguntó de pronto, con un tono ligero que sonaba demasiado ensayado.
- Tú - respondí, intentando sonreír.

Entró en el baño. El agua comenzó a sonar y yo me dejé caer en la cama, repasando cada detalle de lo que acababa de pasar. Me había traicionado al decir "Mi chica" y ella lo había escuchado. No había protestado, no se había reído, pero tampoco había reaccionado bien. Solo se había puesto rara y ese "rara" era peor que cualquier otra cosa, porque no sabía cómo interpretarlo.

Me quedé con la vista perdida en el techo. Lo último que quería era que pensara que yo daba por sentado algo que no era. Aunque, en el fondo, para mí sí era un poco así.

Cuando ella salió del baño, no estaba como la había visto antes. Yo entré sin apenas mirarla, con la cabeza todavía llena de ruido, y me duché rápido, como si el agua pudiera aclararme. Pero al salir, al salir me quedé congelado.
Andrea estaba de pie frente al espejo, ya vestida. Llevaba un vestido negro con dos líneas blancas en los laterales, sencillo pero elegante, que realzaba su figura sin necesidad de adornos. El pelo lo llevaba recogido, con algunos mechones sueltos que caían con naturalidad enmarcando su rostro. Había en ella una serenidad que chocaba con los nervios que yo intuía detrás de su postura.

Me quedé un segundo demasiado largo en silencio. No era solo que estuviera guapísima. Era el modo en que, aún nerviosa, parecía querer mostrar calma, como si no quisiera que yo notara lo que en realidad le pasaba por dentro.

- ¿Estás lista? - dije al fin, con la voz un poco insegura por todo.

Ella me devolvió una sonrisa rápida, cortita, como para rellenar el espacio y en ese instante supe que aquella noche podía ser perfecta…o convertirse en un campo de minas. Todo dependía de cómo supiéramos manejar lo que ninguno de los dos estaba diciendo.

Capítulo 56:

Y o estaba atacada a nivel querer salir corriendo sin rumbo fijo. Solo quería saber adónde íbamos y qué reserva había hecho. Pero no, él tenía que soltar "mi chica" ¿Perdón? ¿Cómo que mi chica? ¿Y por qué lo dijo tan cerca de mí?

Vale, seguro que lo ha dicho para quedar bien con el jefe, una excusa rápida. Pero ¿qué necesidad? ¿Y por qué poner mi corazón a 180 pulsaciones, hasta el punto de que se me olvidó cómo andar con tacones? Luego, claro, el restaurante. Un sitio precioso, con velas en todas partes, plantas que parecían sacadas de una jungla elegante y música de fondo que era como un masaje para los oídos. Yo no quería ilusionarme demasiado… pero ¿cómo no hacerlo? Aquello parecía sacado de una película romántica.

"Tranquila, Andrea", me repetía mentalmente, "esto no es un Love Actually, es tu vida". Pero claro, cuando un chico te lleva a un lugar así, lo lógico es pensar que la cosa va en serio y aunque él me ha repetido más de una vez que no soy un pasatiempo…bueno, ya sabemos que los hombres son muy de decir "no eres un pasatiempo" mientras en su cabeza suena la música del circo.

Nos sentamos y, menos mal, apareció el camarero porque de verdad yo no sabía qué decir, El silencio se estaba volviendo incómodo.

- Vamos a querer una ensalada para compartir y dos platos de pasta fresca con gambas - pidió él, con la tranquilidad de quien pide en su restaurante de confianza.

Y yo sonriendo, claro, como si estuviera súper relajada y no estuviera, en realidad, gritando por dentro: mayday, mayday.

Cuando el camarero se fue con la comanda y prometió volver con el vino que él había pedido, ya no pude más.

- Voy un momento al baño, solté, levantándome tan rápido que casi me tropiezo con la silla.

El baño era mi refugio. Cerré la puerta, saqué el móvil y llamé a Emma a toda velocidad.

- Tía, ¡auxilio! ha dicho "mi chica" ¡MI CHICA! - escupí, sin respirar.

Emma, como siempre, se empezó a reír.

- Pues normal ¿no?
- ¿Cómo que normal? No es normal, Emma. Yo no soy su chica o sí, bueno, no sé…Pero … ¿y si lo ha dicho solo para que su jefe no piense mal? ¿y si fue una excusa cutre?
- ¿Y si fue porque realmente te ve como su chica y no le salió otra forma de decirlo? - respondió ella, tan tranquila como siempre.

Yo me apoyé en el lavabo, dramatizando como en una telenovela.

- Tengo el corazón en la garganta ¿Y si yo me lo creo y luego no?
- Andrea, escúchame bien- dijo ella (y yo me apretaba el móvil en la oreja) - lo que pasó con Alex ya es otra historia. No lo traigas aquí. Este chico está aquí contigo, te ha llevado a Barcelona, te ha reservado un restaurante lleno velas y plantas, te ha dicho mi chica ¿Qué más pruebas necesitas?

Ahí me callé un segundo. Porque no tiene sentido pensar en Alex, ese agujero negro del que siempre quiero huir y siempre me arrastra de vuelta.

- Pero es que…con Alex yo también pensaba que iba en serio y al final fui yo la que quedó como la intensa, la pesada, la rara. A veces pienso que me lo merecía por montarme la película.
- Alex no tiene nada que ver aquí. Él jugó contigo, y tú lo sabes. Pero este chico no es Alex, te lo repito.
- Ya, pero… ¿y si estoy otra vez cayendo en lo mismo? ¿Y si soy esa que ve una señal romántica hasta en una pizza compartida?

Emma soltó una carcajada fuerte.

- Andrea, si alguien se preocupa por cada detalle como este chico no es por casualidad. Deja de buscar trampas en todo y vive el momento.

En ese instante, una señora salió del baño y me lanzó una sonrisa de oreja a oreja. Seguro que le había alegrado la noche escuchar mis dramas gratuitos.

- Vale, vale, respira - dijo Emma - Disfruta. No pienses en Alex, no pienses en excusas, piensa en él.

Colgué un poco más calmada, aunque todavía con el estómago encogido. Me miré al espejo, respiré hondo y me arreglé un mechón de pelo rebelde que no quería cooperar.
Volví a la mesa con el corazón escuchándose en mis oídos. Él me recibió con una sonrisa, esa sonrisa que me desarma y yo, sin poder evitarlo, solté lo que me quemaba por dentro.

- Te mentí… sí le hablé a Alex.

Capítulo 57:

Al decirlo en voz alta, me recorrió una sensación demasiado mala, como si hubiera soltado la bomba en el peor momento. Sentí que había elegido las peores palabras posibles, en el sitio más bonito posible. Su cara cambió de golpe. Lo noté. No era enfado…era como decepción mezclada con sorpresa.

- ¿Por qué me mentiste? - preguntó él, con esa calma que dolía más que si hubiera gritado.

Tragué saliva.

- Supongo que me sentí mal…- empecé bajando la mirada - Tú me pediste que fuera totalmente sincera y yo… yo no supe cómo hacerlo. Tenía que decírtelo porque no podía seguir con la culpa.

El silencio entre los dos se alargó demasiado. Quise salir corriendo, pero me obligué a seguir.

- Bueno, ¿y sabes por qué le hablé a Alex? - respiré hondo, como si estuviera a punto de tirarme a una piscina helada - porque por una vez en mi vida me sentí valiente y le hablé para decirle que me dejara tranquila.

Él me miró fijo.

- Tenías que habérmelo dicho - dijo serio.
- Ya… - conteste en voz baja - pero no quería mover más la historia. Solo fue eso para que me dejara tranquila.

Entonces fue cuando sentí que mi garganta se cerraba. Recordé todo lo que había pasado con Alex, las dudas que me sembró, lo

pequeña que me sentí, las veces que tuve que recomponer mi seguridad a trozos como quien pega un jarrón roto con pegamento barato. Salir de esa relación me había costado aprender a confiar de nuevo en alguien, aprender a confiar en mí.
Justo cuando pensaba que la tormenta ya había pasado, él me lanzó la pregunta que temía.

- ¿Hay algo más que quieras contarme?

El corazón se me subió hasta la garganta. Sabía que tenía que decirle ese detalle ridículo y doloroso a la vez, que en ese ataque de seguridad y orgullo le había dicho a mi ex que él y yo éramos novios, me sentía tan absurda, verme ahí en un sitio tan bonito con él y yo diciendo cosas antes de que él incluso se le pasara por la cabeza. Ese sentirme absurda me paralizó y como si me poseyera una actriz pésima, solté.

- No, ya no hay más secretos.

¿Por qué dije eso? Era el momento de soltarlo todo, de limpiar el aire. Pero me dio pánico que me mirara como una niña ridícula.

El resto de la comida fue rara. Tan intensa como bonita. Supongo que todo lo que había salido a la mesa le había sentado mal, aunque no me lo dijera. Su manera de mirarme había cambiado, no era fría, pero ya no tenía esa chispa de hace un rato. Era como si me estuviera observando de otra forma…más serio, más analítico.
Yo sonreía de más, hacía bromas tontas para aligerar el ambiente, pero por dentro me sentía como si hubiera abierto un cajón que llevaba años cerrado y no supiera cómo volver a cerrarlo.

Capítulo 58:

Ella intentaba quitarle peso a todo, se notaba en las cosas que decía, en esas bromas improvisadas que buscaban tapar el hueco incómodo que había quedado y aunque por dentro me dolía, no podía evitar sonreír. Mi interior estaba un poco desilusionado, sí, pero había en su torpeza algo que me hacía quererla.

Había tenido el valor de contarme lo de su ex, pero no lo otro. No lo de que le había dicho que éramos novios. Sabía todo eso y lo llevaba atravesado como una astilla.
Me dolía pensar así de ella, pero me había mentido en la cara y lo peor es que no entendía por qué.

La noche que había planeado se había vuelto más fría de lo que jamás imaginé. Sabía que tarde o temprano todo esto saldría, pero me había aferrado a la esperanza de que ella me lo contara, de que confiaría en mí lo suficiente.

Al subir al apartamento, el silencio se convirtió en nuestro compañero de piso. Uno más, sin ser bienvenido. La primera noche que iba a dormir con ella, y todo estaba así. No podía más, así que tuve que decírselo.

- Andrea, sé lo que le contaste a tu ex en ese mensaje, y me has vuelto a mentir. Le dijiste que éramos pareja. ¿Por qué lo hiciste? ¿Querías ponerlo celoso? Porque al no contármelo pienso que esto va más allá. Yo no quiero obligarte a estar en Barcelona si no quieres, y te he notado todo este tiempo rara. Lo último que quiero es incomodarte. Me gustas mucho, pero no puedo aceptar que me mientas y que todo sea así. Me estás volviendo loco. Me has dado tantas pistas de que sí, que te gusto, pero a la vez te alejas,

me mientes y te comportas de una manera que no entiendo.

Andrea me miró tan fijamente que sentí que me desnudaba el alma. Sus ojos hablaban con una tristeza superior a lo que podía imaginar. Por un instante pensé que iba a llorar, pero no.
Me contestó de la manera más sensata y sincera que jamás había imaginado.

- Sí, me sentí ridícula al decirle a mi ex que éramos novios. Pensé que eso lo alejaría definitivamente de mí. Te utilicé como escudo y me siento mal por todo, tan ridícula que no sé si debería o merecería estar aquí contigo. Pero si te digo la verdad…lo dije porque todo en mí grita que quiero conocerte y que sea realidad eso que le dije. Pero mis miedos, mis dudas y mi inseguridad me han jugado una mala pasada. Pensé que había superado todo esto, pero creo que me importas tanto que hasta parece absurdo. No te conozco tanto y no quiero que pienses mal de mí, que soy intensa o que tienes algún compromiso conmigo. Solo quiero que, decidas lo que decidas puedas perdonarme. Entenderé que no quieras conocerme.

Mi corazón dio un vuelco ¿Cómo no iba adorarla? era la persona más bonita por fuera y por dentro que había conocido nunca. Tan maravillosa y tan frágil a la vez.

En ese momento solo me salió decir.

- Andrea…no tienes ni idea de lo que acabas de provocar en mí.

La miré, buscando palabras que estuvieran a la altura. Pero ninguna parecía suficiente. Me incliné, mis dedos temblaban al rozar los suyos. Ella contuvo la respiración, como si ese gesto fuera capaz de decidir nuestro futuro más que las palabras.

No lo dudé más, me acerqué a ella, con la certeza de que todo lo que estaba a punto de hacer podía cambiarlo todo.

Capítulo 59:

E ntonces pasó, ese beso que no me esperaba, que me dejó sin aire y sin excusas. Un beso intenso, profundo, de esos que hacen que el resto del mundo se derrita a tu alrededor. Sentí que el suelo desaparecía bajo mis pies y que solo existía él.

Pero claro, mi cabeza, mi maravillosa e inoportuna cabeza, decidió aparecer en escena en el peor momento posible. ¿y si llevo la ropa interior equivocada? ¿Por qué no me habré puesto ese conjunto bonito que tengo guardado para ocasiones especiales? Ay, Dios…no me he lavado los dientes ¿Y si huelo raro? Mientras él me besaba como si no hubiera un mañana.

Sus manos empezaron a recorrerme con calma, con un respeto que me ponía la piel de gallina y yo ahí, atrapada entre la magia del momento y el caos de mis inseguridades. Hasta que me miró a los ojos, a medio centímetro de mis labios, y me susurró con esa voz que parecía inventada para romperme las defensas.

- No sabes cuánto tiempo llevo deseando este momento.

Ahí se me apagó la cabeza. Silencio. Milagro. Ni una sola inseguridad más. Solo sentí mi cuerpo entregándose poco a poco al suyo, como si al fin hubiera encontrado el lugar al que pertenecía.

Lo que vino después fue un vaivén entre ternura y fuego. No hubo prisas, no hubo máscaras. Solo risas nerviosas, piel erizándose al mínimo roce.
En mitad del intento de quitarme el vestido, tropecé torpemente con el bajo y casi acabo en el suelo. Me reí a carcajadas, roja como un tomate, y él, en vez de soltarme, me sostuvo fuerte y me susurró al oído.

- Eres perfecta hasta cuando tropiezas.

Nunca nadie me había deseado así.
El tiempo dejó de existir. Todo era lento, bonito, intenso. Cada caricia tenía un peso, cada mirada una promesa. No era solo deseo, era como si estuviéramos escribiendo un idioma nuevo entre los dos. Yo que siempre había temido este momento, de repente lo vivía como si fuera lo más natural del mundo.

Cuando por fin me acurruqué en su pecho, con el corazón aún desbordado, sentí que nada en mi vida había parecido a esto. Su respiración me arrullaba, sus brazos me rodeaban como un refugio y entonces, con la voz temblándome de emoción, lo solté sin filtro.

- No sé si estoy en el cielo…o si todo esto es real.

Él bajó la mirada hacia mí, sonrió con ternura y, como si mi frase fuera el regalo más bonito y más gracioso al mismo tiempo, soltó una risa suave que me hizo vibrar entera.
Me abracé aún más, convencida de que, si aquello era un sueño, no quería despertar nunca.

Capítulo 60:

Me desperté con la baba caída, una legaña pegada y el pelo en modo leona salvaje, pero con la sensación de haber dormido en una nube que olía a café recién hecho.
Abrí los ojos medio atontada, repasando mentalmente lo de anoche. ¿Había pasado de verdad? ¿Había sido un sueño demasiado detallado? Me daba igual.
El resultado era el mismo, estaba feliz, como si hubieran recargado la batería de mi vida entera.

Me levanté siguiendo el olor a café y pan tostado, y ahí estaba él, como si lo hubieran sacado de un anuncio de barritas healthy, sin camiseta, en la cocina, con el sol de Barcelona colándose por la ventana y dibujando en su piel cada línea. Vamos que, si la baba de la mañana no era suficiente, en ese momento corría riesgo de deshidratarme.

Entonces lo vi, la mesa puesta, desayuno preparado para mí con dos huevitos, pavo, café y fruta. Como si en vez de ser la Andrea desastre de siempre, hubiera pasado a vivir en una peli de esas que siempre critico porque me dan envidia diciendo que es imposible, pero que luego me hacen llorar. No puedo evitar emocionarme al ver todo eso.

- ¿De verdad todo esto me está pasando a mí? - pensé en voz alta, aunque lo camuflé con una sonrisa nerviosa.

Él se acercó, me dio un beso suave en los labios y un "buenos días" tan cálido que quise firmar un contrato de por vida para que cada mañana fuera así.

Desayunamos entre risas, mordisco a mordisco, hablando de todo y nada a la vez. De esas charlas que no importan por lo que se dice,

sino porque la otra persona está ahí.
Después, me contó que tenía que ir a ver a su jefe, pero que la mañana era mía. Que a la una me llamaría para saber dónde estaba y que iríamos a comer juntos. Lo más probable era que hubiera una comida de empresa ese día o al siguiente, porque la gala de presentación era dentro de siete días, y el último evento sería el sábado justo antes de irnos. El vuelo de vuelta estaba programado para el domingo.

Yo, mientras tanto, solo podía pensar: Es mi segundo día en Barcelona y aún me quedan trece noches así y desayunos hechos por las mañanas.

Me preparé rápido para dar una vuelta antes de que él saliera y terminé pasando la mañana entre tiendas de ropa interior (sí, misión especial para reparar el caos de anoche) y una videollamada con Emma.

- ¡¿QUÉEEE?! - gritó Emma nada más oír mi historia - Andrea, ¿tú te das cuenta de lo que me estás contando? ¡Que la primera noche en Barcelona te acuestas con él y encima te prepara el desayuno!

Yo me tapaba la cara con las manos, entre risa y vergüenza.

- Ya, ya lo sé, pero no es como lo pintas…
- ¿Y qué pasó con lo de Alex? - me cortó de golpe, con esa mirada de cotilla profesional.
- Pues… se lo solté. Tal cual y claro, su cara cambió. Me dijo que por qué le había mentido y yo le expliqué todo…que me sentí valiente y quise acabar con esa historia de una vez y luego él me preguntó si tenía algo más que contarle… y ahí casi me da un ataque…
- ¡Andrea! - Emma me miraba con cara de madre cabreada - ¿y se lo dijiste?
- No… - me encogí de hombros - Lo supo igual y me lo preguntó. Me quedé en bragas, literal y figurado. Pero le

dije lo que sentía, que me había sentido ridícula, que lo usé como escudo, que me daba miedo que pensara que soy intensa… y ahí, tía, se me salió todo lo que llevaba dentro.

Emma puso una mano en el pecho teatral.

- Madre mía, ni en las mejores novelas, amiga lo que te pasa a ti no le pasa a nadie.
- Ya…- me reí - Pero ¿Sabes qué me contestó? Que no tenía ni idea de lo que había provocado en él y después…pasó lo que pasó.

Emma se quedó en silencio un segundo, con una ceja levantada, y entonces soltó la pregunta que me dejó helada.

- Vale, muy bonito todo… pero, Andrea ¿cómo se enteró él de que tú le escribiste eso a Alex?

Capítulo 61:

Emma me había dejado la pregunta rebotando en la cabeza como una pelota imposible de atrapar ¿y él cómo se ha enterado de que tú le escribiste eso a Alex?
La frase me taladraba. ¿Y si Alex se lo hubiera dicho? ¿En qué momento se ha enterado? ¿Lo sabría desde el principio se lo ha callado dejándome como una tonta? Se suponía que confiaba en él, que no tenía que sentir presión, pero todo lo que llevaba la firma de Alex me removía por dentro. Él siempre como un fantasma que se colaba en mi presente sin pedir permiso.

Se acercaba la hora del almuerzo y yo quería verlo, claro que sí… pero las dudas habían hecho niebla en mi cabeza. Caminaba hacia el punto de encuentro con el corazón dividido: la ilusión de verle y la sombra de esa maldita pregunta.

Ahí estaba él. Tan puntual, tan perfecto, tan sonriente y yo con cara de "hola, soy la que no sabe cómo meter una pregunta en mitad de un abrazo sin arruinar el momento".

Fuimos a un restaurante de barbacoa coreana. Chulísimo. Nos pidieron que dejáramos los zapatos en la entrada y nos llevaron a una mesa baja, tradicional. Entre el suelo, la decoración y el humo que empezaba a salir de las parrillas sentía como si hubiéramos cogido otro avión sin darme cuenta.

Él me cogió de la mano por encima de la mesa, y yo me agarré a esa calidez como si pudiera sostenerme ahí para no perderme en mis pensamientos. Hablaba con entusiasmo: que el proyecto iba genial, que los jefes estaban contentos, que ya estaban en los últimos detalles para la presentación. Le brillaban los ojos cuando contaba esas cosas.

Yo sonreía o lo intentaba. Alguna sonrisa se me escapó más forzada que natural, y claro, él lo notó. Nunca se me ha dado bien disimular por lo que me he dado cuenta últimamente.

- ¿Qué te pasa? - preguntó, ladeando la cabeza, con esa mezcla de ternura y de estar alerta.

No quería que volviera a pasarme lo de ocultar algo o mentir. Esa mala costumbre ya me había jugado malas pasadas antes, y aunque la última vez todo acabó bien, no quería arriesgarme otra vez. Así que lo solté, con el corazón encogido.

- He estado dándole vueltas a lo de anoche - dije bajando la voz - y lo que no entiendo es cómo sabías que le escribí eso a Alex sin que yo te lo contara.

Lo miré con miedo y sorpresa al mismo tiempo, esperando cualquier reacción. Pero lo extraño fue que casi no le cambió la cara. Eso me asustó aún más.

- Me lo encontré en un bar con mis amigos - empezó a decir - estaba bebido y un impulso por lo ocurrido me hizo acercarme a él…no quería que volviera a molestarte. Lo siento si me sobrepasé con hacer eso, pero no pude aguantarme.

Se me heló por un momento la sangre y no supe ni qué decir.

- Siguió en su línea, diciendo cosas sin sentido - continuó - y me soltó que era verdad, que le habías escrito. Me enseñó el móvil…y ahí vi tu mensaje. No era mi intención enterarme así, Andrea. Pero supongo que tenía que saberlo tarde o temprano.

Sentí que todo se movía a mi alrededor, me sentía ridícula por dudar de él y ridícula por dejar que Alex siguiera marcando sombras en mi

presente.

- Perdón - susurré - perdón otra vez por ocultarlo y por dudar de ti en cierta manera. Pero no lo pase bien con él, y aunque lo tenga superado, toda esa cicatriz todavía me pesa. Ayer me dijiste que te gustaba y yo también lo hice, aunque de una manera poco clara y quiero que sepas: me gustas y… mucho. El que alguien me guste así me da vértigo y miedos. Pero quiero vivirlo, aunque un día se acabe.

Él me levantó la cara con suavidad obligándome a mirarle a los ojos.

- Andrea, ninguno de los dos sabe qué saldrá de todo esto. Pero te puedo asegurar que yo quiero intentarlo y por lo que me dices, tú también. Lo único que te pido es que, si algún día tienes dudas o miedos, me lo digas. No salgas corriendo.

Y ahí me quedé yo, tragando saliva, con la mejilla ardiendo y la sensación de que esas palabras eran el principio de algo mucho más grande que un simple almuerzo.

Capítulo 62:

Los días pasaron volando. Con él, el reloj parecía hacer trampas, yo pestañeaba y ya se había ido medio día.
Recorrimos rincones de Barcelona, probamos sitios de comida de todo tipo y hasta cocinamos en el apartamento. Bueno, él cocinó, yo más bien molestaba, robaba ingredientes y le hacía comentarios de espectadora.

Porque lo de él en la cocina era otro nivel. Se movía con una seguridad que yo jamás había visto, como si los cuchillos, las sartenes y hasta el horno fueran extensiones de su cuerpo. Tenía esa mezcla de fuerza y cuidado que me dejaba tonta, brazos marcados removiendo una sartén, gestos concentrados mientras probaba la salsa y luego esa sonrisa satisfecha cuando me daba a probar. Yo me sentía en Masterchef VIP, pero con besos entre plato y plato. En los momentos íntimos…Besos infinitos que eran como capítulos de una serie que nunca quieres que acabe, caricias que me dejaban sin aire, abrazos que parecían capaces de curar todo lo que dolía antes.
Él tenía la capacidad de hacer que incluso un desayuno pareciera algo mágico, me miraba, sonreía y yo ya estaba perdida. Era intenso, era bonito y no podía evitar seguir teniendo vértigo.

Mañana era la gala de presentación. No tenía que hablar ni hacer nada especial, solo asistir como colaboradora de la empresa. Pero, aun así, "gala" sonaba a que mínimo me iba a tropezar con los tacones.

Mientras tanto, el WhatsApp estaba ardiendo. Emma y Pablo sabían todo, claro, pero eso no evitaba que Pablo estuviera medio rabioso porque no se enteró el primero. Resultado una videollamada a tres que no pude esquivar.

- ¡Por fin! - dijo Pablo nada más verme - Tres días sin apenas contestar y me entero tarde de todo. Emma al final me termina de contar las cosas.
- No te pongas celoso Pablo - respondí riendo - y además tú te enteras de todo y más.
- Sí, pero tarde - replicó él con gesto dramático - yo debería tener exclusividad. Soy el amigo favorito, ¿sí o no?
- No seas exagerado. Andrea me lo contó poco a poco, igual que a ti - dijo Emma sin evitar reírse.
- ¡Mentira! - gritó él con la cuchara en alto - a ti te contó detalles. A mí, un mísero "todo bien" y un emoticono.

Yo me partía de la risa.

- Bueno, bueno - dije - lo importante es que va genial, ¿vale? Barcelona está siendo increíble, y sí, mañana es la gala.
- Claro - respondió Pablo, fingiendo anotar - Andrea viviendo una novela romántica y yo aquí abandonado con mis cereales.

Emma soltó una carcajada.
En ese momento, su voz sonó desde la cocina.

- ¡Andrea, la cena está lista!

Yo no pude ponerme roja y con la risa tonta.

- ¿Qué fue eso? - preguntó Pablo, con brillo travieso en los ojos.

Como si lo hubiera planeado, él apareció detrás, saludando a la cámara con la espátula en la mano. Brazos fuertes, delantal, sonrisa tranquila.

- Buenas noches, soy el cocinero oficial y rehén de Andrea - soltó con una sonrisa.

Emma se llevó la mano a la boca, aguantando la risa, y Pablo se dejó caer hacia atrás teatralmente.

- ¡Ya está! Confirmado, Andrea vive con un chef buenorro, fuerte y encima romántico. Me retiro de esta amistad, no puedo competir.

Yo no podía parar de reírme y pensé que, si esa era mi vida ahora, no me importaba que Pablo hiciera drama cada día.

Capítulo 63:

Me planto delante de la maleta abierta y siento que debería de haber hecho un máster en "cómo organizar la maleta para imprevistos". El estar en Barcelona y no en mi casa pues hace que no tengas armario infinito ni plan B. Solo tengo cuatro looks que metí corriendo con la ayuda de Emma. Solo me quedaba un vestido elegante que ponerme en todo lo que me llevé y ese es el vestido tipo gasa que traje "por si acaso" y menos mal.
Pues mira, ese por si acaso se acaba de convertir en mi salvavidas. Me lo pongo, me arreglo el pelo como puedo porque el secador de la suite no quiere colaborar hoy y me pinto los labios de rojo que eso nunca falla.

En ese momento entra él al baño. Traje azul marino, corbata bien puesta, sonrisa que sigo sin encontrar el manual de instrucciones. Me mira y yo, coqueta, le suelto

- ¿Qué? ¿Te sorprende que con una maleta de cabina aún logre parecer guapa?

Él se ríe y se acerca. Yo hago como que sigo a lo mío, pero por dentro pienso: Andrea, tranquila, que estás a punto de desmayarte y no precisamente por los tacones. Lo paré con la mano porque no era plan de llegar demasiado tarde a ese evento, absurdo evento que me quitaba horas de estar a solas con él.

En el coche intento no morderme las uñas. Él no para de repetirme lo guapísima que estoy y yo juego con él.

- Ya lo sé, pero repítelo otra vez, que me gusta escucharlo con acento de chofer particular.

Llegamos a la gala. El salón es impresionante, lámparas que brillan más que un iluminador, mesas enormes, vestidos que parecen tener etiqueta con precio en diamantes. Yo miro el mío y pienso: vale, Andrea, no es Dior, pero te queda de escándalo. Justo cuando mi inseguridad empieza a chillarme en la cabeza, él se acerca y me dice bajito.

- Eres la más guapa de toda la gala.

Yo sonrío, porque a veces basta con que lo diga él para que yo me lo crea.

Nos acercamos a la mesa y ahí empieza el desfile, su jefe más joven de lo que me espero cuando dicen mi jefe, otra chica que también se llama Andrea se ve muy simpática, dos chicos más cuyo nombre no me da tiempo de memorizar… y de repente aparece una chica. Lucía, vestido azul, sonrisa perfecta y un "hola, guapo" dirigido a él que me hace levantar una ceja.
Yo respiro hondo, pienso Andrea, no seas celosa, sé simpática, seguro que es compañera…compañera muy simpática, demasiado simpática, pero compañera, al fin y al cabo.
Así que sonrío e intento disimular mis pensamientos. Me acerco un poco a él y digo en voz baja.

- Vaya, no sabía que el evento tenía club de fan incluido

Él se ríe, sin mirarme a los ojos intentando disimular que mi comentario le dio risa, y yo sigo con mi copa en la mano, haciéndome la fuerte en un evento que no pegaba ni con cola. Llega el momento que no era muy cómodo para mí ya que no me gusta ser el centro de atención.

- Ella es Andrea es una colaboradora que viene en representación de su marca. Es la marca que ha puesto los zapatos.

Todos me saludan de manera amable y yo me quedo helada ¿Colaboradora? ¿Perdón? podría también añadido y la que ha estado compartiendo cama toda esta semana conmigo. No entiendo el primer día me presenta delante de su jefe como "mi chica" y ahora solo le aportó unos zapatos de mierda. Me muerdo los labios y sonrío, me repito respira Andrea no te montes películas. De repente lo veo desaparecer con uno de los chicos sin decirme nada y yo con mi copa de vino blanco sin saber ni que hacer ni que decir.

Lucía de repente me mira más de la cuenta y me sonríe, yo le devuelvo la sonrisa intentando no parecer una antisocial.
Se acerca a mí y yo como un imán con polo opuesto doy dos pasos hacia atrás.

- ¿Qué tal lo estás pasando? - me pregunta.
- Muy bien, el vino está riquísimo - le digo, como si fuera catadora oficial y no una novata que solo piensa "pues está fresquito".
- ¿Eres colaboradora de qué marca? - pregunta, curiosa.
- Pues de la tienda en la cual trabajo, la verdad no sé muy bien que estoy haciendo aquí, pero intentaré hacerlo lo mejor que pueda.

Lucía se ríe como si hubiera contado el mejor de los chistes, tiene una risa muy nasal y añade.

- Bueno no pasa nada tu tranquila solo quería saber cuál era esa tienda, normalmente colaboran marcas grandes y más con esta empresa. También me parece raro que él venga con una colaboradora, suele venir solo ¿Lo conoces mucho?
- Lo suficiente o eso creo - le respondí con una sonrisa ladeada.

Ella se ríe incomoda, pero no se rinde.

- Bueno por cómo se comporta seguro que esta noche te lleva a comer pasta con gambas. Nunca falla.

Mi sonrisa se congela por un segundo. Pasta con gambas. Justo lo que pidió nuestra primera noche. ¿Es su cita de menú fijo? ¿Menú romántico de copia y pega?
Antes de que pudiera contestar o reaccionar, él vuelve y suelta, con toda la tranquilidad del mundo.

- Os he traído otra copa, veo que ya la tenéis vacías.

Yo lo miro fijo, con la mejor de las sonrisas que ahora mismo podía poner y con los ojos vidriosos.

- No, gracias. Yo mejor me voy con los colaboradores… porque eso es lo que soy ¿no?

Me bebo lo que me queda de un trago, como quien cierra el telón con humor antes de que se note la inseguridad.

Capítulo 64:

Me fijo en sus ojos y los tiene vidriosos. No entiendo qué ha podido pasar, así que la paro en seco.

- Andrea ¿Qué ocurre?

Ella me mira con rabia contenida.

- Déjame, estoy molesta. Tengo que pensar. Necesito irme de aquí.
- No te vayas, Andrea, no puedo salir ahora mismo, tengo que estar aquí.
- Pues yo quiero irme. Lo siento, pero no sé si pinto mucho en este sitio.
- Claro que pintas ¿Por qué no ibas a hacerlo?
- Soy una colaboradora, ¿recuerdas? Da igual que esté o no esté - dijo sonriendo de manera irónica y entonces continúa - quédate con Lucía, que me ha dicho que tiene antojo de pasta con gambas.

Ahí lo entiendo todo. Se me cae el alma. Sé que Lucía siempre ha sido una pesada, pero no imaginaba que hubiera soltado semejante estupidez delante de ella.

Andrea da media vuelta y sale hacia la calle. Yo la sigo, porque no puedo dejarla así. Afuera hay silencio, solo el aire de Barcelona cortando la tensión.

- Andrea, no te montes una película con esto. Lo de Lucía y yo fue hace tiempo y solo fue una tontería.

Ella me mira con ojos dolidos.

- ¿Una tontería? ¿Entonces por qué la llevaste al mismo sitio que a mí? Pues ya sé lo que soy, otra tontería. Voy a pedir un taxi.

Se me encoge el pecho.

- Andrea, estás nerviosa, lo entiendo, y estás molesta…pero podemos hablar luego. No puedo irme contigo al apartamento, estoy trabajando.
- Qué más da. No quiero que vengas conmigo. Quédate con ella, que seguro está más interesada que yo en este momento.
- Andrea, por favor, déjame al menos acercarte. Voy a escribir un mensaje, aviso que ahora vuelvo.

Nos metemos en el coche. El silencio pesa tanto que casi duele. No sé qué decir sin que ella lo malinterprete. Ella está encerrada en su burbuja, convencida de cosas que no son.

Antes de que abra la puerta, me animo a decir algo.

- Andrea, intentaré estar de vuelta en dos horas. Después lo hablamos. Pero no lo tomes así, porque no lo es.

Ella no me contesta. Solo veo el malestar en sus ojos, la rabia mezclada con tristeza, y la puerta del coche cerrándose detrás de ella.

Capítulo 65:

Antes de volver a entrar, me detengo unos segundos en la puerta y le mandó un mensaje a Andrea.
"Perdóname, sé que estás molesta. Cuando termine, hablamos tranquilos.
Entiendo que te tomes a mal el que te haya llevado a un sitio que ya llevé a otra chica. Pero es un sitio que me encanta y quería compartirlo contigo. Qué más da haber ido con otra persona si ahora él mejor de los recuerdos los tengo contigo" Intento suavizar, aunque sé que la herida está abierta.

Respiro hondo y entro de nuevo en el salón. El primero que me encuentro es a mi jefe, con esa sonrisa forzada y la mirada incómoda.

- ¿Dónde has estado? - preguntó, directo.
- Andrea se encontraba mal, la he acercado un momento al apartamento.

Él frunce el ceño.

- Pues para eso hubiera pedido un taxi. Estás trabajando y esta semana parece que te lo estás tomando a la ligera. Nos jugamos mucho y tú eres fundamental. ¿Qué te pasa? Nunca has sido así. Deja de distraerte por una chica más, un pasatiempo.

Siento un pellizco en el corazón. Trago saliva y lo miro fijamente.

- Mira, yo me tomo muy en serio mi trabajo. Por eso estoy aquí ahora, y no con ella. Pero te aseguro que Andrea no es un pasatiempo y, con todo respeto, aunque seas mi jefe, la próxima vez que quieras decirme algo así, hazlo con un poco más de respeto.

La tensión se corta en el aire. Sigo saludando a los invitados, pero todo me sale forzado. Sonrío porque toca sonreír, pero por dentro lo único que pienso es que me quedan dos horas largas antes de poder salir de ahí e intentar arreglar lo que he roto.

De repente, aparece Lucía. Su tono intenta ser ligero, como si no hubiera pasado nada.

- No dramatices, solo le recomendé algo para cenar…Andrea se lo tomó demasiado en serio - dijo sonriendo de lado, sin pudor - bueno, sí, yo soy celosa y lo sabes. Al final siempre terminamos juntos, como otras veces. Nos divertimos de vez en cuando, no pasa nada.

Siento un golpe de rabia, pero mantengo la voz firme.

- Lucía, ni tenemos nada, ni lo hemos tenido. Así que, por favor, déjame en paz.
- No decías lo mismo cuando me regalaste aquellos pendientes tan bonitos…ni con las cosas que me decías. No es mi culpa que seas tan poco original.

Respiro hondo. No quiero montar una escena, no ahora. Sé que no debería haberla llevado al mismo restaurante donde había estado con ella. Era un lugar que me gustaba, nada más. Pero claro, para Andrea no es "nada más". Entiendo su enfado y sé que no va a ser fácil de borrar.

Me quedo en silencio, le doy un sorbo a la copa y solo pienso "Andrea no se va a quitar esto de la cabeza tan fácilmente y lo peor es que tiene motivos".

Capítulo 66:

No me lo podía creer. Sentía rabia por todo lo ocurrido, pero, al mismo tiempo, me dolía haberme ido de allí, así como una cobarde. Él siempre se había portado genial conmigo… ¿y aun así? Lo de llamarme colaboradora me dolió demasiado, era absurdo porque realmente no éramos nada y enterarme de lo de Lucía, que todo lo que le faltaba de cerebro lo compensa con pestañas postizas.

¿En serio? ¿Llevarme a comer al mismo lugar que a ella?
El primer sitio que me lleva, justo la noche en la que vamos a dormir por primera vez juntos y la cual terminamos acostándonos. Era una broma de mal gusto.
La indignación se mezclaba con un nudo en la garganta. No sabía si era buena idea llamar a Emma y a Pablo, pero necesitaba soltar o iba a explotar. Encima, para rematar, tenía hambre… y a partir de hoy me declaro intolerante a las gambas.

Me metí en un bar de bocadillos, pedí uno de lomo y queso. Ahí estaba yo, sentada en la mesa de la terraza, con un vestido elegante, las lágrimas resbalando y un bocadillo entre las manos. Una escena tan absurda que no podía culpar a la mesa de jubilados del fondo por mirarme como si fuese una actriz en plena grabación, esas cámaras ocultar. Ojalá fuera eso una simple broma.

Respiré hondo y llamé al grupo de WhatsApp. Cuando contestaron, no les dejé ni decir "hola". Solté todo de golpe, en cascada, sin filtro, sin pausa. Cuando terminé, me quedé en silencio, con la boca llena de pan y queso, esperando la sentencia.

Pablo fue el primero en hablar, con ese tono suyo de cabreo gracioso que siempre me arrancaba una sonrisa, aunque ahora mismo dudo que algo me haga gracia.

- ¡¿Pero tú te crees?! ¿El mismo sitio que la otra? ¿Qué pasa que tiene un menú de "pack primeras veces"? Mira, te lo digo en serio, Andrea, lo llego a tener delante y le planto el bocadillo en la frente.

Emma, en cambio, estaba seria, pero su voz sonaba más templada, como siempre, aunque noté la rabia contenida.

- Vale, respira, Andrea. Entiendo que estés dolida y que te sientas como un número más en su historial. Yo también estaría cabreada, muchísimo. Pero no saques conclusiones todavía. Habla con él. No lo justifica, pero no sabemos qué significa realmente ese gesto para él. A lo mejor no tiene ni idea de lo que para ti representa.

Pablo interrumpió porque no podía aguantar más.

- ¡Emma, por favor! Que no hay excusas. ¿Tú crees que yo llevaría a mi primera cita a alguien importante si ha sido un sitio donde llevé a mi ex? ¡Jamás! Eso es como invitarte a mi casa y que aún tenga la foto de mi ex colgada en la nevera. No se hace.

Emma suspiró, y yo sentí que estaba como siempre, en el punto medio entre salir corriendo o tomarme un té con él para ponerlo todo más en calma.

- Mira, Andrea, está claro que él ha metido la pata y grande. Lo que tienes que pensar es si esto es un error tonto o un patrón y para saberlo, solo puedes hacer una cosa: preguntarle.

Yo escuchaba en silencio, con el bocadillo a punto de terminar. Tenía ganas de llorar y de reír al mismo tiempo, porque Pablo me defendía

como un gladiador y Emma como una abogada, y yo allí, en medio, dando los últimos bocados y con la cabeza echando humo.

Ya tenía dos puntos de vista distintos, no sabía si hacerle caso a Emma y hablar con él o desaparecer como me aconsejaba Pablo. Solo sabía que no sabía nada. Mi corazón me gritaba que lo hablara, pero mi orgullo me podía. Me dolía demasiado todo esto y, aunque a lo mejor estaba exagerando, me parecía demasiado feo y yo me sentía demasiado tonta.

El paseo de vuelta se volvió más largo de lo normal para bajar mi ansiedad. Me recorrí un camino sin rumbo, mientras miraba las estrellas. Sabía que él estaría a punto de llegar y, al no saber si subir al apartamento o no, me quedé sentada en un banco observando a la gente pasar.

La noche era fría y mis pelos estaban de punta, pero agradecía ese frescor porque se asemejaba a cómo me sentía por dentro, helada.

Entonces mi móvil empezó a sonar. No quise cogerlo y en ese momento empecé a llorar, sin saber por qué. Tal vez porque quería que por una vez todo fuera diferente. Así lo vivía y así lo sentía. Quería confiar, pero algo me impedía atender esa llamada. El miedo a que fuera cierto todo o a que me estuviera equivocando me paralizaba.

Capítulo 67:

Estaba llegando al apartamento y no me cogía el teléfono. Entendía que estuviera enfadada, pero no pretendía que todo saliera así. Había quedado como un imbécil. Tenía la sensación de que, dijera lo que dijera, hiciera lo que hiciera, ella no iba a entenderlo.

Lo intenté otra vez, y otra. Al aparcar el coche, marqué de nuevo. Finalmente contestó, y dijo lo que yo ya esperaba.

- No tengo ganas de hablar contigo. Sé que tienes la excusa perfecta, pero ahora mismo no sé qué pensar, así que déjame.
- Andrea ¿Estás en la habitación?
- No, no sé si esta noche me quedaré allí, puede que me coja un apartamento.
- Andrea, vaya tontería. Si de verdad quisieras eso, me iría yo. Así que ven al apartamento, vamos a hablar.
- …
- ¿Andrea?

Me cortó la llamada. Me quedé sentado en las escaleras del portal, con la espalda apoyada en la pared y las manos entrelazadas, esperando. No sabía cuánto tiempo pasaría, pero estaba dispuesto a quedarme ahí.

Entonces la vi aparecer. Venía caminando despacio, con el vestido algo arrugado y los ojos brillantes, mezcla de lágrimas y orgullo. Cuando me vio dudó en acercarse.

- Andrea…- me levanté despacio.
- No quiero discutir - murmuró ella, con voz rota.
- Ni yo - di un paso más, con calma - sé que lo de hoy ha sido un desastre. Admito que fue un error llevarte a ese sitio, no pensé en lo que podía significar. Pero no eres un

número más, ni una sustituta. Eres tú. Solo tú y lo siento si no supe demostrarlo.

Ella se cruzó de brazos, me miró seria, y de pronto empezó a hablar con ese tono tan suyo, el que mezcla enfado y ternura.

- ¿Tú te das cuenta de lo que me haces? Me llevas a ver una película de terror en nuestra primera cita, aparece mi ex, ahora aparece la tuya, y encima... ¡me llevas al mismo sitio que a ella! ¡a ella! ¿Tú sabes lo humillante que es? ¡Ni un poco de originalidad! Lo nuestro no es un romance, es un deporte extremo, pero seguro que este deporte no se pone de moda.

Intenté contener la sonrisa, pero me fue imposible.

- No quería que lo vieras así.
- ¿Y cómo quieres que lo vea? - replicó, dando un paso hacia mí, con los ojos llenos de fuego - Es que me duele, ¿sabes? me duele porque… - se interrumpió, bajando la voz - …porque contigo no me da igual y por eso me siento tonta. Porque te quiero y me da miedo que, al final, no sea suficiente.

Yo tragué saliva, mi corazón se desbordó en ese momento, ¿había dicho te quiero? Quise acercarme más, pero ella alzó un dedo, aún enfadada.

- Y que conste que tienes un master en liarla en los peores momentos. Máster con matrícula de honor.
- Puede ser- admití con una media sonrisa - pero también me esfuerzo en arreglarlo rápido.

Andrea rodó los ojos, aunque la comisura de sus labios tembló como si quisiera sonreír.

- Te lo juro, eres insoportable ahora mismo. Estoy cabreada, de verdad…pero al mismo tiempo eres lo único que quiero y eso me enfada todavía más.
- Entonces… ¿qué hacemos? - susurré.

Ella se mordió el labio, me miró con esa mezcla de ternura y rabia que solo ella tenía, y soltó con ironía.

- Pues no lo sé…pero cállate ya.

Y antes de que pudiera responder, fue ella quien me besó.
Un beso inesperado, lleno de rabia, risa y miedo, pero también amor.
Un beso que me desarmó por completo.
La tuve entre mis brazos, y entre su enfado adorable y sus lágrimas, supe que, a pesar de todo, quería quedarse.

Capítulo 68:

Aunque me hubiera besado, la tensión seguía flotando en el aire.
Llevábamos ya muchos días compartiendo la misma cama, noches despertándome con su pelo sobre mi hombro, desayunos improvisados entre risas y aun así, lo sentía. Había algo que ella esperaba de mí y que yo no le estaba dando.

Lo tenía en la punta de la lengua, lo sentía en cada gesto, lo sabía desde el día en que la conocí, pero no me atrevía a soltarlo. Decirlo ahora, con el ambiente aún enrarecido, podía sonar forzado y yo no quería que esas palabras fueran nunca un parche o que lo parecieran.

Andrea, por su parte, no lo mencionaba. Habían sido muchas cosas dichas en un solo momento. Estaba resentida, lo demostraba en cada gesto, en cada indirecta disfrazada de broma.

- ¿Sabes qué? - dijo mientras se sentaba en la cama con los brazos cruzados - he contado las toallas del baño. Hay cinco. ¿Quién pone cinco toallas? o cuatro o seis. ¡pero cinco!

La miré desde la cocina, donde me servía un vaso de agua, y negué con la cabeza sonriendo.

- Andrea…
- ¡No me mires así! - replicó, con gesto exagerado - Una chica necesita equilibrio en su vida y tú deberías saberlo.

Se tumbó boca abajo, hundiendo la cara en la almohada y añadió en un murmullo perfectamente audible.

- Si me quisieras de verdad, bajarías a recepción a pedir una toalla más.

Me quedé en silencio, con una mezcla de ternura y ganas de abrazarla hasta que se olvidara de todo.

Otro rato después, al ver que yo no reaccionaba, se levantó con dramatismo y dijo.

- Y otra cosa, la lámpara de la mesilla parpadea. ¿Sabes qué significa? Que podría electrocutarme en plena noche. Muerta por un flexo barato y tú sin hacer nada.

No pude contener la risa.

- Prometo pedir que lo arreglen mañana.
- Siempre mañana…- suspiró, volviendo a tumbarse con un cojín abrazado al pecho - siempre mañana.

Me acerqué despacio, me senté en el borde de la cama y le aparté un mechón de pelo de la cara.

- No quiero que pienses que lo dejo todo para mañana. Estoy aquí hoy, contigo y eso es lo único que importa.

Ella me miró con los ojos brillantes, entre reproche y ternura, y luego resopló.

- Eres insoportable. Pero de esos insoportables que una tonta como yo aguanta porque… bueno, porque hoy por ejemplo no quiero dormir sola.

Quise decirle lo que realmente me hervía por dentro, pero me limité a apretarle la mano.

- No pienso dejar que duermas sola.

Ella sonrió de lado, como si lo que yo decía se quedara corto y se escondió bajo la manta.

- Perfecto. Pero que sepas que esta noche la manta es mía entera. Por dejar las cosas para mañana

Y yo, mientras la escuchaba refunfuñar desde debajo de las sábanas, supe que no podría contenerlo mucho más.

Capítulo 69:

No me lo puedo creer. ¿En qué momento pensé que era buena idea besarle y soltar un "te quiero" después de todo lo que había ocurrido? Ridícula, Andrea, ridícula. Ahí estaba yo, preparada para echarle en cara lo de "colaboradora", lo del restaurante reciclado que también compartió con esa tal Lucía, lo de que por cómo me lo contó seguramente lo haya hecho con otras más…y al final, en lugar de reproches, terminé dándole el discurso más intenso de mi vida. Con beso incluido. Y él…nada. ni se inmutó. Ni un gesto, ni un "yo también". Ni siquiera un "gracias". Como si me hubiera oído decir "hoy hay croquetas para cenar".

Ahora estoy aquí, mordiendo mi tostada, sintiéndome la payasa del circo mientras él se toma su café con esa calma que me enerva ahora mismo. Como si no acabara de dejarme en evidencia. Porque sí, estoy enfadada, pero más que nada me siento humillada. Como si hubiera perdido puntos de dignidad en un tablero invisible.

Él se marchó a trabajar como si nada, y yo, tragándome la vergüenza, hice lo único que podía, llamar a mis dos salvavidas.

- Vale, confesión - dije nada más verles las caras - Ayer no hice nada de lo que dijimos.
- ¿Cómo que nada? - saltó Pablo, ya alterado - ¿No le echaste en cara lo del restaurante? ¿Ni lo de la ex? ¿Ni lo de colaboradora?
- No, bueno, sí... lo intenté, pero… - me tapé la cara con la mano - acabé besándolo.

Se hizo un silencio

- ¿Y…? - preguntó Emma con media sonrisa, intentando adivinar el final.
- Y le dije te quiero.

Pablo dio un grito que casi me revienta el altavoz y los oídos.

- ¡¿QUÉEEEE!? - chilló Pablo, poniéndose en pie con su bata ondeando. - Nuestra Andrea sacando la artillería pesada.

Emma se llevó la mano a la boca, sorprendida, pero luego sonrió.

- Bueno… pero eso es bonito, ¿no? o sea, si lo sientes, está bien que lo hayas dicho.

Me sentí medio avergonzada.

- Sí, claro, bonito…Pero entonces, ¿Por qué estás tan enfadada ahora? - preguntó, Pablo.

Tragué saliva, con la rabia atorada en el pecho.

- Porque no me contestó - me miraron los dos sin entender - No me dijo nada, ¿vale? ni un "yo también", ni un "yo no", ni un "déjame pensarlo". Solo silencio. Como si me hubiera oído hablar del tiempo.

La cara de Pablo cambió en un segundo.

- ¿Cómo que silencio? ¿COMO QUE SILENCIO? - repitió, llevándose las manos a la cabeza.

Emma frunció el ceño, preocupada.

- ¿De verdad no dijo nada?
- Nada - repetí yo, con un nudo en el estómago.

La expresión de los dos cambiaba por momentos.

- Uff…- suspiró Emma - Eso sí es duro. Entiendo por qué estás así.
- Normal que te sientas mal - añadió, Pablo, ya sin su tono exagerado - Te has expuesto y él no reaccionó. Eso duele.

Yo asentí, sintiendo un nudo en el pecho.

- Es que me siento ridícula.

Hubo un silencio breve, y Emma habló intentando poner un poco de calma.

- Mira, no eres ridícula. Te salió lo que sentías. Eso es valiente, no ridículo. Pero sí entiendo que te sientas rara. Quizás él necesita tiempo para procesarlo.

Pablo asintió, por primera vez sin hacer un drama.

- Y mientras tanto, tú cuídate un poco. No estés detrás. No lo busques tanto hoy. Si quiere hablar, que sea él quien dé el paso.

Emma lo apoyó.

- Exacto. No hace falta que montes un muro, pero tampoco le des todo como si nada hubiera pasado. Marca un poco de distancia, deja que él también mueva ficha.

Yo suspiré, sintiendo algo de alivio.

- No sé cómo voy a poder hacer como si nada, al igual que lo hace él, pero no pienso hacer el tonto.
- Eso mismo - dijo Pablo, sonriendo - Solo sé Andrea, con su orgullo en su sitio.

Colgué la llamada con una mezcla rara, enfado, vergüenza, y esa calma incómoda de saber que ahora tocaba esperar a ver si él hacía

algo.

Capítulo 70:

No sé si fue peor lo que dije, lo que no dije o lo que callé. Andrea me besó, me dijo te quiero, y yo me quedé quieto, como congelado. Por dentro, todo se me removió, pero en vez de aprovechar el momento y responder con la verdad, con lo que siento, me escondí tras un silencio cobarde. Pensé que no era el momento, que sonaría forzado, que después de todo la tensión no iba a tener peso y lo único que logré fue lo contrario, dejar un vacío incómodo entre los dos. Y ahora…se nota. Ella intenta disimular, yo también, pero el malestar está ahí, latiendo bajo la superficie. Como un ruido de fondo que ninguno se atreve a apagar.

Entré al despacho y el ambiente me resultó más insoportable de lo habitual. Todos sentados alrededor de la mesa, hablando y alargando cada detalle de un proyecto que ya estaba listo desde hacía días. Pero claro, en este trabajo parece que les encanta estirar las reuniones hasta que duelen. Yo solo quería salir de allí, escapar de la sensación de que mi vida privada y mis silencios se reflejaban en la cara que llevaba puesta.

Lucía, sentada justo enfrente de mí, con esa sonrisa torcida, irónica, como si pudiera leer en mi rostro todo lo que me pasaba por dentro. Mi cara era un poema, lo sabía. Ella lo disfrutaba.

Cuando por fin acabó ese paripé absurdo de reunión y solo me quedaba una hora, me refugié en la máquina de café. Ese murmullo metálico, ese líquido negro cayendo en el vaso, era lo más parecido a paz que había tenido en todo el día. Hasta que, inevitable, llegó ella.

- Tienes mala cara - dijo Lucía, apoyándose con demasiada confianza en la máquina - ¿Alguien no ha tenido un momento de pasión esta noche?

Me mordí la lengua. No le iba a dar el placer de una respuesta. Cogí mi vaso, disimulé, intenté apartarme.

- Si necesitas algo mejor que el café, llámame - susurro, ladeando la cabeza con ese tono venenoso que siempre había usado para tentarme, para recordarme lo que hubo, para hacerme dudar.

y ahí se me acabó la paciencia. Ese era el límite que debía haber puesto hace tiempo.
La miré a los ojos y le solté.

- Lucía, basta. No me interesa lo que me ofreces, ni tus insinuaciones, ni tus juegos. Lo nuestro se acabó hace mucho y si alguna vez vuelves a intentar meterme en mi vida de esa manera, no esperes de mí ni una sonrisa.

Ella arqueó las cejas, sorprendida. Nunca me había visto hablarle así.

- Estoy con alguien que de verdad me importa y no pienso permitir que entres en ese espacio. Ni se si todo esto es una broma o que pretendes. Pero sabes, no me importa así que por favor vete.

Lucía dejó escapar una risa seca, medio incrédula, pero su sonrisa se borró al ver que yo no me movía ni un centímetro.

- Vaya, parece que por fin has madurado.
- Si lo quieres llamar así, lo único que sé es que fin he entendido lo que quiero - le respondí, dando un sorbo al café como punto final.

Me giré y me marché de allí, con el corazón acelerado. No era solo por Lucía. Era porque, aunque aún no se lo hubiera dicho a Andrea, en ese instante tuve la certeza más clara, no quiero callarme más. No quiero que ella vuelva a sentirse sola en sus palabras.

Andrea se merece escuchar lo que siento y se lo voy a decir, aunque me tiemble la voz.

Capítulo 71:

Después de salir del trabajo, lo único que quería era aire. Esa sensación de estar atrapado en un silencio forzado con Andrea, más la intromisión con Lucía, me había dejado el pecho cargado. Saqué el móvil sin pensarlo demasiado y marqué a Luis. De todos mis amigos, él siempre había sido el más sensato, él sabía escuchar sin juzgar.

- Tío, necesito hablar contigo - le solté en cuanto respondió.

Él no tardó en percibir el peso de mi voz. Me dejé llevar, contándole lo de Andrea, lo de Lucía, cómo había tenido que ponerle un límite definitivo, y lo que me estaba consumiendo, no haber sido capaz de decirle a Andrea lo que siento en el momento justo.

Luis se quedó en silencio unos segundos antes de hablar.

- ¿Sabes lo que me estás diciendo? Qué tienes miedo a perderla por no abrir la boca. No puedes seguir escondiéndote detrás de excusas o silencios, porque ella ya lo nota.

Me removí incómodo, pero sabía que tenía razón.

- No quiero arruinarlo con un "te quiero" mal colocado, Luis…
- No existe un mal "te quiero" cuando es sincero. Lo que arruina es callarlo. - su tono era tan rotundo que me atravesó.

Me aconsejó que dejara de esperar el momento perfecto, que en vez de palabras sueltas hiciera algo que hablara por mí. Una cena

romántica, un gesto que no dejara dudas.
Cuando colgué, lo tuve claro, iba a preparar todo. Me dirigí al supermercado con una determinación que hacía tiempo no sentía. Recorrí los pasillos pensando en ella, en lo que le gustaba, en cómo se le iluminaban los ojos con pequeños gestos. Llené la cesta con lo necesario para un menú especial, pasta fresca, queso, un buen vino, ingredientes para un postre improvisado y al salir, pasé por la floristería. Me temblaron un poco las manos cuando pedí las rosas rojas. Todo esto me estaba poniendo nervioso, solo podía pensar en cómo decírselo.

Al llegar al apartamento, sentí un nudo en el estómago. Andrea estaba allí, con cara de querer aparentar normalidad, pero en sus ojos se leía el enfado contenido, la confusión. Esa mezcla que a mí me mataba.

No dije nada. Solo extendí las flores hacia ella.
Vi cómo en cuestión de segundos su expresión cambiaba, primero sorpresa, luego ternura, como si por un instante se derritiera la coraza. Las cogió con cuidado y ese gesto simple me devolvió la tranquilidad

- Sé que no he estado bien - le dije con voz baja - Perdóname por todo. Hoy quiero preparar algo bonito para ti. Una cena, solo nosotros dos. Quiero que esta noche sea especial.

Ella no respondió con palabras inmediatas, pero me regaló una pequeña sonrisa que fue suficiente para saber que aún tenía oportunidad.

Esa noche, más que cocinar, lo que estaba preparando era un puente para volver a encontrarnos.

Capítulo 72:

Después de hablar con Emma y Pablo estuve todo el día preparando en mi cabeza el guion perfecto para convertirme en la chica más dura del planeta. Nada de lágrimas, nada de caras largas, nada de "pobrecita yo". Solo orgullo, indiferencia y una mirada de esas que dicen "a mí no me afecta nada".

Me puse frente al espejo varias veces practicando frases como:

- "Pues me da igual"
- "Haz lo que quieras"
- "Yo estoy perfecta así"

El problema es que, cuanto más ensayaba, más ridícula me sentía. Acabé riéndome sola, porque claro, una cosa es pensarlo y otra muy distinta imaginarme soltando eso en serio sin que se me escapé una carcajada nerviosa.

Con tanto ensayo terminé agobiada. Me subió la ansiedad como si hubiera estado estudiando para un examen imposible, así que cogí el bolso y salí a dar un paseo. Necesitaba aire fresco.

Anduve sin rumbo hasta llegar a un parque con un pequeño lago lleno de patitos. Me quedé mirando cómo nadaban, tan tranquilos, y sentí que la respiración se me acomodaba un poco. El aire en la cara, el sonido del agua, todo eso hacía que el nudo en el estómago aflojara.

Pero claro, el enfado seguía ahí. Ese enfado que es como un grano en mitad de la frente, por más que lo intentes ignorar, sabes que está ahí y encima te hace sentir fea y para colmo, llevaba todo el día

sin recibir un solo WhatsApp suyo. Ni un “hola”, ni un “qué tal”, ni siquiera un emoji cutre. Nada.

- Genial, Andrea - me dije - ¿Cómo piensas poner en práctica lo ensayado si ni siquiera te da la oportunidad? ¿Cómo te haces la dura si él pasa de ti?

Me imaginé la escena, yo, entrando con mi guion aprendido, intentando soltar una frase de esas que matan, y él… simplemente preguntando qué tal. Fin del drama.

Miré a los patitos y uno me sostuvo la mirada.

- Pues sí, tienes razón - le dije en voz baja - estoy haciendo el ridículo.

El patito, evidentemente, siguió nadando como si nada y yo me quedé ahí, pensando que quizá el problema no era ser dura, sino admitir que, por mucho que intentara aparentar lo contrario, estaba pendiente de él.
Y por supuesto, del dichoso WhatsApp, que no llegaba.

Capítulo 73:

Había pasado el día entero ensayando cómo ser la mujer más dura del planeta, nada de miradas blandas, nada de gestos tiernos. Pero cuando abrí la puerta y lo vi ahí, con seis rosas rojas y una bolsa del supermercado llena de cosas, ya empecé a sentir que mi guion se iba al garete.

¿Seis rosas? Joee, Andrea, todo el teatro para hacerte la fría y con seis flores ya te tiemblan las piernas. No puede ser.

Él sonreía, como si estuviera seguro de que con ese gesto lo arreglaba todo y yo intentaba mantenerme firme, aunque por dentro ya estaba a un "ay que bonito" de rendirme.

Empezó a sacar las cosas de la bolsa como si fuera un show de cocina en directo.

- Pasta fresca - dijo, levantándola como si él mismo la hubiera preparado con las manos, aunque viniendo de él seguro que sabía hacerlo.
- Muy bien, Masterchef - murmuré yo, intentando no reírme.
- Vino tinto
- Eso sí que lo sé usar - contesté arqueando una ceja.

Siguió sacando tomate, albahaca, queso, pan… y yo lo miraba con los brazos cruzados, como si no me importara nada de lo que él hacía.

- Vale, ahora me ayudas - dijo de repente, extendiéndome un cuchillo.

- ¿Ayudar? - puse cara de espanto - ¿Seguro que quieres poner en riesgo la cena?
- Claro que sí. Solo corta un poco de pan.
- Mira, yo lo que sé hacer es pasta, arroz y bocadillos y ni eso me sale con una presentación bonita. Si me das ese cuchillo, en vez de pan te preparo migas para desayunar mañana.

Él se le escapó la risa, como esperando esa respuesta.

- Pero si es solo pan, Andrea y además ¿Quieres pelar la cebolla?
- Ni lo sueñes - me aparté de inmediato - bastante tengo con no llorar por ti como para encima hacerlo por una cebolla.

Por un instante nos invadió el silencio.
Él siguió poniendo todo bien organizado en la encimera, como si no hubiera escuchado o peor, como si prefiriera no contestar. Esa es su especialidad últimamente, callar justo en el momento en que yo necesito una palabra y ese vacío, esa manera de esquivar lo profundo con un gesto rutinario, me duele más que cualquier pelea.

Me apoyé en la encimera, con las rosas a un lado, mientras lo miraba moverse por la cocina. Por fuera bromeaba, pero por dentro una parte de mí gritaba "ojalá supieras cuánto me duelen tus silencios, cuánto necesito que digas algo, lo que sea, en vez de dejarme sola con mis pensamientos.
Ahí estaba yo, sonriendo para disimular, mientras la herida se abría un poco más. Porque sí, puede que no se me dé bien cocinar, pero lo que realmente temo es que tampoco se me dé bien sostenernos cuando él se calla.

Capítulo 74:

Solo pensar en la comida era una excusa para no mirar de frente lo que acababa de pasar. Ver a Andrea así, tan sensible, con esa frase que me atravesó como un puñal "bastante tengo con no llorar por ti". Eso me rompió por dentro. Me quedé helado, incapaz de decir nada, no porque no quisiera, sino porque no sabía cómo. ¿Qué podía contestar sin estropearlo más? Solo quería que la noche siguiera adelante, que sonriera un poco, que el peso que arrastramos se aligerara, aunque fuera un rato.

Pensé: tranquilo, ya llegará el momento de decirle todo, ya llegará el momento. Pero mientras más pasaba el tiempo, más sentía que la estaba perdiendo a trozos, como arena que se escurre entre los dedos y esa sensación me estaba volviendo loco.

Intenté hablar de cualquier cosa, un comentario sobre el vino, una broma con la pasta, el típico "que hambre tengo". Ella me seguía la corriente, pero sabía que estaba disimulando, que por dentro no estaba bien y yo también fingía, porque el silencio pesaba como una losa en medio de los dos.

Me obligué a concentrarme en los olores, en la sartén chisporroteando, en estar presente en ese solo momento y poco a poco fui vistiendo la mesa, el vino en su sitio, el pan en la cesta, el queso brillando bajo la luz, la pasta en su punto justo. Todo tenía una pinta increíble y el olor era tan bueno que casi parecía imposible que lo hubiera hecho en esas circunstancias.

La miré de reojo y pensé: ojalá esta cena alivie un poco el momento tenso, ojalá este plato consiga lo que mis palabras todavía no se atreven a decir.

Capítulo 75:

Nos sentamos frente a los platos, pero cada intento de conversación terminaba cayendo como un vaso roto en el suelo. Sentía que mis palabras no sumaban, sino que restaban, que cualquier comentario ligero que buscaba suavizar la tensión solo empeoraba el ambiente. El aire se hacía más espeso a cada segundo y la comida, aunque estaba caliente, se enfriaba dentro de mí.

No era culpa de Andrea, ni mía tampoco… era algo más profundo. Me vi reflejado en ese silencio incómodo, en esa distancia que parecía agrandarse por momentos, y de golpe me asaltó el recuerdo de siempre, mi miedo al amor.

Desde pequeño lo había sentido, aunque con Andrea había sido distinto. Siempre es distinto.
Nos han contado tantas historias de amor de películas, en canciones, en cuentos, como si fuera un manual perfecto de lo que debía de ser. Pero la vida no funciona así. Con los años aprendes que el amor no es esa melodía eterna, que no siempre dura, que a veces se quiebra sin que puedas hacer nada. Yo lo aprendí demasiado pronto.

Tenía nueve años cuando mis padres se separaron. Mi madre tomó la decisión de empezar una nueva vida, de rehacerse con otro hombre. No la culpo, nunca lo hice. Pero en los ojos de mi padre encontré la imagen contraria. La del hombre que decidió quedarse solo, que jamás volvió a buscar a nadie y lo peor fue ver cómo la soledad no le hacía infeliz. Él tenía a sus amigos, a mí, a mi hermana. Perecía suficiente.

Mi hermana…con ella tampoco conseguí mucho. Se parece demasiado a mi madre distante, fría, hermética. Nunca conectamos

del todo y tal vez por eso terminé construyendo una muralla de hierro alrededor de mis emociones.

Aquella fue la primera y última vez que dije “te quiero” con el corazón en la garganta. A los nueve años. Nunca más. Las palabras se fueron oxidando en mi boca.

Con Andrea, con Andrea era distinto. Ella removía todas esas capas endurecidas, me devolvía un pedazo de inocencia que creía enterrada. Pero al mismo tiempo me aterraba. Porque sabía que, si llegaba el momento de decirlo, de pronunciar esas dos palabras de nuevo, ya no habría marcha atrás.

Tragué saliva, intenté volver al presente. La comida seguía en la mesa, Andrea frente a mí, y yo con un nudo en el estómago que no tenía nada que ver con el hambre.

Capítulo 76:

Intenté entablar conversación para que la cena no resultara incómoda, pero cada cosa que decía parecía empeorar más el ambiente. Quería que todo saliera perfecto, que este fuera el momento, y sin embargo sentía que me tropezaba en cada palabra.

- Está muy rico - dijo Andrea de repente con una sonrisa ligera que me calmó un instante - en serio, me has sorprendido.

Un pequeño alivio me recorrió, bien, buen comienzo. Ahora dilo.

- Gracias… yo quería decirte que…
- Eso sí - añadió, arqueando una ceja con ese tono tan suyo - la pasta está un poquito dura. No pasa nada, se come bien, pero vamos, que no vas a abrir un restaurante italiano todavía.

Forcé una risa. Tranquilo, sigue. No dejes que se te escape.

- Andrea, lo que quería decir es que yo…
- Y la salsa - continuó, sin darse cuenta de mi batalla interna - está buenísima, aunque quizás le habría puesto menos sal. Pero está muy bien, ¿eh? mejor así que soso.

El calor me subía al cuello. Cada vez que rozaba el momento, ella lo llenaba con sus comentarios naturales, sin imaginar que me estaba interrumpiendo en el peor instante.

- Andrea…- mi voz salió tensa, y antes de poder controlarme exploté - ¿Puedes dejar de hablar un segundo? ¿Quieres criticar un poco más o ya está bien?

El silencio cayó de golpe. Ella me miró, sorprendida, con una mezcla de enfado y desconcierto. Yo supe en el mismo instante que lo había dicho que me había pasado.
Muy bien, brillante. Justo lo contrario a lo que quería.

Me llevé la mano al pelo, arrepentido, incapaz de sostenerle la mirada.

- Lo siento…- susurré, con la voz rota - Necesito aire.

Me levanté de la mesa y caminé hacia la terraza. El aire fresco de la noche me golpeó en la cara como un cubo de agua helada. Cerré los ojos, aspirando hondo, intentando que el nudo en el pecho aflojara un poco. Todo lo que había intentado forzar para que saliera bien había terminado justo al revés.

Apoyé las manos en la barandilla, inclinándome hacia delante, como si así pudiera sostener el peso de la rabia conmigo mismo. Sentía que me había traicionado otra vez, quería que todo saliera perfecto, que ella se sintiera cómoda y lo único que había conseguido era alzar la voz.

"Muy bien, brillante", me repetía con amargura. Has conseguido lo contrario. Cada comentario suyo… y tú incapaz de callar, de esperar, de simplemente sonreír y ahora, ¿qué? Ahora Andrea cree que no sabes escuchar, que eres un imbécil.

El silencio de la casa me pesaba más que cualquier cosa. Podía imaginarla dentro, quieta, tal vez mirándome desde la mesa, quizá decepcionada. No sabía que era peor, que estuviera enfadada o que estuviera dolida.

El calor me subía al cuello y la mente no dejaba de dar vueltas. Lo peor es que esta noche no era para eso. Esta noche era para decirle lo que siento. Para romper este maldito muro y ahora…ahora no es el momento. Lo he arruinado. Si lo intento ahora, solo empeorará las cosas. No quiero que mi "te quiero" suene a excusa.

Pasaron minutos o quizás solo segundos, pero se me hicieron eternos. Cada vez que pensaba en volver a entrar para pedir perdón, un muro invisible me detenía. Tenía miedo de verla con esa mirada de enfado y sorpresa otra vez.

Respiré hondo, me di la vuelta con la intención de entrar y justo entonces, la puerta de cristal se deslizó suavemente.
Andrea salió despacio. Su silueta se recortó bajo la luz cálida del comedor. No me miró de inmediato, se limitó a caminar hacia la barandilla, a unos pasos de mí, como si también necesitara aire.

Yo me quedé congelado. Todo lo que quería decirle se quedó en mi garganta, pero lo único que escuchaba era la certeza de que no era el momento. No ahora.
No cuando lo había echado todo a perder.

Capítulo 77:

No podía mirarlo a los ojos. Cada vez que lo intentaba, me ardía la cara de la vergüenza. Me sentía culpable de no haber sabido callarme a tiempo, de no haber frenado mi lengua cuando más lo necesitaba. Había criticado cada detalle de la cena que había preparado con tanto esfuerzo. Él se había esforzado por sorprenderme, por darme algo bonito y yo solo había tenido palabras de mierda para devolvérselo.

Me quedé pegada a la barandilla, mirando las luces lejanas que parpadeaban como si se burlaran de mí. El frío de la noche me erizaba los pelos de los brazos, pero no era sólo eso. Eran los nervios. El miedo de sentir que lo nuestro se estaba rompiendo por una tontería que habíamos dejado crecer.

Apreté la barandilla con fuerza, como si de ahí pudiera sacar la valentía para mirarlo. Al final lo hice y cuando nuestros ojos se encontraron, no pude aguantarlo más.

- Lo siento…- mi voz salió rota, pero seguí adelante, aunque la garganta se me cerraba - lo siento de verdad. Siento haberte estropeado la sorpresa, porque era preciosa y no supe verla. Yo…estoy enfadada, y tenía que haber sido sincera contigo desde el principio. Estoy enfadada por muchas cosas que no tienen que ver contigo y también por otras que sí. Y sí, tienes parte de culpa, no voy a decir que no. Pero yo también la tengo. Mucha, por no saber parar, por no haber agradecido como debía, por no callarme cuando lo necesitabas.

Él me escuchó sin moverse, quieto, como si cada palabra fuera un hilo que lo mantenía atado a mí.

Entonces dio un paso, después otro y de repente lo tenía frente a frente. Me cogió las manos con cuidado, como si fuera de cristal. El contacto me recorrió entera, me temblaron los dedos, pero no los retiré.

- Andrea…- susurró, con esa calma que parecía ensayar cada sílaba - ¿Sabes esa sensación de querer que todo salga perfecto, de intentar hacerlo tan bien que al final la situación se rompe por una tontería? Pues eso he sido yo esta noche. He querido tanto que fuera especial…que he terminado arruinándolo. Lo siento. No has hecho nada malo. Estás en tu derecho de estar enfadada conmigo. Yo también estoy enfadado, pero conmigo mismo.

Sentí un nudo en el estómago, no sabía si sonreír o llorar.

- Parece que competimos a ver quién la fastidia más.

Él sonrió, ladeando la cabeza.

- Exacto. Solo que yo voy ganando por goleada.

Una carcajada se me escapó de golpe. Él ganándome a mí, la dramática que se va de los sitios, que le dice de la nada te quiero, ¿ganarme a mí? imposible.

- No, espera… yo también tengo puntos en contra y muchos - contesté, intentando seguirle el juego.
- Andrea, por favor, mírame - insistió, apretándose un poco más las manos. Su tono cambió, se volvió más grave - Yo me quedo toda la culpa si hace falta.
- No, no, me la quedo yo.
- No, yo... - me cortó sin que pudiera seguir
- ¡Qué he dicho que yo! - respondí rápidamente.

Él me miró fijo, los labios temblando, como si quisiera decir algo y no pudiera. Entonces, con un gesto repentino, se encogió de hombros.

- Bueno, ya está bien Andrea sea de quien sea…- dijo con media sonrisa, bajando la mirada un segundo antes de volver a clavarla en mí - Qué más de la culpa, si al final todo esto ha sido solo por no saber cómo decirte que te quiero.

El silencio se volvió absoluto.

Sentí cómo me fallaban las rodillas. El corazón me golpeaba con tanta fuerza que me parecía imposible que él no lo oyera. Lo había dicho. No como excusa, no como broma… se le había escapado, sí, pero en sus ojos brillaba la verdad más desnuda que le había visto nunca.

Me quedé helada, con la respiración atrapada, los ojos abiertos como platos. Incapaz de articular una sola palabra. Él seguía ahí, delante de mí, sosteniéndome las manos y yo me quedé muda, con el mundo patas arribas por un momento.

Capítulo 78:

Se me había escapado. Lo vi en sus ojos nada más decirlo, cómo se le quedaron clavados en mí, grandes, brillando, como si acabara de soltar algo que no tenía vuelta atrás. El silencio me golpeó la cara. Sentí cómo se me mezclaban las palabras en mi mente, las manos me sudaban y lo único que se me pasó por la cabeza fue: la he cagado, otra vez la he cagado.

Tragué saliva, intentando recomponerme y solté lo primero que me vino.

- Andrea…oye, no le des importancia ¿vale? - me oí decir con una voz rara, como si no fuera mía - ha sido una forma de hablar, ya sabes…se me ha escapado.

Ella parpadeó despacio. Tenía los labios entreabiertos, como si no supiera si reír o llorar y entonces sonrió un poco, muy poco, lo justo.

- Está bien. Lo entiendo - me dijo, bajando la voz - no pasa nada.

No pasa nada, esa frase me golpeó por dentro. Ella creyendo que lo había dicho por decir, como si fuera un comentario cualquiera, como si de verdad no significara nada. Me entró un miedo enorme, pero al mismo tiempo una rabia conmigo mismo ¿En serio iba a dejar que pensara eso? ¿Después de todo lo que había pasado ya?
Negué con la cabeza y solté el aire de golpe.

- NO, No, Andrea. No ha sido por decir. No ha sido sin pensar. Lo he dicho porque llevo meses callándome. Porque cada vez que intentaba abrir la boca después de que tú me lo dijeras me moría del miedo y justo ahora, en el peor

momento posible, después de haberme callado ese día, de haber estropeado la cena, va y se me escapa.

Ella me miraba fija, seria, sin interrumpirme. Yo notaba las piernas flojas, como si se me fueran a doblar. Me pasé la mano por el pelo, nervioso y seguí hablando, aunque la voz me temblaba.

- Desde el día que te vi lo tuve claro - le solté casi sin aire - Que había algo en ti que me movía el suelo. Que todo lo que creía que no existía …de repente estaba ahí. Contigo y claro que me he callado. Claro que me he hecho el fuerte, el que no siente nada desde que soltaste esas dos palabras. Pero la verdad es que lo sentía todo.

Me callé un segundo, dándole la espalda al miedo, porque ya no servía de nada esconderlo.

- Yo he pasado toda mi vida intentando parecer fuerte - empecé, sin apartar la mirada de la suya - desde que era niño aprendí que, si mostraba lo que sentía, si me dejaba ver…me lo devuelven en golpes, con burlas, con decepciones. Así que me puse una coraza. Una de esas que hacen que todo el mundo piense que estás bien, que eres duro, que nada te afecta y he vivido así muchos años. Encerrado en ese argumento. Convencido de que si dejaba que alguien me viera de verdad…me haría daño.

Tragué saliva, sintiendo cómo se me encogía el pecho.

- Pero contigo no me sale fingir. Contigo…es como si me arrancaras esa coraza sin pedir permiso y me da miedo, claro que sí, porque siento que me quedo desnudo delante de ti, sin defensa, sin nada. Pero al mismo tiempo, Andrea, por primera vez en mi vida, no quiero volver a esconderme. Quiero que me veas como soy de verdad. No el que parece fuerte, no el que todo lo controla, sino yo.

Su respiración se aceleró y sus ojos brillaban de una forma que me encendía el alma. Ella tardó unos segundos en hablar, pero cuando lo hizo su voz sonaba frágil y firme a la vez.

- Yo también he tenido miedo - confesó - miedo de sentir demasiado y que no fuera correspondido. Miedo de que lo nuestro se rompiera en cuanto abriera la boca y me he callado tanto como tú. Porque lo que sentía por ti fue tan rápido que parecía absurdo. Pero escucharte ahora…- bajó la mirada, respiró hondo y volvió a mirarme - me hace sentir que no estaba equivocada en creer que el amor existe.

Me quedé en silencio, con el corazón a punto de salirse del pecho. Ella lo había dicho. Lo había puesto en palabras todo esto, el amor existe. En ese instante comprendí que por fin nos habíamos quitado el miedo de en medio, aunque todavía nos temblaran las piernas. Con las manos todavía agarradas, notando cómo temblaban igual que las mías. Con ese frío de la noche y nosotros estábamos más desnudos que nunca.

Capítulo 79:

Cuando terminó de soltar todo aquello me quedé en shock. No porque no lo hubiera imaginado, sino porque de repente todo encajaba. Sentí alivio, como si por fin alguien hubiera puesto en palabras lo que mi cuerpo llevaba gritándome desde hacía tiempo. Lo confirmé, no estaba loca. Con él me pasaba algo distinto. Claro que entendía que hubiera tenido miedo. Pero tanta intensidad de golpe me estaba dejando sin aire, y yo soy de esas que, cuando no sabe cómo gestionar algo, suelta la primera tontería que se le pasa por la cabeza.

- Vale, todo muy bonito…pero me estoy muriendo de frío y de hambre.

Él se me quedó mirando como si acabara de arruinar la escena.

- ¿En serio? - preguntó, con esa cara entre ofendido y divertido.
- Muy en serio - contesté, cruzándome de brazos - Vamos dentro, que como me quede aquí un minuto más me convierto en estatua.

Al final se le escapó una pequeña sonrisa, bajó la cabeza negando y me siguió. Entramos en el apartamento y volvimos a calentar la comida. Yo, muy digna, me quedé mirando cómo giraba el plato en el microondas como si eso fuera lo más importante del universo, solo para no mirarle demasiado rato seguido. Entonces él soltó.

- Quiero volver a empezar. Solo quería decirte lo que no pude decir antes.

Me giré despacio, con cara de sorpresa y un tapón en la boca por esta vez.

- Vale…pero que sepas que como se enfríe otra vez la comida, me vas a deber otra cena.

Él volvió a sonreír, se pasó la mano por el pelo y con esa seriedad, me miró fijamente y dijo.

- Andrea, desde el primer día que te vi…con esos ojos enormes que me miraban desde el suelo y con esa boca que no se callaba nada…pensé "joder, es ella" y me di cuenta de que eras la mujer que estaba esperando y que te quería.

Yo lo miraba en silencio con el corazón a mil. Quería decir algo para no ponerme a llorar delante del microondas, levanté mi copa de vino y solté.

- Pues brindemos, ¿no? Por nosotros y porque dejemos de tener tanto miedo.

Él cogió su copa y chocamos, despacito, como si ese gesto también significara algo más. Bebí un sorbo y me entró la risa nerviosa, esa que me sale cuando estoy demasiado emocionada y no sé qué hacer con ello.

Esa noche, la cama se adelantó antes de la cuenta. No fue algo planeado ni meditado. Como si todo lo que habíamos callado se transformara en un impulso y sí, nos acostamos. Pero fue distinto. Muy distinto.
No fue lo de otras veces. Esta vez todo tenía otro peso, otra verdad. Había caricias que no pedían nada, besos intensos, gestos que decían cada una de nuestras palabras. No puedo explicarlo bien, pero fue como si por fin estuviéramos los dos sin máscaras, sin miedos, sólo nosotros.

En mitad de ese torbellino lo miré y él me miró a mí. No dijo nada. Solo asintió con la cabeza, despacio, como si estuviera pronunciando un "te quiero" mudo. Lo entendí. Lo entendí al instante y yo le devolví el gesto, otro si con la cabeza, porque las palabras me hubieran hecho llorar.
Entonces él murmuró, con la voz más baja y sincera que le había escuchado nunca.

- Mucho.

Me mordí el labio, intentando no romperme y contesté.

- Sí…demasiado.

Después todo se volvió calma. Nos quedamos abrazados, con su pecho pegado a mi espalda, su respiración rozándome el cuello. Yo sentía que el corazón se me iba a salir del pecho, pero al mismo tiempo, no había lugar que yo deseara estar más que en ese momento. Cerré los ojos sonriendo, y esa sonrisa no se me borró ni siquiera dormida.

Capítulo 80:

Nunca pensé que decir te quiero pudiera dejarme tan desarmado. Yo, que siempre había sabido jugar mis cartas, que podía controlar la distancia y el ritmo con las mujeres anteriores, ahora me encontraba expuesto. Vulnerable. Como si esas dos palabras hubieran abierto una rendija que ya no podía cerrar. Lo había dicho en serio. Con cada sílaba. No era un juego ni una conquista, era Andrea y eso lo cambiaba todo.

Quería dar un paso más, necesitaba que no quedara flotando en el aire como algo etéreo. Quería que lo que ella le había dicho a su ex -que éramos novios- dejara de ser solo una defensa improvisada y se convirtiera en verdad. Porque yo lo deseaba tanto como ella cuando lo dijo en aquel momento. Porque lo nuestro merecía tener un nombre.

Estaba en el despacho, repasando los últimos detalles del proyecto. Mañana era la exposición final, el cierre del trabajo de la joya, y no podía evitar sentir un nudo doble en el estómago, por un lado, la presión de presentar todo perfecto, por otro, la certeza de que también era el último día en Barcelona, el último amanecer compartido en la misma habitación, el último café juntos antes de volver a la realidad.

¿Ella suponía, igual que yo, que ya éramos novios? ¿O esperaba que lo dijera en voz alta, con claridad, sin escapatoria?

El sonido de la puerta interrumpió mis pensamientos. Se abrió sin permiso.

- Vaya, qué sonrisa tienes esta mañana…- la voz arrastrada, dulce, casi fingidamente cálida.

Tenía que venir Lucía a atropellar mis pensamientos.

- Tranquilo, no vengo a decirte nada malo - se apoyó en el marco de la puerta, con esa media sonrisa que nunca terminaba de ser inocente - solo quería saber… ¿cómo te ha ido con Andrea?

Me giré hacia ella con gesto serio.

- No es de tu incumbencia. Ya has fastidiado bastante todo.

Se empezó a reír bajito, como si se sintiera dueña de su propio secreto. Dio unos pasos hacia mí.

- Lo dices como si quisiera herirte… y no es así. Nunca ha sido así - se señaló el pecho - lo que siento por ti no desaparece porque de repente te hagas el duro conmigo. Saber lo que hemos tenido todos estos años. Sabes lo que hemos compartido.
- Lucía…- intenté mantener la calma, pero mi voz salió fría - lo que tuvimos ya no existe y aunque lo repitas mil veces, no va a cambiar lo que siento ahora.

Ella apretó los labios, como si mi respuesta la rompiera por dentro, Sus ojos brillaron de rabia contenida.

- ¿Eso crees? ¿Qué puedes pasar página así de fácil?
- No te quiero, Lucía - Fueron tres palabras necesarias en este momento que cortaron el aire, pero eran la verdad.

Entonces la máscara se cayó. Su rostro se endureció y la suavidad de antes se transformó en puro veneno.

- Pues si no me quieres a mí, Andrea tendrá que saber también quién eres de verdad. Yo conozco tus sombras…y

aun así me quedé. Acepte tu mierda, tus noches, tus juegos. Lo acepté todo.

Me sostuvo la mirada, desafiante, como si buscara una grieta en mí.

- La cuestión es… ¿ella también querrá quedarse después de conocerlo?

El silencio fue un golpe seco en la habitación. Sentí el calor subir por mis venas, pero no aparté la vista. Ella me había declarado la guerra en el único terreno donde sabía que podía hacerme daño: Andrea.

Me incliné hacia delante, helado, controlando cada palabra.

- Haz lo que quieras, Lucía. Pero si crees que tus verdades van a separarme de ella… te equivocas.

Por un instante su expresión vaciló, como si no esperara esa respuesta. Luego apretó la mandíbula y salió del despacho, dejando tras de sí un aire cargado de pólvora.
Respiré hondo, clavando la mirada en la puerta cerrada.
La verdadera batalla no era la exposición de mañana. No estaba en demostrar a nadie más que el proyecto era un éxito. La verdadera batalla era Andrea y demostrarle que, aunque el pasado quisiera morderme los talones, lo nuestro era distinto. Que yo era distinto.

Capítulo 81:

Comía solo en el despacho, con la bandeja a medio terminar sobre la mesa, mientras repasaba por enésima vez las notas del proyecto. Le escribí un mensaje a Andrea, corto pero sincero.

"No voy a poder ir al apartamento hasta por la tarde. Tengo que cerrar los últimos detalles del proyecto para mañana".

Me quedé mirando la pantalla como si las palabras pudieran borrarse solas. No quería que sonara como excusa. No quería que pensara que me escondía. Pero la verdad era que necesitaba aire, necesitaba ordenar dentro de mí todo lo que había pasado en el despacho con Lucía.

Siempre he sabido que soy un buen tío. Lo sé. Nunca he querido hacer daño a nadie. Pero hay momentos, noches, decisiones, en las que me he preguntado si realmente lo soy. Si de verdad puedo considerarme un buen hombre después de haber tenido algo con chicas que esperaban algo más de mí y yo no podía dárselo. Nunca fue mi intención herir, pero es inevitable. Cuando alguien viene hacia ti con el corazón abierto y tú no lo puedes corresponder, el daño es real, aunque no quieras.

Con Andrea todo era distinto. No había caos, no había juegos, no había máscaras. Con ella todo era calma. Como si me hubiera puesto un espejo delante y, por primera vez, me gustara lo que veía reflejado. Andrea era Luz y esa luz me iluminaba incluso en los rincones donde yo mismo dudaba de mi valor.
Pero, aun así, no podía evitar tener miedo.

Cogí el móvil casi sin pensarlo y marqué al grupo de los chicos. A los tres por videollamada.

Apareció primero la cara de Mateo, despeinado como siempre. Luego Marcos, con esa risa que ya se escuchaba antes de que hablara y Luis que solo con mirarme y lo que habíamos hablado ya se imaginaba lo que pasaba.

- Tío, ¿qué cara es esa? - se empezó a reír Marcos - No me digas que te has olvidado de la presentación.
- No… es otra cosa - dije, negando con la cabeza.
- ¿Andrea? - preguntó Luis, directo.

Asentí. Tragué saliva.

- Le he dicho te quiero.

Hubo un segundo de silencio antes de que los tres empezaran a aplaudir y a soltar gritos de coña.

- ¡Ole, el hombre de piedra por fin se derrite! - bromeó Mateo.
- Ya era hora, macho - añadió Marcos - estabas tardando.

Sonreí a medias, pero enseguida me puse serio.

- Sí, se lo he dicho…pero Lucía ha aparecido y ha intentado envenenarlo todo.

Los tres se callaron de golpe.

- Otra vez esa pasada…- bufó Marcos, con mirada de enfado.
- ¿Qué ha pasado? - Luis ladeó la cabeza atentamente.

Inspiré hondo antes de soltarlo todo.

- Me ha dicho que Andrea debería saber mis sombras. Que debería saber lo que fui y lo peor es que…tiene razón en parte. Porque yo…- me pasé una mano por el pelo- días antes de conocer a Andrea, volví a hablar con Lucía. Fue debilidad, lo sé. Siempre caía en lo mismo con ella. Tentación, costumbre, lo que sea. Pero nunca porque la quisiera.

Los tres guardaron silencio un instante. Fue Mateo el que rompió el hielo.

- Mira, hermano, voy a ser claro ¿tú has engañado alguna vez a alguien? ¿Has jugado con alguien diciéndole que sentías lo que no sentías?
- No - contesté sin dudar.
- Pues ya está - dijo él encogiéndose de hombros - que haya hablado con ella no te convierte en un cabrón. Te convierte en humano. Punto.

Luis tomó la palabra con su tono tranquilo, casi paternal.

- Tú siempre has sido honesto. Nunca has prometido lo que no podías dar. Sí, has tenido líos, como todos, pero jamás has manipulado a nadie. Eso es lo que te hace buen tío. ¿Sabes cuántos conocemos que van dejando corazones rotos a posta, solo por sentirse grandes? Tú no eres de esos. Tú cortabas cuando sabías que no había nada. Dolía, sí, pero era verdad.

Me quedé en silencio, escuchando.
Marcos, más explosivo, se inclinó hacia la cámara.

- Tío, no te rayes. ¿Sabes la cantidad de veces que hemos hablado de esto? Tú siempre decías "no quiero estar con nadie solo por estar". ¿Sabes cuántos hacen justo lo contrario? Cientos y luego van de hombres buenos. Tú has

esperado a sentir algo real y ahora lo tienes. No dejes que una tía que no sabe ni lo que quiere, te haga creer lo contrario.

Luis asintió.

- Exacto. No dejes que Lucía te defina. Ella puede conocer tu pasado, pero no sabe quién eres de verdad y nosotros sí. Tú eres bueno tío. Eres buen amigo y si con Andrea eres tú mismo, ella verá eso. Créeme.

Mateo levantó una ceja.

- De hecho, ¿sabes cuál es tu problema? Qué eres tan buen tío que hasta te castigas por cosas que no tendrías ni que plantearte.

Los tres se rieron, pero no en burla, sino con esa complicidad que me hacía sentir que pase lo que pase, ellos me veían tal cual era. Sentí cómo el peso en el pecho se aflojaba un poco.
Tal vez seguía teniendo miedo, sí. Pero en ese momento supe que ese miedo no era mayor que lo que sentía por Andrea y que, pasara lo que pasara, no iba a dejar que el veneno de Lucía ensuciara lo único limpio y verdadero que había tenido en mi vida.

Capítulo 82:

No sé si alguna vez en mi vida me había sentido así. Como flotando. Como si cada paso que diera tuviera un colchón debajo que me empujaba hacía arriba. No era solo felicidad, era algo distinto. Una mezcla de calma y euforia que me hacía sentir todopoderosa.

Supongo que cuando alguien al que quieres con todo el cuerpo y con todas las entrañas te dice te quiero, tu universo cambia de color. El mío lo había hecho y yo no quería que terminara nunca.

El problema es que sí iba a terminar. Solo quedaban el día de mañana y el siguiente y después todo volvería a la rutina. Esa idea me apretaba el estómago como un nudo. No quería que esta realidad paralela, esta burbuja perfecta, explotara.

Encendí el móvil y, sin poder evitarlo, llamé a Emma que estaba en su casa con Pablo. No tardó ni un segundo en ponerse y ya me escuchaba como si hubiera estado esperando la llamada.

- A ver, suéltalo ya, que me muero.
- Emma, me ha dicho te quiero.

El grito que pegó hizo que hasta yo me quitara el teléfono del oído. Luego habló Pablo porque en este grupo no hay secretos.

- ¿Qué, qué, qué? - La voz de Pablo exaltada, con esa emoción contagiosa - ¡Andrea, no me jodas, que me voy a poner a llorar!

No pude contenerme la risa.

- Sí, si… me lo ha dicho y estoy como…no sé. En las nubes. Pero también me rayo, porque no sabemos qué somos, no lo hemos definido y yo necesito saberlo, necesito ponerle nombre a esto.
- Andrea, Andrea - me interrumpió Pablo - muchas veces no hacen falta palabras para saber lo que sois ¿Tú te has visto? ¿Has visto cómo brillas? Pues ya está. Eso no es un juego ni una aventura. Eso es amor.

Me quedé callada, con el corazón acelerado. Emma saltó detrás, emocionada.

- Exacto, tía, No hace falta que nadie os firme un contrato para que seáis pareja. Si te ha dicho te quiero es porque lo siente y punto.
- Ya… - susurré sonriendo como una idiota- Pero ¿y si luego se acaba?
- Pues entonces habrás vivido algo increíble - respondió Pablo, esta vez más serio - pero mientras dure, disfrútalo, porque no todo el mundo encuentra esto y tú lo has encontrado.

Me mordí el labio, intentando contener las lágrimas tontas que me subían. Era verdad. Con ellos siempre me pasaba, decían lo que necesitaba escuchar en el momento exacto.

La conversación siguió durante un buen rato, con bromas, con risas, con Emma gritando que iba a organizar una fiesta de celebración y Pablo inventándose canciones ridículas con la palabra amor. Era el tipo de comunicación que te salva, que te hace sentir acompañada en la felicidad.

Colgué con una sonrisa que no me cabía en la cara y entonces pensé en él. En cómo estaría. En cómo volvería, cansado después de todo el día y en cómo yo quería que al entrar por la puerta tuviera algo sencillo, algo mío, algo que le dijera te espero, estoy aquí.

Bajé a por pan y de vuelta en el apartamento, me puse a preparar un par de sándwiches. Nada especial, solo lo que sé hacer. Pero para mí era como si estuviera organizando una merienda romántica a mi manera. Pan, queso, jamón y café recién hecho. Todo listo para brindar como si el mundo no existiera y solo fueran esas cuatro paredes.

Me senté en el sofá, mirando la mesa preparada, sintiéndome ridícula y feliz al mismo tiempo. Estaba en mi papel, Andrea la romántica, la de los detalles pequeños, la que los gestos que parecen poco pero que lo son todo. Justo entonces, sonó el móvil. Supongo que sería él avisando que estaba en camino.

Un WhatsApp de un número desconocido.
Me quedé un instante dudando antes de abrirlo. Tenía el corazón acelerado, como si mi propio cuerpo supiera que lo que estaba a punto de ver iba a cambiar algo.

Deslicé la pantalla. Un único mensaje. Era una captura de pantalla de una conversación.
Lo primero que vi fue el nombre con el que estaba guardado en el otro móvil "mi compi favorito".
No era un nombre guardado de manera inocente. Era complicidad, picardía, un guiño íntimo. Una forma de decir que tú eres distinto al resto, aunque no lleve su nombre.

Después, las frases. Palabras suyas. Respuestas que nunca había imaginado leer de él hacia otra persona. Sabía que ese mensaje era de él y al no tener foto de WhatsApp guardé su contacto para ver quien era, y como me imaginé la cara de Lucía apareció en la foto sacando morritos, creyéndose la mujer más guapa de todas.

Capítulo 83:

Me quedé un rato mirando la captura sin atreverme a seguir. El corazón me latía como si quisiera salir corriendo de mi pecho, y la respiración me temblaba en los labios. Sabía que iba a sentir dolor, pero no podía dejar de leer.

Deslice la vista hacia abajo.

- "He pensado en ti. En lo que me hacías…"

Noté cómo se me helaba la espalda

- "¿Ojalá tenerte aquí ahora mismo, te imaginas…?

Me mordí el labio, conteniendo un suspiro que se me escapaba del dolor y entonces sus palabras. Claras. Directas.

- "No me calientes, que ya sabes cómo me pones. Te echo de menos. Sobre todo, tus manos…y esa boca".

El estómago me dio un vuelco. Sentí rabia, tristeza, un asco extraño.

- "Eres insaciable, nadie lo hace como tú…"

Era como un puñetazo tras otro. Frases vacías, escritas con la misma naturalidad con la que alguien pide un café y, sin embargo, me dolían.
Me obligué a mirar la fecha. Dos días antes de conocerlo.
Tragué saliva. Algo dentro de mí se resquebrajó, como un cristal que empieza a rajarse sin romperse del todo. No era infidelidad, no era traición contra mi… pero estaba tan cerca del día que nos conocimos que dolía.

Apoyé el móvil en la mesa y me tapé la cara con las manos. El café seguía caliente, los sándwiches intactos, y yo me sentía ridícula, herida, con el corazón encogido.

Sabía que Lucía lo había hecho con un fin, hacerme daño, sembrar la duda y casi lo consigue.

Respiré hondo, cerré los ojos y volví a repasar mentalmente esas frases. Había algo en ellas que me golpeaba aún más fuerte, eran frías, mecánicas, sin emoción. Palabras que podían haber sido lanzadas a cualquiera. No había ternura, no había amor. Nada que se pareciera a lo que yo sentía cuando él me miraba, cuando me abrazaba, cuando me susurraba te quiero.

Eso no era lo que éramos nosotros y aun así la herida estaba ahí, sangrando en silencio. No sabía cómo mirarle después de haber leído esas frases. No sabía si podría separar su pasado de mi cabeza.

Me quedé quieta, con el móvil boca abajo sobre la mesa. Con la certeza de que, aunque lo nuestro era distinto, Lucía había conseguido lo que quería, que me temblara el alma.

Capítulo 84:

Me quedé un rato en el sofá, mirando la mesa preparada con los sándwiches y el café ya frío. No sabía qué hacer. No sabía si enseñarle la captura en cuanto llegara, si callarlo y fingir que no había visto nada o si simplemente salir corriendo. El corazón me dolía, pero más me dolía la incertidumbre.

Cuando escuché la puerta, todo mi cuerpo se tensó.

- Hola…- dijo con esa voz grave que siempre me descolocaba.

Lo recibí con una sonrisa forzada, intentando que pareciera natural. Me acerqué y le di un beso suave, como si nada hubiera pasado.

- Te he hecho unos sanguis - dije levantando el plato como un trofeo ridículo.

Él me miró con esa ternura que me desmontaba, y por un seguro me sentí imbécil por haber dejado que un maldito mensaje del pasado me llenara de dudas. Se sentó frente a mí y empezamos a comer, y aunque hablamos de cosas sin importancia, los dos sabíamos que había algo raro en el aire.

Había amor, si, cariño, risas suaves, hasta algún roce de manos que me hizo sentir de nuevo en mi nube. Pero debajo de todo eso había una tensión invisible. Yo sabía que él notaba que algo me pasaba, igual que yo sentía que él llevaba algo encima. Era como si ambos no esforzáramos para mantener la calma, pero nuestros silencios hablarán más fuerte que las palabras.

No dije nada. No podía. Antes necesitaba sopesar. Necesitaba tranquilizarme, pensar bien qué significaba todo aquello. No podía reprocharle algo que había ocurrido antes de que yo existiera en su vida y aun así, me dolía.

La noche siguió con mimos, con cercanía. Me abrazó mientras veíamos algo en la tele, me acarició el pelo hasta que casi me quedé dormida en su pecho. Por fuera parecía una escena perfecta, pero dentro de mí había una tormenta que no sabía cómo parar.

Ya en la cama, cuando él se quedó dormido, mis pensamientos empezaron a enredarse solos.

¿Me desearé a mí como la deseaba a ella? ¿Sentirá por mí lo que nunca sintió por Lucía…o estoy repitiendo la misma historia? ¿Y si está conmigo porque le doy lo que necesita ahora, pero no porque realmente me quiera?

Me giré en la oscuridad, mirando al techo como si en algún punto apareciera una respuesta. Mi pecho subía y bajaba rápido, como si acabara de correr.
No quería ser su refugio momentáneo, no quería ser un reemplazo. Quería ser la elección. Quería que su te quiero significara algo más que un impulso del momento.

Cerré los ojos con fuerza. Necesitaba hablarlo con él, sí. Pero no así, no en caliente, no con el corazón lleno de miedo. Tenía que reflexionar con la almohada, poner orden en mi cabeza antes de enfrentarme a la verdad.

Lo abracé por la espalda, buscando calma en su calor. Por fuera éramos dos cuerpos entrelazados. Por dentro, yo era un mar revuelto de inseguridades y supe que tarde o temprano, esa conversación iba a llegar y que no sería fácil.

Capítulo 85:

La mañana empezaba de manera pesada no era algo que no me hubiera pasado antes, pero se sentía así. Él se había ido temprano a trabajar y el apartamento estaba en silencio, demasiado silencio. Yo me quedé en la cama con el teléfono entre las manos, observando la pantalla como si en esas letras pudiera descifrar la verdad que tanto miedo me daba mirar de frente.

Lucía, su nombre seguía brillando en la conversación como un recordatorio incómodo.
Repasé una y otra vez lo último que le había escrito: "Gracias por compartirlo, pero es su pasado. Yo también tengo cosas en mi historia y no por eso dejo de sentir lo que siento por él".

Eso era cierto, lo pensaba de verdad. Yo no era inocente ni un folio en blanco. Había vivido, me había equivocado, había amado de formas torpes y también intensas; aun así, aquí estaba, entregando mi presente a un hombre.

Pero entonces leí la respuesta de Lucía. Sus palabras, simples y afiladas, me atravesaron más de lo que esperaba: "No, Andrea. Él volvió muchas veces. Repetía. Volvía a mí. Se acostaba conmigo. Me contaba sus inseguridades. Solo quiero que no te pase lo mismo que a mí".

Me quedé inmóvil, con el corazón encogido. ¿Qué significaba eso? ¿De verdad había vuelto tantas veces? ¿De verdad le había abierto su intimidad, sus miedos a ella hasta el último momento?

Una parte de mí quería cerrar los ojos y fingir que no importaba. Al fin y al cabo, era pasado. Pero otra parte, más ruidosa y frágil, no

podía dejar de preguntarse: ¿Y si yo soy solo un refugio? ¿Y si no soy la elección, sino la alternativa?

Me mordí el labio con rabia. No quería ser esa mujer que duda, que se compara, que mide su amor en función de las sombras que vinieron antes y sin embargo, ahí estaba, atrapada entre la confianza que deseaba darle y la desconfianza que esas palabras habían encendido como brasas bajo mi piel.

Me levanté, caminé hasta la cocina y me serví un café. El vapor me golpeó el rostro y me obligó a respirar más despacio. Recordé lo que le había dicho en mi mensaje: "Es pasado". Sí, era pasado. Pero ¿por qué me dolía como si estuviera ocurriendo en presente?

Me apoyé en la encimera, cerrando los ojos, intentando convencerme.
Él está conmigo ahora.
Él eligió quedarse conmigo.
Él no es el hombre de ayer.
Yo tampoco soy la mujer que fui.
Y, aun así, el eco de las palabras de Lucía no se iba: "Que no te pase lo mismo".
Ese "mismo" pesaba demasiado.

Sabía que tarde o temprano tendría que hablarlo con él. No como reproche, sino como necesidad. Porque no podía seguir sosteniendo este mar de dudas sola, y porque si lo nuestro era de verdad, tenía que resistir también igual que él a los fantasmas.
Pero todavía no estaba lista.
Por ahora, me limité a dejar el móvil boca abajo sobre la mesa, como si así pudiera callar todas las voces que gritaban en mi cabeza.
La mañana avanzaba, y yo seguía atrapada en esa frontera entre la confianza y el miedo.

Capítulo 86:

Hay días en los que uno se despierta con la sensación de llevar una mochila demasiado pesada, aunque por fuera parezca ligero. Hoy me pasó. Fui a trabajar, hice lo de siempre, pero por dentro mi cabeza no paraba de dar vueltas.

Él nombre de Lucía se colaba como una piedra en el zapato. Durante mucho tiempo pensé que quizá yo no era un buen tío. Que caer tantas veces en lo mismo, en ella, era una señal de debilidad, de falta de carácter, de no saber elegir. Quizá lo fué. Quizá hubo momentos en los que me dejé arrastrar porque era más fácil que enfrentarme a mi soledad o a mis propios vacíos.

Lo que me unía a Lucía nunca fue amor, aunque me engañaba diciéndome que sí.
Había atracción, había costumbre, había esa mezcla tóxica de intensidad y desgaste que se confunde con algo profundo. Pero no era amor. Lo sabía incluso mientras la miraba y pensaba que sí. Lo supe el día que me descubrí más agotado que feliz.

Lo peor es que, aunque lo supiera, caía. Bastaba verla aparecer de nuevo, bastaba con escuchar su voz, y algo en mí se removía. No era ilusión, era una especie de necesidad de repetir lo que ya conocía, aunque me hiciera daño. Como un vicio y después venía la culpa, el vacío, la sensación de haber fallado…otra vez.

Pero esta última vez fue distinta. Esta vez, se supone que ella no estaba en Barcelona y que había aceptado un trabajo en Londres. Cuando Lucía volvió, no sentí nada de eso. No hubo chispa, no hubo ganas, no hubo malestar. Fué como mirarme en un espejo en el que ya no me reconocía. Su presencia, lejos de tentarme, me hizo darme cuenta de lo mucho que había perdido el tiempo en algo que nunca me dio paz.

Por primera vez, no caí y más importante todavía, no quise caer. Entonces me di cuenta de algo. Quizá no es que yo no sea un buen tío. Quizá lo que pasaba era que todavía no me había permitido elegir bien y ahora, con Andrea sentía que estaba aprendiendo a hacerlo.

Andrea, con ella todo es distinto. Con ella no hay necesidad de llenar vacíos, porque su sola forma de mirarme ya me llena. No siento esa presión de demostrar, ni de luchar contra un fantasma, ni de defenderme de alguien que quiere sacar mis inseguridades para tener poder sobre mí. Con Andrea me siento en calma. Siento verdad y eso, aunque de miedo porque apenas hemos empezado es lo que más quiero cuidar.

Me asusta que las decisiones equivocadas del pasado manchen lo que ahora está naciendo. Me aterra pensar que esas idas y vueltas con Lucía puedan hacerla dudar de mí, de mis intenciones, de lo que realmente siento. Porque lo que siento por Andrea es limpio, es nuevo, y no quiero que nada lo ensucie.

Porque esta vez sí quiero ser diferente. Esta vez no quiero fallar.

Capítulo 87:

La mañana en la oficina empezó con ese nudo en el estómago que llevaba arrastrando desde ayer. Caminé directo a mi mesa, con la mente puesta en esquivar cualquier encuentro incómodo. No tenía fuerzas ni ganas de enfrentarme a Lucía. No hoy, no ahora.

Pero las horas fueron pasando y algo me sorprendió, silencio. Ni un mensaje, ni una mirada desafiante, ni siquiera su presencia. No había venido. Me di cuenta casi al mediodía, cuando eché un vistazo alrededor y confirmé que, efectivamente, su silla estaba vacía.

Un respiro.
Un alivio enorme recorrió mi cuerpo.
Quizá sola había sido un calentón, un arranque suyo de esos que explotaban como un incendio y después desaparecen con la misma rapidez. No era la primera vez que se cruzaba en mi vida así, irrumpiendo en medio de algo, revolviendo y luego marchándose. Pero esta vez…esta vez me había dado miedo de verdad.

Su reacción ayer había sido distinta. Había visto en sus ojos esa rabia oscura, esas palabras que aún resonaban como una amenaza. "Si no es conmigo, no va a ser con ella".
Esa "ella" era Andrea.
Me temblaron las manos solo de recordarlo. Porque por primera vez en mucho tiempo, sentía que tenía algo que perder. Algo valioso, algo que no quería dejar escapar y no se lo iba a permitir. No iba a dejar que el pasado de ella, ni Lucía, ni mis errores, destrozaran lo que estaba empezando a construir con Andrea.

Cogí el teléfono y, sin pensarlo demasiado, le escribí un mensaje.

"No sabes lo mucho que te quiero. Estoy deseando verte esta noche y comprobar lo guapísima que vas a estar. No queda nada, Andrea. Solo unas horas y te tengo delante y yo…no puedo esperar"

Lo envié y, por primera vez en todo el día, sonreí.

Pensé en la gala de esa noche. Una sola noche, un momento. Después, volvería a la rutina y, aunque antes la rutina me parecía gris, ahora la deseaba. Que pasara esta noche, que pasara el ruido.

La tarde pasó con la lentitud de quien espera algo grande. Cuando por fin terminé en la oficina, cogí el coche directo hacia el apartamento.
Solo pensar en verla me aceleraba el corazón. Subí las escaleras, llamé al timbre, y cuando abrió la puerta sentí ese golpe de aire fresco que solo ella sabía provocarme.

- Hola…- dije con una sonrisa, como si no la hubiera visto en meses.

Andrea, con el pelo recogido y una camiseta ancha, me parecía la mujer más bonita del mundo, aunque todavía no estuviera vestida para la gala. La atraje hacia mí, sin darme tiempo a pensarlo demasiado. La besé con hambre, con la necesidad de comprobar que era real.

Ella le salió una sonrisa contra mis labios, intentando apartarse.

- Oye… que llegamos tarde.
- Me da igual - susurré, llevándola hacía dentro, buscando su piel como si lo demás no importara.

La apoyé contra la pared, mis manos recorriéndola con deseo contenido durante demasiado tiempo. Ella me correspondió al principio, pero después me detuvo con suavidad, poniendo sus manos sobre mi pecho.

- No - dijo, mirándome con firmeza, aunque su respiración estaba tan agitada como la mía - Esta noche es importante. Tienes que estar concentrado, es tu noche. No podemos llegar con prisas y no quiero ir despeinada.

Me quedé en silencio, tratando de controlar el fuego que me recorría el cuerpo. Ella tenía razón y aun así, la deseaba tanto que me costaba aceptar el freno.
Le acaricié la mejilla y sonreí resignado.

- Vale, lo entiendo. Pero luego…luego no te vas a librar de mí.

Andrea me miró con una pequeña sonrisa y me dio un beso rápido antes de apartarse.

- Luego hablamos. Ahora, ayúdame a no perder la cabeza.

La vi alejarse hacia la habitación y pensé que, aunque tuviera que esperar, cada minuto valía la pena.
Porque esa noche tenía que acabar bien, por una vez sin sorpresas.
Fué en ese momento cuando me di cuenta de que no había pensado en Lucia.

Capítulo 88:

Hay noches en las que una piensa: ¿Quién me mandaría a mí meterme en estos berenjenales? Pues esa soy yo, plantada en una fiesta que se supone que debía ser luminosa y divertida, y yo lo único que siento es que tengo un nudo en el estómago del tamaño del Titanic.

Para empezar, él estaba más pendiente de mí que otros días y claro, eso que debería tranquilizarme, me ponía todavía más nerviosa. Porque yo me preguntaba ¿lo sabe todo? ¿Me ha leído la mente? y yo ahí, con mi sonrisita tonta de "sí, sí, todo bien", cuando por dentro me estaba desmoronando.

La cosa se torció nada más entrar. Me lo arrancaron de mi lado como si fuera un trozo de pan en medio de una bandada de palomas hambrientas y él solo tuvo tiempo de susurrarme.

- Lo siento, disfruta…después nos vemos. Si necesitas cualquier cosa escríbeme o llámame y vengo en tú búsqueda. Solo tengo que saludar a unas cuantas personas que no pueden vivir sin mí.

Muy mono, pero eso de no poder "vivir sin mí" sobra en estos momentos. Pero seamos realistas: esa noche iba a ser un "te veo cinco minutos y luego desaparezco una hora" y efectivamente, así empezó el desfile, él aparecía, me dedicaba una sonrisa y justo cuando pensaba que iba a quedarse, pum, se iba otra vez.

Como si el universo no tuviera suficiente, allí estaba ella. Lucia. Esa sombra que no sabe quedarse en la sombra. La vi de lejos y, cómo no, vi también cómo lo saludaba. Ese simple gesto fue como si me echaran sal en una herida.

Sentí de todo a la vez: miedo, vértigo, angustia y un asco que me subía como si me hubiera tragado un vaso de leche caducada, lo peor es que ella me miró. Me miró pocas veces, pero las suficientes como para que yo supiera que iba a venir. Así fué, vino. Claro que vino y yo, en ese momento, lo único que quería era huir. No hablar, no discutir, no enfrentarme. Solo desaparecer. Así que busqué una salida y encontré un balcón. El aire fresco me acarició la cara y pensé: vale, Andrea, respira, respira tranquila que no pasa nada.

Pero duró poco. Muy poco. Porque hay personas que parecen que tienen un radar para localizar tu calma y destruirla. Esa noche, Lucía decidió que su misión era no callar.

Capítulo 89:

Si alguien me hubiera dicho que esa fiesta acabaría en un balcón frente a Lucía, probablemente me habría reído en su cara. Pero ahí estaba yo, apoyada, intentando no pensar, con el aire frío golpeándome la piel, y con ella al lado tan cómoda como si tuviera derecho a ocupar ese espacio.

Desde el primer segundo lo sentí, esa tensión espesa, ese aire que corta más que refresca. Su voz sonaba ligera, incluso simpática, pero cada palabra era un cuchillo envuelto en papel de regalo. No hacía falta que mencionara nada directo, se notaba que buscaba herida, que quería abrir cicatriz.

Yo, que odio la rivalidad, que huyo de las comparaciones como de las cucarachas, sentía que me ardía todo por dentro. Porque no era solo ella. Era mi pasado el que me estaba empujando desde atrás. Era aquella sensación de ser menos, de no ser suficiente, de ver cómo alguien a quien amaba se iba con otra. Esa bola, ese trauma, estaba ahí, mirándome a los ojos disfrazado de Lucía.

- Qué intentas ¿eh? - le solté de golpe, con la voz temblando, pero dura al mismo tiempo - ¿Qué quieres conseguir con todo esto?

Ella sonrió y qué rabia me dio esa sonrisa.

- Nada, Andrea. Solo que entiendas que él…bueno, que él siempre va a ser parte de mí. Está enamorado de mí, lo ha estado y lo estará. Lo tuyo con él es un capricho. Uno más y créeme, yo ya sé cómo acaba eso.

Me quedé helada. El corazón se me subió a la garganta. Ella seguía hablando, tan tranquila como quien te da un consejo para ahorrarte problemas.

- No quiero que sufras. Sé lo que digo. Él y yo tuvimos una pelea, sí, pero eso no significa nada. Nosotros…lo nuestro nunca se ha acabado, no se olvida. Tú misma lo viste en los mensajes...hay una forma de hablarse que no desaparece de un día para otro - continuó - No te asustes, solo quiero que entiendas donde te estás metiendo.

Entonces fue cuando lo entendí. No era una advertencia, no era preocupación hacia mí. Era veneno. Puro veneno.

Sentí cómo mi cabeza se llenaba de pensamientos intrusivos, cómo las dudas se agolpaban como una ola gigante dispuesta a arrastrarme. Pero en medio de todo ese caos, como cuando una persona que se da cuenta de que está entre las cuerdas y a su lado un precipicio, donde no hay escapatoria...solo te queda enseñar los dientes.

- Mira, no entiendo nada de lo que intentas y la verdad… tampoco me importa. Sé lo que él me demuestra. Sé lo que tengo a mi lado y no voy a creerte. No te conozco de nada y lo último que me mandaste fue de antes de conocerme. Yo también tuve un pasado horrible y no voy a juzgarlo por lo que fue antes de mí.

Ella parpadeó. No esperaba que le contestara así.

- Crees que una persona que habla a otra persona así es porque no siente nada. Como tú dices... días antes de conocerte, no crees que está contigo porque yo en ese momento no quería. Soy una enfadica, pero siempre se soluciona. Me parece tan patético que te traiga aquí para

recuperarme y ponerme celosa. Al final lo ha conseguido. Por eso te aviso, Andrea, por tu bien.

En ese momento mi mente se quedó en blanco todo eran dudas, aunque tenía claro todo lo que él me había dicho y como me había tratado. No conocía de nada a esta mujer como para pensar que me decía la verdad. Lo que claramente quiere es hacerme daño, lo tengo claro por cómo se expresa, por cómo me mira.

- Mira Lucia me parece muy bien que te creas tu cuento o todo lo que me estas contando. Pero creo que aquí el problema lo tienes tú y donde te metes. Déjame tranquila y deja de contarme tus mierdas porque estoy bastante cansada de ser amable contigo No voy a consentir que uses mis miedos y su pasado para hacerme daño. Tú puedes pensar lo que quieras. Yo voy a quedarme con lo que siento, con lo que he vivido con él desde que lo conozco y eso no me lo vas a quitar.

Me escuché a mí misma y me temblaban las piernas, pero al mismo tiempo me sentía más fuerte que nunca. Porque sí, tenía miedo, claro que lo tenía. Pero ese miedo no iba a gobernarme.
Ella se quedó callada y yo, por primera vez sentí que la que había ganado esa pequeña batalla era yo.

Capítulo 90:

La perdí de vista y por la situación eso no me deja tranquilo.
Empecé a preguntar casi desesperado.

- ¿Habéis visto a una chica vestida de rojo? Venía conmigo…

Algunos se encogían de hombros, otros decían que no. Hasta que me crucé con mi jefe. Él sí la había visto.

- Creo que ha entrado al balcón con Lucía - me dijo, como quien suelta un dato sin importancia.

A mí, en cambio, se me vinieron los siete males encima. Sentí un peso en el pecho una certeza oscura, algo malo va a pasar. En cierta manera ya lo sabía, pero Lucía estaba tranquila, no había dado más ruido y eso en ella era raro. Conocía a Lucía. Conocía demasiado bien sus métodos, sus sonrisas envenenadas, su forma de girar las palabras hasta que parecían otra cosa. Sabía que, si no había logrado dominarme a mí, iba a intentar destrozar lo que más me importaba, Andrea.

Me acerqué al balcón con pasos pesados, con un nudo en la garganta y entonces escuché. Escuché su voz firme, temblorosa pero valiente.

- No voy a consentir que uses mis miedos y su pasado para hacerme daño. Tú puedes pensar lo que quieras. Yo voy a quedarme con lo que siento, con lo que he vivido con él desde que lo conozco y eso no me lo vas a quitar.

Un golpe directo al corazón.

Tantos miedos que había tenido de que Andrea no entendiera mi pasado, de que sus dudas acabaran ahogándola, de que las sombras de Lucía la debilitaran… y ahí estaba ella, plantando cara, demostrando que en cada caída se hacía más fuerte. Yo había pensado, quizá injustamente, que Andrea era frágil y en ese instante me enseñaba que su fuerza era mucho mayor que la mía.

Entré al balcón. La vi nerviosa, con los ojos brillando por la tensión, las manos inquietas. Su mirada me buscó, y en ella vi dos cosas a la vez: fuerza y enfado. Como si me dijera con los ojos "No me merezco esto. No he hecho nada para estar aquí" y tenía razón.
De pronto, se dio la vuelta y salió del balcón, y yo tras ella.

- Mira, no estoy enfadada contigo - me dijo con la voz rota - Pero necesito…necesito respirar hondo. Quédate, de verdad. Lo siento por irme otra vez de un sitio importante y en el que tienes que estar. Te prometo que no es contigo, pero… necesito pensar. Necesito tranquilizarme. Ha sido demasiado fuerte.
- Voy contigo - me salió sin pensarlo.

Ella negó.

- No. Tienes que quedarte, es tu trabajo. Yo… ya he soltado todas las fuerzas que tenía, y no me queda más. Nos vemos en el apartamento y después hablamos.

En un segundo desapareció entre la gente y se fue.
La frustración me atravesó. Quería irme con ella, pero no podía. No podía retenerla. No podía detener esa marcha. No podía controlar nada y eso, para alguien como yo, que siempre había creído tener la vida organizada, era lo más aterrador de todo.

En ese instante lo entendí, debía cerrar esa etapa con Lucía de una vez por todas. Lo había intentado antes, sí, pero nunca con la

claridad necesaria. Siempre había quedado un hilo, una puerta entreabierta y ahora vi la consecuencia. Andrea sufriendo.

No podía permitirlo más.
Esa noche, me prometí a mí mismo que esa puerta se cerraría para siempre.

Capítulo 91:

Salí de la fiesta con la cabeza a punto de estallar. Era yo. Mis pensamientos me taladraban más que cualquier altavoz.

Sabía lo que sentía por él. Lo sabía con una certeza que asusta. Cada gesto suyo, cada palabra, cada vez que me había dado mi lugar… no tenía nada que reprocharle. Nada, y sin embargo, estaba enfadada. Dolida. Como si me hubieran arañado por dentro.
Ahí estaba la gran contradicción ¿cómo puedo estar tan segura de alguien y, al mismo tiempo, sentirme tan confundida?

Quizá porque todo me recordaba a mí. A mi historia. A Alex. A ese fantasma que había estado sentado a mi mesa desde el minuto uno en que empecé algo con él. Igual que ahora, yo me sentía sentada a la mesa de la historia de Lucía. No sé si esto es cosa del universo, una especie de señal retorcida, como si dijera "eh, si queréis empezar de verdad, tenéis que romper con lo que arrastráis o por lo contrario no deberíais estar juntos"

Pero en ese momento no quería señales, ni amigos, ni consuelos. No quería hablar con nadie. Solo conmigo. Necesitaba sentarme conmigo misma y decidir qué hacer, qué hablar con él, qué poner sobre la mesa.

Porque lo tenía claro: no quería que mi realidad volviera a estar contaminada por Alex. Había cerrado ese capítulo o eso intentaba. Ahí estaba la espina, no le había contado a nadie que los primeros días en Barcelona recibí un mensaje suyo. Un mensaje de esos que huelen a pasado "Te echo de menos. Sé que me equivoqué. Me gustaría hablar contigo. Intenté hacerlo bien y lo hice mal. Perdóname"

Nunca se lo dije. Nunca se lo conté. ¿Por qué? Porque no quería agitar más la mierda que ya había flotado al principio de nuestra historia. No quería que pensara que Alex seguía teniendo un hueco en mi vida. Pero al callarlo, me había encadenado sola.
Ahora lo veía claro. Si quería estar libre para amar de verdad, tenía que romper con mi pasado y mis miedos. No de palabra, no en mi cabeza. De verdad.

Saqué el móvil del bolso. Mis manos temblaban. Respiré hondo. Sabía perfectamente a quién tenía que llamar.
Marqué el número de Alex.

Capítulo 92:

El teléfono sonó dos veces y por un instante pensé en colgar. Pero no lo hice. Tenía que hacerlo.

- ¿Andrea? - su voz llegó cargada de sorpresa, de esa familiaridad que me erizó la piel.

Respiré hondo.

- Sí, soy yo.

Hubo un silencio corto, incómodo y entonces él empezó a hablar atropellado, como siempre que quería justificarse.

- Llevo tiempo intentando… quería que supieras que lo siento, que me equivoqué. Nunca fue mi intención hacerte daño.

Cerré los ojos. Escuchar eso me devolvía a mil escenas, a aquella yo rota que lloraba en el suelo de la ducha. Pero ya no era esa Andrea.

- Alex, escúchame. No te llamo para que me cuentes tonterías, te llamo porque necesito cerrar esto.

Él guardó silencio. Yo seguí, intentando mantenerme segura, aunque el corazón me latía descontrolado.

- Me hiciste mucho daño. Me hiciste sentir menos, me hiciste dudar de mí misma, me engañaste de la manera más cruel, con alguien que formaba parte de mi vida. Eso no lo voy a olvidar, porque marcó quién fui durante mucho tiempo.

Noté su respiración pesada al otro lado. Por un segundo creí que se derrumbaría, pero lo que escuché después no fue arrepentimiento, fue ese mismo tono disfrazado de ternura que tantas veces me confundió.

- Andrea… sabes que nadie te ha querido como yo. Nadie te va a querer como yo. Estás intentando huir de lo que sientes. Lo nuestro fue real, intenso, único y tú lo sabes.

Tragué saliva. Él...suave, dulce…como siempre al principio. Pero yo ya sabía lo que venía después.

- Hoy no soy aquella Andrea. Hoy sé quién soy y lo que valgo. No me debes nada, ni necesito tus disculpas para estar bien. Sólo necesito dejar claro que entre tú y yo ya no queda nada.
- No hables así - su voz cambió de repente, más seca, más dura - sabes que si quisiera podríamos volver a estar juntos. Tú y yo tenemos algo que nadie más va a darte.

Ahí estaba. La otra cara. La que me hizo tanto daño. Esa que jugaba con mi miedo y mi dependencia.

- No, Alex - mi voz fue más tajante que nunca - No quiero volver a hablar contigo. No quiero que me escribas, ni que intentes volver a entrar en mi vida. Tú formas parte de mi pasado y yo no vivo ahí.

Él soltó una risa breve, incrédula.

- Puedes decir lo que quieras, Andrea. Pero tú y yo sabemos que, si me lo propongo vuelvo. Siempre lo hice. Siempre volví.

Sentí un escalofrío. En ese momento sentí miedo y angustia al mismo tiempo, pero no me rendí.

- ¿Sabes qué? - su tono cambió de golpe, más agresivo, más cruel - No mereces la pena, Andrea. Encima que te doy una oportunidad porque me das pena. Eres patética. ¿De verdad crees que alguien te va a aguantar mucho tiempo? Hasta Carlos se dio cuenta de que solo eras para un rato. Siempre fuiste un estorbo, una loca.

Cada palabra dolía como un golpe. Era como volver atrás en el tiempo, como escuchar a aquel Alex que me destrozaba desde dentro. Pero yo no era la misma Andrea que temblaba y callaba.

Respiré hondo, contuve las lágrimas y, con una calma que no sabía que tenía, respondí:

- Sí, Alex, puede que me hayas hecho creer eso durante mucho tiempo. Puede que tus palabras me hayan roto en el pasado y me hicieran sentir pequeña, débil, insuficiente… Pero hoy lo veo claro, lo que dices habla más de ti que de mí. Tus insultos, tu rabia, tu manera de hacerme sentir menos… son tus sombras, no las mías.

Hice una pausa, sentí como el peso en mi pecho se deshacía.

- Yo no soy la mujer rota que dejaste. Soy alguien que aprendió a levantarse de entre tus ruinas, que entendió que la locura no estaba en mí, sino en seguir creyendo tus mentiras. Hoy sé que valgo, que merezco un amor sano y limpio. Tus palabras no me duelen, no me definen. Eres tú quien tiene que vivir con ellas.

El silencio al otro lado era tan denso que pude escuchar su respiración entrecortada. Por primera vez no era yo la que temblaba.

- Andrea…- su voz sonó más baja, casi apagada - Bah… siempre tan dramática. Te gusta hacerte la víctima, ya lo

sabes.

Lo dijo como quien lanza una piedra al vacío, sin fuerza, sin convicción. Una chorrada más. Un recurso barato de alguien que ya no tenía poder sobre mí.

- ¿Sabes qué, Alex? - mi voz salió tranquila esta vez, sin temblar - No mereces más respuestas. No eres más que un ruido al que aprendí a poner silencio.

No esperé nada más. Colgué.
Mientras dejaba el teléfono a un lado de la mesa del apartamento, me miré al espejo y me vi diferente. Lo supe con absoluta certeza, nunca más iba a volver a sentir miedo y menos por un hombre. Pero al mismo tiempo, al cerrar esa puerta para siempre, me descubrí frente a otra incógnita, ahora que por fin había terminado todo…no sabía que tenía que hacer con el resto de mi vida.

Capítulo 93:

La vi moverse entre la gente como si el evento le perteneciera. Lucía siempre había tenido esa capacidad de hacerse notar, de atraer miradas, de colocarse en el centro, aunque no fuera invitada a estarlo. Como la conocía demasiado bien, sabía lo que estaba buscando: a mí.

- ¿Podemos hablar? - me dijo con esa media sonrisa que antes me confundía y ahora me repugnaba.

No esperé su respuesta. Le hice un gesto seco y la llevé hasta una sala aparte, lejos del ruido. Necesitaba acabar con esto.

En cuanto la puerta se cerró, desplegó su arsenal. Esa manera de mirarme de arriba abajo, como si siguiera teniendo un poder que ya no tenía. Esa voz suave, insinuante, que trataba de seducir incluso en las pausas.

- Te veo diferente… pero no puedes engañarme. Sé que todavía…- su frase quedó flotando, como si el silencio fuera a terminarla por ella.

Me hervía la sangre. No porque creyera ni una palabra, sino porque sabía lo que acababa de hacerle a Andrea. Sabía que sus juegos, sus insinuaciones, sus medias verdades habían dejado a la persona que amo con un peso que no merecía y eso me llenaba de rabia.

- ¿Sabes lo que más me enfada, Lucía? - le solté, con cara de pocos amigos - que sigues creyendo que tienes algún poder sobre mí. Que aún piensas que puedes moverme con una mirada, con una palabra, con un recuerdo.

Ella ladeó la cabeza, como quien escucha un reproche injusto, y se acercó un paso más de la cuenta.

- No digas que no lo siente. No digas que no recuerdas… porque yo sí recuerdo.
- ¿Y qué? - respondí alzando la voz, un poco más firme, más cortante - Sí, hubo recuerdos. Sí, hubo historia y sí, hubo momentos en los que pensé que eran reales. Pero lo que hubo entre nosotros murió el día que te dedicaste a manipular, a chantajear, a jugar con mis sentimientos como si fuera un juguete.

Ella parpadeó, nerviosa, pero no cedió.

- No tienes por qué ponerte así. Yo solo…
- ¡No, Lucía! - la interrumpí con fuerza - No más excusas, no más juegos. No estoy aquí para tranquilizarte ni para darte esperanzas. Estoy aquí para dejar claro que esto se acabó. Que se acabó hace mucho tiempo, aunque yo tardara en aceptarlo.

Guardé silencio un segundo, la miré fijamente y entonces solté la frase que llevaba años retenida.

- Me da igual si lo entiendes, si lo aceptas o si sigues convencida de que tienes razón. Me da igual. Pero se acabó. No vuelvas a acercarte a mí, y sobre todo no vuelvas a acercarte a Andrea. Porque si algo tengo claro es que no pienso permitir que le hagas daño.

Lucía me miraba con una mezcla de rabia y desconcierto. Esa expresión de quien siempre había ganado la partida y, de repente, se encontraba con alguien que ya no jugaba.

Di un paso hacia la puerta y abrí.

- Hasta aquí, Lucía. Ya no formas parte de mi vida y cuanto antes lo entiendas, mejor para ti.

Salí sin mirar atrás y mientras cerraba la puerta, sentí algo parecido a la libertad. Por primera vez, la sombra de Lucía se quedaba encerrada en una sala sin llave y no pensaba volver a abrirla.

Capítulo 94:

Salí de la sala con el cuerpo tenso, como si las palabras que le había dicho aún me quemaran en la garganta. Tenía la necesidad de ver a Andrea, de aclarar las cosas con ella, de sentir que todo ese peso terminaba allí.

Pero antes de llegar al bullicio de la gente, sentí un tirón en el brazo. Lucía me había agarrado con fuerza. Tenía los ojos enrojecidos, brillantes, como si las lágrimas se hubieran quedado atrapadas demasiado tiempo.

- No me puedes hacer esto…- su voz temblaba - No puedes. Yo te quiero, ¿qué más hace falta para que lo entiendas? La última vez que discutimos…sabes que fue tu culpa, que fuiste tú quien me empujó a reaccionar así.

Supe reconocer ese tono al instante. El mismo de siempre. De reproche. Sin embargo, me removió por dentro. Porque durante un segundo me vi a mí mismo preguntándome si tenía razón.

- Lucía… - intenté mantener la calma, aunque sentía un nudo en el pecho - No es tan sencillo. No fue solo culpa mía. Los dos hemos hecho las cosas mal.

Ella negó con la cabeza con desesperación acercándose un paso más.

- Claro que fué culpa tuya. Siempre lo fue. Yo solo quería que me miraras como la miras a ella. ¿Por qué a mí no? ¿Por qué Andrea sí y yo no? ¿Qué tiene ella que no tenga yo?

Sus palabras se clavaron hondo. Esa comparación constante, esa herida abierta que ahora trataba de usar contra mí.

No, no debo caer en esto. No puedo permitir que me arrastre otra vez.
Respiré hondo, pero antes de que pudiera contestar, ella volvió de nuevo.

- Pero si ya lo sabes... no hace falta que yo te lo diga. Andrea no te quiere. Ella misma me lo dijo. ¿De verdad crees que va a perdonarte? Yo soy la única que ha estado siempre. No soy una mujer difícil, pero estando contigo me haces estar así.

Mi corazón golpeó con fuerza en el pecho. Durante un instante, el miedo y la duda me atravesaron como cuchillas. Pero no tardé en reconocerlo, era su juego. El mismo de siempre.

- Basta, Lucía - dije con voz firme, esta vez sin titubear - Esto no va de culpas ni de quién quiere más o menos. Va de que lo nuestro terminó hace tiempo. Sabes perfectamente que nunca te he dicho que seas la mala, pero no nos hacemos bien.

Ella me miró con furia contenida y a la vez como si estuviera a punto de darle algo, mirándome con cara de eres la peor persona del mundo. Como si esperara que aún me derrumbara.

- No digas eso…- murmuró - No puedes decir eso después de todo.
- Sí puedo y lo digo. Hasta aquí - sentí cómo, al pronunciarlo de nuevo me dolía, aunque sabía que era lo mejor. Siempre pasaba lo mismo, me tenía que convencer de que yo no era el malo y no podía más con todo esto - No quiero volver a verte, Lucía. Tu dolor no es mi culpa. Yo

siempre he intentado hacerlo bien, aunque no lo aceptaras. Lo siento, pero se acabó.

Ella se quedó quieta, congelada en su propio silencio. Sus lágrimas de repente dejaron de salir como por arte de magia. Su cara cambió a enfado.

- Eres increíble - escupió con rabia - Siempre igual, siempre haciéndote el bueno. Todo esto es culpa tuya, ¿me oyes? ¡Culpa tuya! Tú jugaste conmigo, tú me confundiste y ahora te haces el inocente.

Me sostuvo la mirada con los ojos encendidos, como si quisiera clavarme la culpa a la fuerza, sus gestos y sus palabras estaban cargados de una rabia que ya conocía demasiado bien. Ella sabía perfectamente donde tenía que tocar para que yo sangrara. Mi intención nunca ha sido esto, nunca fué lo que vivimos. Me di cuenta de que siempre usaba ese papel de víctima. Sentí un golpe en el pecho, porque darse cuenta también duele, aunque yo siempre lo he sabido, aunque no lo quisiera ver

- No, lucía - respondí despacio - Esta vez no.

Ella dio un paso hacia mí, desesperada, rota.

- No puedo vivir sin ti. ¿No lo entiendes? Me estás destrozando la vida. Se que nunca hemos sido pareja, creía que era un juego que nos gustaba a los dos. Llevamos con la tontería tres años, hasta la última vez. Se que ha pasado tiempo yo también creía que te había olvidado hasta que te ví con ella.

Cada palabra me atravesaba, porque a veces había pensado que eso era verdad. Pero tenía claro que eso no era amor.
La miré una última vez y hablé desde el sitio más honesto que me quedaba.

- Mira, Lucía... me duele muchísimo verte así. Sabes que mi intención nunca fué hacerte daño. Lo he intentado muchas veces. He intentado comprenderte, entenderte, ayudarte, sostenerte.

Respiré hondo, me temblaba todo, pero tenía que continuar.

- Me di cuenta de que no te quería como mereces, ni tu tampoco a mí y también de que no me estaba queriendo a mí estando así. No puedo seguir pagando con mi paz para que tú no enfrentes la tuya. Lo siento Lucía, pero esto se acaba aquí.

Al darme la vuelta para irme, supe que, aunque intentara culparme de todo, ella también tenía parte de culpa. Yo ya había dicho hasta aquí hacía tiempo. Lo había hecho por mi bien y también por el suyo.

Porque llevaba demasiado tiempo atrapado en algo que me destruía y ahora, por primera vez, estaba enamorado de verdad. De algo bonito. De algo sano.
Lo que no sabía era si ese amor iba a continuar.

Capítulo 95:

Después de todo lo que había pasado con Lucía, no podía sentirme más confundido. Las lágrimas empezaron a salir de mis ojos, esas que tanto tiempo había guardado. Tenía miedo ¿Y si no merecía a Andrea? ¿Y si no estaba del todo preparado para amar de verdad?

El evento había salido estupendo, todos sonreían, las felicitaciones caían una detrás de otra, la música sonaba, los brindis se alzaban. Pero yo… yo me sentía un impostor. Un intruso en mi propio trabajo, en mi propia vida. Mientras todos celebraban, yo contaba los minutos para poder salir de allí, escapar de esa farsa que ahora me pesaba como una losa.
A Lucía no se la volvió a ver esa noche. Como si nunca hubiera estado y, sin embargo, su sombra seguía en mi cabeza.

Me apoyé en la barra con una copa en la mano, sin beberla. Fué entonces cuando sentí la presencia de mi jefe a mi lado. No era hombre de demasiadas palabras amables.

- Has hecho un gran trabajo - dijo con voz firme, casi seca, pero con un matiz que me descolocó - Míralos, todos celebrando. Eso es gracias a ti.

Intenté forzar una sonrisa, pero no me salió. Él lo notó, claro que lo notó.

- ¿Sabes? - añadió, bajando un poco la voz - No tienes buena cara y no soy tonto…vi cómo se fue tu acompañante.

Me tensé. No quería hablar de eso, mucho menos con él. Así que guarde silencio.

Él chasqueó la lengua, como quien ya conoce la respuesta, aunque no se lo digas.

- No hace falta que me lo cuentes, muchacho. Pero te voy a dar un consejo, el trabajo está muy bien, hoy lo has hecho de diez… pero creo que ya tu labor está más que completada, ¿no crees?

Lo miré sin entenderlo del todo.

- Vete - dijo al final, dándome un golpecito en el hombro, con la misma firmeza de siempre, pero esta vez con una humanidad escondida - Aquí ya has cumplido. Ahora ve a buscarla.

Me quedé quieto unos segundos, sin saber si todo era una broma. Después él se alejó dejándome solo. Supe que tenía razón y que no podía esperar más.

Capítulo 96:

No sabía si reírme, llorar o directamente meterme en la cama con un cartel de "cerrado por reformas emocionales". Lucía con sus comentarios envenenados, me había dejado la cabeza como un bombo. La sobre atención de él me tenía igual de abrumada y la charla con Alex había removido heridas que yo juraba que ya estaban cerradas… aunque resulta que no, que seguían ahí, sangrando bajito.

Era como si todo el mundo opinara sobre mi vida, menos yo y yo, en medio de todo, solo sabía una cosa, estaba enamorada.
Estoy enamorada de alguien que, siendo sincera conmigo misma, aún no conocía del todo y eso me daba tanto vértigo como ganas de gritar.

¿Era él el amor de mi vida? Ni idea. Lo único que sabía con certeza era que lo que sentía por él no se parecía a nada que hubiera vivido antes. Era nuevo, era raro, era intenso, era… demasiado ¿Y si todo esto no era bueno para mí? ¿Y si al final se convierte en otra cicatriz más en mi historial de "mala suerte en el amor"?

Mientras tanto, yo ahí, dando vueltas por el apartamento como una loca, cogiendo el cojín del sofá, dejándolo, mirando el móvil, abriendo el frigorífico sin hambre, cerrándolo…El piso se me quedaba pequeño, como si las paredes se fueran encogiendo a cada paso.

Entonces. El móvil vibró.
Un WhatsApp suyo: "Estoy llegando. En diez minutos estoy allí".

Diez minutos. Solo tenía diez minutos y la ansiedad empezó a salirme por los poros. Cada minuto se convertía en una eternidad.

El corazón me latía tan fuerte que seguro podía sentirlo en los otros apartamentos. Tenía todo dentro de mí, miedo, deseo, ilusión y un pánico que no quería admitir en voz alta.

Me quedé quieta frente al espejo del pasillo, con el teléfono en la mano, preguntándome ¿Qué hago ahora? ¿Me tranquilizo o me desmayo directamente?.

Capítulo 97:

Cuando abrí la puerta, nos quedamos quietos. Él me miraba con los ojos agotados y yo tenía el móvil apretado entre las manos. Me quemaba, pero sabía que tenía que enseñárselo, porque era la única forma de poner todo sobre la mesa.

- No sé ni por dónde empezar - susurré con la voz quebrada.

Él bajó la mirada, se pasó la mano por la nuca y soltó un suspiro que parecía arrastrar toda la noche de golpe.

- Yo tampoco…- admitió al fin - Pero hay algo que sí tengo claro, no quiero perderte.

Sentí un nudo en el estómago. Me mordí el labio, temblando y al final le di el móvil.

- Míralo tú mismo. Ayer me escribió Lucía.

Lo cogió con las manos tensas, como si ya sospechara lo que iba a encontrarse. Sus ojos se movieron rápido por la pantalla. El silencio se volvió insoportable. Después apartó el móvil y lo dejó sobre la mesa como si pesara una tonelada.

- Lo siento, Andrea…de verdad - su voz salió rota, como si las palabras se le atascaran en la garganta - Lo único que quería era no hacerte daño y al final lo he hecho sin querer, sin darme cuenta. No me lo perdono.

Me mordí por dentro, porque esas palabras no me bastaban.

- ¿Y ya está? ¿Lo siento y se acabó? - pregunté, con rabia contenida - ¿Qué se supone que hago yo con lo que he leído? ¿Qué hago con alguien que me dice a la cara que tú siempre volvías con ella, que yo soy un segundo plato? Tú sabes lo que me duele escuchar todo esto después de leer esos mensajes y después de que me cogiera en el balcón y me dijera que no me quieres.

Él alzó la cabeza de golpe, con los ojos cargados de miedo.

- No, no, no… no eres un segundo plato. Jamás lo has sido, ni un solo segundo. Andrea, mírame - se acercó un paso, como si temiera que me alejara - No sabía ni que iba a estar aquí, te lo juro. Pensaba que seguía en Londres, que todo aquello estaba enterrado.

Me crucé de brazos, temblando, intentando contener las lágrimas.

- Pues estaba y me buscó. Tú sabes lo que duele escuchar todo eso.

Él tragó saliva y se llevó las manos al pelo, desesperado.

- Lo sé y lo único que quiero es explicártelo. Porque lo que viste, lo que te dijo…no es lo que yo siento, ni lo que vivo contigo. Es solo la forma que tiene ella de manipular, de no soltar y te prometo que no le queda nada conmigo, absolutamente nada.
- Pues explícame - contesté, con la voz rota pero firme - Porque ahora mismo no me vale un "ya no queda nada". Necesito entender cómo es posible que después de todo esto ella siga apareciendo, que todavía tenga la fuerza de plantarse delante de mí y decirme esas cosas si no sois nada.

Él me sostuvo la mirada unos segundos, como si buscara las palabras exactas.

- Porque Lucía siempre fue así, Andrea. Nunca aceptó un no. Nunca. Siempre tuvo esa forma de dar la vuelta a todo, de hacerme sentir culpable incluso cuando la culpa era suya. Lo nuestro acabó hace tiempo, con discusiones, con enfados que ya no tenían arreglo. Ella se fue a Londres y yo sentí que era el final, de verdad. Yo ya estaba fuera, ya no hablábamos, ya no había nada. Por eso jamás pensé que se presentaría aquí.

Se llevó una mano al pecho, con la voz temblando.

- Cuando te fuiste del evento, sentí que no podía dejarlo así. Sabía que, si no cerraba esa puerta delante de ella, seguiría persiguiéndome. Así que fui y fue todo lo que imaginas y peor. Me lloró, me dijo que sin mí no era nada, que me seguía queriendo, que yo siempre volvería. Me reprochó que estaba con otra, que la había cambiado… y yo estaba ahí, sintiendo esa presión de años, ese chantaje emocional que tantas veces me ató.
- ¿Y qué hiciste? - le corté, con el corazón encogido, pero sin querer soltar el reproche.
- Me planté - contestó sin titubear - Le dije que no. Que no iba a volver, que no quedaba nada. Fue la primera vez que no temblé delante de ella. La primera vez que, en lugar de quedarme callado o de sentirme culpable, cerré esa puerta de verdad.

Alargó un instante la mirada hacia mí, como si quisiera que entendiera lo que venía después.

- Y ¿Sabes por qué pude hacerlo esta vez? - hizo una pausa, tragando saliva - Porque desde que te conocí todo cambió. Antes podía engañarme pensando que eso era normal, que así era el amor, con reproches y cadenas. Pero contigo

entendí lo que de verdad quería. Tú me hiciste ver lo que era un amor sano, limpio, de verdad y entonces lo tuve claro, no quería volver a esa oscuridad, porque por fin había encontrado luz.

Me quedé helada, con las lágrimas deslizándose sin darme cuenta. Parte de mí quería creerlo, otra parte seguía herida.

- ¿Cómo quieres que confíe después de todo esto? - susurré - ¿Cómo quieres que borre esas palabras, esos mensajes, esa imagen en el balcón?

Él dio un paso hacia mí, con los ojos humedecidos.

- No quiero que lo borres. No puedo pedirte eso. Solo quiero demostrarte, día a día, que lo nuestro no tiene nada que ver con aquello. Que no soy el hombre que ella describe. Que lo que yo siento por ti es otra cosa, completamente distinta.

Respiré hondo, con lágrimas en los ojos, y sentí que ya no podía callarme más.

- Yo también tengo que confesarte algo…- dije, bajando la mirada - Los primeros días en Barcelona, Álex me escribió. Me dijo que me echaba de menos. No contesté. Pero después de todo lo que pasó… lo llamé.

Él se quedó helado. Vi cómo se tensaba su mandíbula, cómo le temblaba la respiración.

- ¿Lo llamaste? - preguntó, con un hilo de voz.

Asentí.

- Sí. Fue una conversación intensa. Muy dura. Me removió demasiado, pero también entendí que por fin pude plantarle

cara y que fuera el final. Cerré ese capítulo.

Él apartó la vista un segundo, tragando saliva, y después volvió a mirarme.

- Me duele escucharlo - confesó, con un gesto sincero - Claro que me duele. Pero también sé lo valiente que es que me lo digas. Que no lo ocultes.

Las lágrimas me nublaban la vista.

- A mí me duele todo, todo esto. Lucía, Alex, lo nuestro. Quiero entenderte, quiero entendernos, pero siento que hay una niebla que no me deja ver claro.

Él alargó la mano, pero se detuvo a medio camino, como si temiera romperme más.

- Yo también estoy perdido. Tengo miedo, Andrea. Miedo de no estar a la altura, miedo de perderte, aunque haga todo bien.

No quedamos ahí, frente a frente, con las verdades expuestas y el miedo latiendo en medio. Había amor, sí, pero también reproches, heridas y una niebla espesa que todavía no sabíamos cómo disipar.

Capítulo 98:

No quería que aquello terminara así. No podía soportar ver a Andrea delante de mí, conteniéndose, tragándose las lágrimas, como si todo lo que habíamos construido se estuviera derrumbando en silencio. Quise acercarme, decir algo, pero no encontraba las palabras y ese vacío, ese no saber qué decir, me estaba destrozando.

La miré y supe, por cómo me miraba, por cómo apretaba los labios para no romperse, que me quería. Lo sabía. Pero también sabía que yo no estaba sabiendo hacerlo bien, que había algo que se me escapaba y ese miedo me arañaba por dentro.

- Andrea… - dije al fin, con la voz temblando - No quiero que esto se quede así. No quiero que todo lo que hemos vivido se ensucie con todo esto. Déjame volver a empezar. Déjame intentarlo otra vez, de otra manera. Dime qué necesitas, dime qué te hace falta para confiar en mí. Porque si tengo que derribar muros, lo haré.

Ella me miró, con lágrimas en los ojos y un gesto que me rompió.

- Es que, aunque haya pasado todo esto, aunque no hubiera pasado…yo no te conozco - su voz se quebró - He seguido tu juego, me he dejado llevar, pero no sé nada de ti. No querías compartir nada de tu vida conmigo. Incluso tu trabajo lo fui descubriendo poco a poco, a trozos y me da miedo. Me da miedo que no me dejes ver más allá, que tus propios miedos me aparten de ti y eso me agobia.

Sentí que las piernas me temblaban. Me apoyé contra la mesa, intentando no venirme abajo.

- ¿Sabes qué es lo que me mata, Andrea? - le confesé - Que puede que tengas razón. Que me he protegido tanto, que he guardado tanto dentro, que al final la inseguridad la has acabado pagando tú. Porque yo mismo me la he creído. Me lo creí con Lucía, que yo era el culpable, que yo la destrocé cuando lo único que quería era salir de algo que me estaba hundiendo y ahora tengo miedo… De ser tan bueno como pueda y que aun así te haga daño.

Me llevé una mano al pecho y la miré fijamente.

- Pero...si me conoces, Andrea. Has vivido conmigo este tiempo, has escuchado mi historia, has visto mis heridas. He estado ahí cuando me has necesitado, te he apoyado en cada caída, te he dado lo mejor que tenía y quiero seguir haciéndolo.

Ella negó con la cabeza, con lágrimas cayendo sin freno.

- No me basta…- susurro - No me basta con trozos, con momentos. Quiero saberlo todo de ti. Es que… ni siquiera sé tu nombre. ¿Cómo quieres que te conozca de verdad, si lo más simple de ti me lo has ocultado?

Esa frase me partió en dos. Sentí que todo lo que había intentado construir se deshacía en el aire, que el misterio que antes jugaba a nuestro favor ahora era una condena.

- Andrea… - quise decir algo, pero me quedé sin voz.

Ella respiró hondo, como si se estuviera agarrando a su último hilo de fuerza.

- Necesito pensarlo. He reservado una habitación para esta noche. Voy a dormir allí. Nos veremos en el vuelo de vuelta

y ahí…ahí veremos qué hacemos. Pero ahora necesito sopesar todo.

En ese instante, entendí que se estaba alejando. Que por mucho que quisiera retenerla, no tenía derecho a impedirle ese espacio. Me quedé mirándola mientras recogía sus cosas, con la sensación de que todo se estaba rompiendo y que yo no tenía ni idea de qué pegamento usar, ni de cómo hacerlo, ni de si realmente existía un pegamento capaz de unir todo esto.

Capítulo 99:

No pegué ojo en toda la noche. Di vueltas en la cama como si cada sombra del techo fuera a darme una respuesta rápida a todo esto. No tenía un mensaje suyo, ni una llamada, no un simple "estoy bien". Nada, y ese vacío pesaba más que cualquier reproche.

Sabía que no podía insistir demasiado. Tenía miedo de agobiarla más, de empujarla hacia la salida definitiva. Tenía que darle libertad, dejar que decidiera por sí misma si realmente quería conocerme, si quería apostar por esto o no. Eso me dolía, porque en el fondo lo único que quería era correr y abrazarla. Pero entendía que no era el momento.

Me repetí una y otra vez que no era mi culpa. Que aquella situación me había explotado en la cara y que no podía haber hecho nada distinto. Que nadie se espera encontrarse con su pasado en mitad de un futuro que empieza a nacer. Que no era justo culparme por lo que no podía controlar. Pero aun así…no lograba perdonarme del todo.

Cuando llegué al aeropuerto sentí el estómago cerrado. El murmullo de la gente, las ruedas de las maletas, las pantallas de embarque… todo sonaba lejano, como si yo estuviera dentro de una pecera. Crucé el control de seguridad con el corazón en la garganta y empecé a buscarla con la mirada. Entonces apareció. Andrea caminaba entre la gente, con el pelo recogido deprisa, ojeras marcadas pero una sonrisa en los labios. Una sonrisa que no me esperaba. Me saludó como si nada.

- Buenos días - dijo ligera, con un tono casi alegre.

Me quedé helado. No supe cómo reaccionar. Yo había pasado la peor noche de mi vida y ella estaba delante de mí con si fuera otra

persona. Me descolocó.

- Buenos días… - respondí, inseguro.

Nos pusimos en la fila de embarque. Quise abrir la boca, decir algo, buscar una grieta por donde sacar todo lo que me ahogaba. Pero antes de intentarlo, ella se me adelantó con una naturalidad que me desconcertó aún más.

- ¿Dormiste algo? - preguntó, mirándome de reojo mientras revisaba su billete.
- Poco…- contesté, bajando la mirada.
- Ya, yo también - lo dijo como si hablara del tiempo, sin peso, sin emoción.

Guardé silencio, esperando que viniera algo más. Pero nada. Ella sonreía, hacía un comentario sobre lo lleno que estaba el aeropuerto, sobre lo pesado que sería el vuelo y yo, mientras tanto, sentí que me estaba volviendo loco.

No sabía si aquella actitud era su manera de decirme que todo estaba acabado y que ya no había más que hablar, o si era justo lo contrario, una forma de quitar hierro para no hundirnos más. Quise pararla, pedirle que habláramos de verdad antes de subir al avión. Pero tenía tanto miedo de romper esa fachada suya, de volver a abrir una herida, que me quedé callado.

La escuchaba hablar, con frases sueltas, banales, como si ayer no hubiera pasado nada y cuanto más ligera era su voz, más se me encogía el pecho. Yo quería verdad, quería claridad, quería su mirada fija en la mía diciendo lo que sentía. Pero lo único que recibía era esa mirada disfrazada de normalidad.

Entramos en el avión y me senté a su lado, todavía con la cabeza llena de dudas ¿Era un final? ¿Era un principio distinto? ¿O era

simplemente ella protegiéndose, poniéndose una máscara para no desbordarse?
No lo sabía y esa incertidumbre me estaba devorando.

Capítulo 100:

Me senté en el avión intentando aparentar calma, aunque por dentro tenía un nudo que me oprimía el pecho. No era el momento. No en medio de un pasillo estrecho, con gente alrededor, con azafatas sonriendo y pasajeros guardando maletas en los compartimentos. No. Lo que teníamos que hablar no cabía en cinco minutos, no podía resolverse entre turbulencias y bandejas de desayuno.

Así que forcé una sonrisa y busqué conversación ligera, banal, como si todo estuviera en orden.

- Qué frío hace aquí dentro, ¿no? - dije mientras me ajustaba la chaqueta. Él asistió, pero no parecía escuchar de verdad. Tenía esa mirada inquieta que yo conocía bien, como si estuviera midiendo cada gesto mío - ¿Cuánto dura el vuelo que no recuerdo? - pregunté, más por rellenar que por interés real.

- Unas dos horas… - contestó en un murmullo, y enseguida me lanzó una mirada rápida - Se me va a hacer eterno si no hablamos.

Sentí un escalofrío. Fingí no entender.

- Dos horas no es tanto. Podemos dormir un poco y ya está, que nos viene bien.

Él suspiró, se removió en el asiento.

- Andrea…- empezó, con voz baja, como tanteando el terreno. Está todo bien, ¿verdad?

Noté cómo mi pecho se encogía. Lo miré un segundo, vi en sus ojos esa ansiedad contenida, esa necesidad de respuesta. Pero no podía dársela. No ahí.

- Claro que sí - respondí, esquivando su mirada - ¿Quieres la ventana? Te la cambio si quieres.

Él sonrió débilmente, pero no coló. Volvió a intentarlo al rato, soltando otra indirecta.

- Es que anoche… me quede pensando en nosotros. En todo lo que hemos vivido - me miró de lado - Tú sabes lo importante que eres para mí ¿no?

Tragué saliva. Mi impulso fue abrazarle, decirle lo que sabía, que yo también. Pero me limité a asentir.

- Lo sé, y lo sé de verdad.

Cambié rápido de tema, como si la conversación nunca hubiera existido.

- ¿Quieres que pida algo de beber cuando pasen? Igual un café nos viene bien para aguantar el día.

Noté cómo le dolía mi evasiva. Lo veía en cada músculo de su cara, en el silencio que se hacía más denso entre nosotros. Yo quería proteger ese espacio, fingir normalidad para no hundirnos aún más, pero él no podía y lo entendía, su ansiedad buscaba salir por algún sitio.

Pasaron los minutos. Hablé de cosas sin peso, todo superficial y mientras tanto, él se iba tensando más. como si cada palabra vacía le clavara un alfiler.

Hasta que explotó.

- ¿Ya no me quieres? - soltó de pronto, con la voz rota - Andrea… ¿ya no me quieres? ¿Qué significa todo esto?

Me quedé helada. El murmullo del avión pareció desvanecerse. Le miré con los ojos llenos de lágrimas contenidas y respondí bajito.

- No es el momento ni el lugar. No quiero hablar de esto aquí. No te he dicho nada porque no quiero mover más la mierda. No puedo decidir algo tan importante en una sola noche. Necesito pensar. Vamos a hacer como si nada pasara, ¿vale?

Él se quedó callado, tragando saliva, y asintió despacio. Entendió, al menos un poco, que no era indiferencia, que era miedo, confusión. Pero la incomodidad se instaló entre los dos como una barrera invisible. Ese buen rollo forzado que yo había intentado crear se evaporó en el aire, dejándonos a solas con el ruido del motor y todo lo que aún no habíamos dicho.

Capítulo 101:

El avión aterrizó y el silencio siguió pegado a nosotros como uno más. Caminamos por los pasillos del aeropuerto, recogimos las maletas… y nada. Ni una palabra. Cada paso que dábamos juntos sonaba a despedida, a un adiós que flotaba en el aire sin necesidad de pronunciarse. Yo sentía ese silencio como un cuchillo, una sensación de final que me dolía más que cualquier discusión.

Nos acercamos a la salida. Ya podía ver las puertas automáticas, la zona de taxis, el último tramo antes de que cada uno siguiera su camino. Me preparaba para ese momento, con la garganta cerrada, cuando de repente escuché voces conocidas que me arrancaron de golpe de aquel vacío.

- ¡Andrea! ¡Bienvenida a casa!

Me giré y ahí estaban Emma y Pablo, agitando una pancarta ridícula con letras de colores y brillantinas. Venían con sonrisas enormes, los ojos bailando de ilusión y yo me quedé helada, porque aquella alegría chocaba de frente con lo que yo sentía por dentro.

Corrieron hacia mí. Emma me abrazó tan fuerte que casi me corta la respiración, mientras Pablo, con su desparpajo de siempre, me dio dos besos ruidosos en las mejillas.

- ¡Por favor, qué maravilla! - exclamó, llevándose una mano al pecho - Nuestra Andrea vuelve y encima acompañada - Se giró hacia él con sonrisa pícara - Pero bueno, ¿y esta pareja? Qué preciosos estáis, ¡se os nota el amor en la cara! ¿Para cuándo la boda, cariño?

Yo me quedé paralizada, sin saber qué decir. Él sonrió incómodo, apartó la mirada y el aire se rompió en mil pedazos. Ellos no sabían nada. Para Emma y Pablo, lo único que existía era lo que yo misma les había contado, que él me había dicho te quiero, que yo también se lo había dicho, y nada más. En su cabeza, estábamos empezando algo bonito, perfecto.

- Bueno…- murmuré rápido, buscando escapar - Nos vemos luego, ¿vale?
- Sí…claro. - dijo él, casi en un susurro, antes de girarse y alejarse.

La despedida fue seca, fría, sin abrazos, sin promesas. Solo un "vale" y el vacío.
Emma y Pablo me miraron enseguida con caras de desconcierto.

- Andrea…- dijo Emma, bajando la voz - ¿Qué ha pasado?
- Sí, tía - añadió Pablo, arqueando las cejas con dramatismo - Llevamos días esperando que nos cuentes y ahora llegas con cara de funeral. Que yo me esperaba corazones, arcoíris y unicornios, y me encuentro esto ¿Qué está pasando?

Me mordí el labio, sintiendo cómo las lágrimas me arañaban los ojos. Respiré hondo.

- Vamos a mi casa - dije al fin, con voz apagada - Suelto las maletas y os cuento. Necesito hablar con vosotros.

Ellos no preguntaron más. Emma me pasó un brazo por encima de los hombros, Pablo arrastró mi maleta como si fuera suya, y salimos juntos del aeropuerto.

En cuanto entramos en casa, dejé caer la maleta en el pasillo y me dejé caer en el sofá. Emma se sentó a mi lado, cogiéndome de la mano, y Pablo cruzó las piernas en el sillón con esa pose suya que no encuentro nada comoda.

- Vale, cariño - dijo, con tono medio divertido, medio serio - Suelta el drama. Porque yo necesito saber por qué mi Andrea, que me prometió que estaba en las nubes, ahora parece salida de un videoclip de Adele.

Emma lo fulminó con la mirada.

- Pablo, en serio. No es momento de bromas.
- ¡Si no es broma! - replicó él, alzando las manos - Solo digo lo que veo.

Suspiré, sintiendo que no podía esquivarlo más.

- Ha pasado de todo - mi voz salió rota - Cosas que no esperaba, que nos explotaron delante sin tener culpa y no sé qué hacer.

Emma me acarició la mano con ternura.

- ¿Pero estáis bien? ¿Ha pasado algo grave?
- Es que no lo sé - contesté - No estoy enfadada con él. Pero me siento perdida, confundida y no quiero tomar una decisión tan importante de mi vida en una sola noche.

Pablo me miró con los ojos muy abiertos.

- Cariño, me estás asustando ¿De qué decisión me estás hablando?

Me tapé la cara con las manos.

- De si esto merece la pena. De si él y yo… podemos con todo lo que ha pasado.

El salón se quedó en silencio. Emma me abrazó por los hombros. Pablo, por primera vez, no dijo nada gracioso. Solo me miró con seriedad, como entendiendo que aquello iba mucho más allá de un simple enfado.

Capítulo 102:

Salí del aeropuerto con la cabeza hecha un nudo. El aire frío me golpeó. Seguía dándole vueltas a su actitud, a cada gesto suyo, a cada palabra que no dijo.

Entendía que en el avión no era el momento. Lo entendía. Había gente alrededor, poco espacio, ningún lugar para hablar con calma de algo tan grande como lo nuestro. No podía esperar una conversación profunda allí, lo sabía. Pero aun así… una pincelada, una señal, cualquier palabra que me dijera qué estaba pasando me habría bastado y no hubo nada.

Lo único que tuve fueron sus frases ligeras, sus sonrisas que sonaban a disfraz, y después aquella despedida en seco. "Nos vemos luego". Dos palabras y en su cara vi algo que me mató: incomodidad. Como si en realidad no quisiera verme luego. Como si lo dijera por compromiso.

Desde ese instante empecé a ponerme en lo peor. No era que no me quisiera…lo sé. Sé que Andrea me quiere. Lo veía en sus ojos incluso cuando intentaba esconderlo. Pero quizá no era suficiente. Quizá no soy la persona que ella necesita.

Me quedé parado en la acera, viendo a la gente pasar con sus maletas, riendo, abrazándose, y yo sentía que me hundía. Porque todo lo que había intentado hacer bien parecía haberse roto en mis manos y lo peor es que no tenía ni idea de cómo arreglarlo.

No quería perderla. Pero si al final ella llegaba a la conclusión de que yo no era lo que necesitaba, ¿qué podía hacer? No puedes obligar a nadie a quedarse donde no ve futuro y esa idea me partía por dentro.

Me subí al taxi con la sensación de que todo se estaba desmoronando y que por mucho que quisiera luchar, a lo mejor el problema era más grande que nosotros dos.

Cuando llegué a casa, todo me pareció distinto. Ese espacio que siempre había sentido cálido, mío, de repente se volvió incómodo, como si las paredes me apretaran. Dejé la maleta en la entrada, puse la ropa a lavar casi por inercia y me dejé caer en el sofá. Necesitaba dormir, apagar la cabeza, pero el descanso no llegaba. Todo seguía dando vueltas.

Miré el móvil y vi decenas de notificaciones. Mensajes sin responder. Mis amigos me habían escrito que se alegraban de que las cosas fueran bien. "Eh, tío, ¿qué tal todo?", "Me alegro un montón por ti y por Andrea", "Se nota que estás feliz y te lo mereces".

Uno de los mensajes era de Carmen: "Oye, ¿qué tal? ¿Cómo vas? Espero que todo siga genial con Andrea, te veo distinto y me alegra verte bien."
Entre todos ellos, también uno de Lucas: ¿Qué ha pasado al final con Lucía? Me quedé con la mosca detrás de la oreja después de que nos contaras".

Lo leí todo con un peso enorme en el pecho. Nadie sabía nada. Todos se alegraban de una historia que, en su cabeza, iba perfecta, cuando en realidad yo estaba sentado en un salón que se sentía más vacío que nunca, sin saber si al día siguiente Andrea iba a seguir queriendo caminar conmigo o no.
Apagué la pantalla y cerré los ojos. Solo quería silencio. Sólo quería, por un instante, no pensar.

Capítulo 103:

Habían pasado dos días. Dos días sin un solo mensaje suyo, sin una llamada, sin nada. Abría el móvil a cada pocos minutos con la absurda esperanza de encontrar su nombre en la pantalla, pero solo me esperaba el mismo silencio de siempre.

La casa se me estaba cayendo encima. Tenía cinco días libres del trabajo y llevaba dos enteros encerrados, sin saber qué hacer conmigo mismo. Dormía mal y daba vueltas por el salón como un fantasma. Me repetía que no era mi culpa, que todo lo de Lucía había explotado de repente, que yo no lo había buscado y sin embargo, la sensación de haber fallado estaba ahí, clavada.

Estaba preparando un café cuando sonó el timbre. Me quedé quieto, dudando, porque no esperaba a nadie y no tenía fuerzas para socializar.

- ¿Quién es? - pregunté, con voz ronca.
- ¡Los de siempre! - respondió Marcos, con ese tono suyo de cachondeo.

Resoplé, me pasé la mano por la cara. No me apetecía nada, pero sabía que era normal que se preocuparan. No había contestado a ninguno de sus mensajes, y al final habían decidido plantarse en mi puerta.

Abrí y allí estaban, Marcos con varias bolsas de supermercado, Mateo cargando con cajas de pizza y detrás Luis, más serio, observando en silencio. Carmen también había venido, cerrando el grupo. Me abrazaron, me acribillaron a comentarios y entraron como un torbellino en el salón, llenando la mesa con cerveza y comida.

- Tío, pero ¿qué pasa contigo? - preguntó Mateo, dejando las pizzas y dándome un manotazo en el hombro - Llevas muchos días sin contestar. ¿Nos querías dar un susto o qué?
- Estamos preocupados - añadió Lucas con un tono más directo.

Me dejé caer en el sofá, con una cerveza en la mano que ni había abierto todavía y respiré hondo.

- Todo se fue a la mierda - dije al fin, mirando al suelo - Lucía le escribió a Andrea. Le mandó una captura de una conversación antigua, de antes de conocerla, cuando yo aún hablaba con ella. Conversaciones picantes que tuve con ella que no significa nada ahora y no se quedó ahí, en el evento el último día la cogió en el balcón y le dijo que yo siempre volvía con ella, que Andrea era un segundo plato. La manipuló y Andrea tuvo que tragarse todo eso sola, porque yo ni lo sabía. Me lo enseñó después.

Los cuatro se miraron entre sí, Todos sabían lo que Lucía había sido en mi vida, lo mucho que me había costado salir de ahí.

- Encima - seguí - cuando Andrea estaba hecha polvo, habló con su ex. Le había escrito a los dos días de llegar a Barcelona, pero ella no le contestó. Después de todo lo que pasó, lo llamó. Para cerrar el capítulo, para poner punto final y yo…tuve que hacer lo mismo con Lucía. Plantarme de una vez y decirle que no.

Se hizo un silencio. Marcos fue el primero en soltarlo.

- Joder, colega…menudo marrón.
- Sí - añadió Mateo, con un gesto serio - No me extraña que Andrea esté hecha un lío.

Yo asentí, con un peso enorme en el pecho.

- Aunque sé que no lo provoqué, aunque no lo busqué… siento que es culpa mía. Que no fui capaz de cerrar del todo a Lucía antes y ahora Andrea está llena de dudas… y yo aquí, sin saber si la he perdido.

Lucas me miró, apoyando los codos en la mesa.

- Entendemos por qué te sientes así. Es lógico. Pero tienes que grabarte esto: no es tu culpa. Esa mujer apareció porque quiso, no porque tú la llamaras.

Marcos levantó la cerveza y me dio un golpe suave en el hombro.

- Exacto y lo de Alex, pues…ella lo cerró. Tú también. En realidad, habéis hecho lo mismo, cortar con el pasado. Lo jodido es el momento, que os ha pillado empezando.
- Si la quieres, ¿por qué no intentarlo? - añadió Mateo - Nadie os ha dicho que esto se haya acabado.

Me quedé callado, atrapado en mis propias dudas.
Fue Carmen la que habló entonces, directa como siempre.

- ¿Y ya está? ¿Te vas a rendir? Porque yo recuerdo que nunca tirabas la toalla y no creo que ahora sí.

Levanté la cabeza.

- No quiero rendirme… pero no sé cómo seguir.

Me pasé una mano por el pelo, intentando ordenar las ideas.

- No penséis que estoy aquí hecho un lío por nada - añadí - Es que Andrea no me ha hablado en dos días. Ni un mensaje, ni una llamada. Nada.

Marcos abrió los ojos de par en par.

- ¿Dos días? Hostia… eso sí que duele.
- Normal que estés rayado - dijo Mateo, más serio que hace un momento - no es que te estés montando películas, es que el silencio es una putada.

Luis asintió despacio.

- Vale, pero también hay que entenderla a ella. Si todo eso le cayó de golpe, lo lógico es que necesite tiempo. Que no hable no significa que no quiera hablar nunca más.

Carmen se apoyó contra la mesa, mirándome fijamente.

- Exacto. Lo importante es que no confundas su silencio con un final. No es lo mismo. Que tú estés aquí con la cabeza hecha un lío no significa que para ella esté acabado.
- Ya, pero duele igual - admití, con un nudo en la garganta - Me duele no saber en qué punto estamos.

Marcos me dio un golpecito con la lata como para sacarme una sonrisa.

- Tranquilo, si fuera un "vete a la mierda", ya te lo habría dicho. Lo que tienes es un "necesito espacio" y eso, aunque fastidie, es mucho mejor.
- Eso - añadió Mateo - Dos días no son nada. Lo importante es lo que hagas después.

Luis me miró serio.

- Lo que hagas ahora tiene que hacerlo con cabeza. No te dejes llevar por la ansiedad. No intentes forzar nada.

Entonces Marcos, en su intento de animar soltó

- Oye, si no sale bien…no te rayes. Hay más peces en el mar.

Mateo se le escapó una sonrisa y remató

- Eso y si no, siempre te queda Tinder. Aunque viendo la cara que tienes ahora mejor no. Igual en vez de match te mandan un psicólogo.

Carmen les lanzó una mirada fulminante.

- De verdad, sois idiotas.

Yo, contra todo pronóstico, solté una carcajada y entendí que, aunque no podían arreglar nada, al menos me estaban sosteniendo a su manera, con torpeza, con comentarios que rozaban la cagada, pero recordándome que no estaba solo.

Capítulo 104:

Han pasado días, y todavía siento que todo me da vueltas. He pensado tanto…demasiado. He pensado en escribirle, en llamarle, en preguntarle, aunque fuera solo cómo estaba y no lo he hecho. Porque sabía que si lo hacía no podía ser a medias. No quería hablar con él mientras aún tenía dudas dentro de mí. No quería escribirle un mensaje vacío, ni buscar consuelo rápido. Quería hablarle de verdad, con claridad, aunque fuese para un "sí" o para un "no".

Lo he pasado fatal. No he dormido bien, no he podido concentrarme en nada. He dado mil vueltas a lo mismo en mi cabeza y me he callado. No lo he hablado ni con mis amigos. Me lo he tragado todo yo sola porque necesitaba escucharme, porque tenía que decidir lo que yo siento de verdad, no desde lo que otros me aconsejan.

He recordado toda nuestra historia una y otra vez. Ha sido preciosa, intensa, diferente. Él siempre ha sido maravilloso conmigo, incluso en sus miedos, en sus silencios, en sus dudas y yo también he sido sincera, aunque muchas veces me he dejado dominar por los míos.

Sé que no puedo reprocharle nada de lo que pasó con Lucía. Es pasado. Igual que él no me reprochó nada de lo que pasó con Alex y aun así…me dolió. No por lo que él hizo, sino porque removió todo lo que yo llevaba dentro, esas inseguridades que no terminan de desaparecer, esas heridas viejas que siguen latiendo, aunque crea que ya están cerradas.

Estos días he tenido que perdonarme. Perdonarme por sentir miedo, por dudar de él cuando no me ha dado motivos. Perdonarme por callar, por no hablarle, por imaginar lo peor cuando lo que quiero es

lo mejor y en ese perdón, he encontrado una certeza: estoy enamorada de él.

Pero también sé que no lo conozco del todo. No sé su nombre, no sé apenas nada de su vida más allá de lo que ha compartido conmigo en esta historia nuestra que se siente tan real y ahí está mi miedo, si no me ha dejado ver más allá ¿qué es lo que todavía guarda? ¿Aún hay más?.

Yo quiero conocerlo todo. Quiero estar en su vida, no ser un parche, no ser un consuelo para tapar un vacío o una herida. No quiero sentirme como algo temporal. Quiero participar de lo que es, de lo que vive, de lo que sueña.

Por eso necesito hablar con él. Con claridad. Para decirle lo que no quiero consentir y lo que sí estoy dispuesta a dar. También para decirle lo que siento, desde el amor más absoluto. Porque no tengo dudas de que lo quiero.

Ese día, con todo esto dentro, decidí hablar con Emma. Le confesé mis miedos, mis noches en vela, mis vueltas infinitas. Le conté lo mucho que me dolió todo. no por él, sino por mí. por mis heridas y también le confesé que lo he perdonado. Sé que no hizo nada, que fue el pasado el que se coló en medio y que yo también lo tengo, mi pasado roto, mis cicatrices.

Gracias a ti, querido diario, he podido resistir en no escribirle, en no dejarme arrastrar por mis miedos. Menos mal que te tengo a ti.

Atentamente, la Andrea que por fin aprendió a perdonarse.

Capítulo 105:

La zapatería estaba a reventar, pero mi cabeza estaba en otra parte. Cada cliente que entraba, cada caja que abría era un recordatorio de que ya no podía seguir dándole vueltas. Había llegado el momento.

En un hueco, me acerqué a Emma, que estaba encajando unas sandalias en la estantería como si fuera un puzle imposible.

- Emma…- susurré, nerviosa - creo que ya ha llegado el momento de hablarle.

Ella se giró de golpe y me miró con una sonrisa rara, demasiado grande para la situación.

- ¿Hablarle? ¿Ahora? ¿Aquí, con todo el lío?
- No, mujer - me reí - me refiero a llamarlo, a hablar con él en serio. Después del trabajo.

Emma se quedó quieta unos segundos, como si calibrara las palabras.

- Andrea, sopésalo bien antes de hacerlo.

La miré incrédula.

- ¿Cómo que lo sopesé bien? ¡Si llevas días insistiendo en que le hable! ¿Qué te pasa?

Ella se encogió de hombros, sin perder esa sonrisa nerviosa que parecía pegada con pegamento.

- Pues que estamos trabajando, que no es momento de ponerse a pensar en llamadas y conversaciones profundas.
- Ya, pero no voy a llamarlo ahora mismo - le aclaré, con las manos en la cintura - Te estoy diciendo que quiero hacerlo después de salir de aquí.

Emma soltó una risita corta, nerviosa.

- Andrea, mira…tú ahora mismo no sabes ni que decirle. Estás muy removida y yo creo que te va a venir mejor dejarlo para mañana.

Fruncí el ceño.

- ¿Mañana?
- Sí - Asintió con tanta decisión que parecía que estaba firmando un contrato - Mañana tenemos el día libre, ¿no? Pues a las cinco en la cafetería de siempre. Nos tomamos un café, lo hablamos juntas y organizamos que decirle.

Yo dudé por un momento, pero la verdad es que tenía razón, no sabía ni cómo empezar.

- Es que… la verdad es que después de cinco días sin hablar con él no sé ni que decirle.

Emma se inclinó un poco hacía mí y bajó la voz, como si me estuviera pidiendo algo muy serio.

- Prométeme que no le vas a hablar hasta mañana. No quiero que hagas una de tus locuras. prométeme que lo haremos tranquilas, que pensarás lo que quieres decirle. Promételo Andrea.

La miré sorprendida por la intensidad, pero terminé asintiendo.

- Vale… te lo prometo y en el fondo me viene bien hacerlo contigo, tranquilamente. Un día más ya supongo que dará igual y si lo hago mejor hacerlo bien. Gracias, amiga.

Emma me abrazó de golpe, demasiado fuerte para estar en horario laboral.

- Eso es. Mañana a las cinco, café y charla. Va a ser mucho mejor así.

Yo asentí, aunque por dentro de mí seguía latiendo esa sospecha de que algo raro le pasaba a Emma, pero no sabía qué.

Capítulo 106:

El corazón me dio un vuelco cuando la vi doblar la esquina con unas cajas en los brazos. Emma. La amiga de Andrea. El puente que necesitaba…o quizá la muralla más difícil de atravesar.

- ¡EMMA! - la llamé, levantando la mano.

Se sobresaltó tanto que casi se le caen las cajas. La apoyó a toda prisa contra el escaparate y se llevó una mano al pecho.

- ¡Por favor! Casi me da un infarto. ¿Quieres matarme de un susto?
- Lo siento - dije entre una risa nerviosa - No era mi intención.

Me miraba como si no terminara de creerse lo que veía.

- ¿Qué hacer aquí?
- Necesito tu ayuda

Frunció el ceño, desconfiada.

- ¿Mi ayuda?
- Si. Quiero saber cómo está Andrea.

Al escuchar su nombre, la expresión de Emma se suavizó, aunque enseguida apartó la mirada.

- No está pasando un buen momento - admitió en voz baja - Pero no me corresponde a mí contarte más.
- No quiero rendirme con ella - confesé y sentí que cada palabra me salía del pecho - Pero tampoco quiero hacer

nada que la lastime. No sé cómo acercarme sin empeorarlo todo.

Emma me sostuvo la mirada en silencio, como si intentara leerme por dentro.

- Lo que dices suena sincero - dijo al fin - pero ya sabes que no basta con decirlo.
- Por eso estoy aquí. Quiero hacer las cosas bien. Necesito hablar con ella cara a cara, sin huir, sin rodeos.

Ella arqueó una ceja dudando de todo lo que yo podía decir.

- ¿Y en qué se supone que yo puedo ayudarte?

Respiré hondo.

- Quiero que la lleves este viernes a la cafetería donde empezó todo. No puedo pedírselo yo, porque se negaría. Necesito que vaya contigo, que lo vea como un plan normal. Yo estaré allí.

Emma abrió mucho los ojos, sorprendida.

- ¿Quieres que le engañe? ¿Que la lleve sin decirle nada?
- No es un engaño. Solo…un empujón. Lo demás dependerá de mí.

Se quedó callada unos segundos, mirándome con un gesto entre la duda y la ternura. Por un momento creí que iba a decirme que estaba loco. Pero finalmente suspiró.

- Sabes que me estás pidiendo mucho.
- Lo sé y no lo haría si no creyera que merece la pena.

Emma bajó la mirada, pensativa y al cabo de unos segundos asintió despacio.

- Está bien. Pero si todo sale mal yo no sé nada de este asunto.
- Hecho - respondí sin dudar - Asumiré lo que sea necesario.
- Entonces… viernes a las cinco - dijo con firmeza - en la cafetería. Yo la llevaré.

La esperanza me recorrió entero.

- Gracias, Emma. No sabes lo que significa.

Recogió las cajas, intentando disimular, pero no pudo evitar que se le escapara una ligera sonrisa.

- Más te vale que valga la pena - murmuró y se alejó sin darme tiempo a añadir nada más.

Mientras la veía entrar en la tienda, supe que acabábamos de poner en marcha el plan más importante de mi vida.

Capítulo 107:

¿Y si no lo conseguía? ¿Y si al final Emma se lo había contado a Andrea porque no podía ocultarlo más… y ella había dicho que no quería verme? Esa idea me perseguía sin descanso y el miedo se me agarraba al estómago.

El jueves se sentía demasiado lento, cruel. Mañana era el día, el momento en que todo podía cambiar y yo me sentía más loco que nunca, como si estuviera apostando la vida entera a una jugada incierta.

Por eso estaba allí, en el bar de siempre con una cerveza en la mano y rodeado de mis amigos. El bullicio, los vasos golpeando contra la madera, el olor a fritura…nada apagaba mis pensamientos, pero al menos me hacían compañía.

- Bueno, Romeo - soltó Mateo apenas se sentó - ¿Qué tal los nervios? ¿Te tiemblan ya hasta las orejas o todavía aguantas?
- Estoy fatal - admití, sin rodeos - y lo peor es que no sé si ella va a aparecer.

Marcos, que nunca se queda callado, levantó la jarra con gesto solemne

- Tío, tranquilo, que pase lo que pase siempre te quedará la Inma.

Lo miré sin entender

- ¿La inma?

Él se echó a reír.

- ¡Claro! La inma mano de siempre.

Las carcajadas estallaron en la mesa. Yo intenté aguantar la seriedad, pero terminé riéndome con ellos.

- Sois idiotas - murmuré, agachando la cerveza.
- Sí - soltó Mateo - pero idiotas que te sacan una sonrisa, aunque quieras morirte.

Luis, me dio un golpecito en el brazo y me miró.

- Ahora en serio… ¿Cómo estás de verdad?

Me quedé en silencio unos segundos, girando la jarra entre las manos.

- Con miedo, mucho miedo. Como si todo dependiera de mañana.

Luis asintió despacio.

- Lo entiendo. Pero escucha, aunque mañana salga mal, no es el final. Ella no es la única razón para que sigas en pie ¿vale? Eso no se te puede olvidar.
- Gracias - murmuré, sintiendo un nudo en la garganta.

Marcos no tardó en romper el momento.

- Y si no aparece, yo te presento a mi prima.

Le lancé una mirada de advertencia.

- Marcos…
- Que sí, hombre, qué sé que es fea - añadió entre carcajadas - pero no estás ahora para quejarte.

Mateo casi se atraganta de la risa y Carmen le tiró una servilleta a la cabeza.

- Eres un auténtico imbécil - dijo, pero hasta ella sonreía.
- Oye, yo traigo soluciones - protestó él, levantando las manos - vosotros solo ponéis cara de culo.

Entonces Mateo me señaló con la jarra, con esa media sonrisa que siempre anuncia una pulla.

- En serio, tío…quién te ha visto y quién te ve. Antes solo pensabas en tetas… y mírate ahora, con cara de enamorado.

La mesa estalló en carcajadas. Yo negué con la cabeza, sonrojado, aunque también riendo.
Entre sus bromas y las rondas de cerveza, sentí que por un instante no pensaba tanto.

Luis levantó la jarra y todos lo imitamos.

- Por mañana, por Andrea…y porque este cabrón no se vuelva loco antes de la hora.

Chocamos los vasos, el golpe del cristal resonó en la mesa y por primera vez en días respiré un poco más hondo. El día de mañana me esperaba con todas sus incógnitas. Solo quedaba esperar que ella cruzara la puerta.

Capítulo 108:

Si alguien me hubiera dicho que esta tarde lo iba a ver, así, sin previo aviso… probablemente habría hecho todo distinto. Porque no, no estaba preparada. No llevaba la ropa adecuada, ni la actitud adecuada, ni el discurso que llevaba días preparando en mi cabeza.

La cita era con Emma. Solo con Emma. Café, libreta, móvil en mano y nosotras dos planeando qué escribirle. Porque después de cinco días sin hablar, yo ya no podía más. Pero quería hacerlo bien, sin impulsos, con cabeza o al menos con algo que sonara menos patético que un "hola ¿qué tal?".

Había ensayado frases en la ducha, en el espejo, incluso mientras cocinaba. Todo muy lógico, muy racional, muy estudiado y de pronto, entro en la cafetería…y ahí está él.
De pie. Como si nada. Como si los últimos cinco días no hubieran sido una tortura en mi cabeza.

Se me cayó el alma al suelo. Toda la estrategia, todas las frases ensayadas, los planes con Emma… a la basura. Me quedé desarmada. No tenía ni una sola palabra lista para ese momento.

Lo peor fue mi propio cerebro, que en vez de ayudar decidió apuñalarme con recuerdos.
El primer beso, bajo un aspersor, empapados, con esa mezcla de frío en la piel y calor en la sangre. El "te quiero" tan inesperado, tan de golpe que se le escapó de la boca como si ya no pudiera contenerlo. Ese te quiero en forma de sí en la cama mientras nos sentíamos el uno al otro. Pero no era todo luz. Porque también aparecieron las sombras, el recuerdo de mi ex, las heridas que todavía me pesaban.

Lucía, con todo lo que había intentado interponerse entre nosotros. Las dudas y los días de dolor.
Era un mosaico roto de escenas preciosas y escenas demasiado feas. Una mezcla de todos los matices que nos habían hecho llegar hasta aquí y lo peor era que todo eso, en vez de darme respuestas en que decirle en ese preciso momento, solo me hacía temblar más.

Cinco días sin saber nada de él y de repente, ahí estaba. Tan guapo como siempre, porque claro, él parece haber firmado un contrato con el universo para no tener jamás un mal día. Yo, en cambio, con mi jersey de "voy a sacar al gato a pasear" y una pinza en el pelo que pedía auxilio.

Pensé en si era mejor darme la vuelta. Me quedé allí, en medio del pasillo, clavada como una estatua de museo que nadie pidió.

Aunque ya lo sabía. Aunque lo tenía claro desde el principio. El volver a verlo me lo confirmó en cada centímetro de mi piel. En mi corazón, latiendo como loco. En mi mente, incapaz de pensar en otra cosa. Todo me gritaba un sí enorme.

Me mordí el labio, nerviosa, con la absurda sensación de que era el día en que todo volvía a empezar. Justo entonces, él levantó la mirada. Sus ojos se encontraron con los míos y, como si hubiera estado esperando este momento, pronunció mi nombre.

- Andrea.

Su voz me atravesó de arriba abajo y en su expresión vi algo extraño, la certeza tranquila de alguien que parecía saber desde el principio que íbamos a encontrarnos.

Capítulo 109:

Él se acercó y lo tuve delante. En ese instante todas mis frases preparadas, todos los discursos ensayados en mi cabeza se borraron como si alguien hubiera pasado un trapo húmedo por una pizarra de golpe.

- Ho…ho…hola - solté, tartamudeando como si estuviera practicando en el logopeda como cuando era niña y no sabía pronunciar la r. Genial, Andrea, espectacular. Cinco días de silencio y tu primera palabra es un "ho-ho-hola".
- Andrea…- pronunció de nuevo mi nombre, despacio, con esa tranquilidad que lo caracteriza.

Intenté recomponerme, pero terminé enredándome sola.

- Yo venía…bueno, con Emma…o sea, en realidad no, o sí, pero… yo… - Me rendí, levanté las manos y solté - Vale, habla tú.

Él respiró hondo y me miró con una seriedad que me erizó la piel. No improvisaba. Tenía cada palabra masticada, pensada, sentida.

- No te hablé estos días, Andrea, no porque no quisiera. Desde el primer día lo único que he querido es buscarte, hablarte, no dejarte sola. Pero sabía que tenías que pensar, que necesitabas tu espacio. Quería que fueras tú quien decidiera. No quería forzarte a nada. No quería que un día me miraras y sintieras que te arrastré a algo que no estabas lista para vivir.

Me ardía el pecho, pero él siguió, con los ojos brillantes.

- Sé que mi pasado explotó y también el tuyo y me siento culpable, Andrea. Porque no te lo merecías. Porque lo sé y lo siento muchísimo. A veces en esta vida intentamos no hacer daño a la persona que queremos y, aun así, lo hacemos. No siempre podemos controlar lo que nos rodea, pero sí sé que tengo mi parte de responsabilidad y la acepto.

Se le quebró la voz y a mí se me encogió el estómago.

- Me lo he repetido millones de veces…no fue culpa mía, fueron circunstancias y lo sé…pero, aun así, sé que tengo culpa y lo único que puedo prometerte no es que no vaya a hacerte daño nunca, porque hay cosas externas, cosas que no dependen de mí y hasta yo puedo equivocarme. Lo único que prometo es hacerlo lo mejor que pueda cada día, porque te quiero. Porque sé que eres el amor de mi vida y no quiero perderte.

Me quedé callada, con los ojos llenos de lágrimas y entonces él añadió.

- Y al final…hablé con Emma. Le pedí que me ayudará, que me dejara verte. Porque ya no podía esperar más. Porque tenía que intentarlo, tenía que arriesgarme, tenía que hablarte, Andrea.
- ¿Cómo? - abrí los ojos como platos, indignada y contenta a la vez - ¿Me estás diciendo que habéis planeado todo estoy yo aquí con este jersey? La voy a matar.

Él puso una cara rara y después sonrió, bajando un poco la cabeza antes de volver a mirarme.

- No sabes lo guapísima que estás.

Me tapé la cara un instante, entre risa y ganas de llorar. Luego no puede callarme.

- Estos días…- mi voz tembló - han sido horribles. Te he echado de menos tanto que dolía. Pero también necesitaba ese silencio, porque tenía que aclararme y lo he hecho. Me he dado cuenta de que lo que siento por ti no se va, no puedo evitar no quererte.

Él me miró como si le hubiera quitado un peso enorme de encima.

- Tú no sabes el miedo que tenía, Andrea - su voz se quebró - Pensaba que no querías saber nada más de mí y ahora escucharte…me haces la persona más feliz del mundo.
- Lo único que quiero - dije, tragando saliva - es que, si decidimos volver a conocernos, lo hagamos bien. Que sepamos lo que queremos, lo que no vamos a permitir y que nos cuidemos de verdad. Esto no va a ser un "y ya está". Quiero hacerlo contigo…pero hacerlo bien.

Capítulo 110:

Nunca supe qué hacer con las manos cuando tenía miedo. En el trabajo siempre había un cable, una cámara, una lista a la que agarrarme. Con Andrea no, con Andrea solo estaba ella y el vértigo de que todavía no me hubiera perdonado del todo.

Respiró hondo. Tenía las mejillas encendidas. No paraba de colocarse bien el jersey. Supe que venía algo grande.

- He pensado mucho estos días… - continuó y el temblor mínimo de su voz me atravesó - Necesito hablar contigo de lo que he pensado. De…de nosotros. De lo que vamos a construir y si lo vamos a construir.

Asentí, pero por dentro me aferré a la silla como si pudiera hundirse en el suelo. Noté el latido en el cuello. No dije nada. Me juré no interrumpir.

- Tengo miedo - soltó, de golpe, como quien abre una ventana de par en par - No de ti como persona, sino de.. de no conocerte del todo. De que te hayas mostrado solo por partes. Yo…- tragó saliva, miró a la mesa, a mis manos, a mis ojos - yo te quiero. Mucho. No voy a decirte "hasta las trancas" porque suena a adolescente, pero es eso. Me pasa eso contigo y justo por eso necesito verte completo. Las luces y las sombras. Si voy a estar contigo de verdad tengo que saber quién eres cuando nadie mira.

Sentí que el corazón me dio un brinco extraño, una mezcla de alegría y culpa. Me dejé el aire dentro un segundo y luego lo solté despacio.

- Sigue - le pedí.

- No te voy a recriminar tu pasado - continuó - No quiero que me lo recrimines a mí tampoco. Era necesario cerrarlo. Era necesario que explotara todo para entender lo que había debajo. Tú has sido muy comprensivo con lo que me ha pasado con…con lo mío - bajó la voz - y aun así explotó y eso me da miedo, que vuelva a explotar porque alguno de los dos no se entregó del todo.

Se le humedecieron los ojos. Quiso sonreír y le salió un gesto torpe que me rompió por dentro.

- Y tengo otra cosa - dijo, atropellando sílabas, como si quisiera sacarlo rápido para no arrepentirse - A veces siento que me dejas ver lo que tú quieres que vea. Que te mides. Que eres perfecto en todo y de repente hay zonas que no sé ni cómo nombrar. Quiero que me enseñes también eso. Lo feo, lo que no te gusta de ti. Necesito saberlo…porque si no, siempre voy a pensar que estoy enamorada de un personaje tuyo y no de ti.

Me dolió y me alivió al mismo tiempo. Tenía razón. He pasado la vida vistiendo de control todo lo que siento. Con Andrea aun cuando creí estar abierto, todavía escondí cosas. No por maldad, sino por miedo.

- Gracias por decírmelo así - le dije- No fui completamente sincero - admití - No porque no quisiera. Creí que algunas cosas no eran relevantes o que no iba a tocarte y que era mejor no remover. Lo de Lucía… - me ardió la garganta - no pensé que fuera a ocurrir así. Para mí estaba terminado. No dije "se acabó" en voz alta, pero se sabía, aunque no cerré la puerta del todo hasta que la vida la tiró abajo. Ojalá lo hubiera hecho antes. Ojalá no hubieras tenido que ver nada de eso. Lo siento. De verdad que lo siento.

Ella bajó los hombros, como si soltara un peso pequeño que llevaba horas apretando.

- Te creo - susurró - Solo…prométeme que, si alguna vez hay algo que puede herirme no lo tapes para protegerme, dímelo. Prefiero llorarlo contigo que descubrirlo sola.

Me miró con una franqueza que me dejó sin paredes. Hablar de esa manera era lo más valiente que estaba haciendo en su vida y yo lo sabía. Yo tenía que estar a la altura.

- Yo también tengo miedo, Andrea - confesé - No me gusta sentirme vulnerable. En el trabajo, si algo se rompe, lo sustituyo. Si una toma sale mal, repito. Me aterra fallarte y que eso sea lo último que recuerdes de mí. Por eso he escogido muchas veces mostrarte solo lo que controlo. Pero contigo… - sonreí sin querer - contigo puedo ser de verdad y duele sí, y da vergüenza, me da pánico que un día te canses. Aun así, contigo quiero hacerlo.

Ella inspiró, breve. Agradecí cosas mínimas como esa curva que se formó en su boca que parecía una pequeña sonrisa.

- Te necesito entero - dijo - no ideal. Entero.
- Entero - repetí.

Capítulo 111:

Con un nudo en la garganta sabía que me tocaba a mi hablar.

- No siempre fui "seguro" - confesé, con la voz más baja de lo que pretendía - Me he sentido una mentira muchas veces. Me entrené para que pareciera que me daba igual lo que pensaran, pero en realidad me puede el miedo a no ser suficiente. Cuando nos conocimos, me aterraba que te dieras cuenta. Me propuse ser "el que no falla" y ya ves. Fallé.

Tragué saliva. Ella me miraba sin pestañear, con esa mezcla de ternura y dolor que me dejaba al descubierto.

- También tengo días en los que envidio a quien duerme ocho horas sin pensar demasiado y esta manía mía de ordenar todo… es porque dentro, a veces, está el caos - hice una pausa, porque sentía que las palabras me arañaban la garganta - No soy perfecto. No voy a prometerte que nunca te haré daño, ya te lo he dicho y creo que tú a mí tampoco. Pero sí puedo prometerte que, cuando ocurra, me vas a tener delante, sin excusas, dispuesto a repararlo.

Respiré hondo y me lancé a lo más hondo.

- Andrea, yo nunca he sentido nada así por nadie. Contigo he dicho cosas que no he dicho en voz alta ni cuando estoy solo. Me abrí como con nadie me he abierto y, aun así, me guardé parte. No porque no te la quisiera dar, sino porque pensé que no hacía falta. Me equivoqué. Si te quedas…- la miré, sosteniéndole los ojos - te lo doy todo. No me guardo

nada. Ni mi miedo a no estar a la altura, ni mis heridas viejas, ni los días en los que no me soporto. Tú me haces querer ser ese hombre que imaginas, pero también quiero que me quieras cuando no lo sea.

Se me hizo un silencio inmenso. Ella parpadeó despacio y vi cómo se preparaba antes de hablar.

- Tú no eres el único que ha tenido miedo - dijo - Yo también he temido no ser suficiente. Yo también he fingido que me daba igual cuando por dentro me estaba muriendo de ganas de que me eligieras. He callado cosas porque pensaba que si las decía en voz alta podrían asustarte.

Me apretó la mano y sentí cómo le temblaban los dedos.

- La verdad es que te quiero. Mucho más de lo que pensaba que podía querer a alguien y sí, tengo miedo. Miedo de no conocerte entero, miedo de que un día decidas que ya no… Pero aun con ese miedo, estoy aquí diciendo todo esto. Estoy enamorada de ti y ya no puedo esconderlo.

Mis ojos ardían, como si sus palabras fueran todo lo que existiera en ese mismo instante y en ese momento lo supe, no quería dejarlo en solo aclararlo y arreglarlo. Quería ponerle nombre.

- Andrea… - murmuré, acercándome un poco más - Siempre he querido que lo nuestro fuera real, no algo a medias, no algo que tuviéramos que disfrazar. Siempre he querido que ese "novios" que dijiste una vez, aunque fuera para defenderte, se convirtiera en verdad.

Ella abrió los ojos, sorprendida y se le escapó una risa nerviosa, temblorosa, preciosa.

- ¿De verdad…?

- De verdad - asentí - Quiero que seas mi novia. No mañana, no en otro momento. Ahora. Aquí ¿Quieres ser mi novia?

Se tapó la boca con una mano, como si no pudiera contener todo lo que sentía y asintió rápido, con lágrimas en los ojos y una sonrisa que me atravesó el alma.

- Claro que quiero - susurró - Siempre lo he querido.

Le abracé fuerte. Sentí su risa contra mi pecho, su respiración agitada y todo mi miedo se hizo pequeño.

Capítulo 112:

É l café estaba helado. Ni siquiera me había dado cuenta de que no lo había tocado. Él lo miró, ladeando la cabeza y sonrió con esa media sonrisa suya que me tenía perdida.

- Bueno…- dijo, con un tono tan tranquilo que me dio risa - al final con todo esto…novios.

Me eché a reír. Sonaba tan surrealista como absolutamente real.

- Sí…novios - repetí, como probando la palabra en mi boca. Tenía un sabor extraño, dulce, como cuando pruebas un helado raro y no sabes si te gusta, pero en el fondo te encanta.
- ¿Pedimos otro café? - propuso, levantando la taza con el café totalmente frío.
- La verdad es que sí, teníamos tantas cosas que decir que el mundo ha desaparecido todo este tiempo.
- Así es, ¿podemos pedirlo para llevar? - contestó con una sonrisa mona - Me encantaría dar el paseo que dimos el primer día que te conocí.

Ahí sí que me ganó. Sonreí como una idiota y asentí.

- Me encantaría.

Salimos del café y el aire fresco me golpeó en la cara. Fue como despertar de un precioso sueño para descubrir que el sol todavía estaba ahí. Empezamos a andar y, por primera vez, no había nada que tapar. Solo nosotros, un paso al lado del otro, como si hubiéramos estado caminando juntos toda la vida y nuestras manos no quisieran nunca separarse.

- Bueno… ¿y ahora qué? - pregunté, rompiendo el silencio, con ese tono que usas cuando no sabes si preguntar la hora o el sentido de la vida.
- ¿Ahora? - repitió él - Ahora somos novios. Suena raro ¿verdad?
- Rarísimo - admití entre risas.

Él soltó una carcajada.

- Pues prepárate, porque yo no tengo idea de cómo se hace esto.
- Tranquilo - respondí - yo la poca que tengo no sirve. Igual toca improvisar.

Seguimos andando. Era divertido, raro y bonito en partes iguales. Como si todo lo que había pesado tanto se hubiera hecho ligero de golpe, como si después de tantas palabras difíciles solo nos quedaran las fáciles: risas, tonterías, miradas.
Me giré hacia él y antes de decir nada más, él se inclinó y yo no lo dudé. Fue un beso cálido, suave, de esos que ya lo dicen todo "sí, estamos aquí y es real". Reímos entre labios, como dos tontos, porque hasta besarnos parecía nuevo y raro.
Cuando nos separamos, me quedé un segundo mirándolo, con la sonrisa pegada.

- La verdad es que improvisamos bien - bromeé, intentando disimular que el corazón me latía en la garganta.

Él sonrió de esa manera que me mata.

- La verdad es que muy bien - soltó sin parar de sonreír

Seguimos caminando, como si el beso hubiera sellado por fin todo lo que habíamos hablado.

- Eso sí - dije fingiendo seriedad - ya que soy tu novia y te he dicho que sí a todo…hay algo que quiero saber, antes de nada.
- Dime…- me miró, curioso.
- Tu nombre - hice una pausa dramática - No conozco tu nombre.

Se me escapó la risa solo de escucharlo en voz alta. ¡Era tan absurdo! Llevábamos semanas, meses, todo un terremoto emocional…y todavía le seguía llamando "chico anónimo"

Él me sostuvo la mirada. La sonrisa se le fue aflojando hasta quedar en un gesto suave, casi tímido.

- Me llamo Alex.

Capítulo final:

En esta vida nunca se sabe dónde vas a encontrar el amor.
No viene con avisos ni con manual de instrucciones. No aparece en el momento perfecto ni con la persona que esperabas. No se deja planear.

El amor llega como quiere, cuando quieres y, sobre todo, con quien quiere. Lo único que se sabe de verdad es que, cuando aparece, se siente. Se reconoce. Te atraviesa y de pronto, todas las piezas que nunca encajaron empiezan a encajar, sin esfuerzo, sin lucha, como un puzle que se monta solo.
A veces, el amor llega desde un anónimo. Desde alguien a quien ni siquiera conoces del todo, de quien aún te faltan páginas, secretos, cicatrices y aun así, lo amas. Lo amas entero, incluso sin conocerlo completo. Porque eso es lo absurdo y lo bonito del amor, que no necesita lógica solo verdad.

Yo lo encontré así. En alguien que empezó siendo un desconocido. En alguien a quien llamaba chico anónimo sin saber que, detrás de ese misterio, estaba la historia que siempre había querido vivir y gracias a esto, gracias a Alex, aprendí lo que significa el amor verdadero.

Por eso, si alguna vez lo has sentido, no cierres las puertas y si todavía lo estás buscando, no te canses de soñar con él. Quizá esté más cerca de lo que imaginas, quizá se esconda en la persona menos esperada y si ya lo tienes, vívelo, abrázalo, disfrútalo al máximo. Porque el amor no siempre se encuentra dos veces.

Yo, Andrea, ya lo sé. El amor llegó a mi vida desde el anonimato y fué, sin duda, lo más bonito que me ha pasado.



© 2026 Ana Isabel García Cortés

Todos los derechos reservados.

Esta obra literaria está registrada y protegida por la legislación vigente en materia de propiedad intelectual. Queda prohibida la copia, reproducción, distribución o utilización total o parcial sin autorización expresa de la autora.